

ED McBAIN



LA CASA QUE CONSTRUYÓ
JACK



Cuando Ralph, un afectuoso hermano mayor disgustado por los hábitos homosexuales de su hermano, es acusado de su asesinato y todas las pruebas lo inculpan, Matthew Hope se ve obligado a trabajar basándose en huidizas pero cruciales pistas para demostrar la inocencia de Ralph.

OceanofPDF.com



Ed McBain

La casa que construyó Jack

Matthew Hope - 8

ePub r1.0

Titivillus 11.09.2021

OceanofPDF.com

Título original: *The House that Jack Built*

Ed McBain, 1988

Traducción: Cesar Aira

Ilustración: Oscar Chichoni

Editor digital: Titivillus

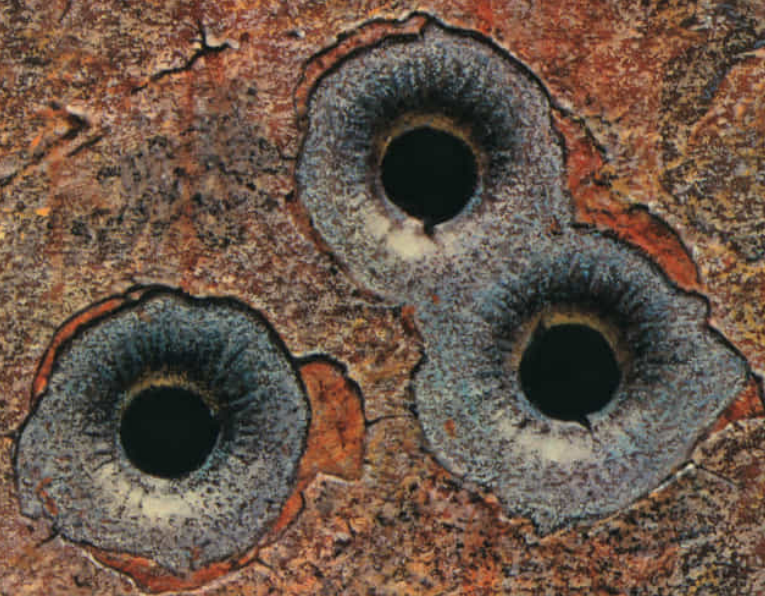
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Ed McBain

**LA CASA
QUE
CONSTRUYO
JACK**





Ed McBain había nacido como Salvatore A. Lombino en Manhattan el 15 de octubre de 1926. Sus padres se llamaban Charles Lombino y Marie Coppola. Cuando Salvatore había cumplido doce años, la familia se trasladó a un barrio italiano del Bronx, con lo que el futuro novelista vivió una adolescencia marcada por el gueto étnico. Poco antes de celebrar su decimoctavo aniversario se alistó en la Marina y permaneció en ella desde 1944 hasta 1946, con prolongado destino en el Pacífico. Casado en 1949 con Anita Melnick, de la que luego se divorciaría, fue profesor de inglés en Nueva York durante un par de meses, trabajó para la agencia literaria Scott Meredith y empezó a colaborar en los *pulps*, revistas de narrativa popular. Decidiría entonces adoptar un nombre y un apellido que le hiciera más fácil la escalada profesional: Evan Hunter.

En 1952 inició una breve serie de novelas de ciencia-ficción, destinadas al público juvenil, *Serpent*; y al año siguiente, se acreditó como Richard Marsten.

Otro de sus seudónimos, Hunt Collins, tuvo mínima continuidad. El de Richard Marsten se prolongó algo más. Pero antes de que Evan Hunter renunciara prácticamente a él ya había instaurado uno nuevo, el más famoso: Ed McBain, destinado en principio a una serie protagonizada por los miembros de una brigada policial. Se dio el caso, más tarde, de que libros firmados por Hunt Collins y por Richard Marsten se reeditaron a nombre de Ed McBain.

Javier Coma

ED McBAIN SEGÚN JAVIER COMA

La jungla de seudónimos que se alza en el variopinto territorio de la novela policial adquirió intrincadas espesuras durante los años cincuenta, cuando emergió a la luz pública un hijo de inmigrantes italianos a quien preocupaba muchísimo el problema de la firma literaria. Su carrera de escritor se vena escindida definitivamente en dos líneas de producción, aparentemente a cargo de dos diferentes autores, Evan Hunter y Ed McBain, pero la realidad inicial fue mucho más compleja.

*Había nacido como Salvatore A. Lombino en Manhattan el 15 de octubre de 1926. Sus padres se llamaban Charles Lombino y Marie Coppola. Cuando Salvatore había cumplido doce años, la familia se trasladó a un barrio italiano del Bronx, con lo que el futuro novelista vivió una adolescencia marcada por el gueto étnico. Poco antes de celebrar su decimoctavo aniversario se alistó en la Marina y permaneció en ella desde 1944 hasta 1946, con prolongado destino en el Pacífico. Casado en 1949 con Anita Melnick, de la que luego se divorciaría, fue profesor de inglés en Nueva York durante un par de meses, trabajó para la agencia literaria Scott Meredith y empezó a colaborar en los pulps, revistas de narrativa popular. Decidiría entonces adoptar un nombre y un apellido que le hiciera más fácil la escalada profesional: Evan Hunter. Así, en 1952, firmó sus novelas *The Evil Sleep!* y *The Big Fix*, ambas de temática criminal, y así pasó a denominarse legalmente poco después.*

*En aquel mismo año inició una breve serie de novelas de ciencia-ficción, destinadas al público juvenil, mediante *Find the Feathered Serpent*; y, al siguiente, se acreditó como Richard Marsten (cronológicamente su primer seudónimo) en las dos obras que continuaron tal trayectoria, *Rocket to Luna* y *Danger: Dinosaurs!* Acto seguido firmó de igual modo*

una novela criminal, Runaway Black, mientras que recurría a un segundo seudónimo, Hunt Collins, para otra obra de este género, Cut Me In, editada como la anterior en 1954; simultáneamente se publicaba, a nombre de Evan Hunter, el primer best-seller del autor, The Blackboard Jungle (La jungla de pizarra), que usufructuaba los recuerdos de su época de profesorado; adquirida por la Metro-Goldwyn-Mayer para su versión cinematográfica, se convirtió en el célebre film de 1955, escrito y dirigido por Richard Brooks, con el mismo título (aquí, Semilla de maldad). La contribución de Bill Haley y sus Comets, especialmente a través de su hit musical Rock Around the Clock, mitificó esta crónica de rebeldía generacional a la par que multiplicó las ventas del libro.

En adelante, la firma de Evan Hunter quedaría adjudicada a obras de muy variado signo, entre las que surgieron algunas de temática criminal, pero nuevos éxitos masivos, como Strangers When We Meet (1958) y A Matter of Conviction (1959), le otorgaron un aura de marca de best-sellers. La citada en primer lugar, melodramáticamente bautizada en la edición española Fue dicho: no desearás la mujer de tu prójimo, conservó el título original en la versión cinematográfica de Richard Quine en 1960 (Un extraño en mi vida), y el propio Evan Hunter escribió el guión. La segunda motivó en 1961 el film de John Frankenheimer The Young Savages (Los jóvenes salvajes), y se rebautizó así al editarse en formato de bolsillo cinco años después; la traducción española recibiría, en consecuencia, la misma denominación que el film en su estreno en nuestros lares.

El seudónimo de Hunt Collins tuvo mínima continuidad. El de Richard Marsten se prolongó algo más. Pero antes de que Evan Hunter renunciara prácticamente a él ya había instaurado uno nuevo, el más famoso: Ed McBain, destinado en principio a una serie protagonizada por los miembros de una brigada policial. Se dio el caso, más tarde, de que libros firmados por Hunt Collins y por Richard Marsten se reeditaron a nombre de Ed McBain. Y sucedió también que el autor empleó otro seudónimo, el de Curt Cannon, para una novela (I'm Cannon-For Hire) y una colección de relatos (I Like'em Tough) publicadas en 1958 con un mismo protagonista. De cualquier forma, a principios de los años sesenta, la producción del originariamente llamado Salvatore Lombino quedó dividida

en dos ramas: la correspondiente a Evan Hunter y a trabajos «de prestigio», y la referida a Ed McBain y compuesta principalmente por novelas de serie y de tema criminal.

Dos instituciones de enseñanza habían servido para la acuñación del nombre de Evan Hunter: la Evander Childs High School y el Hunter College, a las que Lombino asistió en diferentes períodos, antes y después de su servicio en las fuerzas navales respectivamente. Aquella denominación fue la utilizada para sucesivos guiones cinematográficos, lo que propició algún que otro chiste privado del escritor: en los créditos del film Fuzz (1972, El turbulento Distrito 87) se especificaba que el guión era de Evan Hunter sobre la novela de Ed McBain; y veintidós años después del estreno del film de Hitchcock The Birds (1963, Los pájaros), con guión de Evan Hunter, un personaje, The Deaf Man (el Sordo), de la novela de McBain Eight Black Horses, resultaba descrito como admirador de la obra hitchcockiana «con excepción de The Birds, aquel tonto ejercicio de ciencia-ficción».

Un, por ahora, último seudónimo fue utilizado por Hunter en 1973 para la novela Doors: Ezra Hannon. Cabe suponer que, en determinados momentos, el recurso al seudónimo respondió a necesidades de contratación con diversas editoriales, además de a la voluntad de clasificar la propia obra en distintas categorías. Pero es un hecho que el empleo de la firma Ed McBain se extendió más allá de la identificación de la autoría para la serie del Distrito 87: aparte de novelas sin protagonismo fijo, también se ha acreditado a McBain la serie de obras con el abogado Matthew Hope como personaje principal, y en 1986 aparece con dicho seudónimo Another Part of the City, donde debuta el detective policial Reardon, de Manhattan, con visos de inaugurar una nueva serie.

Hay, en consecuencia, un Doctor Hunter, identidad oficial del escritor, y un Míster McBain, cuya creciente trascendencia le ha situado como una personalidad también de primera línea. Por ello se puede y se debe hablar, en lo sucesivo, de Ed McBain como autor en toda la dimensión del término, con olvido definitivo de la cuestión del seudónimo.

McBain publicó en 1956 las tres primeras novelas de la serie protagonizada por los hombres de la Brigada 87. Ésta se denomina, en los

originales, 87th Precinct, y en castellano ha obtenido toda clase de traducciones: Precinto 87, Demarcación 87, Distrito 87, Comisaría 87, hasta llegar a la anteriormente mencionada. Desde el principio, McBain instauró un protagonismo colectivo y de ahí que no tuviera el más mínimo reparo en matar a Steve Carella al final de la tercera novela (y no, como se ha supuesto alguna vez, por limitar su iniciativa a una simple trilogía). Sólo a regañadientes el autor obedeció las indicaciones del editor, quien erróneamente consideraba al detective Carella como «el héroe» de la serie, y rehízo el texto para mantener vivo al personaje, lo que de hecho únicamente equivalió a cambiar las últimas líneas de la novela, *The Pusher* (El traficante en drogas).

Ésta había sido precedida por *Cop Hater* (Odio) y *The Mugger* (El atracador). Siguió, al año siguiente, *The Con Man* (El estafador), y vino después un miniciclo de obras con la palabra *killer*, «asesino», en cada título: *Killer's Choice* (Decisión criminal), *Killer's Payoff* (Extorsión mortal), *Lady Killer* (La dama debe morir), las tres publicadas en 1958, y *Killer's Wedge* (Cuña de muerte), de 1959^[1].

La Brigada 87 se hallaba radicada en un punto de una gran ciudad rodeada por sectores de diferentes clases sociales e incluso de distintas etnias, con lo que el radio de acción de sus detectives se extendía a todo tipo de grupos e individuos; los propios componentes de la brigada se hallaban diferenciados entre sí por circunstancias que integraban también la diversificación racial, con lo que los análisis sociales comenzaban a menudo entre las paredes de la comisaría.

Por supuesto, la gran ciudad correspondía a Nueva York. Pero McBain había ideado una urbe imaginaria, *Isola*, nombre que en italiano significa isla; era la traducción de *Manhattan*. Otras denominaciones encubrían, sólo relativamente, los enclaves reales: así, *Calm's Point* por *Brooklyn*, *Riverhead* por el *Bronx*, *Majesta* por *Queens*, *Bethtown* por *Staten Island*. El colaborador de las revistas especializadas, *Clues* y *The Armchair Detective*, y experto en narrativa del subgénero de procedimiento policial, George N. Dove, hizo ver que McBain había imaginado que la ciudad de Nueva York diera un giro de 90 grados en el mapa para situar las referencias geográficas de *Isola*: de este modo los ríos Harb (el Hudson) y

Dix (el East River) tomaban dirección oeste y no hacia el sur; el oeste de Isla es el norte de Nueva York, el norte es el este, el este es el sur, y el sur es el oeste.

Puede sorprender la complicada maniobra geográfica de McBain, así como su iniciativa de crear una ciudad ficticia sobre el modelo de otra real, lo que ya quedaba avisado antes del comienzo de la primera novela: The city in these pages is imaginary. The people, the places are all fictitious. Only the police routine is based on established investigatory technique. Pero McBain, según declaró en más de una ocasión, estaba preocupado desde el principio por la dinámica constante de la organización y de las prácticas policiales, y pensó que con tal estrategia eludiría el, en otro caso, constante problema de tener que actualizar sus informaciones para ceñirse a la realidad del momento.

En este aspecto, la tratada serie de McBain escapa un tanto al documentalismo que tipifica (por lo menos en teoría) el subgénero de procedimiento policial, police procedural en su denominación de origen. Sin embargo, la vitalidad del subgénero conduciría a toda clase de plasmaciones, hasta el punto de que finalmente su identidad quedaría referida tan sólo a que los protagonistas pertenecieran a las fuerzas de la ley del orden, y basta con citar autores como Jerome Charyn, E. V. Cunningham (Howard Past), Chester Himes, William McGivern, Joseph Wambaugh e Hillary Waugh para que se advierta la plétora de rumbos tomados por aquella corriente. Y está claro que la serie de la Brigada 87 ha llegado a ser, con mucha diferencia, la más dilatada del subgénero en el territorio de la novela negra.

Por otra parte, a McBain nunca le ha preocupado en demasía dedicarse a exponer las tácticas y técnicas policiales, y sí le ha gustado contemplar a los personajes de la comisaría desde un punto de vista psicológico, lo que incide notoriamente en la manera en que son presentadas sus actuaciones profesionales. Hay en ello una influencia permanente de otro subgénero, el de psicología criminal, si bien tal influjo se manifiesta aún más en el retrato de los delincuentes y en el análisis de sus móviles. Aparte de figurantes que intervienen en la vida privada de los detectives (como Teddy, la esposa sordomuda de Carella), destaca en la serie la presencia, de vez en

cuando, de un criminal ya citado, *The Deaf Man*, *El Sordo*, que apareció por primera vez en *The Heckler* (1960, *El torturador*). Resulta curioso que este singular delincuente, encarnado por Yul Brynner en el film *Fuzz*, sea repetidamente olvidado cuando se habla de los personajes míticos del género criminal.

Inmediatamente antes que *The Heckler* habían aparecido las novelas 'Till Death (Hasta que la muerte...), *King's Ransom* (El rescate), ambas de 1959, y *Give the Boys a Great Big Hand* (1960, *Las manos cortadas*), y a continuación se publicó una de las obras maestras de la serie, *See Them Die!* (1960, *Con el verano llegó la muerte*), que atañía a la comunidad puertorriqueña. En 1961 *Lady, Lady, I Did It!* (Ritual de la sangre) destacaría en los escaparates de las librerías mientras los personajes de la *Brigada 21* captaban la atención de los espectadores de la pequeña pantalla.

Hasta aquel entonces, el cine sólo había acudido en tres ocasiones a la serie y, siempre con medios muy modestos, a más de un constante cambio de actores (pese a que los dos primeros films fueron producidos y dirigidos por un mismo hombre, William Berke). En 1958 Berke adaptó, para *United Artists*, las dos novelas iniciales y conservó sus títulos, *Cop Hater* y *The Mugger*. La tercera novela también era objetivo de Berke, pero produjo y dirigió el film, igualmente con destino a la *United Artists*, *Gene Milford*, y aquél se estrenó en 1960 con la misma denominación, *The Pusher*; de ahí, seguramente, que algún especialista haya dudado de su existencia. Hay que destacar que un popular novelista del género criminal, Henry Kane, se encargó de los guiones de los dos primeros films, y que se atribuye a Harold Robbins el guión del tercero.

Hubbell Robinson produjo, para su difusión por la cadena de televisión NBC, treinta episodios de cincuenta minutos, en blanco y negro, de *87th Precinct*. Algunos telefilms conservaban los títulos de las novelas (por ejemplo, 'Till Death, *King's Ransom*, *Killer's Wedge*, *Killer's Payoff*, *Killer's Choice*, *Lady Killer*), otros los cambiaban, y unos últimos partían de distintos relatos. Se emitieron en lunes, de 9 a 10 de la noche, desde el 25 de septiembre de 1961 hasta el 10 de septiembre de 1962. Los roles estelares estaban interpretados por Robert Lansing (Steve Carella), Gena

Rowlands (Teddy Carella), Ron Harper (detective Bert Kling) y Norman Bell (detective Meyer Meyer). Y la acción quedaba centrada en Manhattan.

Dos films franceses y uno japonés adaptaron luego tres novelas de la serie llevando la acción a los países de las productoras y cambiando los nombres de los personajes. En 1963 Philippe Agostini realizaba Soupe aux poulets a partir de Killer's Wedge, y Akira Kurosawa dirigía Tengoku to Jigoku (El infierno del odio) con base en King's Ransom. Philippe Labro fue el director, en 1971, de Sans mobile apparent (Sin móvil aparente), sobre la novela de 1963 Ten Plus One (Diez más uno) que había seguido en la serie a Like Love (1962, El último encuentro).

Estas dos novelas y Ax (1964, Hacha) cerraron el largo ciclo de las editadas por Simon and Schuster. Se sucedieron luego los sellos editoriales hasta el de Arbor House que ha presidido la serie en los años ochenta. Simon and Schuster publicó también, en 1962, el libro que agrupaba tres novelas cortas de la Brigada 21 The Empty Hours (Las horas vacías). Delacorte Press se encargó de difundir las narraciones extensas de la serie en 1965, He Who Hesitates (La duda) y Doll, y en 1966, Eight Million Eyes. La editorial que la reemplazó, Doubleday, inició y terminó sus publicaciones de novelas de McBain con sendas reapariciones de The Deaf Man, El Sordo. Fuzz (1968, Pasma) fue dedicada por el autor a su suegro Harry Melnick, con la especificación de que le había inspirado la idea de The Heckler (donde debutó aquel personaje) y de que por lo tanto debía de «asumir parte de culpa» en este nuevo libro (donde dicho delincuente ponía de nuevo en vilo a la Brigada 21). Es difícil saber el auténtico y profundo sentido de tal dedicatoria; el caso es que el escritor, que había tenido tres hijos con Anita Melnick, se casó por segunda vez en 1973, ahora con Mary Vann Hughes Finley, poco después del estreno de la versión cinematográfica de Fuzz.

En este film, dirigido por Richard A. Colla y distribuido por United Artists, se superaba de lejos la humildad presupuestaria de las iniciales versiones cinematográficas de la serie en Estados Unidos. Se requirió al creador literario para el guión, se contó con los relativos lujos del sistema Panavision y del color, y se obtuvo la concurrencia de los actores Burt Reynolds (Carella), Jack Weston (Meyer Meyer), Tom Sherritt (Bert Kling)

y de la despampanante Raquel Welch, en un rol de detective femenino a su medida, sin olvidar la antes citada caracterización de Yul Brynner como El Sordo. Las ironías de la novela resultaron agudizadas en el film, que mostraba a los detectives de la Comisaría 87 como una pandilla de incompetentes.

Tras la edición de la novela se habían escalonado Shotgun (1969), Jigsaw (1970), Hail, Hail, The Gang's All Here (1971, Llegó la banda), y Sadie When She Died (1972, Cuando Sadie murió). La última obra publicada por Double day fue Let's Hear It for the Deaf Man (1973, Ojo con El Sordo), tercera aparición del personaje del título, quien ahora comunicaba a la Brigada 87 su intención de llevar a cabo el robo de medio millón de dólares para, seguidamente, proponer a los detectives una pista tras otra.

Poco después, en edición Random House, vio la luz Hail to the Chief (1973, Saludos al jefe), construida a modo de sátira nixoniana. La siguieron Bread (1974) y Blood Relatives (1975) que fue llevada al cine por Claude Chabrol en Francia bajo el título Les liens de sang (1977, Laberinto mortal) y con la actuación de Donald Sutherland como Steve Carella. So Long as You Both Shall Live (1976) y Long Time No See (1977) finalizaron la colaboración de Random House con McBain y su serie policial.

Fue entonces cuando McBain inició una nueva serie, que se desarrollaría paralelamente a la de los detectives de Isola. Ya con cincuenta años a sus espaldas el novelista repartía su existencia entre Connecticut, durante los meses cálidos, y Florida, en invierno, y eligió este último escenario para las investigaciones y aventuras del abogado Matthew Hope. La editorial Arbor House difundiría su estreno con Goldilocks en 1978. La segunda novela de la serie se llamó Rumpelstiltskin (1981), y después Holt Rinehart ha editado las siguientes: Beauty and the Beast (1982, La bella y la bestia), Jack and the Beanstalk (1984), Snow White and Rose Red (1983), Cinderella (1986), Puss in the Boots (1987, Gatita con botas). Obsérvese que la serie queda unificada, además de por el protagonista y el escenario, por las referencias míticas de los títulos.

Entretanto, los detectives de la Brigada 21 han continuado sus andanzas por la semificticia ciudad que McBain comparó a una mujer: Viking Press publicó Calypso (1979), Ghosts (1980, Fantasma) y Heat (1981, Calor), y Arbor House ha editado Ice (1983, Hielo), Lightning (1984), Eight Black Horses (1983, con reaparición de El Sordo), Poison (1987, Veneno), Tricks (1987, Trampas)... Cuatro decenas de libros en el espacio de tres décadas sitúan la serie de la Brigada 87 como un acontecimiento monumental en el marco de la novela negra y dan a entender que no sólo presentan una apasionante evolución de personajes fijos, sino también, al mismo tiempo, una gradual mutación del autor, quien, por ejemplo, ha progresado considerablemente en la contemplación de las figuras femeninas; de su interés por este tema ha sido fruto la obra publicada recientemente por Mysterious Press y construida por el propio novelista: McBain's Ladies-The Women of the 87th Precinct.

Cuatro decenas de libros comportan asimismo un desarrollo notorio de la escritura y de la visión del mundo. El primero, Cop Hater (Odio), comenzaba de este modo: From the river bounding the city on the north, you saw only the magnificent skyline («Desde el río que bordeaba la ciudad por el norte, sólo se podía ver el magnífico perfil del horizonte»). El último citado, Tricks, empieza, por el contrario, de forma mucho menos lírica: The pair of the them came down the street streaming blood. No one paid any attention to them. This was the city. («La pareja bajaba por la calle chorreando sangre. Nadie les prestaba atención. Así era la ciudad»). A lo largo de sus tres décadas de vida, la serie de la Brigada 87 ha recorrido una dilatada etapa de la historia de la novela policial americana, alimentándola y, simultáneamente, nutriéndose de ella.

En cierto modo, McBain no se ha limitado a reflejar trayectorias modernas del género (como la tendencia a la ironía y a la desesperanza, la temática del caos urbano y de la inseguridad individual, la maximalización del argot, el acceso a la racionalidad para sostén del escepticismo), sino que ha edificado algo parecido a una síntesis del mismo mediante la acumulación de aportaciones pretéritas: el propio concepto de serie y la prolongada sujeción a él remiten notoriamente al pasado. Quizá se inscriba, desde otra perspectiva, en una similar mirada hacia tiempos

remotos la estrategia de dar a las novelas de Matthew Hope denominaciones referidas a los relatos fantásticos que Salvatore Lombino leyera en su niñez. Si el doctor Hunter, con The Chisholms (1976), ha llegado a los lejanos tiempos del western, míster McBain se ha remitido a ensoñaciones infantiles cuyos terroríficos matices ofrecen vínculos profundos con la sociedad contemporánea.

JAVIER COMA

OceanofPDF.com

Ésta es para Nancy y Bo Hagan

OceanofPDF.com

1

*Éste es el granjero que sembró el trigo que comió el
gallo que cantó a la mañana...*

Matthew se preguntó qué estaba haciendo ahí.

Soy un abogado, pensó. ¿Por qué estoy aquí tirado bajo la lluvia?

—Escucha —susurró Warren.

Matthew escuchó. Oía el sonido de un oleaje furioso batiendo la playa. Oía el roce del follaje de las palmas en el viento fuerte. Oía el silbido de la hierba a lo largo de la costa.

Nada más.

—¿No has oído algo? —susurró Warren.

—No —contestó Matthew.

Siguieron vigilando la casa.

Estaban tendidos detrás de una enorme parra a un costado de la casa, cuyo frente daba al mar. Un viento frío agitaba las hojas anchas de la planta. Bajo sus cuerpos, la arena estaba fría y húmeda. Del mar provenía un viento enfurecido. Era el 3 de febrero. Había empezado a llover la mañana del asesinato. Había estado lloviendo sin parar durante los últimos cinco días.

Palabras.

Uno escuchaba palabras, y no significaban nada hasta que empezaban a formarse las imágenes. Al comienzo, Matthew no había evocado ninguna imagen, se había limitado a oír la cadena de palabras que fluían de la boca de Ralph Parrish. Parrish había venido a Florida a ver a su hermano. Había venido conduciendo su automóvil desde Indiana, hacía una semana; de Wander, Indiana, según decía la licencia del coche. Había venido para el cuadragésimo cumpleaños de su hermano. El hermano de Parrish era gay.

Parrish lo sabía. Aun así, no se había preparado para la fiesta que dio su hermano, aquí en la casa de la playa. Hombres vestidos de mujer. Hombres bailando unos con otros. Besándose unos a otros. Parrish había subido a su cuarto a las doce menos diez. Pocos minutos antes de las siete de la mañana, oyó gritar a su hermano. Bajó corriendo.

Al verlo por primera vez, Matthew le calculó cincuenta y dos o cincuenta y tres años. Cabello gris en las sienes, la nariz algo hinchada, la boca de labios finos. Hombros anchos que hacían parecer ajustada la camisa de algodón de la cárcel. Un granjero de Indiana que debería haberse sentido a gusto aquí en Calusa, donde venían a instalarse tantos nativos del Medio Oeste. Pero lo habían arrestado por matar a su hermano menor.

Palabras.

Jonathan, el hermano, saludando a los invitados en su fiesta del viernes por la noche. Pese al frío, lleva puestos pantalones de lino bien planchados y una camisa de seda desabrochada hasta la cintura. Un ornamentado crucifijo de oro entre el espeso vello del pecho, colgando de una gruesa cadena de oro. Regalo de un antiguo amor. Un recuerdo de la «Peregrinación Italiana» de Jonathan, como la llama cuando se pone melancólico. Parrish usa exactamente esas palabras: cuando su hermano se pone melancólico. De pronto Matthew se pregunta si no será gay él también.

Palabras.

Pero algunas imágenes empiezan a formarse.

El crucifijo es un pequeño recuerdo de un dentista de Chicago, recién salido del armario, que veraneaba en Venecia. Bruce no-sé-cuántos, ¿puede creerlo? Un Jonathan delgado, esbelto, rubio, pálido y de ojos azules, con el viejo crucifijo de Bruce en el pecho y las campanas de St. Benedict calle abajo dando la hora, bong, bong, bong, mientras llegan los invitados, y así siguen, son las siete en punto. En Calusa, Florida, todo el mundo es puntual, nada de aparecer con un elegante retraso de media hora o cuarenta y cinco minutos. Oh, no, aquí la gente no quiere perderse un segundo de la fiesta. Moralidad del Medio Oeste, hábitos del Medio Oeste, transportados con rumbo sur hasta el Golfo de México.

—¡Jonathan, esto es celestial!

La expresión proviene de un viejo marica enjoyado, con una estola de visón sobre un modelo exclusivo de Pierre Cardin. Uno de los amigos de Jonathan. Todos de pie en el muelle de la casa de la playa en el Cayo de los Suspiros; el aire cargado de *Poison* y *Shalimar* y *Tea Rose* y sólo Dios sabe qué otras fragancias; la mitad de los hombres vestidos de mujer, los otros con ambiguas posturas de macho, todos suspirando y exclamando mientras el sol se pone sobre el Golfo, la última puesta de sol que verán en cinco días porque a las cinco menos cuarto de la mañana empezará a llover.

Jonathan dice:

—Mi hermano es un caballero agricultor, ¿saben?

Un tipo flaco vestido de cuero negro (el único elemento rudo a la vista) pregunta:

—¿Y los caballeros agricultores introducen el arado bien hondo?

Y el marica perfumado de la estola de visón dice:

—Bandido, bandido —y le da un golpecito con su abanico japonés.

Imágenes que se forman.

Aromas.

Sonidos.

Jonathan pone un *compact disc* nuevo que alguien ha traído de regalo, y alguien observa los fríos y netos y fieles que son los sonidos que salen de los parlantes. Una pareja empieza a bailar, bien amarrados, y, antes de que nadie pueda pronunciar la palabra SIDA, todos están bailando, es como en los viejos tiempos, ah, esos queridos viejos tiempos ya muertos, las manos en la nuca, los dedos acariciando el cuello, dime que me quieres, mi amor. Ralph Parrish está viendo una película inesperada, el estómago se le revuelve. Se lo dice a su hermano en términos claros. De ahí sigue una discusión violenta, y Parrish sube ruidosamente a su cuarto en el último piso de la casa.

Desde el cuarto oye risas, se están riendo de él.

Y más música.

Concilia el sueño con dificultad. Sueña en acres y acres de trigo bañado por el sol, su rica cosecha allá en Indiana, pero detrás de cada espiga que se marchita hay una pareja de maricas fornicando.

Apenas un barrunto de luz tras las persianas bajas.

El sonido de la lluvia arrasando el muelle.

Voces que suben en una discusión.

Y un grito de su hermano.

Y ahora las palabras estallan en imágenes maduras: Parrish apartando las sábanas húmedas. Los pies descalzos en el piso de madera ligeramente pegajoso por la sal, su hermano que sigue gritando, el grito como una mancha color rojo sangre en el gris pálido del amanecer, y después otra vez palabras:

—¡No las tengo! ¡No sé dónde están!

—Quien grita es su hermano. Después otro grito.

Y silencio.

Parrish baja corriendo.

Un portazo.

Por la ventana, ve a alguien corriendo por la playa hacia el norte.

Corriendo bajo la lluvia.

Alguien vestido de negro.

En el piso, su hermano viste de rojo.

Los pantalones de lino blanco están manchados de rojo, la blusa de seda abierta está manchada de rojo, su hermano está rojo por la sangre que mana de media docena de cortes en las manos, sangre que mana con exasperante lentitud de la herida que alberga la hoja del cuchillo hundido en el pecho.

Jonathan lo mira desde el suelo.

Los ojos le brillan de terror y dolor.

El primer instinto de Parrish es arrancar el cuchillo del pecho de su hermano.

Esto se lo dice después a Matthew.

—Pensé que podría aliviar su sufrimiento si sacaba el cuchillo.

Fueron sus palabras a Matthew.

Arrancó el cuchillo.

Y la sangre le saltó sobre las manos y el rostro.

—Tanta sangre —le comenta después a Matthew.

Palabras.

Palabras recordadas bajo la lluvia que cae.

Imágenes de sangre.

El granjero de Indiana seguía sosteniendo que el hombre de negro era el asesino o un testigo del asesinato. Si era el asesino, casi con seguridad volvería a la casa a buscar lo que quería entonces. La policía de Calusa había terminado su trabajo en la casa a primera hora de esta tarde. Ahora Matthew y Warren estaban tendidos boca abajo mientras llovía, esperando la posible aparición del desconocido de negro, que había salido corriendo al amanecer lluvioso y gris del 13 de enero.

—¿No lo oyes? —susurró Warren.

—No —respondió Matthew también en un susurro—. ¿Qué?

—Hay alguien en esa casa —dijo Warren.

Y se puso de pie.

Treinta y cuatro años, negro, alto y delgado, ex policía de St. Louis, ahora trabajaba de detective privado aquí en Calusa. Una Smith & Wesson calibre 38 salió de una funda colgada del cinturón. Dio un rodeo al arbusto. Matthew deseó estar en su casa, en la cama. Pero siguió a Warren por el sendero que subía hasta los escalones del muelle, los subió detrás de Warren hasta el muelle, el muelle estaba resbaladizo por la lluvia; las nubes se acumulaban en el cielo, ni un rastro de la Luna. Las cintas de precintado de la policía seguían pegadas a las puertas-ventanas en la parte de atrás de la casa.

Warren escuchó a través de las puertas.

Y afirmó con la cabeza.

Había alguien dentro. /

Matthew también oyó los ruidos.

Alguien revolvía algo.

¿Buscando algo?

¿Qué?

Las puertas estaban cerradas con llave. Warren tardó doce segundos en forzar la cerradura con una tarjeta plastificada de American Express.

Nadie en la sala. Formas que apenas se dibujaban en la oscuridad. Un sofá. Varias mecedoras de rattan. Una biblioteca. Un cubo con carbón. Un escritorio contra una pared. Un rectángulo más oscuro: una puerta. Más allá de esa puerta, abierta, otra vez el ruido. Warren le tocó el brazo a Matthew. Esperaron.

Al otro lado de la puerta, la cocina.

Ahora, silencio.

Una ventana abierta. Una cortina agitándose por el húmedo viento marino.

Otro ruido.

Sus ojos se iban adaptando a la oscuridad.

Un refrigerador. Un fregadero. Una encimera. Una mesa. En una de las sillas...

Ojos.

Una máscara.

—¡Alto! —gritó Warren, y se inclinó, sosteniendo la pistola con las dos manos, en la postura típica de policía.

—Es un... —empezó Matthew, pero ya era tarde.

Warren ya había atravesado de un tiro al mapache.

En Florida los mapaches parecen hienas. No son suaves, tiernos y mimosos como son en realidad, o lo parecen, en climas más fríos. En esas playas, no necesitan mucha piel. No producen el deseo de acariciarlos o abrazarlos. No son adorables. No emergen sacudiéndose graciosamente del agua; se escabullen. Los pocos pelos húmedos les quedan colgando, y se mueven con una cojera fluida, semejante a la de la hiena, en su búsqueda de comida. Pueden abrir cubos de basura tapados con tanta facilidad como un ladrón o un policía abren una puerta cerrada con llave. Si entran en una casa, causan una devastación. Es preferible un huracán a un mapache.

Warren Chambers estaba feliz por haber matado al mapache.

—Son portadores de rabia —dijo.

A Frank Summerville le disgustó que Matthew y Warren se hubieran introducido en la casa de Parrish y mataran al mapache.

—No eres detective privado —dijo.

—Lo sé —dijo Matthew—. Soy abogado. Warren es el detective privado.

—Sea como fuere —añadió Frank—, no teníais derecho a irrumpir en la casa de Parrish.

Estaban en la oficina de Frank. Summerville y Hope, en la calle Heron. El nombre de la calle aludía a un gran pájaro de Florida abriendo las alas bajo el sol..., salvo que seguía lloviendo. La definición que daba Frank del infierno era: lluvia en Florida. Neoyorquino desplazado, de cuarenta años, un metro setenta y cinco de altura, cara redonda, cabello oscuro, ojos castaños. Hablaba todo el tiempo de su ciudad natal, la Gran Manzana. A Calusa la llamaba la Pequeña Naranja. A Miami lo llamaba el Gran Tamal, en razón de su población hispánica. Odiaba Florida. Matthew se preguntaba por qué no volvía a Nueva York. Pero esperaba que no lo hiciera. Era un buen amigo y un buen socio.

Hoy algo le estaba molestando.

Algo más que la lluvia interminable y el mapache muerto.

Conocía bien a su socio.

Algo en esos ojos.

—¿Qué es? —le preguntó.

—¿Y me lo preguntas? Te introduces ilegalmente en una casa diez minutos después de que la policía haya terminado su trabajo en ella...

—Parrish está seguro de que el asesino volverá.

—Eso es exactamente lo que yo diría si yo fuera el asesino y quisiera que mi abogado pensara que no soy el asesino.

—Frank... El hombre es inocente.

—Es lo que él dice.

—No habría aceptado el caso si pensara...

—Sí, sí, conozco tus reglas.

Silencio.

Matthew volvió a mirar esos ojos.

—¿Quieres hablar de lo que te preocupa, Frank?

—¿De tus reglas? Seguro. Piensas que...

—No, no de mi código.

—Piensas que el mundo se divide en chicos buenos y chicos malos. Los chicos buenos no cometen asesinatos.

—Ésas son mis reglas, ¿eh?

—Me baso en la evidencia —dijo Frank, y asintió con un movimiento terminante de cabeza.

Otro silencio.

—Habla —insistió Matthew.

—¿Que hable de qué?

—De lo que te preocupa.

—Vamos, no es nada.

—¿Qué es?

—Vamos, no querrás oír esas tonterías.

—Sí quiero.

Frank lo miró. Soltó un pesado suspiro. Se volvió y miró la ventana. La lluvia velaba los cristales.

—Leona —dijo.

Leona Summerville, su esposa. Dos o tres años menor que Frank. Tres centímetros más baja que él. Últimamente llevaba el cabello negro muy corto. Un rostro fino y bonito, con los pómulos altos. Nariz respingona. Boca amplia y sonrisa deslumbrante. Cintura de avispa, caderas anchas, piernas largas y pechos exuberantes. Pertenecía a la Liga de Protección de la Vida Silvestre de Florida, asistía a las reuniones una vez por semana. Quizás era por esto último que a Frank le había molestado la muerte del mapache.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Matthew.

Frank apartó la vista de la ventana. En los cristales se deslizaban serpientes de lluvia.

No dijo nada durante un largo rato. Matthew esperó.

—Creo que me engaña —respondió al fin Frank.

Palabras.

Sin imágenes todavía.

Bueno, sí, la imagen inmediata de Leona orgullosamente desnuda abrazada a un extraño sin rostro. Una toma de un vídeo erótico. Una instantánea caprichosa, desvanecida en un flujo electrónico; Matthew prefería no verla.

Pero las palabras seguían fluyendo.

Las ausencias de Leona, mal explicadas, y sus insostenibles excusas durante los últimos meses. Voy al cine con Sally. Tengo que arreglarme las uñas, la manicura recibe en su casa por la noche. Saldré a cenar con mis

amigas el lunes por la noche, creo que al Marina Lou's. Tengo que comprarle un regalo de cumpleaños a mi hermana, las tiendas están abiertas hasta tarde esta noche. Estaré fuera todo el sábado, tenemos que acondicionar las cosas para el remate de beneficencia de la iglesia. Y las llamadas. Siempre colgaban cuando contestaba Frank. ¿Diga? Colgaban. O, recientemente, hombres (parecían hombres diferentes cada vez) que preguntaban por Betty o Jean o Alice o Fran y se disculpaban por haber marcado un número equivocado. La ropa interior oculta en el fondo de un cajón de la cómoda. *Panties* abiertos a la altura del sexo, que él nunca le había visto usar. Portaligas y medias negras. Sostenes con agujeros en los pezones. El nuevo corte de pelo. Un perfume nuevo. Cigarrillos de otra marca. Y anoche...

—Esto ya es más íntimo —dijo Frank.

—Dímelo de todas formas.

—Estaba con la gente de la Vida Silvestre... o al menos eso fue lo que me dijo. Fue a la reunión después de cenar, regresó a casa poco antes de la medianoche. Las reuniones por lo general terminan a las once y media.

Vaciló antes de seguir.

—Matthew, no quiero creer esto.

—Yo tampoco.

Parecía al borde de las lágrimas.

—Ella..., ¿sabes?, ella... usa un diafragma. Cuando... antes de que hagamos el amor, ella... va al baño y... se lo pone. O se lo coloca, como sea.

Volvió a mirar hacia la ventana. Seguía lloviendo.

—Yo estaba acostado cuando volvió. La vi desnudarse... Yo quería hacer el amor, ¿sabes?, así que cuando se metió en la cama a mi lado, empecé... ya sabes... a besarla y... bueno, tocarla... y...

Otra vez imágenes.

Ambos desnudos en la cama. Frank descaradamente erecto, Leona aceptando sus salvajes caricias. Las manos de él le recorren los pechos, el vientre, y al fin buscan abajo, dedos que exploran. Ella intenta salir de la cama. «No tengo nada puesto», dice rápidamente, y trata de desprenderse de él, pero es demasiado tarde, los dedos de Frank ya están dentro de ella.

—Llevaba el diafragma —dijo Frank.

Silencio, salvo la lluvia.

—Se lo puso para salir, Matthew...

El ruido firme de la lluvia sobre las hojas de los árboles al otro lado de la ventana.

—Me... me dijo que esperaba que hiciéramos el amor, que se había anticipado. Pero eso... no es de Leona. Ella nunca... quiero decir... en ella siempre es una cosa espontánea.

Matthew asintió.

—¿Llamaste a alguien? —preguntó—. A esa gente de la Vida Silvestre. Para ver si de veras hubo una reunión...

—Hubo una reunión, eso lo sé. No es estúpida.

—¿Pero asistió?

—En el grupo hay cincuenta o sesenta personas, y no se controla la asistencia, no se registra quién se va antes, o...

—El único que registra eres tú. Sus horarios y sus idas y venidas, sus cambios de perfume y cigarrillos, y la ropa interior... —Sí. Es lo que he estado haciendo.

—¿Se te ha ocurrido pensar que Leona podría estar diciendo la verdad?

—Ella está en el bando de los chicos buenos, ¿eh?

—Siempre lo he pensado, Frank.

—Sé que mentía respecto al diafragma.

—No puedes estar seguro. Quizá realmente planeó...

—¿Entonces por qué dijo «No tengo nada puesto»? Cuando ya tenía puesta la maldita cosa...

—Quizá no le entendiste bien. Quizá...

—No.

—Quizás ella quiso decir...

—No.

—¿Por qué no le preguntas qué quiso decir, Frank? Habla con ella. ¡Por todos los cielos, es tu esposa!

—¿Lo es?

Sus miradas se encontraron.

—¿Está muy ocupado Warren? —preguntó Frank.

—Mucho. ¿Por qué?
—Quiero que la vigile.
—No creo que debas hacerlo, Frank.
—Tengo que saber. De un modo u otro, tengo que saber. Matthew suspiró.
—¿Podrías... podrías hablar tú con él? —dijo Frank.
—Si de veras quieres que lo haga.
—Por favor.
—Comprendes que tendré que decirle...
—Sí, quién es. Sí. Por supuesto.
Matthew volvió a suspirar.
—Lo pondré a trabajar —dijo.
—Gracias.
—Tengo la esperanza de que te equivoques.
—Yo también —añadió Frank.

Primero lo primero, pensó Warren. Si la dama se ve con otros hombres, lo seguirá haciendo mañana o dentro de una semana. En esos casos no hay urgencias. Lo importante ahora era hablar con el hombre de negro.

Warren estaba sentado a una mesa acariciando su cuarta cerveza. Se preguntaba si existiría la posibilidad de contraer el SIDA sólo por asistir a un lugar como éste. El estado de Florida era el tercero en población homosexual, después de Nueva York y California, pero hasta el momento sólo se habían dado setenta y cinco casos de SIDA en Calusa. Para Warren, la cantidad era excesiva. Especialmente si uno podía contagiarse tomando una cerveza.

El barman le había dicho que le señalaría a Ishtar Kabul en cuanto entrase. Ishtar Kabul. El apellido indudablemente tomado del nombre de la ciudad de Afganistán, el nombre inspirado en la película. Alguien le había dicho a Warren que *Ishtar* en árabe quería decir *Howard el Pato*.

Desde el momento en que empezó a trabajar en este caso, y salvo la noche anterior cuando mató al mapache, Warren había estado siguiendo a los testigos que el fiscal del distrito se proponía llamar al estrado. Sumaban

doce, doce hombres buenos y veraces. Lo mismo que el jurado que les oiría testificar que Ralph Parrish y su hermano habían discutido violentamente la noche antes del crimen.

Localizó a la mayoría en las direcciones que la Fiscalía le había proporcionado, y después empezó a buscar al resto en los bares de homosexuales de la ciudad. Había sólo tres bares de este tipo en toda Calusa: Scandal's, en el piso alto del restaurante griego en Michael's Mews; Popularity, frente al aeropuerto en la carretera 41; y The Lobster Pot, aquí en la esquina de la Diez y Citrus. El Lobster Pot era el más antiguo de los bares gay de la ciudad, y el de peor fama. Se lo había dicho Christopher Summers.

Había encontrado a Summers al fin esa tarde a última hora, en el parque frente a Marina Lou's, una de las zonas de contacto de homosexuales. Summers no parecía en absoluto el marica descrito por Parrish. Nada de estola de visón ni perlas ni abanico japonés. Sentado en un banco bajo la lluvia, con un gran paraguas azul y blanco y un traje tropical color habano, parecía un respetable banquero, cosa que, por lo que sabía Warren, bien podía ser. Warren se había sentado en el banco. Summers no tardó treinta segundos en invitarlo a su casa a tomar un trago. Warren le dijo que no, gracias, y que en lugar de eso esperaba poder hablar sobre la fiesta en casa de Jonathan Parrish la noche del viernes pasado.

—Oh —dijo Summers.

Así fue como empezaron la conversación.

Hablaron sentados bajo la lluvia. Los dos apretados como amantes bajo el gran paraguas azul y blanco. Plinc, plinc, hacían las gotitas de lluvia.

—Sí —dijo Summers—. Había un hombre vestido enteramente de negro en la fiesta de Jonathan, cuero negro si mal no recuerdo, un hombre llamado Ishtar Kabul.

Warren preguntó si Kabul era negro, con un nombre así.

—Oh, no —dijo Summers—, es tan blanco como usted o como yo.

Y sólo entonces cayó en la cuenta de que estaba hablando sólo para sí mismo. Pero sí, en realidad Kabul era blanco, entre veinte y treinta años, y, por supuesto, gay. Antes de la noche de la fiesta, Summers lo había visto

sólo una vez, cuando Kabul salía del Lobster Pot, y Summers pasaba lentamente frente a la puerta.

—¿Está seguro —preguntó— que no quiere venir a mi casa a tomar un trago? Puedo encender un fuego en la chimenea, con esta lluvia horrible. No tendrá intenciones de ir a ese lugar, ¿no?

Y fue entonces cuando le explicó que los gays de Calusa encontraban poco elegante al Lobster Pot, y que su reputación no era de las mejores en el ambiente.

En efecto, al Lobster Pot definitivamente no se lo podía calificar de elegante. Las obligatorias redes colgando de las paredes, con rojas langostas muertas tratando trepar por ellas. Mesas de inspiración marina, con herrajes de bronce tan opacos como madera. La iluminación al estilo *Casablanca*, baja y ahumada. Una barra larga y maltrecha, en la que se alineaban exclusivamente hombres. Un tocadiscos automático atronando *rock*.

Ishtar Kabul entró a las once menos cuarto; su llegada se hizo notar con un gesto discreto del barman.

El hecho de que siguiera vestido enteramente de negro mostraba que el tipo tenía sangre fría, eso Warren debía reconocérselo. Si de veras era el que había liquidado a Jonathan Parrish y después había salido corriendo bajo la lluvia, se suponía que a estas alturas ya se habría vestido de rosa fluorescente.

Pero no, seguía de negro.

Cerró un gran paraguas negro, sacudiendo agua en el suelo. Pelo negro, vaqueros negros y un suéter negro de cuello en pico, las mangas remangadas por encima de los codos. Botas negras. Pulsera de cuero negro en la muñeca derecha, Seiko digital con malla negra en la izquierda. Gran collar de plata y turquesas colgándole del cuello. Pequeño pendiente de plata y turquesas en la oreja izquierda. Ojos azules haciendo juego. Miradas rápidas. Inspeccionando el mostrador de carnes.

Warren levantó la mano.

—¡Ishtar! —llamó—. ¡Aquí!

Kabul se volvió, entrecerró los ojos tratando de ver en la casi penumbra.

—¡Aquí! —volvió a llamar Warren, y agitó los dedos de la mano derecha.

Kabul se acercó a la mesa.

—¿Te conozco? —preguntó.

—Ahora sí —dijo Warren, y mostró su gran sonrisa de comedor de sandía—. Siéntate, Ish. Tenemos que hablar.

—Nadie me llama Ish —dijo Kabul, y empezó a alejarse.

—¿Cómo te llamaba Jonathan Parrish? —le preguntó Warren a su espalda.

Kabul se inmovilizó al instante. Los vaqueros negros, que promocionaba, ajustados en las nalgas. Se volvió lentamente, como un hombre en un papel de vaudeville.

—¿Quién? —preguntó.

—Jonathan Parrish —dijo Warren—. Siéntate.

Kabul vaciló.

—Siéntate, querido, no te morderé —añadió Warren, y volvió a mostrar la sonrisa de Sambo.

Kabul lo miraba con toda la intensidad de sus ojos azules, intrigado.

Y al fin se sentó.

Enganchó el mango de su paraguas negro en el respaldo de la silla.

Miró a Warren por encima de la mesa.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿dónde has estado toda mi vida? —dijo Warren—. O al menos desde el sábado pasado.

—¿Qué eres tú? —preguntó Kabul—. ¿Policía?

—Semi —repuso Warren.

—¿Y eso qué significa?

—Soy investigador privado.

—¡No bromees! ¿Pero existen de verdad?

—Yo soy la prueba —dijo Warren.

—Siempre hay alguna sorpresa nueva —manifestó Kabul, sacudiendo la cabeza.

—Dime, Ish —preguntó Warren—, ¿te gusta el negro?

—Ocasionalmente —contestó Kabul—. ¿Vamos a tu casa o a la mía?

—Bandido, bandido —dijo Warren, repitiendo las palabras que Summers le había dicho a Kabul la noche de la fiesta, según la versión de

Ralph Parrish, quien ahora languidecía en la cárcel acusado del asesinato de su hermano. Las palabras no parecieron despertar ningún recuerdo. Los ojos de Kabul ahora se paseaban por el salón, buscando una pareja más potable. Parecía aburrido con lo que sucedía en esta mesa.

—Vestías de negro la noche de la fiesta, ¿no? —dijo Warren.

—¿Qué fiesta? —preguntó Kabul. Seguía aburrido con esta charla.

—Aquí está —dijo Warren—. Lo tengo anotado. Vestías de negro la noche antes del crimen. El hermano de Parrish vio a alguien vestido de negro que se alejaba corriendo de la casa la mañana del crimen. Quiero saber dónde estabas a las siete de esa mañana, mientras acuchillaban a Parrish.

—En mi casa, en la cama.

—¿Solo?

—No seas ridículo.

—¿Con quién?

—Con una dama llamada Christie Hewes.

—¿Una dama?

—Sí, una dama.

—¿Eres ambidextro, Ish?

—Lo haría con un cocodrilo, si no tuviera esos dientes tan afilados.

—¿La policía sabe sobre dicha dama?

—Sabe de ella, sí. Hablaron con ella, saben que yo estaba con ella. De todos modos, ¿qué es esto? La policía ya tiene a su asesino.

—Nosotros no lo creemos, Ish.

—¿Quiénes son nosotros?

—Yo —dijo Warren—. ¿Estás seguro respecto a esta mujer, eh?

—Por supuesto, estoy seguro. —Kabul sonrió—. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Warren Chambers.

—¿Debo llamarte Warr?

—No.

—Entonces no me llames Ish.

—¿Cómo te llamas de verdad, Ish?

—Eres imposible —exclamó Kabul, y puso los ojos en blanco.

—¿Herman? ¿Archibald? ¿Rodney? Si elegiste Ishtar, debió ser realmente feo.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó Kabul—. ¿Leroy?

—Eso ya es racismo, ¿no te parece? —dijo Warren.

—No. Racista sería Amos.

Estaba empezando a disfrutar. No pensaba que una charla aquí fuera seria. Pensaba que la policía ya había terminado con él, así que no tenía por qué decirle nada a un detective privado sin importancia. Era hora de jugar un poco, de divertirse con el tipo.

—Déjame que te explique una cosa, Zafiro —dijo Warren—. Tenemos un cliente que tiene la silla eléctrica por delante, no sé si entiendes. Ahora suponte que le pedimos al fiscal del distrito que realice una pequeña ronda de reconocimiento, y digamos que nuestro hombre te identifica como el tipo al que vio corriendo por la playa...

—¿Y por qué iba a hacerlo? Yo estaba en mi casa metido en la cama. Sería perjurio.

—Bueno, vaya, supongo que sí. Pero quizás él piense que el perjurio es mejor que la silla eléctrica, ¿no? ¿Empiezas a captar la tendencia, Ish?

—No me llames Ish.

—Perdón, Ishtar. ¿Captas, Ishtar? ¿La idea penetra?

—Adoro tu manera de expresarte —dijo Kabul—. Penetrar.

—¿Podrías terminar con eso, por favor? —le cortó Warren—. ¿Qué quieres que haga, Ishtar? ¿Que abra esta lata de gusanos para que el fiscal mire adentro, o la mantengo en familia? Era una zarandaja. El fiscal ya tenía asegurado su caso, y yo haría una ronda de reconocimiento.

—Tú decides.

—Yo estaba en la cama con una mujer llamada Christie Hewes.

—Ésa es tu historia, ¿eh?

—La policía la interrogó, y...

—Yo también la interrogaré —dijo Warren.

—Hazlo.

—Claro que lo haré. Y soy mucho mejor que la policía. Será mejor que estés muy seguro de que te encontrabas con ella. De otro modo, cuando nuestro hombre te identifique...

—No me asustas.

—Bien, no quería asustarte. Tengo que irme —dijo Warren, se levantó y retiró la silla—. Realmente, fue agradable charlar contigo —dijo—. Le daré recuerdos de tu parte a Christie.

—Espera un minuto —dijo Kabul—. Siéntate.

Warren siguió de pie.

—Ella ya está bastante asustada —dijo Kabul—. Déjala en paz, ¿de acuerdo?

—¿Asustada por qué?

—Mierda, hombre, es un caso de asesinato.

—¿De veras? Vaya.

—Ese tipo de ustedes le dice a la policía unas mentiras sobre un hombre de negro...

—Tú —dijo Warren.

—¡No, maldito sea, yo no! Alguien que él inventó. Para salvar el pescuezo.

—Estás empezando a entender —dijo Warren—. Al minuto que él haga una identificación positiva...

—Deja en paz a Christie, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

—No quiero que la policía vuelva a visitarla. Ya firmó una declaración.

—Mmm.

—Tú vas ahí y la asustas...

—¿Yo?

—Le haces cambiar la historia...

—Oh, ¿de modo que ella mintió, Ishtar?

—No estoy diciendo que mintiera. Pero si cambia su historia...

—Eso significa que mintió...

—Y si después tu hombre dice que soy yo el tipo que vio en la playa...

—Que es lo que dirá, te lo aseguro.

—Entonces los dos tendremos problemas.

—Tú más que la dama. ¿Asustarla cómo, Ishtar?

—Hasta hacerle decir que yo no estaba con ella.

—Pero tú estabas, ¿no? Es lo que le dijiste a la policía. Es lo que juró Christie.

—Sí.

—¿Qué es lo que te preocupa entonces?

—No estoy preocupado.

—Bien. En ese caso iré a hablar con ella.

—No. Espera.

Warren esperó.

—No quiero meter a nadie en problemas —dijo Kabul.

—¿A quién no quieres meter en problemas?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Estabas con otra persona?

Silencio.

—No era Christie, ¿eh?

El silencio se prolongó.

—Y tampoco fue un cocodrilo, podría apostararlo.

—Mira...

—¿Quién era, Ishtar?

—Es casado —dijo Kabul—. El hombre con el que estaba.

—Ah —dijo Warren—. ¿Cómo se llama?

—Tú sólo le causarías problemas.

—No, sólo hablaría con él. En privado. Con la máxima discreción.

—Me lo imagino.

—O bien te seguiré sin perderte de vista durante meses hasta que te atrape con él en la cama, y entonces la mierda lo salpicará de veras. Fotos, Ishtar. Películas. En technicolor. Habla.

Kabul permaneció en silencio largo rato.

—Escucha —dijo al fin—. Yo quiero de veras a ese tipo. No quiero causarle problemas, en serio.

—¿Quién? Dime su nombre.

Otro silencio. Alguien al otro lado del salón soltó una risa aguda. Kabul miró en dirección a la barra. Por sobre el hombro, casi en un susurro, como si le repugnara dejar que el nombre escapara de su boca, dijo:

—Charles Henderson.

—Gracias. La dirección, por favor.

—Vive en Sabal Key.

Siempre mirando la acción en la barra.

—¿En qué lugar de Sabal?

—Sabal Towers.

—¿Alguna dirección?

—No sé la dirección. Es el bloque más grande. Sabal Towers. —
¿Número de apartamento?

Se volvió, miró a Warren.

—Escucha... por favor, sé prudente —le rogó—. Charles es muy tímido, y muy vulnerable...

—Y muy casado, lo sé —dijo Warren.

—Sí —asintió Kabul.

—No tiene por qué preocuparse —dijo Warren—. Y tú tampoco. Si de veras estabas con él esa mañana.

—Estaba.

—Así lo espero —añadió Warren.

En realidad no lo esperaba. Esperaba que Kabul estuviera mintiendo descaradamente. Así sería mucho más fácil.

Pero sabía que nunca era fácil.

OceanofPDF.com

*Éste es el gallo que cantó a la mañana que despertó
al cura afeitado y tonsurado...*

El cadáver estaba en uno de los compartimientos del refrigerador de la morgue del Buen Samaritano. Una ambulancia lo había transportado de Whisper Key al hospital la mañana del 13 de enero, y ese mismo día fue realizada la autopsia. Ya era 5 de febrero, pero nadie había reclamado el cuerpo todavía. La única persona que podía haberlo reclamado estaba en la cárcel, acusada de causar que ese cuerpo estuviera en su actual condición.

—Salvo por los cortes defensivos en las palmas de las manos, fue un acuchillamiento muy limpio —dijo Bloom—. Directo al corazón y adiós Charlie.

Parecía no notar el hedor que reinaba en la morgue.

Matthew deseó que lloviera dentro de la morgue. Que el agua se llevara la pestilencia. El mal olor estaba compuesto de tres partes de gases de los cuerpos, y una parte de sustancias químicas. Aun aquí en el refrigerador, el olor se difundía. Matthew deseó poder llevarse un pañuelo a la nariz, pero pensó que Bloom lo consideraría indigno de un profesional.

—El cuchillo coincide con los otros que hay en la cocina —dijo Bloom—. Un cuchillo de chef. Hoja de veinticinco centímetros, muy efectiva.

Un arma ocasional. Lo que significaba que el asesino no había ido a la casa con el expreso propósito de cometer el homicidio. Lo que daba peso a la afirmación de Ralph Parrish de que el asesino había ido allí en busca de algo. Pero ¿qué? ¿Y por qué había matado?

—Huellas digitales del acusado en la hoja del cuchillo —dijo Bloom.

Exponía los hechos con voz monótona. Era un hombre corpulento, con la nariz rota más de una vez, manos de boxeador callejero, porte descuidado, cadencias de la Gran Manzana en su habla, su trayectoria había sido Nueva York, condado de Nassau, Calusa, policía durante la mitad de su vida. Sólo los hechos, señora.

—Lo cubría la sangre de la víctima, el mismo tipo, no hay duda de que la sangre era suya. A propósito, dio positivo en la prueba del SIDA, ¿lo sabías?

—No —dijo Matthew.

—Tal como lo vemos el fiscal, el *sheriff* y nosotros, Parrish seguía disgustado con su hermano la mañana siguiente, empezó a discutir de nuevo, se irritó y lo acuchilló. Lo mejor que puedes esperar, Matthew, es un veredicto de homicidio simple. De otro modo, tu hombre irá a la silla eléctrica.

No había emoción alguna en su voz. A la silla. El granjero de Indiana va a la silla eléctrica. El granjero que, durante los últimos años, quién sabe cuántos, había estado manteniendo a su único hermano, colaborando para que viviera con estilo aquí donde el sol brilla siempre (salvo en febrero). Lo mantuvo con lujo en una casa pagada por él, una propiedad de primera sobre la playa de Whisper. Presumiblemente aceptó la homosexualidad de su hermano, o al menos ignoró, hasta esa noche de la semana pasada cuando expresó su repugnancia ante ella. ¿Y lo mató?

—Yo quería a mi hermano —le había dicho Ralph Parrish.

Y Matthew le creyó.

Los chicos buenos y los chicos malos.

El detective Morris Bloom era uno de los chicos buenos. Aunque esta vez estaba del lado malo, o al menos del lado opuesto, en tanto la policía de Calusa estaba haciendo las investigaciones de rutina con testigos para la oficina del fiscal, aun cuando el crimen había sido cometido fuera de los límites de la ciudad. Whisper Key pertenece al condado de Calusa. El departamento del *sheriff* respondió al llamamiento y llevó a cabo el arresto.

—Tomas los casos equivocados —le dijo Bloom.

Parecía triste al decirlo. Matthew era su amigo.

—Sabes lo del hombre de negro —dijo Matthew—. Corría cuando Parrish bajó la escalera. Parrish lo mencionó durante el interrogatorio y...

—Seguro —dijo Bloom.

Descartaba el tema con una sola palabra.

—Y seguramente sabes que hubo un hombre vestido de negro en la fiesta.

—Ya hablamos con él.

—¿Ishtar Kabul?

Warren le había dado el nombre la noche anterior.

—Es su nombre de trabajo —dijo Bloom—. El verdadero es más prosaico: Martin Fein. Es judío.

Sacudió la cabeza. Se preguntaba asombrado cómo un decente chico judío podía haberse hecho homosexual. En el viejo barrio de Bloom, los chicos judíos decentes no se volvían maricas. Tampoco se hacían policías, es cierto, pero eso no se debía a que en Nueva York había que ser irlandés para llegar a algo más que capitán. Hoy día, había que ser negro. Si uno era judío, le convenía más aspirar a rabino. O, mejor todavía, hacerse contable.

—Matthew —dijo Bloom—, tu hombre tenía el arma homicida en la mano...

—Se la arrancó del pecho a su hermano.

—No podría haber hecho algo más estúpido, ¿no?

—Pero lo hizo.

—Eso dice él. Por ese motivo la sangre le salpicó la ropa.

—Así es.

—No, Matthew, no es así. Nadie es tan estúpido como para encontrar a alguien en el suelo con un cuchillo en el pecho y arrancarle el cuchillo. Salvo que haya estado viviendo en Marte y nunca haya visto una película por la televisión. Tu hombre discutió con el hermano la noche anterior, hay doce testigos dispuestos a jurar que faltó poco para que le pegara. La discusión recomenzó por la mañana.

—Uno de esos doce testigos estaba vestido de negro.

—Así pues, qué es esto, ¿una novela de misterio? —preguntó Bloom—. No hay misterio en el trabajo policial, Matthew, sólo hay crímenes y gente

que los comete. No hay desconocidos de negro que corren por la playa entre la niebla, no hay...

—Pero así fue.

—Según Parrish. Parrish es el único que vio al misterioso hombre de negro.

—Kabul estuvo en la fiesta. Y vestido de negro.

—Y también estaba en la cama con una mujer...

Bloom se interrumpió abruptamente.

—Está bien, te di su coartada —dijo—. De todos modos te la habría dicho el fiscal, si se lo hubieras preguntado. Kabul está limpio, créeme. La mujer juró haber estado con él a las siete de la mañana del asesinato.

—Una mujer, ¿eh?

—Una mujer, sí. ¿Nunca oíste hablar de bisexuales, Matthew?

—¿Por casualidad no se llamaría Christie Hewes?

Bloom parpadeó.

—Ya lo sabías, ¿eh? ¿Te lo dijo el fiscal?

—No, no me lo dijo él.

Estuve en la cama con una mujer llamada Christie Hewes.

La coartada inicial de Kabul la noche anterior. Le mintió a la policía y trató de mentirle a Warren también. La única diferencia era que la policía estaba dispuesta a creerle porque ya tenía a su asesino. Warren no estaba dispuesto a creer nada; trabajaba para probar que Ralph Parrish no había cometido el crimen.

—Supongo que tendrán una declaración de la señorita Hewes —dijo Matthew.

—Una declaración jurada.

—Entonces supongo que Kabul está limpio —añadió.

—Sí, claro. ¿Sabes cómo podría resumirse el caso? —preguntó Bloom, y miró el cadáver en el cajón de acero inoxidable—. Un marica que se da la gran vida a costa del dinero de su hermano. Un marica embrollón. En septiembre presentó cargos por robo contra uno de sus propios amantes, un verdadero modelo el tal Jonathan Parrish. Luego, tienes un hermano que vive en...

—Háblame sobre esos cargos —pidió Matthew.

—Seguro —dijo Bloom.

El 7 de septiembre del año pasado. La noche del lunes cerraba el largo fin de semana del día del Trabajo. La llamada llegó a las once menos cuarto. La policía de Calusa se personó, sin mucha prisa, a las once y veinticuatro. Scandal's, el bar gay sobre el restaurante griego en Michael's Mews.

El policía uniformado que se presentó (en Calusa, los azules andan solos, no en pareja) aparcó frente a un hombre rubio y alto que en la puerta del Mews retenía por la muñeca a una mujer de aire estúpido con un vestido rojo, zapatos de tacón alto rojos con cinta en el tobillo, bolso de correa de cuero rojo, y una peluca rubia rizada. El hombre rubio sangraba de un corte sobre el ojo izquierdo. La mujer del vestido rojo trataba todo el tiempo de librarse de él, que la sostenía con firmeza por la muñeca. La mujer sudaba bajo su ajustado vestido rojo. En las axilas tenía grandes manchas húmedas. Más sudor entre los pechos abundantes. El oficial de policía registraba en su informe una temperatura de treinta y cinco grados, quizá sólo para corroborar el aspecto de la mujer.

Al principio, el hombre rubio (que se identificó como Jonathan Parrish, el que había hecho la llamada a la policía) sólo afirmó que la mujer sudorosa y de aire estúpido le había robado el billetero. Le dijo al policía que había estado «charlando con ella en la barra» (palabras de Parrish) cuando el tema de conversación pasó de pronto al sexo. La mujer del vestido rojo le dijo que era una chica profesional que cobraba cien dólares por prestación, y Parrish sacó el billetero y lo puso sobre la barra, y lo siguiente que supo fue que la mujer se excusó para ir al baño y, sorpresa, su billetero había desaparecido. Cuando ella volvió a la barra unos cinco minutos después, él la acusó del robo. Al negar ella todo conocimiento del billetero perdido, Parrish inmediatamente llamó a la policía. Ahora quería que el oficial registrara a la mujer y el baño, porque si el billetero no estaba en su bolso de mano, o metido en su corpiño o en sus bragas, entonces con seguridad estaba escondido sobre el tanque del inodoro en el baño.

El policía, cuyo nombre era Randolph Hasty, no supo al principio qué hacer. Sabía que no tenía autorización para registrar a esta mujer salvo que las circunstancias indicaran razonablemente que ella había cometido, estaba

cometiendo o estaba a punto de cometer una violación de las leyes. Hasty sólo tenía la palabra de Parrish de que se había cometido una violación de las leyes. Pero aun en ese caso, y él no podía saberlo con certeza, estaba seguro de que se metería en graves problemas si él, un policía de sexo masculino, registraba la ropa interior a una mujer. Ni siquiera estaba seguro de poder entrar en el lavabo de señoras sin una orden especial. Todo era muy desconcertante. Hasty lo admitió en su informe. Bueno, más o menos lo admitió. Lo que escribió en realidad fue: «Las pruebas iniciales en la escena no eran claras según 901.151». Este último número era el del estatuto de detenciones y registros en Florida.

Y en los diez minutos que siguieron se hizo aún más desconcertante.

Cuanto más miraba Hasty a la dama de la peluca rubia y el pecho abundante, más le parecía ver algo raro en ella. Demasiado *rouge* en los labios, demasiada sombra en los ojos. La voz un poco ronca. Se le ocurrió que quizá no era una mujer.

En cuyo caso, quizá podía registrarla.

Registrarlo.

Si se había cometido, en realidad, una violación de la ley.

En ese estadio de sus reflexiones, Parrish le dijo que la mujer, o el hombre, lo había golpeado en el ojo con su bolso, provocándole el corte sangrante que era una prueba positiva del crimen de ataque físico, contravención en primer grado..., si Parrish estaba diciendo la verdad. Parrish siguió explicando que sospechaba que la mujer del vestido rojo no era en realidad una mujer, conclusión a la que Hasty ya había llegado, sino que era un travestido buscando clientes en un conocido bar de homosexuales, con el propósito explícito de hacer negocio.

—¿Está acusando a esta persona de ataque físico? —preguntó Hasty.

—Sí —dijo Parrish.

—Señorita —siguió Hasty—, ¿es usted un hombre?

La rubia del vestido rojo no dijo nada.

—Si esta persona es un hombre —le dijo Hasty a Parrish—, creo que puedo registrarla.

—Esta persona es un hombre —aseguró Parrish.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —preguntó Hasty.

La rubia no contestó.

—Se llama Mark Delassandro —dijo Parrish.

—Muy bien, señorita —añadió Hasty, y empezó su registro.

Con cierto embarazo, encontró un par de pechos de gomaespuma dentro del corpiño de Delassandro, y nalgas del mismo material dentro de sus medias y bragas. No encontró el billetero de Parrish sobre la persona de Delassandro. Ni lo encontró en el lavabo de señoras, al que entró tras un discreto golpe en la puerta y un brusco «¡oficial de policía!».

—No hay pruebas de que se haya cometido ningún crimen —le dijo a Parrish.

—¿Y el golpe que me dio con el bolso? —preguntó Parrish—. ¿Eso no es un crimen?

—¿Está dispuesto a hacer una declaración jurada sobre ese ataque? —le preguntó Hasty.

—Sí —afirmó Parrish.

En la estación de policía (que en Calusa era discretamente conocida como la Caja Fuerte Pública) Bloom interrogó a Mark Delassandro y se enteró de que él y Parrish habían estado viviendo juntos como amantes desde mediados de julio. Se enteró también de que habían ido juntos a Scandal's esa noche (Delassandro con el vestido y la peluca y la lencería que Parrish le había comprado en una *boutique* de Calusa llamada Trash and Stuff) y que el corte sobre el ojo de Parrish había sido causado por una disputa que comenzó más o menos a las diez y media de esa noche.

La versión de Mark sostenía que la disputa había comenzado porque Parrish estaba flirteando ostensiblemente con un veinteañero musculoso que llevaba una camiseta azul de la Marina y un dragón tatuado en el brazo, quien tras dos martinis empezó a jactarse ante todos los presentes de que en la ciudad de Nueva York había engullido órganos más grandes que los de una catedral. Sentado allí, travestido, todo *sexy* y adorable, mientras esa montaña de músculos se jactaba y exhibía y Parrish parpadeaba con adoración, Delassandro había sentido un enorme disgusto, celos extremados, y algo cercano a la angustia impotente de una mujer abandonada. Así que tomó su bolso y lo dirigió en dirección a la cabeza de

Parrish, con la esperanza de arrancarle un ojo, pero en lugar de eso sólo le causó un corte relativamente menor.

La historia del billetero era un puro absurdo, según Delassandro. Parrish ni siquiera usaba billetero, porque el bulto que hacía en el bolsillo estropeaba el corte de sus pantalones hechos a medida y distraía la atención del bulto natural que le interesaba más lucir. En cuanto a la supuesta sollicitación sexual, él y Parrish solían jugar a la puta y el cliente en público, por diversión, un juego que les parecía teatral y excitante. Pero sí, había golpeado a Parrish con su bolso. Y sí, había tratado de sacarle un ojo.

Ataque físico, con seguridad, pensó Matthew.

Intento de ataque físico agravado como cargo secundario.

—¿De qué lo acusaron? —preguntó.

—De nada —dijo Bloom.

Matthew lo miró.

—Te diré una cosa, Matthew —siguió Bloom—. En mi barrio, esto habría sido una discusión familiar que debería de haber arreglado el policía de turno. De acuerdo, no fue eso. Así que ahí estaba yo con una admisión, todavía no firmada, de ataque físico con un matiz de ataque físico agravado en tanto Delassandro admitía que su intención había sido arrancarle un ojo a Parrish, lo que sin duda alguna significaba un intento de grave lesión física, daño permanente, o desfiguración permanente, según lo definía el código en el punto 784.045, ¿me sigues?

—Te sigo —dijo Matthew.

—Pues bien. Si yo apresaba a Delassandro (sólo tenía veinticuatro años), habrían comenzado a hacer uso de su trasero en diez segundos, no más. Si resultaba convicto tras el juicio, tendría un año de cárcel por lesiones y cinco más por el intento de lesiones agravadas. Así que me hice una pregunta. Me pregunté: «Morrie, ¿una pelea de dos maricas es causa suficiente para mandar a este chico a la cárcel, donde le pintarán tetas en la espalda y lo violarán día y noche?». ¿Y sabes qué me respondí?

—¿Qué te respondiste?

—Me dije: «Morrie, lo mejor será dejarlo ir con una advertencia». ¿Me entiendes?

—Claro. Eres un tipo de gran corazón.

—No tanto —dijo Bloom—. Parrish no nos daría la declaración que había prometido, y Delassandro se negaría a firmar la confesión, diría que lo había inventado todo. Una pelea privada, así de simple. Así que me dije: «Morrie, ¿tienes en qué apoyarte?». ¿Y sabes qué me respondí?

—Morrie, no tienes en qué apoyarte.

—Exacto. «Morrie, no tienes en qué apoyarte».

—Así que dejaste ir a Delassandro.

—Lo dejé ir —dijo Bloom—. Y tú y yo nunca hemos tenido esta conversación.

—¿Te ocupaste de él después del crimen?

—¿De Delassandro? Está viviendo en San Francisco. No mató a Parrish, Matthew, si eso es lo que estás pensando. No volvió furtivamente para acuchillar en el corazón a su ex amante. Como te estaba diciendo, Matthew, pero tú no escuchabas...

—Sí escuchaba.

—Te estaba diciendo que lo que tienes aquí es un marica malo que se mantenía en buen estilo gracias a su hermano de Kansas...

—Indiana.

—De donde sea. Hermano que de pronto no lo puede soportar más. Empieza una discusión con Parrish cuando ve todos esos maricas reunidos...

—Tus testigos estrella, Morrie.

—Seguro, y no pienses que el fiscal no está preocupado por eso. Pero ellos oyeron y vieron la discusión, Matthew, y eso es lo que importa. Y después el hermano se despierta más furioso de lo que estaba cuando se durmió. El cura vecino les oye gritándose de todo...

—¿Qué cura? —preguntó Matthew de inmediato.

—Te dimos la lista de testigos, estoy seguro de que figura.

—No hay ningún cura en la lista que tengo.

—Entonces quizá sea un testigo nuevo. Pregúntale al fiscal, él te dará el nombre. Es el párroco de St. Benedict. Les oyó gritar. Lo despertaron con sus gritos.

—Lo despertaron.

—Sí.

—Estaban gritando lo bastante fuerte como para despertarlo. —Sí.

—¿Llamó a la policía?

—No.

—Les oyó gritar, pero no llamó a la policía —dijo Matthew.

Estaba pensando que los curas visten de negro.

Estaba pensando que quizás Ishtar Kabul era inocente, fuera quien fuese su compañero de cama la mañana del crimen.

—Escucha, el fiscal te dará el nombre —dijo Bloom—. Puedes hablar con él tú mismo. Lo que estoy diciendo es que este caso se abrió y se cerró. Una discusión violenta presenciada por doce personas. Más gritos a la mañana siguiente, sólo que esta vez el tipo que les oye es un cura, Matthew, intenta desacreditar el testimonio de un cura, si te atreves. Y aquí tenemos a tu cliente el campesino con la ropa manchada de sangre y el arma del crimen en la mano. Dime una cosa, por favor.

—¿Qué?

—¿Por qué aceptaste el caso?

La lluvia caía sin cesar sobre el techo del Ford gris oscuro de Warren Chambers. Un automóvil ideal para un detective privado: un modelo de cuatro años atrás, algo destartado, pero no lo bastante como para llamar la atención, del color perfecto para camuflarse la noche, sin detalles que lo hicieran notable durante el día, nada de un llamativo Corvette o Alfa Romeo, eso no era para esta profesión, hombre, aun cuando uno hubiera podido pagárselo.

Su cita con Charles Henderson (el hombre con quien Ishtar Kabul decía haber estado en la cama la mañana del crimen) era a las seis de la tarde. Por teléfono, Warren se había identificado como Harold Long, de la compañía Prudential, y le había dicho a Henderson que éste se había hecho acreedor a una póliza. No había hombre o mujer en la Tierra que se negaran a ver a alguien que venía a darles dinero.

Eran las tres de la tarde y Warren estaba observando el frente vidriado de lo que había sido un negocio de ropa de playa y ahora era un gimnasio. En el vidrio estaban pintadas en letras de color rosa sobre fondo rojo las

palabras *The Body Works*. Leona Summerville, con un paraguas negro, medias amarillas, malla negra y zapatillas negras de gimnasia, había entrado en The Body Works a la una y cuarenta y cinco. La vio correr desde donde había estacionado su Jaguar verde, saltando los charcos, y pensó que no parecía en absoluto una mujer necesitada de hacer gimnasia, aunque quizás había sido una enana de ciento cincuenta kilos antes de empezar a hacer gimnasia.

Un axioma de la profesión: si una mujer gorda casada empieza a perder peso de pronto, es que está teniendo un romance.

Se preguntó cuánto tiempo haría que asistía a este gimnasio.

Miró su reloj de pulsera.

Las tres y dos minutos.

Vaya, cómo vuela el tiempo cuando uno lo está pasando bien.

Después de su conversación telefónica con Henderson a las once, se había encaminado a la dirección que le dio Matthew, sólo para ver la casa de los Summerville, captar la atmósfera, ver cuántos vehículos había estacionados usualmente afuera, el jardinero, la criada, el hombre de la piscina, toda la gente que hubiera, hacerse una idea de quiénes entraban y salían legítimamente. La segunda vez que pasó ante la casa, le sorprendió ver a la dama en cuestión salir del garaje en el Jaguar verde; con golpes de suerte así, tenía que existir Dios. La siguió primero a un salón de belleza en Lucy's Circle, donde pasó una hora y media en su ropa de gimnasia, haciéndose cortar el pelo.

Segundo axioma de la profesión: si una mujer casada de pronto cambia su peinado, se está acostando con un extraño.

A continuación Leona Summerville condujo hasta un local de sopa-y-sandwiches, siempre en su ropa de gimnasia, se sentó a una mesa junto a la ventana y comió lo que parecía un yogurt, mirando con ojos distraídos la lluvia, y en cierta ocasión posando los ojos en el Ford gris, lo que le hizo pensar a Warren que había sido detectado en su primer día de trabajo.

Eran casi la una y media cuando terminó de comer.

Algunos hombres que entraban cuando ella salía se volvieron para mirarla.

Cosa que no podía extrañar.

La malla de corte alto mostrando la mitad de las nalgas.

Warren creyó verla sonreír.

Muchas mujeres casadas, cuando empiezan a tener un romance, comienzan a considerarse a sí mismas infinitamente más deseables. Si uno ve a una mujer casada mostrando mucha pierna, o contoneándose al caminar, y eso significa que ella se considera sexy y atractiva, piensa que si un extraño quiso acostarse con ella, todos los extraños querrán lo mismo. Tercer axioma de la profesión.

Hoy Warren estaba lleno de axiomas.

El trabajo se los recordaba.

Cuando salió del restaurante, corrió a una cabina telefónica, sin molestarse en abrir el paraguas, simplemente corrió bajo la lluvia hasta la cabina más cercana, como si hubiera estado pensando en esta llamada todo el tiempo mientras comía su yogur y miraba la lluvia.

Cuando una mujer casada empieza a hacer llamadas telefónicas desde una cabina pública, hay que abrir los ojos. Axioma número...

La observó.

Volvía la espalda al tráfico de la calle.

Insertó una moneda.

Marcó un número de memoria.

Se inclinó apretando el receptor.

Sonrió.

Habló rápido.

Asintió.

Colgó.

Volvió a salir a la lluvia, ya sin la sonrisa, esta vez abrió el paraguas y corrió hasta donde había estacionado el Jaguar. Cerró el paraguas, se metió en el coche. Lo puso en marcha. Miró su reloj de pulsera. Volvió a asentir con la cabeza, y fue a The Body Works.

Todavía seguía allí.

Ya eran las tres y cuarto, ¿cuánto diablos duraban estas sesiones?

La puerta se abrió.

Salió un grupo de mujeres agitadas en mallas, zapatillas, calentadores de piernas.

Ooooh, sigue lloviendo...

Hasta mañana, Betty...

Llárame después, Fran...

Y Leona Summerville apareció en la puerta, toda en amarillo y negro, haciéndole una mueca a la lluvia. Su paraguas se abrió con un movimiento brusco. Corrió hacia el coche, con largas zancadas de antílope, las piernas amarillas brillando como rayas de luz en la tarde sombría.

«Ahora veremos a quién llamó», pensó Warren, y puso en marcha el Ford.

—Volvió directamente a su casa —le dijo Warren a Matthew por teléfono—. Me quedé cerca hasta las cinco y media, cuando llegó Frank. No se movió de la casa.

—Está bien, me alegro —dijo Matthew.

—¿Quieres que vuelva a ocuparme más tarde? Ahora salgo a ver a Charlie Henderson, voy a averiguar qué estaba haciendo y con quién mientras agujereaban a Parrish. Pero si tú puedes averiguar si ella planea salir esta noche, quizá pueda esperarla cuando salga.

—Me comunicaré con Frank —respondió Matthew.

—¿Fue él quien encargó la vigilancia? —preguntó Warren.

—Quiere saber.

—Un axioma de la profesión... —empezó Warren, y se contuvo antes de seguir.

—¿Sí?

—Cuando un tipo contrata a un detective para que siga a su mujer, Matthew, es que el tipo ya sabe que ella lo engaña. Ése es un axioma de la profesión.

—Bueno..., ya se verá —dijo Matthew.

—Te llamaré cuando termine con Henderson.

—Estaré en casa —añadió Matthew.

—Luego te llamo —dijo Warren, y colgó.

Charles Henderson era un corredor de Bolsa que trabajaba para la firma Lloyd, Mallory, Forbes en Main Street, Calusa. Era el único empleado que quedaba en las oficinas cuando llegó Warren, a las seis y diez. Le explicó a Warren que habitualmente se iba a su casa a las cinco y media; el mercado de valores de Nueva York cerraba a las cuatro, y los conmutadores de la firma cerraban a las cinco, así que no había motivo para quedarse más tiempo.

—Salvo, por supuesto, que alguien me haya nombrado beneficiario de una póliza de seguros —dijo, y sonrió.

Era un hombre alto y delgado, de poco más de cuarenta años, calculó Warren, con cabello prematuramente encanecido, ojos azules, muy bronceado. Una fotografía enmarcada sobre su escritorio mostraba a una mujer y dos niñas pequeñas, presumiblemente su esposa e hijas. Su traje era tan conservador como podía serlo un miembro del Parlamento, y no tenía amaneramientos ni en el habla ni en los gestos que indicasen que era homosexual. Pero Ishtar Kabul había dicho que estaba en la cama con Henderson la mañana del 13 de enero.

—Pues bien —dijo Henderson—, ¿quién ha muerto?

—Jonathan Parrish —contestó Warren, y lo miró a los ojos.

No hubo nada. Ni un chispazo de reconocimiento.

—No me suena el nombre —dijo—. ¿Está seguro de que el beneficiario soy yo?

—¿Le suena el nombre de Ishtar Kabul? —preguntó Warren.

Una chispa instantánea en los ojos.

La recuperación fue inmediata.

—¿Quién?

—Ishtar Kabul.

—Tampoco —dijo Henderson—. ¿De qué se trata?

—No se trata de una póliza. Y tampoco se trata de chantaje, si es lo que está pensando.

—No, lo que pienso es que voy a llamar a la policía.

—Yo no lo haría.

—¿Quién es usted?

—Warren Chambers.

—Me dijo...

—Lo dije para poder hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre su paradero la mañana del 13 de enero.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Le he hecho una pregunta.

—Yo también.

—Esto parece Pinter.

—¿Quién es Pinter? —dijo Warren.
Henderson lo miró fijo.

—¿Es policía?

Warren negó con la cabeza.

—Investigador privado —respondió.

—¿Qué investiga?

—Hago investigaciones para un bufete.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Mi abuelo siempre me decía que si no me gustaba una pregunta, no tenía más que responder a otra pregunta.

—Estaba en Savannah, Georgia —dijo Henderson.

—¿El 13?

—No, el 7. Estoy siguiendo el consejo de su abuelo.

—¿Sí? ¿No le gustó mi pregunta, señor Henderson?

—¿Cuál era la pregunta?

—La pregunta era sobre el 13 de enero. Un sábado por la mañana. Las siete de la mañana del sábado pasado, 13 de enero. ¿Dónde estaba?

—Si ésa es la pregunta, tiene razón. No me gusta. De hecho, no me gusta nada todo esto. Se presenta bajo un nombre falso y falsas intenciones...

—Sí.

—Menciona nombres de personas que no conozco...

—¿No conoce a Ishtar Kabul?

—Jamás lo he oído nombrar.

—¿Entonces sabe que es un hombre? Ishtar podría ser un nombre de mujer.

—Hombre, mujer o cerdo con tres ojos, no tengo ningún conocimiento de nadie llamado Ishtar Kabul.

—¿Ni siquiera conocimiento carnal?

Lo miró a los ojos.

Tenían un aire de desamparo ahora.

—Soy un hombre casado —dijo Henderson—. Si está sugiriendo...

—Sé que es casado.

—¿Cómo lo...? Oh, por supuesto, la fotografía.

—No, Ishtar me lo dijo.

—Tengo dos hijas...

—Sí, lo sé.

—¿Por Ishtar?

—No, por la fotografía.

—¿Volvemos a Pinter?

—¿Quién es Pinter? —volvió a preguntar Warren.

—¿Qué está buscando ese bufete? ¿La firma para la que usted trabaja?

—A un asesino —dijo Warren.

—¿Ese tal Kabul asesinó a alguien?

—Nuestro cliente vio a alguien de negro salir corriendo de la escena del crimen.

—¿El tal Kabul?

—Ishtar vestía de negro en una fiesta la noche antes del crimen.

—¿No tiene otra ropa ese Kabul?

—Le seré franco, señor Henderson. Asusté a Ishtar diciéndole que nuestro cliente podría identificarlo, pero la verdad es que nuestro cliente no vio la cara de la persona y no podría reconocer a Ishtar.

—Entonces seguramente Kabul no tiene nada de qué preocuparse.

—No es exactamente así. Podemos hacerle prestar una declaración jurada. Si él se aferra a su coartada, y si usted la niega, entonces él está ocultando algo. Y el fiscal del Estado se ocupará de averiguar qué está ocultando.

—¿Y qué coartada es ésa, señor Chambers?

—Dígamelo usted.

—Supongo que ese Kabul dijo que estaba conmigo.

—¿Por qué supone eso?

—Usted ha mencionado el conocimiento carnal...

—Lo he hecho.

—Así que tengo que suponer...

—Supone correctamente.

—Kabul dijo que estaba conmigo, ¿es así?

—Sí, el tal Kabul dijo que estaban juntos en la cama la mañana del 13, esto es lo que declaró Kabul.

—¿Y si yo digo que no fue así?

—Entonces volvemos a él.

—¿A qué?

—A hacerlo declarar. Bajo juramento.

—Pues hágalo, señor Chambers. Ese Kabul no estaba conmigo, y yo no estaba con él. Ninguno de los dos estaba con el otro, el hombre está mintiendo, ha sido muy agradable conocerlo.

—Usted reconoce...

—Por supuesto...

—Su coartada...

—Soy casado...

—Si él no puede probar...

—Es problema suyo, enteramente.

—El fiscal del Estado querrá...

—Que haga lo que quiera.

—Él lo ama.

—¿El fiscal del Estado?

—¿Volvemos a Pinter? —preguntó Warren.

—¿Quién es Pinter? —dijo Henderson.

Silencio.

—Vaya —siguió Warren—. Me olvidé de decirle cuál será el próximo paso.

—El próximo paso es que usted salga de aquí.

—El próximo paso, si Ishtar decide salvarse nombrándolo a usted en la declaración, el próximo paso es ir al juez de instrucción...

—Muy bien, vaya.

—Veo que quiere jugar duro, ¿eh?

—¿Y cómo hemos estado jugando hasta ahora?

—Hasta ahora, fue sólo entre usted y yo. Su esposa está en casa preparando la cena para usted y sus hijas...

—Tenemos cocinera.

—Fantástico, pero óigame. Vamos al juez de instrucción y decimos que hay una declaración en la que Ishtar jura que estuvo con usted la mañana del 13. De modo que el juez llama a Ishtar que le dice: «Sí, estuve con este señor», y entonces el juez viene a oír su versión, por si Ishtar ha mentido. ¿Le gustaría explicarle a su esposa por qué el juez de instrucción criminal aparece súbitamente para interrogar a su esposo? ¿Le gustaría explicar por qué Ishtar Kabul piensa que estuvo en la cama con usted esa mañana? Puede complicarse mucho, señor Henderson.

—¿Pero sería menos complicado si yo le digo a usted aquí y ahora que es cierto que estuvimos juntos esa mañana?

—Sería menos complicado porque todo terminaría aquí.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Se lo explicaré, señor Henderson. Kabul consiguió que Christie Hewes le diera una coartada...

—Esa puta —soltó Henderson, y miró el techo.

—Sea como fuere, ella juró sobre el paradero de él la mañana del crimen. Así que tuve que pensar que Ishtar mintió por una de dos razones. Una, él cometió el crimen. Dos, estaba protegiéndole a usted. Si estaba protegiéndole a usted, entonces no tenemos motivos para seguir adelante con esto. Estamos buscando al que salió corriendo de esa casa la mañana del 13. No nos interesa lo que puedan hacer en privado dos personas adultas con su mutuo consentimiento.

—¿Cómo podrá estar seguro de que yo no mentiré para protegerlo, como lo hizo Christie?

—Porque lo habría hecho ya, en lugar de obligarme a poner todo mi esfuerzo.

Henderson se quedó en silencio durante lo que pareció un largo rato.

Después dijo:

—Estábamos juntos.

—Bien. ¿De qué hora a qué hora?

—De dos de la mañana a doce del mediodía. Yo lo estaba esperando cuando salió de la fiesta. Mi esposa creía que me encontraba en Tampa por negocios.

—¿Dónde lo esperaba?

—En casa de una amiga.

—¿Quién?

—Annie Lowell.

—Su dirección, por favor.

—1220 Beach Road.

—¿En Fatback Key?

—Sí.

—Lo verificaré.

—Creí que me había dicho que aquí terminaba todo.

—Le he mentado —dijo Warren.

OceanofPDF.com

*Éste es el cura afeitado y tonsurado que casó al
hombre desharrapado...*

La conclusión de Warren:

Tachar a Ishtar Kabul.

Annie Lowell era una mujer de ochenta y dos años que vivía en una lujosa casa de Fatback Key. Annie no cumplía los requisitos de la imagen popular de una prostituta retirada. Pero Henderson era su contable, y ella había ganado mucho dinero con el generoso asesoramiento de él, por lo que no veía motivo para no permitirle usar su pabellón de invitados, detrás de la casa principal, de vez en cuando, y sin hacer preguntas.

Sí, sabía que a veces usaba el pabellón para encontrarse con amantes hombres. Annie tenía ochenta y dos años y no le importaba quién hiciera qué con quién, en tanto que lo que hicieran no asustara a los caballos. Annie recordaba épocas en las que ni siquiera había televisión. Annie no creía que lo que hacía Henderson con sus amigos en el pabellón de invitados, fuera lo que fuese, pudiera ser peor que lo que veía por televisión en estos días que corren. Después vino la gran pregunta.

Sí, ella conocía al hombre con el que había estado Henderson la mañana del crimen. Se llamaba Martín Fein.

El cual, por supuesto, era Ishtar Kabul.

O sea, en árabe, Howard el Pato.

Tachar a Ishtar Kabul.

Leona Summerville había salido de la casa en Peony Drive a las ocho de la noche, había conducido su Jaguar verde hasta la casa de una mujer identificada después como señora Shirlee Horowitz (información que Warren obtuvo leyendo unos sobres depositados en el buzón de la casa) donde permaneció dos horas y media y de donde regresó directamente a su casa, a la que llegó a las once menos cuarto. Salvo que la mujer tuviera un romance lesbiano con la señora Horowitz (posibilidad remota ya que Warren se informó posteriormente de que la mujer tenía setenta y un años, era la esposa de un ginecólogo jubilado de nombre Marc Horowitz, madre de dos hijos, abuela de tres nietos, y secretaria de la Liga para la Protección de la Vida Silvestre en Florida), Leona Summerville estaba limpia.

Todo esto provino de Warren a las diez y diez de una fría, nublada y lluviosa mañana de sábado.

En diciembre del año pasado, cuando Matthew todavía salía regularmente con su ex esposa Susan, ella le había preguntado si creía que Leona Summerville estaba siendo infiel a su esposo.

¿Qué?

Leona. Creo que lo está haciendo.

No.

O está pensando en hacerlo.

No, no lo creo.

Se viste como una mujer que envía ese tipo de señal.

Charla de almohada. Ex marido, ex mujer, renovando votos de eterno amor mientras comentaban la fidelidad de Leona. Había llovido toda la noche. Estaba lloviendo esta mañana. Quizá llovía siempre en Calusa. De todos modos había bastante agua bajo los puentes, y cayendo por los desagües; no había vuelto a ver a Susan desde antes de Navidad.

Otro vídeo.

Súbito.

Chocante en su nitidez.

Salta sin ataduras a la pantalla de su mente.

Dos o tres años atrás, uno de los muchos bailes de caridad de Calusa. Van en el coche de los Summerville, van camino a recoger a... ¿Con quién había estado saliendo por entonces, con Dana O'Brien? ¿Era Dana? No

importa. Leona lleva un vestido verde ajustado, que hace juego con el color del Jaguar. Conduce Frank, de esmoquin. Los limpiaparabrisas juegan con las gotas de lluvia; lluvia, vete. Los neumáticos susurran en el asfalto negro.

Leona se ha sentado atrás con Matthew, y trata de ayudarlo con la corbata mientras Frank se concentra en los giros y vueltas de la ruta mojada.

Ella está bellísima.

El vestido verde le modela el cuerpo como una pátina de bronce viejo.

La cabellera esculpida como un yelmo negro en la cabeza.

Una pluma verde en el pelo, sobre una oreja.

Sombra verde en los ojos.

Pestañas oscuras.

Ojos pardos luminosos bajo la luz del tablero del Jaguar.

Ojos pardos fijos en la corbata de seda negra de Matthew, y en las manos que trabajan con ella.

Largas uñas rojas en esas manos.

La luz proyecta un resplandor perlado sobre la pendiente de los senos, apenas contenidos en la escasa pechera del vestido.

Manos que trabajan.

Rodillas que tocan las suyas.

La sensación eléctrica de la seda sobre el nylon.

Rodillas que se apartan de pronto.

—Ya está —dice ella.

Una boca como la de Carly Simon, extendida sobre dientes blanquísimos.

Él se pregunta quién se estará acostando con ella.

La boca se extiende, se extiende...

Clic.

El reloj del tablero del Ghia marca las once menos cuarto.

Al introducir el automóvil en el terreno de la iglesia de St. Benedict en Whisper Key, se preguntó de pronto si acaso todos los matrimonios terminaban con el tiempo en el adulterio.

Bajó del coche, gruñendo contra la lluvia, y corrió hacia la rectoría bajo el chaparrón que se intensificaba, por un sendero de grava a cuyo lado se

hallaba una gran cruz de madera en medio de unos arbustos que ahora torcía la lluvia. La iglesia, un edificio de estilo español que había sido el favorito a comienzos de siglo, estaba ubicada directamente sobre el Golfo de México, dominando un punto de tierra más allá del cual sólo se encontraba el ominoso cielo gris y el rugiente mar gris. La casa de Parrish estaba situada a menos de cincuenta metros al norte de la iglesia, y ocupaba un terreno mucho menor, pero enfrentaba el mismo mar turbulento; Matthew podía ver la casa desde el sitio donde estaba bajo la lluvia, llamando a la gruesa puerta de madera de la rectoría. Había llegado quince minutos antes. Esperaba que el padre Ambrose respondiera a la puerta antes de que la lluvia lo disolviera.

El cura parecía salido de *El nombre de la rosa*.

Llevaba sandalias y un caftán marrón que podía haber pasado por sotana, un pequeño crucifijo de madera y plata en el pecho, colgando de un cordón de seda negra. La calva brillante estaba circundada por un halo de cabello castaño que hacía juego con sus ojos castaños. Acababa de afeitarse cuando le abrió la puerta a Matthew; tenía la cara cubierta de pedacitos de papel higiénico manchados de sangre. Matthew le calculó poco menos de cincuenta años, pero la calva podía darle más años de los que tenía.

Le ofreció una taza de café, que Matthew no tardó en lamentar haber aceptado; parecía condimentado con estricnina. Sentado en la cómoda y cálida rectoría, las paredes cubiertas de estantes llenos de libros teológicos en polvorientas encuadernaciones de piel, un fuego ardiendo en la pequeña chimenea, la lluvia deslizándose por los cristales sucios de las ventanas, el padre Ambrose le contó lo que había sucedido la mañana del 13 de enero.

La lluvia.

El sonido de la lluvia sobre el tejado de la rectoría lo despertó mucho antes del alba. En su cama estrecha de su cubículo estrecho, escucha el sonido de la lluvia y espera que cese antes del día siguiente; la asistencia de la grey el domingo siempre disminuye cuando el tiempo es malo.

Un amanecer gris alumbra pálidamente el cristal sucio de la pequeña ventana de su cuarto.

Oye gritos.

Voces que se alzan, agudas, irritadas.

Al principio piensa, al oír los gritos tan fuertes, que vienen de muy cerca, del patio de la rectoría, bajo su ventana, o quizá de la playa, a veces algunos jovencitos vienen a la playa a tomar cerveza y terminan riñendo. Se levanta de la cama en la semioscuridad, se calza las sandalias, se pone un impermeable Burberry sobre los calzoncillos (duerme en calzoncillos) y va a la rectoría propiamente dicha, o sea el cuarto en el que están sentados ahora, va directamente a la puerta principal, y la abre a la rugiente tormenta.

Trata de ver a través de la lluvia espesa.

No hay nadie en el patio.

Nadie en la playa tampoco.

Pero las voces persisten, suben en un *crescendo* de furia, el viento fuerte las arrastra y las deforma al pasar entre la lluvia que azota la tierra.

Las voces vienen de la casa de Parrish.

El cura sabe que en esa casa vive un homosexual. A veces, de hecho, las fiestas nocturnas que se dan allí se elevan de tono. Pero esto es otra cosa, lo que está oyendo no es el sonido del libertinaje sino el de la furia. Una furia tan fría como la lluvia, se estremece sólo de oírla. No puede distinguir qué están diciendo las voces, el viento confunde las palabras, parece ser una mezcolanza de acusaciones y negativas, pero aun sin captar nada del sentido, puede sentir la explosión suspendida que hay en su fuerza, y de pronto el cura hace la señal de la cruz y murmura «Dios nos proteja». Pues sabe, con una certidumbre inmediata y atemorizante, que una furia como ésta sólo puede terminar en una violencia mayor que la mera violencia de las palabras.

Palabras.

Ininteligibles en el viento y la lluvia, que las transportan rotas. Palabras cargadas con la amenaza de un horror inminente.

Y después una única palabra comprensible.

Aguda. Clara. Inconfundible.

Una palabra que atraviesa como un cuchillo el viento y la lluvia.

¡No!

Y un grito.

Un grito aterrador.

El fuego de pronto crujió y escupió. Leña nueva.

El padre Ambrose sacudió la cabeza.

Matthew lo miró.

Y ahora el cuarto de la rectoría quedó en silencio salvo por un murmullo bajo y constante de la chimenea y el firme repicar de la lluvia en el techo de tejas de cedro.

—¿Oyó sólo ese único grito? —preguntó Matthew—. ¿Ese grito que vino después de la palabra «No»?

—Sólo ese grito.

Ralph Parrish le había dicho a Matthew que lo despertó el sonido de voces discutiendo, la voz de su hermano. Y después había oído a su hermano...

—¿Oyó a alguien gritar «No las tengo, no sé dónde están»? —La única palabra que pude entender fue «No». Lo demás... Sacudió la cabeza otra vez.

—Padre Ambrose..., me dijo que cuando las voces lo despertaron...

—No, la lluvia me despertó.

—Pero después oyó esas voces discutiendo...

—Sí.

—... y fue a la puerta de la rectoría y miró afuera...

—Sí.

—Primero miró el patio, y después la playa, ¿es así?

—Sí.

—Supongo entonces que la playa puede verse desde la puerta de la rectoría.

—Oh, sí.

—Y no había nadie en el patio, y nadie en la playa.

—Nadie.

—¿Y no había nadie en la playa después de que usted oyera el grito? ¿Vio salir a alguien corriendo de la casa de Parrish?

—Creo que no volví a mirar a la playa. No después de oír el grito.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Cerré la puerta de la rectoría. Llovía muy fuerte. Me estaba mojando.

—Cerró la puerta de la rectoría...

—Sí.

—¿Y después, qué?

—Le eché la llave.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque me asusté.

—Pero no llamó a la policía.

—No.

—Se asustó, pero no llamó a la policía.

—No.

—¿Por qué no? Acababa de oír una violenta discusión, acababa de oír un grito, dice que estaba asustado..., pero no llamó a la policía.

—No.

—¿Por qué no?

—No quería atraer la atención sobre St. Benedict.

—¿De qué modo la atención perjudicaría a...?

—Hay homosexuales en mi congregación, señor Hope. Nuestro coro, todo nuestro departamento de música tiene una población gay muy alta. Si había habido algún tipo de problema en la casa de Parrish allí en la playa, no quería que perjudicase a los homosexuales respetuosos con la ley que asisten a mi parroquia.

—Entonces se mantuvo en silencio.

—Sí.

—¿Hasta cuándo? ¿Cuándo se comunicó con la policía?

—No lo hice.

—¿No lo hizo? Ayer me informaron que el fiscal del distrito se propone llamarlo al estrado como testigo.

—El jueves recibí la visita de un detective del departamento del *sheriff*. Estaba haciendo lo que llamó un rastrillado de rutina por la vecindad. No pude mentirle sobre lo que había oído la mañana del crimen.

—¿Él le preguntó específicamente sobre lo que había oído la mañana de...?

—No, sus preguntas fueron generales. Quería saber si yo había visto u oído algo fuera de lo común.

—¿La mañana del crimen?

—Sí, y en las veinticuatro horas anteriores.

—¿Había visto u oído algo fuera de lo...?
—La discusión. Le hablé de la discusión. Y el grito.
—Me refería a las veinticuatro horas anteriores al crimen.
—No. Nada fuera de lo común.
—¿Y no vio a nadie vestido de negro? —preguntó Matthew—. ¿Alguien en la vecindad de la casa de Parrish?
El padre Ambrose lo miró.
Matthew conocía esa mirada. Reconocimiento.
Era oro puro.
—¿Lo vio?
—¿Por qué lo pregunta?
—¿Vio a alguien de negro...?
—No —negó el padre Ambrose.

Miró el Karmann Ghia retrocediendo hacia la carretera, lo miró hasta que desapareció bajo la lluvia. Y después miró sólo la lluvia, y se preguntó por qué no le había hablado a Matthew Hope de la pareja que casó el día anterior al crimen.

Estaban apenas de paso, había dicho el hombre de cabello oscuro.

Parece una iglesia tan vieja y linda, había comentado su acompañante de pelo rojo.

Un lugar tan bueno como cualquier otro para casarse, había dicho el hombre de pelo oscuro.

Un día de sol brillante, posiblemente el último que vería Calusa este invierno. Sentados en el patio de la rectoría. Charlando.

Vestido casi enteramente de negro.

Chaqueta y pantalones negros. Una camiseta azul muy oscuro, podría haber pasado por negro. Mocasines negros, sin calcetines. La manga de la chaqueta tenía un desgarrón a la altura del codo derecho. Un hombre blanco, alto, de entre cuarenta y cincuenta años, con una barba de tres días, se lo veía cansado y arrugado como después de un viaje largo, mientras estaba allí sentado al sol haciendo sus preguntas con aire inocente. Se quitó la chaqueta, pues así de cálido estaba al sol. Su pareja, de brillante cabello

rojo, no podía tener más de veinte años, veintiuno. Cabello largo color herrumbre, ojos azules, cara pecosa. Llevaba vaqueros desteñidos, camiseta celeste, cinturón con tachas plateadas, sandalias. Los dos parecían muy nerviosos.

Bueno, siempre estaban un poco nerviosos, tomar una decisión como ésta siempre los ponía nerviosos. Por eso siempre hacían muchas preguntas. O comentaban lo bonita que era la iglesia, cosa que en realidad era, una iglesia extraordinariamente hermosa, una especie de joya medieval plantada allá en la arena, enfrentando crepúsculos bañados en una luz que parecía puesta directamente por la mano de Dios. Las vidrieras de colores eran realmente medievales. Hechas por artesanos del siglo XVI y transportadas desde una pequeña aldea de Italia, donación de un parroquiano de Whisper Key que había hecho fortuna en la industria del aluminio, en su nativa Cleveland. Los reclinatorios de caoba habían sido hechos aquí en Calusa, pero desde la construcción de la iglesia se habían manchado, encerado y pulido hasta tomar una pátina que parecía secular. De modo que sí, la iglesia proporcionaba material de conversación para jóvenes, y a veces para mayores también, que estaban nerviosos porque habían acudido para unirse irrevocablemente uno al otro, a los ojos de Dios. Palabras exactas con las que muchos de ellos se expresaban. A los ojos de Dios. Buscaban la bendición divina.

Las preguntas que hacían tenían muy poco que ver con la ceremonia por la que habían venido. Querían saber sobre el clima en Calusa, los que estaban de paso, los que habían encontrado casualmente esta pequeña joya medieval de perfecta belleza. ¿Siempre hacía tanto calor aquí? ¿O siempre llovía tanto? ¿O siempre hacía tanto frío? ¿O soplaba tanto viento? ¿O estaba tan sereno? O bien querían saber dónde podrían servirles una buena cena para festejar esa noche, si había algún restaurante bonito y romántico en la ciudad, ya sabe, velas y vino, donde pudieran seriamente y a solas reflexionar sobre el paso enormemente serio que habían dado y brindar por su futuro juntos. ¿Había un lugar así en la ciudad? El padre Ambrose por lo general los enviaba al Salón Orquídea del Hotel Adler.

Pues bien, sí, siempre había preguntas, siempre comentarios, siempre la charla fragmentada para cubrir el nerviosismo.

Es que era una decisión enorme para una pareja.

Era un compromiso de por vida.

Era una ceremonia solemne realizada bajo los ojos de Dios.

Los había casado a las cuatro de la tarde del 12 de enero.

El día antes del crimen.

Los había casado en la pequeña capilla al lado de la rectoría.

Ambos de rodillas frente al altar.

El hombre de negro y la cabecita pelirroja a su lado.

—Queridos amigos en Cristo —había dicho—. Como saben, están a punto de entrar en una unión que es la más sagrada y más seria, una unión que fue establecida por Dios mismo. Y porque Dios mismo es su autor, el matrimonio es por su naturaleza una institución sagrada, que les exige a quienes entran en ella una entrega completa y sin reservas. Esta unión, entonces, es sumamente seria porque los unirá de por vida en una relación tan estrecha e íntima que influirá profundamente sobre todo su futuro.

»Ese futuro, con sus esperanzas y desilusiones, sus éxitos y fracasos, sus placeres y sus penas, sus alegrías y sus dolores, está oculto a nuestros ojos. Sabemos que esos elementos están mezclados en toda vida y por lo tanto debemos esperarlos en la nuestra. Y así, sin saber qué es lo que les espera, ustedes dos se toman uno al otro para lo bueno y lo malo, para la riqueza y la pobreza, para la enfermedad y la salud, hasta que la muerte...

Estaban ellos tres solos en la capilla.

No había nadie para presentar objeciones a la unión.

El sol de la tarde entraba por las vidrieras de colores.

El padre Ambrose miró al hombre de negro:

—Tú, Arthur Nelson Hurley, ¿tomas a esta persona como tu legítima esposa para vivir juntos en el estado de sagrado matrimonio, para amarla, honrarla y protegerla, en la salud, la enfermedad, la prosperidad y la adversidad, mientras vivan?

—Sí —respondió él.

El padre Ambrose miró al otro cónyuge.

—Y tú, William Harold Walker...

Para ellos había que cambiar la ceremonia, por supuesto.

Había que borrar cualquier palabra que implicara o incluso sugiriera que el acto tenía un aspecto legal. También había que eliminar toda palabra que se aplicara a la descendencia, aunque algunos insistían en que se hablara de uno como del «marido» y del otro como de la «mujer», en lugar de usar algún eufemismo andrógino.

Con los años, el padre Ambrose había perfeccionado una ceremonia que parecía satisfacer siempre a los participantes. Él mismo se consideraba un participante. No importaba Roma, al diablo con Roma. Roma no sabía qué estaba haciendo él aquí en este rincón perdido de Florida, y apostaba a que nunca lo sabría... al menos él no se lo diría. Según veía el padre Ambrose el asunto, si dos hombres querían casarse, entonces, por Dios, él los casaría. Si eran dos mujeres, lo mismo. Dos cocodrilos, dos serpientes, dos sapos, dos pollos, dos de cualesquiera de las criaturas que el buen Señor había creado, si querían casarse, el padre Ambrose les ofrecería el consuelo del sacramento, y al diablo con Roma.

A todos los homosexuales que llegaban a St. Benedict le divertía contarles la anécdota sobre el cura católico, ¿la conocían? Bueno, se trata de una pareja de homosexuales que quiere casarse, y van primero a un rabino que se niega, y después van a un ministro protestante que también se niega, y al fin acuden a un cura católico que les dice: «Por supuesto que yo les casaré, ¿qué saben ellos sobre el amor verdadero?».

La broma por lo general distendía a los parroquianos, que siempre estaban muy nerviosos al llegar, y conscientes de sí mismos, como si estuvieran tratando de hacer algo muy ridículo y pudieran volverse objeto de bromas o sarcasmos. El chiste, por supuesto, sugería que el cura católico era homosexual, sugerencia que se mantenía flotante, pero siempre en estado de sugerencia velada, pues el padre Ambrose era recto como una flecha, y siempre lo había sido. De hecho, su única experiencia sexual había sido con una chica. Mucho tiempo atrás, antes de que su madre decidiera que tenía vocación por el sacerdocio. Y sí, gracias, lo había disfrutado, pero su amor por Dios era exclusivo, y nunca había vuelto la vista con nostalgia, ni siquiera por un instante, a aquella tarde de placer sin mácula que había compartido con la quinceañera Molly Pierson en una azotea de Chicago,

mucho, mucho tiempo atrás. Pero ocasionalmente se preguntaba si Molly se habría casado.

Nunca transcurría una semana, ni siquiera fuera de temporada, en que alguien no golpeará la puerta de la rectoría y preguntase por el padre Ambrose. Por lo general dos hombres. De vez en cuando, dos mujeres. Las mujeres no parecían necesitar la bendición de la Iglesia, quién sabe por qué. Quizá las mujeres no necesitaban la bendición de nadie, quizá sabían que eran las escogidas por Dios y no tenían que hacer nada para probarlo.

Golpes en la puerta de la rectoría. Hola, pasábamos por aquí, vimos esta iglesia tan encantadora, pensamos que podía ser un buen sitio para casarnos. La realidad, por supuesto, era que habían oído hablar de él, del cura calvo que se prestaba con gusto a casar gays, su nombre era moneda corriente en las comunidades homosexuales de la mayoría de las ciudades norteamericanas. La verdad era que Roma tarde o temprano se enteraría. Al diablo con Roma. Mientras tanto...

La expresión de sus rostros cuando él decía las palabras «Y que Dios bendiga vuestra unión».

Beatífica.

La alegría que sentía él mismo, al saber que estaba causando ese placer, su pulgar mojado en agua bendita haciendo la señal de la cruz primero en la frente de uno, después en la del otro, «Y que Dios bendiga vuestra unión».

Alegría.

Exaltación.

Pero esos...

El de negro y el pequeño pelirrojo...

Lo habían dejado con un curioso sentimiento de insatisfacción. Por un instante fugaz había sentido que quizá no eran homosexuales, que quizá todo había sido una burla. ¿Pero con qué propósito y con qué objetivo?

Y entonces recordó las preguntas que le habían hecho. Mientras seguían charlando en el patio. Antes de realizar la ceremonia.

Preguntas que parecían tener un objetivo claro.

Bueno, no al principio.

Al principio sólo preguntaban sobre la posibilidad de comprar una propiedad frente a la playa aquí en Calusa. Ahora que vamos a dar el gran

paso, es hora de pensar en asentarnos en alguna parte. Y Calusa parece una bonita comunidad.

Esto lo decía el de negro.

¿Cree que habrá en venta todavía alguna propiedad frente a la playa?

Esto lo decía el pequeño pelirrojo, con sus ojos brillantes y ruborizado.

Y después se concentraron en la casa de Parrish.

Por ejemplo, esa casa vecina. ¿No sabe si la venderán? ¿Sabe quién es el dueño? ¿Cree que podría estar interesado en venderla? ¿Sabe el nombre del dueño? ¿Cómo se deletrea el apellido? ¿Y dijo que el nombre es Jonathan? ¿Jonathan Parrish? ¿Vive solo?

Todo esto provenía del de negro.

Ahora trataba de recordar todo lo que les había dicho sobre Jonathan Parrish, trató de recordar en qué punto ellos parecieron perder interés y dejaron de hacer preguntas.

Deseó que dejara de llover.

La idea de que esos dos volvieran bajo la lluvia le asustaba.

Los dos hombres sentados con Warren Chambers podrían haber sido simplemente policías o militantes de algún grupo derechista. O las dos cosas. Eran las dos cosas. Warren suponía que a ninguno de los dos les agradaba la idea de recibir órdenes de un negro, pero la paga era buena. El de ojos azules se llamaba Charlie. El de ojos castaños se llamaba Nick. Aparte del color de los ojos, podrían haber sido mellizos. Hombros y pechos macizos, muñecas gruesas y manos como mazas, expresiones tipo coronel Oliver North en las caras: arrogantes, autosatisfechos y despectivos. Warren habría preferido trabajar con un par de caimanes, pero era difícil encontrar personal de vigilancia experimentado en esta región. Y necesitaba cuatro para cubrir los turnos de una jornada de veinticuatro horas. Turnos de seis horas. Charlie había trabajado de seis de la mañana al mediodía. Nick le había seguido, del mediodía a las seis de la tarde.

Estaban sentados en un bar llamado Curley's, en la carretera 41. Warren era el único negro en el local. Esto no era infrecuente en Calusa, Florida,

pero Warren sospechaba que Charlie y Nick se sentían incómodos sentados aquí bebiendo con un negro, aun cuando era él quien les pagaba los tragos.

—Pensamos que alguien ha puesto la casa en la mira para un golpe —dijo Charlie.

—Los dos hemos llegado a la misma conclusión por separado —añadió Nick.

Hasta hablaban como mellizos.

—¿Han hablado con los otros dos? —preguntó Warren.

—Sí, pero no han visto nada sospechoso. Sólo hoy notamos toda esta actividad.

—Ese automóvil que pasaba, con dos hombres.

—El conductor todo vestido de negro.

—El otro pelirrojo.

—¿Cuándo fue eso?

—En mi turno —dijo Charlie— apareció el coche, debió de ser alrededor de las diez.

—¿Qué tipo de coche?

—Un Honda Civic azul.

—¿Placas de Florida?

—Ajá.

—¿Alquilado?

—No. Se está adelantando, Chambers. ¿Quiere oír lo que pagó por saber, o quiere hacerme un interrogatorio?

«Lo que quiero es hacerte caer todos tus malditos dientes como perlas», pensó Warren.

—Por supuesto, adelante —dijo.

—Pasó frente a la casa, siguió adelante bajo la lluvia, se metió en la entrada para automóviles de la iglesia para dar la vuelta, volvió a pasar frente a la casa. Esta vez más despacio, examinando el terreno con todo cuidado.

—¿Qué hora sería entonces? ¿Diez y diez? ¿Diez y cuarto?

—Algo así.

—¿Se detuvo el coche?

—No. Solamente pasó, muy despacio, con los dos hombres hechos todo ojos.

—¿Dónde se hallaba usted?

—Dentro de la casa.

Vio la expresión de Warren.

—¿Hay algo malo en eso?

—No si no le molesta a usted.

—Yo también me metí —dijo Nick—. En mi turno.

—Perfecto.

—Si alguien interfiere, le mostramos la placa, le decimos que la policía de Calusa nos puso de vigilancia.

—Por mí, no hay problema —dijo Warren.

—Me pareció verlo algo preocupado —observó Charlie.

—No, no.

—Quiero decir, si usted quiere que veamos si alguien se acerca a esa casa, el mejor modo de hacerlo es meternos en la misma casa, ¿no es así?

—Yo diría que es lo mejor —corroboró Warren.

«Te rompería tu maldita nariz en seis partes», pensó.

—De modo que eso pasaba a las diez y cuarto más o menos —dijo—, la segunda pasada del automóvil.

—Sí —afirmó Charlie—. A esa hora.

—¿Y usted estaba dentro de la casa?

—En el dormitorio del piso alto. Desde ahí hay una buena vista de la carretera y también de la playa, con sólo cambiar de ventana de vez en cuando. El único problema es que no hay aire acondicionado, y hace un calor infernal allí arriba.

—Incluso con esa lluvia —dijo Nick.

—¿A qué hora volvió a pasar el coche? —preguntó Warren.

—Alrededor de las doce menos veinte —contestó Charlie—. Y esta vez no sólo pasó, sino que aparcó enfrente.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí? —preguntó Warren.

—Seguía allí cuando yo fui a relevarlo —contestó Nick—. A las doce.

—Vaya —dijo Warren.

—No, no —dijo Nick.

—Yo sabía lo que estaba pasando —siguió Charlie—. Estaba vigilando toda la acción desde la ventana del piso alto.

Warren seguía preocupado.

—No somos aficionados —dijo Charlie, leyéndole la expresión.

—Eso espero —repuso Warren—. Pero lo que veo por el momento son dos tipos frente a una casa donde alguien los está mirando desde una ventana del último piso, y otro más que está a punto de entrar por la puerta.

—Nadie me vio en la ventana —dijo Charlie.

—Y yo vi el coche de lejos —explicó Nick—. Y pasé de largo, mirando para otro lado.

—¿Siguieron allí?

—Todo el día —dijo Charlie.

—¿Y me dice que no sabían que usted estaba en la casa?

—Sí, eso es. Nadie me vio.

—¿Y qué hizo usted, Nick? ¿Siguió conduciendo de un lado para el otro hasta que captaron al coche también?

—Le digo que nadie me vio —insistió Charlie irritado.

—A mí tampoco —dijo Nick—. Ni siquiera me acerqué a la casa después de la primera pasada. Aparqué en Pelican, caminé por la playa y entré a la casa por la puerta trasera. Cuando relevé a Charlie debían de ser la una menos veinte.

—¿El Honda seguía estacionado allí?

—Sí.

—¿A qué hora se marcharon?

—Un poco después de las cinco.

—Los dos miraban la casa todo el tiempo, ¿eh?

—Sí, la miraban —confirmó Nick.

—Y estudiaban mapas, como si estuvieran tratando de localizar dónde diablos estaban —dijo Charlie—, pero sin dejar de vigilar la casa.

—¿Qué razón se les ocurre para que la hayan vigilado durante tanto tiempo? —preguntó Warren.

—Sea lo que fuera, no fue porque nos vieron —dijo Charlie—, si eso es lo que está sugiriendo.

—Yo supongo que estaban observando el movimiento —dijo Nick—. Tratando de descubrir quiénes entraban y quiénes salían de la casa, y a qué horas. Sólo que la casa está vacía, así que no hay ningún movimiento.

—Salvo que lo hayan visto a usted entrar por el lado de la playa.

—No, estaban en el coche cuando Nick me relevó —dijo Charlie—. Empieza a irritarme, Chambers. Son demasiadas exigencias. No conozco a mucha gente que esté dispuesta a pasarse todo el día en una casa vacía por diez roñosos dólares la hora.

—Diez roñosos dólares, ¿eh? —dijo Warren.

—Me pagan quince cuando superviso el tránsito en el Country Club —dijo Charlie—. Cuando hacen un baile.

—¿Y cuántas veces a la semana lo hace? —preguntó Warren.

—Bueno...

—Bueno un carajo —soltó Warren—. Aquí están ganando sesenta dólares por día, los siete días de la semana, y según mis cuentas eso significa cuatrocientos veinte por semana, que seguramente es más de lo que ganan en la policía. Estos trabajos nunca se pagan tan bien, y lo saben.

—Bueno, quizá tenga razón —concedió Charlie—. Pero eso no significa que tengamos que aceptar broncas por habernos dejado ver por dos mierdosos *hippies* en un Honda. No somos aficionados, Chambers. Si usted creyera que lo somos, no nos habría contratado.

—Bueno, los he contratado.

—Entonces, deje de gruñir, ¿eh? —dijo Nick—. Estamos haciendo el trabajo, hombre.

Hubo un largo silencio.

—¿Le parece que podremos tomar otra cerveza aquí? —preguntó Charlie.

Warren le hizo una señal a la camarera de que sirviera otra ronda. Las cervezas llegaron cinco minutos después. La camarera era una chica de cabello negro con una mini muy corta. Cuando se apartó de la mesa, Charlie comentó:

—Me gustaría probar un poco de eso, hombre.

—Meter la mano entre esas piernas que tiene —dijo Nick.

—Por abajo de la falda —añadió Charlie.

—Encontrar algo de veras dulce debajo de esa falda —siguió Nick, y se pasó la lengua por los labios.

—¿Por qué los han llamado *hippies*? —preguntó Warren.

—Nosotros hablando de mujeres, él hablando de *hippies* —dijo Charlie, y sacudió la cabeza—. Debe de haber algo en él que no funciona.

Warren supuso que había sido aceptado en la banda. Un blanco derechista no habla de mujeres blancas con un negro salvo que lo encuentre de veras un buen amigo. O eso, o el negro está destinado a recibir un fuerte golpe en la entrepierna. Warren no creía que estuviera en medio de una escena del tipo Llevemos-Al-Ne-gro-Al-Callejón. Sospechaba más bien que la pequeña conferencia sobre los honorarios los había puesto de su parte. Al decirles que sabía que les estaba pagando un precio de lujo, y que esperaba a cambio un trabajo de lujo, les había tocado el sentido del honor. Quizá no eran aficionados después de todo.

—¿Por qué *hippies*? —volvió a preguntar.

—El que iba vestido de negro parecía haber dormido en el coche durante un mes —dijo Charlie—. Llevaba un aro en la oreja izquierda. Cabello negro muy largo. Unos cuarenta años, un completo *hippie* de mierda.

»El otro también —continuó Charlie—. Cabello rojo largo, con ropa que parecía sacada de algún cubo de basura.

—Un buen par de *hippies* ladrones de casas —dijo Nick.

—Según ustedes parece que estaban chequeando el movimiento —observó Warren—. ¿Cuándo calculan que darán el golpe?

—Vaya, nos está pidiendo consejo —dijo Charlie.

—Que me cuelguen —dijo Nick—. Les está pidiendo consejo a los aficionados.

Pero los dos sonreían.

—Si estuvieron sentados allí desde las once y treinta...

—Once cuarenta —corrigió Charlie.

—Desde las once cuarenta hasta las cinco...

—Hasta un poco más tarde de las cinco.

—Entonces todo indica que en ese horario planean dar el golpe, ¿no le parece? En algún momento entre el mediodía y las cinco de la tarde.

—Bueno, es posible —dijo Charlie.

Seguía sonriendo.

—¿Entre el mediodía y las cinco de mañana, entonces? —preguntó Warren.

—Podría ser —dijo Nick.

Él también sonreía.

—Bueno, lo que pensamos...

—Eso fue antes de que supiéramos que se quedarían tanto rato ahí sentados, pero todavía se sostiene...

—Lo que pensamos...

—Esto fue cuando me acerqué por atrás para relevar a Charlie, y los dos miramos ese Honda desde la ventana del piso alto...

—Sin que nadie nos viera a nosotros, Chambers, porque estábamos usando el viejo truco del agujero en la persiana...

—Lo que pensamos fue que si esos mierdosos *hippies* estaban vigilando la casa con tantísimo interés...

—Sentados ahí en el coche como si la calle les perteneciera...

—Sin miedo de que nadie los viera prestando tanta atención al edificio...

—Bueno, lo que pensamos fue que tal vez estaban tan ocupados en su propia actividad que no notarían si alguien iba por atrás del automóvil y apuntaba el número de la placa.

—Así que cuando relevé a Charlie aquí, lo que hizo él fue bajar hasta Pelican por la playa y después volver por la calle y tomar el número del coche...

—Lo memoricé y después lo anoté —dijo Charlie.

—Y además lo buscó en el registro automotor —añadió Nick.

—¿Y sabe qué? —dijo Charlie sonriendo—. Encontré el nombre del dueño del automóvil, y su dirección también.

—Registrado en St. Pete —dijo Nick.

—Lo que significa que son forasteros, quizás alojados en algún motel de por aquí...

—Lo que significa que existe una posibilidad de localizarlos aun cuando no intenten asaltar la casa de Parrish...

—Salvo que estén durmiendo en la playa, lo que a juzgar por el aspecto que tenían es una buena posibilidad.

—¿Cómo es el nombre? —preguntó Warren.

—Arthur Nelson Hurley —contestó Charlie—. Ahora, si es el de negro o el pelirrojo, no podría decírselo. —Su sonrisa se amplió—. Eso es porque no soy más que un pobre aficionado, ¿sabe?

—Llamemos a esa chica para que nos traiga un poco más de cerveza —dijo Nick.

OceanofPDF.com

*Éste es el hombre desarrapado que besó a la doncella
desamparada...*

Había cuarenta y nueve hoteles y doscientos dieciséis moteles en las páginas amarillas de la guía telefónica de Calusa. El lunes por la mañana, 8 de febrero, dos personas que trabajaban para la firma legal Summerville y Hope se dividieron las páginas amarillas y empezaron a llamar a esos hoteles y moteles.

Andrew Holmes, veinticuatro años, graduado en enero en la Facultad de Derecho, y que pasaría sus exámenes finales en julio, trabajó en la lista de moteles. Andrew tenía un título preparatorio de la Universidad de Michigan; Summerville y Hope le pagaba cuarenta mil dólares anuales por su trabajo como «asistente legal». La firma le había prometido un aumento inmediato a cincuenta mil anuales cuando entrara al registro de abogados. Si Andrew hubiera elegido trabajar en Nueva York, probablemente podría haber comenzado con sesenta o setenta mil dólares. Eso se debía a sus altas calificaciones, y a haber sido director de la Law Review. Y aquí estaba, una lluviosa mañana de lunes en Florida, marcando números en un teléfono y pidiendo hablar con Arthur Nelson Hurley, por favor.

En el escritorio de la recepción, Cynthia Huellen se ocupaba de la lista de hoteles, más corta, y sólo se interrumpía para atender las llamadas. Desde el sitio donde Cynthia estaba sentada, cruzando sus espléndidas piernas, podía ver la calle por los ventanales del vestíbulo. La lluvia barría las aceras, goteaba de las cornisas, inundaba las calzadas. Nunca había visto tanta lluvia en su vida. Había nacido y se había criado en Calusa, y ya tenía

veinticinco años y nunca en toda su vida había visto una lluvia tan constante, torrencial, incesante, interminable y maldita.

Cynthia era una persona solar. Por lo general no pasaba un día del año en que no se tendiera a tomar sol en una playa o en una embarcación. Pero su bronceado empezaba a empalidecer. Lo notó al coger el teléfono. En el dorso de la mano el bronceado sin lugar a dudas estaba perdiéndose. Consultó una vez más la lista de hoteles, y estaba empezando a marcar el número del Crescent Edge Beach Club en Sabal Key, cuando una luz en el tablero le indicó que había una llamada. Apretó un botón.

—Summerville y Hope, buenos días —dijo.

—Matthew Hope, por favor.

—¿Puedo decirle quién lo llama?

—¿Hola? —dijo Matthew.

—¿Matthew?

—Sí, Marcie.

—Soy Marcie.

—Sí, ¿cómo estás?

Marcie Franklyn, quien, hasta mediados del mes pasado al menos, consideraba a Matthew lo más grande que hubiera habido nunca. Marcie tenía treinta y tres años, pero a veces parecía una quinceañera. Había parecido una quinceañera cuando, sin aliento, reveló que acababa de conocer y enamorarse locamente de un profesor de Humanidades, sesenta años, del New College de Saratoga, y era por esto que, aunque había disfrutado tremendamente de su breve (del 24 de diciembre al 13 de enero, ¿pero eso a quién le importaba?) relación con Matthew, ahora sentía que había que ponerle punto final, ¿de acuerdo?

Una vez, mucho tiempo atrás (la noche de Año Nuevo) Marcie le había dicho que lo amaba.

Él no estaba del todo seguro de haberla creído.

Ella también le había dicho que era devastadoramente apuesto.

Eso fue agradable de su parte, también.

Con su metro ochenta de altura, sus ochenta kilos de peso, su cabello oscuro y ojos pardos, Matthew se consideraba un hombre de aspecto corriente en un mundo poblado cada vez más por hombres espectacularmente apuestos. Iba a un gimnasio tres veces por semana y graduaba las pesas de los aparatos para un hombre con la mitad de su peso. En sus mejores momentos era un jugador de tenis clase B, con mal revés y peor servicio. Tenía una lancha llamada *Kicks*, con la que nunca se había aventurado lejos de la costa. Tenía treinta y ocho años y estaba aminorando el ritmo, aminorando.

Pero en los ojos de Marcie...

Había sido más rápido que una bala disparada, capaz de cruzar el mar de un solo salto...

En los ojos de Marcie.

En los ojos verde esmeralda de Marcie.

Ya un recuerdo.

Así como la voz en el teléfono era casi un recuerdo.

—Matthew —le dijo ella—, el motivo de mi llamada es que Jason no sabe lo que hubo entre tú y yo...

—¿Jason?

—Mi novio.

—Oh.

El tipo ya había llegado a ser novio. Fantástico.

—No sabe de nosotros, de nuestra relación, y querría, si piensas ir al baile de Poseidón este sábado por la noche, que no reveles ni por palabras ni por gestos que tú y yo nos hemos conocido de otro modo que el más casual. Por breve que haya sido. Ya sabes, ni siquiera me mires como si me conocieras mejor de lo que yo quiero que Jason piense que me conoces.

—Marcie, yo jamás le revelaría a tu novio que tú y yo nos conocimos íntimamente.

—Exacto. Nada de miradas prolongadas, Matthew, ni caricias disimuladas, o...

—Ni siquiera te invitaré a bailar.

—Eso estaría muy bien.

—No lo haré.

—Bien. Lo siento, Matthew, pero es muy celoso.

—Lo entiendo. Gracias por llamarme, Marcie.

—Y no vengas a sentarte a nuestra mesa a charlar —dijo Marcie.

—¿Acaso haría yo eso?

—Tiene antenas, Matthew.

—¿Es una cucaracha? —preguntó Matthew.

—Quiero decir que puede detectar señales.

—Ya he tomado nota: no sentarme, no acercarme, no hablar, no mirar, no tocar, no bailar —dijo Matthew—. Nunca nos han presentado, ¿de acuerdo?

—Bueno, no es necesario que vayas tan lejos, pero...

—Marcie... No iré al baile.

—¿Qué?

—No iré, Marcie. Puedes quedarte tranquila.

—Pero dijiste...

—No, Marcie. No tienes de qué preocuparte. Estaré sentado solo en casa toda la noche del sábado, solo...

—Oh, déjate de tonterías, Matthew.

—Tomando martinis y mirando la lluvia...

—Adiós, Matthew, tengo prisa.

—Adiós, Marcie —dijo él, y colgó.

Se quedó mirando con el ceño fruncido al teléfono, y comprendió que seguía extremadamente irritado con ella por haberlo abandonado de modo tan cortante.

Te amo, Matthew Hope, había dicho ella.

La noche de Año Nuevo. Te amo, Matthew Hope.

Palabras, pensó.

Leona Summerville caminaba como una pantera en celo.

Al salir del Jaguar en el aparcamiento de George Brothers mostró lo bastante de las piernas como para atraer la atención de cuatro jovencitos que trataban de cargar una lavadora en una camioneta. Uno de los chicos gritó: ¡Ey, mamá!, y otro: ¿Cómo te llamas, dulzura?

Leona sonrió.

Cuando entraba por las puertas giratorias del almacén, un hombre salía, pero dio la vuelta completa y entró siguiéndola. El hombre se quedó sacudiendo la cabeza con admiración, las manos en las caderas, mirando a Leona que se deslizaba rumbo a las escaleras mecánicas. Cuando Warren entró, el hombre se volvió a él y le dijo: «Mmmm-mmmm», siempre sacudiendo la cabeza, y salió. Warren avanzó rápido y empezó a subir la escalera mecánica cuando Leona todavía no había llegado arriba. Alzó la vista, y la bajó de inmediato, avergonzado, porque podía verle las bragas bajo la falda muy corta que llevaba.

Salió de la escalera mecánica en el segundo piso, y él la siguió hasta el departamento de lencería, al que en George Brothers aquí en Calusa llamaban Ajuares íntimos, las dos palabras en un cartel de fondo malva y letras manuscritas verde palta. Leona entró bajo el cartel y pasó junto a un maniquí femenino con un corpiño negro, portaligas negro, medias caladas negras y unas bragas negras clavadas en la cintura y que lamentablemente dejaban a la vista las junturas entre las piernas y el torso del maniquí, que parecía una doble amputada vuelta a armar.

Ajuares íntimos.

Leona llevaba una minifalda vaquera celeste con un gran cierre relámpago de bronce, parcialmente abierto, en la pierna derecha. La falda, junto con las sandalias blancas de tacón alto, le daban un aire juvenil de piernas largas y desnudas. La ajustada camiseta blanca la hacía parecer una mujer de pechos exuberantes y pezones erectos, quizá porque no usaba sostén.

Warren reconocía que podía equivocarse sobre el significado de súbitos adelgazamientos o cambios de corte de pelo o llamadas desde cabinas en la calle, pero no creía que hubiera ninguna posibilidad de error respecto de una camiseta sin nada debajo en una mujer tan bien hecha como Leona Summerville. Si esta mujer fuera su esposa, no la dejaría salir a la calle vestida de ese modo. Ni siquiera yendo los dos juntos. Ni siquiera llevándola esposada a su muñeca izquierda.

Si esta mujer no tenía un romance extramatrimonial, Warren podía atravesar a nado el Golfo de México por el lado más ancho.

Warren podría haber subido a un estrado y declarar bajo juramento que esta mujer engañaba al marido.

Estaba eligiendo portaligas rojos.

Al otro lado de la sección, Warren simuló concentrarse en el encaje de una prenda muy pequeña.

Ella estaba ahora eligiendo unas medias rojas caladas.

«Sí, señor —pensó Warren—. Esta mujer...».

Y ahora lo estaba mirando.

A Warren le saltó el corazón a la garganta.

Los ojos se encontraron.

Una débil expresión intrigada en el rostro de ella.

Él se volvió de inmediato. Pero ella lo había visto.

¡Nunca en toda su vida, maldito sea, nunca! Ni siquiera siguiendo a matones en St. Louis, tipos que tenían un radar y podían oler un policía a kilómetros de distancia, ¡nunca le había pasado! Y aquí, en una pequeña ciudad de Florida, lo advierte una ama de casa que engaña al marido...

¡Cielos!

—¿Diga?

—¿El Motel Albemarle?

—Sí.

Lizzie Borden se había alojado en el Hotel Albemarle en su visita a Londres en 1890. Andrew Holmes sabía esas cosas.

—¿Se aloja un tal señor Hurley en su motel?

—¿Hurley?

—Arthur Nelson Hurley.

—Un minuto —dijo el hombre al otro lado.

Andrew esperó.

La esquina de Piccadilly y Albemarle. Se sintió tentado de preguntarle al hombre que lo había atendido si sabía que en otros tiempos había habido un Hotel Albemarle en Londres.

—No hay nadie registrado con ese nombre —dijo el hombre.

—¿Puede decirme si ha podido registrarse en estos últimos días?

—No —negó el hombre, y colgó.

Allí.

Sentado en el Ford gris.

Un negro alto con cuerpo de jugador de baloncesto, gafas oscuras, pantalones livianos y un suéter color café con las mangas subidas hasta los codos. El mismo del departamento de lencería. Salió cuando ella lo miró, pero aquí estaba otra vez, esperando en la calle. La lluvia había amainado un poco.

Sin molestarse en abrir su paraguas, Leona caminó rápido hasta el Jaguar, esquivando los charcos, abrió la portezuela del lado del volante, se metió, bajó la ventanilla, arrojó el paraguas al asiento trasero y puso en marcha el motor.

Y escuchó.

Oyó ponerse en marcha el motor del Ford dos filas de coches detrás del de ella.

Salió de su sitio dando marcha atrás, los ojos en el espejo retrovisor, y luego enfiló hacia la salida del aparcamiento a Main Street. Echó otra mirada por el espejo. El Ford gris venía tras ella.

Dobló a la derecha por Main Street.

El Ford dobló a la derecha tras ella.

«Está bien —pensó—, hagamos una verificación».

Durante los siguientes diez minutos, condujo al Ford en una serie de giros a derecha e izquierda por todo el centro de Calusa, y luego rumbo al sur por la carretera Tamiami, hasta Manakawa, y luego de vuelta al norte hasta Calusa. El Ford siguió tras ella todo el tiempo.

Había leído sobre violadores, incluso asesinos, que seguían a sus víctimas durante días.

Se preguntó si le convendría detenerse cuando viera un coche patrulla y decirle al policía que la seguían.

Curiosamente, no estaba asustada.

Sólo molesta.

El reloj del salpicadero indicaba las doce menos diez.

No necesitaba este inconveniente.

Verificó la hora en su reloj de pulsera.

Se preguntó si podría llamar, cancelar.

En lugar de eso, se dirigió al oeste por el Bayou Boulevard, con el Ford detrás a una discreta distancia de cinco coches, y luego se metió en el aparcamiento del Edificio Profesional de Bayou. Miró por el retrovisor. El Ford buscaba un sitio para aparcar.

Estaba lloviendo fuerte otra vez.

El reloj del salpicadero marcaba las doce menos cinco.

Se miró en el espejo. Los labios necesitaban más pintura. Se la puso. Se secó con un pañuelo de papel, que arrugó y tiró al pequeño cenicero de plástico.

Doce menos tres minutos.

El Ford había encontrado un espacio. Su motor se apagó.

Ella encendió un cigarrillo y empezó a fumar, mirando el reloj.

La puerta de la planta baja del edificio se abrió. Paraguas negro y faldas blancas, capita blanca, medias blancas, zapatos blancos con suela de goma. Corriendo en la lluvia. El pequeño Toyota rojo. Un revoloteo de faldas, la portezuela del coche cerrándose tras ella. El motor en marcha. El coche se mueve. Se ha ido.

Leona arrojó el cigarrillo.

El reloj marcaba las doce y cinco.

Se inclinó hacia el asiento trasero en busca del paraguas, abrió la portezuela y el paraguas casi simultáneamente, y salió a la lluvia, la falda subida hasta los muslos, las piernas largas visibles.

Al caminar rápido hacia el edificio, sentía los ojos del negro en la espalda.

—¿Señor Hope?

—¿Sí, Cindy?

—Su esposa... su ex esposa... en la seis.

—Gracias. ¿Hubo suerte con esas llamadas?

—Todavía no.

—Sigan intentando.

—Llegué a Magnolia.

—¿Qué?

—El Hotel Magnolia.

—Oh. Bien. Gracias.

Apretó el botón 6 en la base de su aparato.

—Hola, Susan —dijo.

—Matthew, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Perfecto. ¿Irás al Baile de Poseidón el sábado?

La vieja Susan. Directa a la yugular.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Quieres hacerme el nudo de la corbata?

—No, gracias, eso ya lo hice durante demasiados años —respondió

Susan.

—¿O ajustarme los gemelos?

—Eso también —dijo ella.

—¿Por qué querías saberlo, dulzura?

—¿Me has llamado «dulzura»?

—No, tú me llamaste, dulzura.

—Matthew...

Era el tono de advertencia. No era momento para bromas. Tenía cosas importantes en la cabeza.

—Sí, dulzura. Te llamé «dulzura» —dijo—. La fuerza del hábito. Perdóname.

—Bueno, pero por favor no se te ocurra hacer algo así durante el baile, ¿de acuerdo?

—Espera, no me digas más —dijo él—. Estarás allí con una cucaracha muy vieja y no quieres que le indique ni por palabras ni por gestos que tú y yo alguna vez compartimos los placeres de...

—Caliente, pero no has acertado —dijo Susan—. Tiene veintitrés años y es...

—Susan, qué vergüenza.

—Matthew, por favor, que no...

—¿Veintitrés?

—Matthew...

—Lo siento. Pero, ¿veintitrés?

—Sí, y es defensa en el equipo de Tampa Bucs.

—Vaya.

—Sí. Mide un metro noventa, Matthew...

—Fantástico.

—Y pesa ciento veinte kilos...

—Bueno, propio de un defensa.

—Y es muy celoso.

—Ah.

—Y ése es el motivo por el que te llamo. No quiero problemas el sábado por la noche, Matthew...

—Oh, yo tampoco.

—Así que por favor no me saques a bailar...

—No lo haré, prometido.

—Ni charles conmigo...

—Ni me sienta a tu mesa, y ni siquiera te mire. Entiendo, Susan.

—Matthew, no es una broma. Estoy muy preocupada por tu integridad física.

—Entonces quizá sea mejor que me quede en casa.

—Bueno, no quería sugerirte...

—Me olvidaré del baile.

—Matthew...

—Me quedaré en casa tomando martinis y mirando la lluvia. Quizá quieras venir a hacerme compañía. Podríamos probar mi nuevo colchón de agua.

—¿De verdad te has comprado un colchón de agua?

—Ven a averiguarlo, Susan.

—No me tientes —dijo ella, y colgó.

—Yo también te amo —le dijo él al teléfono ya muerto, y lo devolvió a la horquilla. Sonó cuando todavía tenía la mano sobre él. Lo volvió a levantar.

—¿Sí?

—La señora Summerville, en la cinco —dijo Cynthia.

—¿Para mí?

—Es lo que me dijo.

—Está bien, pásamela.

Apretó el botón número 5.

—Hola, Leona.

—Matthew, lamento molestarte, sé que debes de estar muy ocupado...

—En absoluto. ¿Qué sucede?

—Me preguntaba si podríamos vernos hoy, más tarde.

Hubo un largo silencio en la línea.

—¿Matthew?

—Sí. ¿Sucede algo malo, Leona?

—Preferiría no hablarlo por teléfono. Y tampoco querría ir a la oficina.

No quiero que Frank se entere de esto.

—¿Qué es, Leona?

Pero ya sabía lo que era. Había una sola causa para que a uno lo llamara una mujer que había conocido durante años, la esposa de su socio, nada menos, para pedirle una entrevista que no fuera en la oficina, para que el marido no se enterara. La causa era el divorcio.

—¿Podemos vernos en Marina Lou's? —preguntó ella.

—De acuerdo.

—¿A las cinco?

—Perfecto.

—Ahí hablaremos.

—Está bien, Leona.

—Gracias, Matthew —dijo ella, y colgó. Devolvió el receptor a la horquilla.

De pronto sintió ganas de llorar.

El teléfono volvió a sonar.

Se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

—Señor Hope, habla Andrew.

—Sí, Andrew.

—Lo tenemos, señor Hope.

El problema tenía muchas caras.

A Matthew le era imposible ir a la policía con esto. No podía llamar a Morris Bloom para decirle que tenía a un hombre vestido de negro alojado en un motel aquí en Calusa, cosa que no constituía un delito, y que este hombre de negro había estado vigilando la casa de Parrish durante casi todo el sábado, cosa que tampoco era delito, y que este hombre de negro podía ser el mismo que había salido corriendo de la casa de Parrish la mañana del asesinato... lo cual tampoco era un crimen salvo que este hombre de negro hubiera cometido el asesinato antes de ejercitar sus piernas por la playa.

Jo, jo, jo, diría Bloom.

Así que en lugar de llamarlo a él, Matthew llamó a la oficina de Warren, y le dijo al contestador automático que habían localizado a Arthur Nelson Hurley, y le pidió a Warren que lo llamara lo antes posible, con la idea de que entre él y Warren, policía experimentado, podían visitar el motel, aminorando con ello el riesgo de una confrontación con un posible asesino. Warren portaba un arma y sabía usarla, como lo había probado el mapache muerto.

A las dos y cuarto, Matthew empezó a ponerse nervioso.

No quería perder a Hurley.

Bueno, existía la posibilidad de que el hombre tratara de introducirse en la casa de Parrish, y entonces lo capturaría ahí, violando la ley 810.08. Intrusión en edificio o propiedad, una contravención de segundo grado. En cuyo caso Bloom le haría toda clase de preguntas, incluyendo dónde había estado a las siete de la mañana del 13 de enero.

Pero existía la posibilidad de que Hurley no volviera más a la casa. Existía la posibilidad de que se hubiera percatado de que la casa estaba vigilada...

Bueno, aun así tenían su dirección en St. Petersburg, la dirección proporcionada por el Registro Automotor. Así que podían rastrearlo allí, suponía Matthew, salvo que el hombre fuera un asesino y estuviera pensando en salir del país pasado mañana.

Matthew no quería ir solo a ese motel.

Pero fue.

El motel se llamaba Calais Beach Castle, a pesar de que estaba a veinte kilómetros de la playa más cercana.

A pesar de la lluvia constante, había un cartel en el frente que indicaba que no había habitaciones disponibles; los turistas nunca miraban los informes meteorológicos de Florida, se limitaban a leer los de Michigan o Indiana, Illinois, Ohio o Toronto. Si estaba nevando allí, suponían automáticamente que el sol estaba brillando aquí. Había una docena de *bungalows* ocupados en el motel, todos de espaldas a la carretera, todos con coches estacionados enfrente, todos con aparatos de aire acondicionado y pequeños porches de madera. Una pequeña piscina recibía el agua de la lluvia, con un dragón de goma flotando olvidado en ella.

El motel tenía un aire de los años cuarenta.

Matthew se figuró mentalmente la escena, la del sueño de mamá y papá vuelto pesadilla: vamos, Maude, mudémonos a Florida, compremos un pequeño motel por allá, viviremos como un rey y una reina, ¿qué me dices? Pero en aquel entonces, no podían construirse hoteles o moteles sobre ninguna de las playas de Calusa, por lo estrictas que eran las reglamentaciones municipales. Todos los moteles, unos diez o veinte en total, estaban sobre la carretera 41. Las pocas almas infrecuentes que por aquellos años veraneaban en la costa del Golfo, no tenían problemas en recorrer en sus automóviles los diez, quince o veinte kilómetros hasta la playa. Las playas eran desiertos sin gente; al mediodía, se podía nadar desnudo. El pueblo mismo no era más que una pequeña y soñolienta aldea de pescadores.

Todo eso cambió a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, cuando el turismo descubrió a Calusa y a la costa oeste de Florida. No bien los constructores y contratistas olieron a dinero, iniciaron la tarea de convencer a los políticos de que el turismo era una gran cosa. Con lo que la reglamentación municipal cambió, y sobre las playas blancas comenzaron a brotar como hongos los hoteles y moteles. Adiós a las esperanzas de mamá y papá con todos aquellos moteles sobre la carretera. Salvo en lo más álgido

de la temporada (como ahora, en febrero, bajo la lluvia) los moteles del interior estaban vacíos, y los cuartos desocupados no servían para realizar sueños.

Matthew salió del Karmann Ghia, abrió el paraguas y se dirigió por el barroso sendero hacia la recepción. Detrás del mostrador se hallaba una señora de unos cuarenta años. Sobre el escritorio, al lado de un portafolios de plástico transparente con formularios de American Express, había una pequeña placa de plástico negro con las palabras IRENE McCAULEY, ADM impresas en letras blancas. También había un periódico abierto. Irene McCauley, si de ella se trataba, estaba inclinada sobre el periódico, los codos en el mostrador, leyendo. Alzó la vista cuando entró Matthew. Lo miró cerrar el paraguas.

—¿Se ha caído el cartel otra vez? —preguntó.

—¿Qué? —dijo él.

—El cartel que dice que no hay habitaciones disponibles —explicó ella—. Suele caerse. Si está buscando alojamiento, está completo hasta fin de mes.

—¿Usted es la señorita McCauley?

—La señora McCauley.

Qué pena, pensó él. Era una mujer extremadamente atractiva. Unos solemnes ojos azules. Cabello castaño que le caía casi hasta los hombros, y flequillo en la frente. Pantalones cortos negros y un top también negro. Nariz delgada, boca generosa. Buenos pechos. Buenas piernas también, al menos lo que podía verse desde el otro lado del mostrador. Ella advirtió que era objeto de un examen interesado. Levantó las cejas. ¿Y bien?, decía su expresión. ¿Todo está donde debe de estar? Matthew se sintió tímido de pronto.

—El señor Hurley me espera —dijo. Mentía—. ¿Puede decirme en qué *bungalow* se encuentra?

—En el once —respondió ella—. El anteúltimo a la derecha.

—Gracias —dijo él, y abrió la puerta, abrió también el paraguas, y salió a la lluvia.

La estrategia que había pensado era simple:

¿Señor Hurley?

¿Sí?

Soy Matthew Hope, abogado. Summerville y Hope. Represento a Ralph Parrish, acusado de haber asesinado a su hermano, Jonathan Parrish.

¿Sí?

Hasta ahí, todo bien, siempre de acuerdo al plan.

Ahora venía el cambio de paso.

Señor Hurley, mi cliente lo ha mencionado a usted como testigo de ciertos hechos que tuvieron lugar la mañana del 13 de enero. Me pregunto si podremos obtener una declaración suya al respecto, antes de responder a la demanda del fiscal.

Pues bien, en ese punto había dos reacciones posibles.

Sí, yo soy la persona que vio su cliente corriendo, y es cierto que fui testigo de un crimen, pero tuve miedo de presentarme a la policía. No fue su cliente quien cometió el asesinato, fue...

¿Quién?

Ése era el primer guión posible.

El testigo benévolo señala al verdadero asesino. En cuyo caso, todos los problemas de Matthew serían cosa del pasado, y los de Parrish también.

Segundo guión.

El peligroso.

No sé de que mierda me está hablando.

En cuyo caso el señor Hurley, el posible hombre de negro, era también el posible asesino.

¿Qué hacer entonces?

Lamento haberlo molestado, señor, y salir de aquí antes de que Hurley...

¿Antes de que hiciera qué?

Matthew deseó que Warren Chambers y su pistola se encontraran aquí en el Calais Beach Castle.

Con la cabeza hundida entre los hombros, el paraguas inclinado en la dirección de donde venía la lluvia, como un escudo negro contra las flechas de los enemigos, Matthew se apresuró por el espacio abierto, saltando los charcos y marcando en general un buen tiempo para una carrera en esas

condiciones, hasta que se hundió hasta la mitad de la pantorrilla en un pozo cubierto de agua fría de color pardo.

—¡Mierda! —soltó, y oyó que alguien se reía a su espalda; se volvió y vio a Irene McCauley en la puerta de la recepción, las manos en las caderas, las piernas plenamente visibles ahora, y tan largas y bien formadas como él lo había sospechado. Los pantalones cortos negros ajustados, un top suelto también negro, los pies algo separados en sandalias negras sin talón, de tacón alto... De pronto comprendió qué le recordaba: el póster de Damn Yankees cuando él era todavía un niño y el espectáculo se presentaba en Chicago. Lola que obtenía lo que quería mediante el simple recurso de mostrarse de pie, con las piernas algo separadas, vestida con lo que parecía su ropa interior y unas sandalias negras de tacón alto.

—Ese pozo es realmente malo —dijo Irene—. Atrapa a muchísima gente. Debí de haberlo prevenido.

—Más vale tarde que nunca —dijo él malhumorado.

Tenía el zapato, el calcetín y parte del pantalón cubiertos de barro. Se miró. Se levantó la pierna empapada del pantalón. Barro en la pierna, también encima del calcetín. Apoyó el pie. El agua chapoteó en la suela.

—Le prestaré una toalla —dijo Irene, y volvió a recepción.

Él la siguió. Se quedó afuera, bajo el paraguas, mirando la lluvia y sintiéndose estúpido.

—Vamos, entre —dijo ella—. No tengo una invalorable alfombra persa.

En realidad, no tenía ningún tipo de alfombra. El suelo era de linóleo verde, gastado en algunos sitios, en especial frente al mostrador y frente al sofá que había contra la pared de la derecha. La puerta vaivén se cerró de un golpe tras él. Tuvo la súbita sensación, al sentarse en el sofá y sacarse el zapato y el calcetín, y al aceptar una toalla blanca y limpia que le daba la mujer de los solemnes ojos azules y el brillante cabello castaño, de que ya había pasado por todo esto antes, había estado sentado en un cuartito que olía a ropa húmeda y calor seco mientras afuera la lluvia caía con fuerza.

—Gracias —dijo.

Sus ojos se encontraron.

—Debí de haberlo prevenido —repitió ella.

Él empezó a secarse la pierna, el pie.

—Deme ese calcetín, que se lo escurriré —dijo ella.

—No...

—No es problema —insistió ella y lo recogió de donde estaba en el suelo junto al zapato, su mano en un súbito primer plano, las uñas pintadas de un rojo brillante, la mano cerrándose sobre el calcetín azul, salió del cuadro, él levantó la vista. Ella abrió la puerta vaivén, y la sostuvo abierta con la cadera mientras se asomaba y escurría el calcetín.

Más allá, la lluvia asolaba el terreno.

Él había estado antes aquí, había vivido estos momentos con anterioridad.

—Adoro la lluvia —observó ella de pronto.

La puerta se había cerrado con un golpe.

—Pondré esto frente a la estufa un momento.

—Tengo que ver al señor Hurley cuanto antes —dijo él.

—No se irá, con este tiempo —dijo ella, y se metió detrás del mostrador. La vio colocar cuidadosamente el calcetín sobre el protector de la estufa eléctrica—. Cuando la temporada termine, me ocuparé de rellenar ese pozo —añadió—. Llega el verano, y esto se vuelve una soledad completa. Tendré infinidad de tiempo para arreglarlo.

La lluvia caía con firmeza sobre el techo.

Una tenue nubecilla de vapor empezaba a levantarse del calcetín azul.

—Espero que no se queme —dijo ella.

Y sonrió.

—¿Está de visita en Calusa? —preguntó—. ¿O vive aquí?

—Vivo aquí.

Sus ojos volvieron a encontrarse.

—Entonces quizá pueda venir a ayudarme a rellenar ese agujero —comentó ella—. En verano.

Silencio.

Salvo por la lluvia.

Un silencio húmedo y con vapor.

Y la certeza de que él había estado antes en este cuarto. El linóleo gastado. Las ventanas con persianas. Hasta el calendario colgado en la

pared. La lluvia. En primer lugar la lluvia. Encerrándolos. Conteniéndolos. Sonando en el tejado.

—¿Le interesaría venir a ayudarme? —dijo ella.

—Quizá su marido se ocupe.

—No es probable.

—¿No?

—Murió hace cuatro años.

—Lo siento —se excusó Matthew.

—Yo no.

Matthew sonrió.

—¿Cómo va mi calcetín? —preguntó.

—Parece que le corre mucha prisa ver a ese Hurley —observó Irene.

—No quiero perderlo.

—Quizá debería pensar qué otra cosa se está perdiendo. —Fue a la estufa, tocó el calcetín—. Todavía húmedo —dijo.

—Tendré que ponérmelo así de todos modos —dijo él.

Ella se encogió de hombros, tomó el calcetín y se lo llevó al sofá.

—¿Cuánto tiempo estará con él?

—No lo sé.

—Me prepararé una copa a eso de las cuatro —dijo ella—. Lo invito. Si le apetece.

—Me apetece —dijo él—. Pero tengo otra cita a las cinco. —Oh.

Lo miró ponerse el calcetín.

—Tiene unos bonitos pies —comentó.

—Gracias.

—Yo tengo los pies más feos del mundo —dijo ella, y se quedó en silencio.

Él se puso el zapato.

—No sé cómo se llama —dijo ella.

—Matthew Hope.

—Encantada, Matthew.

Le tendió la mano.

Él la tomó.

—Llámeme alguna vez —sugirió ella.

—Lo haré.

—En cualquier momento —insistió ella—. Estaré aquí.

—Lo haré —repitió Matthew, y le soltó la mano. Fue a la puerta, tomó el paraguas, buscó el botón para abrirlo—. ¿Hay algún otro pozo ahí afuera? —preguntó.

Estaba sonriendo.

—Hay uno justo enfrente del *bungalow* número diez, a unos tres metros de la puerta. Dé un rodeo ahí.

Ella también sonreía.

—Gracias.

—No se pierda.

—No lo haré.

Abrió el paraguas y salió otra vez bajo la lluvia. Ella se acercó a la puerta y se quedó mirándolo mientras él corría.

Matthew resistió la tentación de lucirse atravesando el patio como un marine bajo el fuego graneado de las ametralladoras enemigas, con balas silvando por todas partes a su alrededor. En lugar de eso, avanzó lenta y cautelosamente, sin ningún deseo de hundirse en otro pozo de agua barrosa, concentrado ya en su charla con Hurley, en lo que Hurley podría decirle.

Se acercó al *bungalow* número once.

Las persianas venecianas de la cabaña estaban bajas.

Subió al porche de madera, se acercó a la puerta, y golpeó.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer.

Unas cinco millas al sur y cuatro calles al oeste, en el cuarto de computación del Edificio de Seguridad Pública, el oficial Charles Macklin arrancaba unas hojas de papel de la impresora. Menos de tres minutos antes había introducido el nombre de Arthur Nelson Hurley en la computadora, y después apretó la tecla «Record Search», con lo que ordenaba una busca de informes sobre ese nombre, y luego las letras AC (de «A Capo»: el técnico que había diseñado este programa era italiano), con lo que la búsqueda se haría desde el comienzo de los registros que tenía la máquina, y no, como lo haría normalmente, desde unos cinco, seis o siete años atrás, según el

número que se apretara en ese momento. En el paso siguiente, Charlie había escrito las letras FL, de «Florida», en lugar de US, porque Charlie sabía que un rastreo por todo el país, estado por estado, exigía la intervención de los registros del FBI, y eso habría llevado horas.

Charlie, aunque en este momento no estaba sentado en la casa de Parrish, seguía haciendo su trabajo para Warren Chambers, al mismo tiempo que cobraba un salario de la policía de Calusa. Charlie no podía entender por qué ese negro le caía tan simpático. Sólo sabía que quería que Chambers encontrara lo que buscaba. De hecho, no veía el momento de decirle a Chambers que había realizado un rastreo de rutina sobre Hurley y había caído sobre lo que a primera vista parecía un gran depósito de mierda.

Sin molestarse en arrancar los márgenes de la hoja, Charlie empezó a leerla. El legajo de Hurley, una gran hoja llena, se remontaba a veinte años atrás, cuando había sido arrestado por primera vez por asalto. Su arresto más reciente había tenido lugar ocho años atrás, en Tallahassee; había sido acusado de lesiones graves e intento de asesinato porque había atacado a un hombre con una botella de cerveza rota hasta casi matarlo.

Charlie soltó un largo silbido.

OceanofPDF.com

*Ésta es la doncella desamparada que ordeñó a la
vaca de cuerno enroscado...*

La chica que abrió la puerta del *bungalow* once en el Calais Beach Castle no debía de tener más de diecinueve años. Llevaba unos pantalones cortos blancos amplios y blusa blanca que colgaba suelta fuera de los pantalones... El cuello de la blusa estaba bordado con flores amarillas y azules que coincidían con los colores de su largo cabello lacio y sus ojos separados. Por el tamaño de su vientre Matthew calculó que tenía un embarazo de al menos seis meses.

—¿Sí?

—Estoy buscando al señor Hurley —dijo Matthew—. Arthur Nelson Hurley.

—Art no está en este momento —dijo la joven.

—¿Lo espera pronto?

—¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Matthew Hope.

—¿Art lo conoce?

—No, no me conoce.

—Debió decirme eso antes de que abriera la puerta. No debería haberle abierto la puerta a un extraño.

—Si usted me permite salir de debajo de esta lluvia —dijo Matthew—, quizá podríamos...

—¿Quién es, Hel?

La voz de un joven, que venía de dentro.

—Alguien llamado Matthew Hope —contestó ella por encima del hombro.

De pronto apareció el joven tras ella. Veintidós o veintitrés años, calculó Matthew, cabello rojo y ojos azules, rostro cubierto de pecas. Llevaba unos vaqueros desteñidos, una camiseta celeste, un cinturón con tachuelas de plata, y sandalias.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Soy abogado —dijo Matthew—. Querría...

—¿Lo mandó la abuela? —preguntó la chica de pronto, abriendo mucho los ojos—. ¿Por qué no lo dijo? Pase.

—Gracias —dijo Matthew.

Cerró el paraguas, lo sacudió antes de entrar, y luego pasó al cuarto y cerró la puerta tras él.

Estaba pensando: la abuela.

Había dos camas en el cuarto, una al lado de la otra. Un par de maletas en el rincón. Un televisor. Una puerta abierta al baño. Nadie en el baño.

Se preguntó si debía decir que no lo enviaba la abuela.

—¿Usted es Arthur Hurley? —le preguntó al joven.

—No. Soy Billy Walker.

—¿Ella es su esposa, señor Walker?

—No.

—Soy Helen Abbott —dijo la chica—. Sabía que ella recapacitaría con el tiempo, Billy, ¿no te lo había dicho?

—Es cierto, lo dijiste.

—¿Pero por qué ella le mandó preguntar por Art? —le preguntó la chica a Matthew—. Art sólo habló con ella por teléfono.

—Bueno... —dijo Matthew.

—Quiero decir, Art nunca tuvo ningún contacto personal con ella. Fue mi padre el que fue a verla por primera vez, poco antes de Navidad. Y después yo, el mes pasado.

—Ajá —dijo Matthew.

—Sé que usted no puede negociar con mi padre, no mientras él está en el hospital. ¿Pero no puede hablar conmigo? Quiero decir, yo soy la nieta, no Art. ¿Qué diablos tiene que ver Art con la abuela?

Matthew no sabía qué tenía que ver Art con la abuela. No sabía siquiera qué tenía que ver Art con Helen, como no fuera él quien la había embarazado. Sólo sabía que Arthur Nelson Hurley era dueño de un coche que había estado estacionado frente a la casa de Parrish el sábado por la tarde. Dos hombres habían permanecido en ese coche, mirando la casa. Uno de ellos de cuarenta años y vestido de negro. El otro un joven pelirrojo. Billy Walker era pelirrojo y no tenía mucho más de veinte años. Matthew suponía que el de negro no podía ser sino Arthur Nelson Hurley.

—¿Tiene idea de cuándo volverá? —preguntó.

—Supongo que ésa es la respuesta a mi pregunta, ¿eh? —dijo Helen—. Ella quiere que usted hable con él. Eso me deja fuera. Si se decide a hacer ese mierdoso cheque, será mejor que lo haga a mi nombre, le advierto.

Matthew no dijo nada.

—¿Aceptará mi precio? —preguntó Helen.

Matthew siguió en silencio.

—Usted sabe obedecer órdenes, ¿eh? —dijo Helen—. La abuela le dice que hable con el hombre, y usted habla con el hombre.

Hubo un sonido de un automóvil afuera, Helen fue a la puerta y la abrió.

Un Honda Civic azul se acercaba bajo la lluvia, frenó ante el *bungalow*.

Se abrió la portezuela del lado del conductor. El hombre que salió y llegó corriendo tenía por lo menos cuarenta años. No vestía de negro sino de verde. Pantalones verdes de poliéster y una camisa deportiva verde de manga corta. Llevaba un aro en la oreja izquierda. Los dos policías vigilando en la casa de Parrish habían mencionado que el de negro llevaba un aro en la oreja izquierda. Dijeron que tenía un largo pelo negro. Lo habían calificado de *hippie*.

—Es Art —dijo Helen.

Arthur Nelson Hurley entró en el cuarto.

—Maldita lluvia —exclamó, y miró a Matthew preguntando—: ¿Quién es?

—El abogado de la abuela —dijo Helen.

—¿Sí?

Miró a Matthew con más atención.

—Tiene órdenes de hablar sólo contigo —aclaró Helen.

—¿A quién representa? —preguntó Hurley—. ¿A la vieja? ¿O a ella y a su hija?

—Bueno...

—Lo que estoy preguntando es si la madre de Helen sabe que está aquí.

—Bueno... no —dijo Matthew.

—Entonces, todo lo que tiene que decir proviene de la vieja, ¿es así? Elise no tiene nada que...

—Bueno, no, yo no diría eso tampoco.

—¿Qué diría entonces?

Matthew notó que tenía un tatuaje en el antebrazo izquierdo. Una enorme serpiente estrangulando a alguna especie de pequeño animal inofensivo.

—Señor Hurley —dijo—, como usted sabe, soy abogado... —Exacto, el abogado de Sophie Brechtman.

—Bueno... no.

—¿No es el abogado de la abuela? —dijo Helen.

—No.

—Entonces, ¿quién es?

—Represento a un hombre llamado Ralph Parrish, que ha sido acusado de...

—¡Parrish!

El hombre silbó en el cuarto como si proviniera de la serpiente tatuada en el brazo de Hurley. Pero venía de la boca de Billy, y fue un susurro azul eléctrico que pareció sorprenderle incluso a él. Miró inmediatamente a Hurley como pidiéndole disculpa; ambos comprendían al mismo tiempo que la repetición del nombre por Billy había confirmado su reconocimiento.

—¿Conocían a Jonathan Parrish? —preguntó Matthew de inmediato.

—¿Qué quiere? —dijo Hurley.

—El fiscal ha empezado a verificar las coartadas de todos los sospechosos...

—¡Nunca pisamos esa casa! —dijo Billy.

—¿Estaban cerca de allí la mañana del crimen? —preguntó Matthew.

—¿Crimen? —dijo Billy.

—¿Qué crimen? —repitió Hurley.

—Todo lo que hicimos...
—Cállate, Billy. ¿Qué crimen? ¿Mataron a alguien?
—A Jonathan Parrish.
—¡Oh, mierda! —dijo Billy.
—¿Cuándo?
—El mes pasado. El 13.
—¿Dónde?
—En su casa de Whisper Key.
—¡Oh, cielos, Art! Estábamos vigilando una casa donde habían...
—¡Te he dicho que te calles!
—¡Yo sabía que esas malditas fotos nos meterían en problemas!
—¿No te ha dicho que te calles? —dijo Helen.
—Este hombre viene a hablarnos del fiscal...
—¿Qué fotos? —preguntó Matthew.
—Adiós, señor Hope —le despidió Helen.

Un blanco se disfraza, para él es fácil. Se cambia de ropa, se pone un bigote o una nariz falsos, cambia el coche, es otro detective. Si un negro se disfraza, no sirve para nada. Puede cambiar el coche, la ropa, la nariz, la huellas digitales, pero hay una cosa que no puede cambiar. El color. Es negro. La persona a la que sigue se vuelve y ve al negro, no importa si lleva una peluca rubia y un vestido de mujer, sigue siendo negro y es el negro que persigue a su presa, es el hombre al que descubrieron, y ya no puede hacer nada para remediarlo.

A Warren Chambers lo habían descubierto.

La señora lo había localizado.

Al entrar al aparcamiento del Marina Lou's, el cielo y la bahía y la lluvia tan grises como el viejo Ford, Warren miraba a Leona Summerville bajar de su Jaguar verde y todo lo que podía pensar era: me ha descubierto.

La había seguido a su casa desde la cita con el médico en el Edificio Profesional de Bayou.

Había esperado a una discreta distancia de su casa en Peony Drive hasta que ella salió nuevamente a las cuatro y media.

La había seguido a Marina Lou's. Había conducido en línea recta, sin el menor rodeo; la señora ya estaba convencida, sabía que él venía detrás.

Ahora le tendía las llaves al empleado del aparcamiento.

Se había cambiado de ropa, lucía algo más apropiado para la hora del cóctel: falda plisada y blusa celestes, zapatos celestes de tacón bajo. ¿La estaría esperando su amante dentro? ¿Para tomar un trago en un ambiente íntimo con vista a la bahía de Calusa? La vio echar una mirada al aparcamiento. Había una sonrisa en su cara. Supo que ella sabía que él estaba ahí sentado mirándola. ¿Cómo diablos le diría a Matthew Hope que había echado a perder una vigilancia?

Leona Summerville estaba a punto de entrar en el edificio.

Y entonces, como si un ser invisible y poderoso hubiera oído los pensamientos de Warren y hubiera querido presentarle en la realidad al objeto de esos pensamientos, el mismísimo Matthew Hope abrió la portezuela de su Karmann Ghia color ocre y salió.

—¡Leona! —llamó.

Ella se detuvo. Se volvió. Sonrió.

Matthew le dio al empleado sus llaves. Leona lo tomó del brazo. Warren los vio meterse dentro.

¿Eh? pensó.

Y de pronto se preguntó...

Pero no.

¿Pero por qué no?

¿Era posible?

Esperaba que no.

Le disgustaban las tramas complicadas.

Helen lloraba.

Hurley odiaba verla llorar.

Sentía deseos de pegarle cuando lloraba, deseos de darle un motivo real para llorar. Al mismo tiempo, sentía un impulso de abrazarla, de consolarla. Se preguntaba si la amaba. Esos sentimientos mezclados respecto de ella. El deseo de azotarle, de gritarle y de abrazarle, todo al mismo tiempo.

Sentimientos respecto de lo que llevaba dentro, también. El hijo de él. Nunca había sentido algo así en su vida. Nunca. Se preguntaba si sería un varón. En cierto modo esperaba que fuera una niña. Los chicos lo pasaban mal en este mundo. Había demasiadas cosas ahí afuera esperando que uno se ocupara de ellas.

—No llores, nena, vamos —le dijo, y la tomó en sus brazos y la besó.

Billy estaba, sentado en la otra cama.

Helen siguió llorando y sonándose con un pañuelito con puntillas de encaje.

—Por favor, nena, odio verte así —dijo Hurley, y volvió a besarla.

—Es que pienso que puedo haberlo estropeado todo —dijo Helen y se estrujó los ojos con el pañuelito—. Quizás he hablado demasiado. Pensé que era el abogado de la abuela. Se hizo pasar por el abogado de la abuela.

—No, no se hizo pasar —rectificó Billy—. El hombre nunca dijo que fuera el abogado de tu abuela. Fuiste tú la que sacó esa conclusión.

—¿Dijo el hombre que era abogado de Sophie? —preguntó Hurley.

—Creo que no, Art. Oh, Art, lo siento tanto —se excusó ella, y volvió a estallar en llanto—. Debí darme cuenta que había venido a espiar.

—Vamos, vamos —dijo Hurley, abrazándola y dándole pequeñas palmadas—. Vamos, vamos, querida. ¿Qué clase de preguntas hizo?

—¿Preguntas?

—Dijiste que estaba espiando.

—Bueno, preguntó siempre por ti. Quería saber cuándo volverías.

—¿Eso es todo? ¿Entonces por qué piensas que estaba espiando?

—Bueno, él te preguntó...

—Me refiero a antes.

—Te preguntó si conocías a Jonathan Parrish...

—Estoy hablando de antes de eso. ¿Qué dijo antes de que yo llegara?

—Te he repetido todo lo que dijo, Art. Bueno, espera, me preguntó si yo era la esposa de Billy.

—¿Le dijiste que no?

—Bueno, Billy le dijo su nombre, y yo le dije el mío...

—Fantástico, ya tiene los nombres de todos.

—Tenía el tuyo de antes, Art —dijo Billy, se levantó y fue hacia el televisor—. Antes de venir aquí ya tenía tu nombre.

—No pongas eso —dijo Hurley.

—El hecho de que estemos casados —dijo Billy sonriendo—, no significa que puedas darme órdenes, Art.

—Dije que no la pongas —ordenó Hurley, y se volvió una vez más hacia Helen—. ¿Qué le dijiste sobre tu abuela?

—Dije que había ido...

—¿Sí?

—A verla.

—¿Le dijiste por qué fuiste a verla?

—Lo siento, Art. Sé que debí ser más cuidadosa. Pero de veras creí que era el abogado de...

—¿Hablaste de dinero, Helen?

Ella lo miró. Los ojos empezaban a llenársele de lágrimas nuevamente.

—¿Lo hiciste?

—Creo que... que... puedo haber dicho algo sobre que ella aceptara mi precio.

—También hablaste de un cheque —añadió Billy.

—No, nunca dije...

—Dijiste que querías que el cheque estuviera a tu nombre.

Hurley gimió.

—Lo siento, Art —dijo Helen.

—Está bien, muñeca —le tranquilizó él. Se quedó en silencio un minuto, pensando.

Billy seguía junto al televisor, preguntándose si ya podría encenderlo. Helen estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas al estilo indio, mirando a Hurley, preguntándose si estaría enojado con ella. Solía pegarle cuando se enojaba. Sabía que era un hombre violento. Pero no le había pegado ni una sola vez desde que ella estaba embarazada.

—Pues bien —añadió él—, si entiendo bien, este abogado sabe que fuiste a ver a tu abuela, y sabe que quieres dinero de ella.

—Sí —asintió Helen.

—¿Sabe por qué quieres ese dinero?

—No, no creo.

—¿Billy?

—No creo que se haya comentado nada sobre el porqué.

—¿Y sobre la cantidad?

—No se mencionaron números.

—Entonces él no sabe que queremos un millón de dólares, ¿es así?

—No hubo nada que pudiera darle esa impresión —observó Helen.

—Entonces..., todo lo que sabe en realidad es que fuiste a verla por dinero —dijo Hurley—. Y que esperas un cheque.

—Y también sabe que estamos esperando una negociación —añadió Billy.

—¿Cómo mierda se enteró de eso? —preguntó Hurley.

—Porque Helen...

—Porque yo... pensé que ella lo mandaba a negociar contigo. Y... seguramente dije algo al respecto.

—También sabe los nombres de ellas —dijo Billy—. Y se los diste tú, querido. Helen no tuvo nada que ver con eso.

—¿Quién ha dicho que Helen tuviera que ver con eso?

—Lo dije por si acaso pensabas culparla —aclaró Billy—. Fuiste tú el que le dijo todo. El nombre de la vieja...

—Pensé que era su abogado —contestó Hurley—. Helen dijo que él...

—Le diste el nombre en bandeja de plata, Sophie Brechtmann. Le diste el nombre de la hija también.

—No —negó Hurley—. No recuerdo haberlo dicho...

—Elise, dijiste.

—Es cierto, Art —corroboró Helen—. Mencionaste el nombre de mi madre.

—Prácticamente le dibujaste un mapa —le soltó Billy agriamente.

—Bueno, todos cometemos errores —dijo Hurley, y le besó la frente a Helen—. ¿Quién podría tirar la primera piedra?

—Yo —repuso Billy—. Yo no le dije nada.

—¿Quién dijo que habíamos estado vigilando la casa? —preguntó Hurley—. ¿Quién mencionó las fotos?

—Bueno, sí, quizá yo...

—Así que todos tenemos parte de culpa. Pero lo hecho, hecho está. Lo importante ahora es calcular el paso siguiente.

—Nuestro siguiente paso es desaparecer de aquí —declaró Billy.

—No, el siguiente paso es encontrar esas fotos —dijo Hurley.

—Tiene razón —asintió Helen—. Nada la convencerá hasta que vea esas fotos de mi madre y yo.

—Ni siquiera estamos seguros de que esas fotos existan —intervino Billy.

—Existen, eso es seguro —añadió Hurley.

—Sólo porque una negra allá en el norte cree recordar...

—Lo recuerda.

—Hubiera recordado el nacimiento de Cristo si hubiera seguido preguntándole.

—Estaba ahí cuando sacaron esas fotos —dijo Helen.

—Tenemos que encontrarlas —dijo Hurley.

—Volved a la casa de Parrish —sugirió Helen.

—Imposible —dijo Billy.

—Tendremos que meternos en esa casa y encontrar las fotos —dijo Hurley.

—¡En esa casa se cometió un asesinato! —exclamó Billy—. ¿No lo has oído?

—Las fotos están en esa casa —repitió Helen.

—En algún lugar de esa casa —añadió Hurley.

—Si le mostramos esas fotos, ella verá las cuentas —concluyó Helen.

La lluvia había cesado.

Sobre la bahía de Calusa se tendió el arco iris.

—Pide un deseo —dijo Leona.

Estaban sentados ante una mesa para dos cerca de los grandes ventanales que daban al embarcadero y la bahía. Las lanchas amarradas al muelle sonaban con el ruido del viento que se introducía bajo las lonas que las tapaban. El cielo seguía gris, con las nubes desgarrándose en largas

bandas. Detrás del arco iris, muy lejos, se vislumbraba un minúsculo atisbo de azul en el cielo del oeste.

—¿Se piden deseos con los arco iris? —preguntó Matthew.

—Yo siempre lo hago. Dime qué es lo que más desearías en el mundo.

—Si te lo digo, no se hará realidad.

—¿Quién pone las reglas? —preguntó Leona.

—Ésa es una vieja regla. Si te digo mi deseo...

—Las viejas reglas están para ser quebradas —dijo Leona—. Aquí está mi deseo. ¿Preparado?

—Estás tentando a los hados.

—A la mierda con los hados.

Matthew supuso que Leona ya había bebido demasiado. Eran las seis y estaba en su segundo martini. Hacía una hora que estaban sentados aquí y todavía no había oído una palabra sobre el motivo de la cita.

—Deseo... deseo ser feliz —dijo ella, y asintió con firmeza, y miró al fondo de su vaso.

—Creí que ya lo eras —dijo Matthew.

—¿Feliz, yo? ¿De veras lo creías?

Lo miró. Levantó el vaso, lo alzó en dirección al arco iris, como un brindis. Y lo vació.

—Ahora tú —dijo.

—El arco iris casi se ha borrado —dijo él.

—Antes de que se borre del todo.

—Daría lo mismo que deseara tener la Luna. Si lo digo... —Date prisa, que se está borrando rápido.

—Deseo que tú seas feliz —dijo Matthew, y bebió rápidamente.

Leona lo miró sorprendida.

Él asintió.

Ella seguía mirándole.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no quiero que seas desdichada —contestó, y se encogió de hombros.

—Pero lo soy.

—Eso parece.

—Sí.
—¿Quieres decirme por qué?
Ella negó con la cabeza.
—¿Por qué estamos aquí, Leona?
Ella alzó el vaso y dijo:
—¿Te parece que podríamos pedir otro de éstos?
—Antes hablemos.
Leona suspiró.
«Aquí viene —pensó él—. Matthew, quiero divorciarme».
—Matthew, me están siguiendo.
Lo primero que sintió él fue alivio.
Y después comprendió que Warren había echado a perder la vigilancia.
—No digas tonterías —dijo.
—No, estoy segura —insistió Leona.
—Bueno... ¿a qué te refieres? ¿Viste a alguien?
—Sí.
—¿Qué aspecto tiene?
—Un negro alto que conduce un viejo Ford gris.
Mierda, pensó Matthew.
—¿Por qué habría de seguirte alguien?
Leona sonrió.
—Quizá Frank piensa que estoy teniendo un romance —dijo.
«Ahora viene —pensó él—. Tienes razón, Matthew. Estoy teniendo un romance». Esperó.
—Quizá Frank contrató a un detective privado para seguirme.
Matthew no dijo nada.
—Para sorprenderme en flagrante delito —añadió ella.
Matthew siguió callado.
—En el acto mismo —insistió ella—. Con las manos en la masa.
«Flagrante delito» viene del latín. ¿Estudiaste latín?
—Sí —dijo él.
—Y sacarme fotos en algún motel barato. Con las manos en la masa.
¿Puedo pedir otro ahora?

Sin esperar su respuesta, le señaló el vaso vacío al camarero, que asintió y fue hacia la barra. Se volvió hacia Matthew y volvió a sonreírle.

—¿Te dijo algo Frank? —le preguntó—. ¿Puso un detective para seguirme?

—No —dijo él, y de inmediato se preguntó por qué estaba mintiendo. Menos de cinco minutos antes, Leona le había dicho que era desdichada. Por qué no poner las cartas sobre la mesa, decirle la verdad, decirle lo que sospechaba Frank y lo que estaba haciendo Frank.

No, pensó.

«Si ella quiere las cartas sobre la mesa, que empiece ella».

—¿Te parece que podría hacerlo? —le preguntó Leona—. ¿Crees que te lo diría? ¿Si sospechara de mí?

—No sé.

—¿Tú se lo dijiste a él? ¿Cuándo tenías un romance con Agatha Hemmings?

—No.

—¿Los hombres se cuentan esas cosas?

—Algunos. Yo no.

—Algunas mujeres lo hacen —dijo ella, y miró hacia el bar, donde le estaban preparando su martini—. Yo no. Además, no tengo amigas mujeres —añadió, casi para sí misma, y después volvió la vista hacia Matthew—. A ti te considero un amigo —dijo con seriedad.

—Gracias —dijo Matthew, y asintió.

—¿Tú me consideras una amiga?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Una buena amiga?

—Una muy buena amiga.

«Pon las cartas sobre la mesa, maldita seas —pensó—. Que todo salga a la luz, Leona. ¡Si quieres que yo te lo diga, dímelo!».

—Como un muy buen amigo —dijo ella—, ¿querrías que alguien me sacase fotos? ¿Por la ventana de un hotel?

—Bueno...

—Fotos en las que yo esté desnuda —recalcó ella.
—Bueno...
—Con las piernas abiertas.
—Leona, yo...
—Y un tipo metiendo la cabeza entre mis piernas.
—Martini helado, señora —dijo el camarero.
Estaba pálido y parecía pedir disculpas por estar allí.
Leona alzó la vista y le dirigió una sonrisa angélica.
—Gracias —dijo.
—¿Señor? ¿Otro para usted?
—No, gracias —respondió Matthew.
El camarero partió de prisa.
—Creo que lo avergoncé —comentó Leona.
—Creo que me avergonzaste a mí también —dijo Matthew.
—Oh, no seas puritano —exclamó ella, y alzó el vaso—. Por el arco iris
—dijo—. Y por los deseos.
La miró beber.
—¿Por qué eres desdichada?
Leona suspiró profundamente.
—Dime —le pidió él.
—Quizá porque estoy envejeciendo.
—Tonterías —dijo él—. ¿Cuántos tienes? ¿Treinta y siete? ¿Treinta y
ocho?
—El mes que viene cumplo cuarenta.
—Nadie te daría más de treinta y tres.
—Ah, esas palabras dulces —dijo ella, y le tomó las manos sobre la
mesa—. Querido y buen amigo —siguió—, querido, querido amigo —y
sonrió, algo distraída—. ¿Matthew? —preguntó.
—Sí, Leona.
—No estoy teniendo un romance —declaró.
Al decirlo le apretó las manos.
Lo miraba fijo a los ojos.
—Si Frank llegara a preguntarte...
—¿Sí?

—Dile que no, ¿de acuerdo?

—Ajá.

Tratando de no comprometerse.

—No estoy teniendo un romance, ¿de acuerdo?

—Ajá.

Siempre sin comprometerse.

—Bien —dijo ella, y sonrió, y volvió a beber.

Warren Chambers abría la puerta de su apartamento cuando oyó sonar el teléfono. Dejó la llave en la cerradura, corrió a la sala y tomó el receptor.

—¡Hola! —dijo.

—Warren, soy Matthew.

—Sí, hola, Matthew.

«Ahora tengo que decírselo —pensó—. Matthew, me descubrieron».

Y también...

«Matthew, sé que esta tarde te viste con la sospechosa.

Aquí tienes una posible explicación, Matthew.

Digámoslo como un ejercicio, ¿de acuerdo?

Tu socio sospecha que su esposa lo engaña. Te pide que tú pongas un detective que la siga. Tú lo haces. Pero eres tú mismo, Matthew, el que se está acostando con la señora. Así que le dices que tendrás que comportarte mientras el detective esté tras ella. De modo que ambos toman precauciones, si me perdonas la alusión escabrosa, hasta que el detective llega a la conclusión de que la señora está limpia. Entonces, cuando Summerville queda convencido de que su esposa es una joya, tú y la dama volvéis a las andadas.

¿Cómo te suena eso, Matthew?

No está mal para ser una improvisación momentánea, ¿eh?

Y si por casualidad te preguntan, como podría hacerlo yo dentro de dos minutos, cómo es que te estás viendo con la lujuriosa esposa de tu socio en Marina Lou's, siempre puedes decir...».

—Warren, te descubrieron, Warren parpadeó.

—Warren, ¿me oíste? Te...

—Sí, lo sé —dijo Warren—. ¿Pero cómo lo sabes tú?

—Leona me lo dijo.

Warren no dijo nada.

—Tomé una copa con ella esta tarde.

Warren siguió sin decir nada.

—Quiero poner a otro hombre tras ella —le notificó Matthew—. Ya mismo.

—Me alegra mucho oírte decir eso —dijo Warren.

—¿Qué?

—Me hace muy feliz saber que quieres continuar la vigilancia.

—No sé de qué estás hablando, Warren. ¿Por qué no iba a continuarla?

—No sé, Matthew. Pero sé que en este mundo hay muchas razones por las que alguien puede querer iniciar una investigación y después puede querer interrumpirla.

—Warren, ¿has estado bebiendo?

—No, Matthew. Definitivamente, no. Empezaré a buscar a alguien ya mismo. No necesito decirte que hay poca gente adecuada para un trabajo así en Calusa.

—Lo sé. Haz todo lo que puedas.

—Lo haré. ¿Matthew...?

—¿Sí?

—¿Te suena el nombre Wade Livingston?

—Sí. Es un médico. ¿Por qué?

—Ginecólogo. Leona fue a verlo esta tarde.

—¿Y?

—Y nada —dijo Warren—. Quizás está embarazada.

—O quizá fue a hacerse su chequeo anual.

—Quizá. La seguí a su casa después de la visita, esperé cerca de la casa hasta eso de las cuatro y media, cuando ella salió para Marina Lou's.

—Entonces era tu coche el que vi.

—Qué buen detective soy, ¿eh?

—Warren, necesitaré todo lo que puedas averiguarme sobre la familia Brechtmann.

—¿Los fabricantes de cerveza?

—Sí.
—Está bien. ¿Para cuándo?
—Planeo ir a verlas mañana, si aceptan verme.
—¿Quiénes?
—Sophie o Elise, cualquiera de las dos.
—Me pondré a trabajar ahora mismo. ¿Alguna otra cosa?
—Sí. Fui a ver a Arthur Hurley.
—No debiste hacerlo, Matthew.
—¿Por qué?
—Tiene un legajo criminal largo como mi brazo.
—¿Cómo lo sabes?
—Uno de los policías que tengo empleados pasó el nombre por la computadora. ¿Cómo lo encontraste?
—Llamando. Está alojado en el Calais Beach Castle con una rubia muy joven de nombre Helen Abbott y un tipo llamado Billy Walker. Tus policías podrían pasar esos nombres también...
—Lo harán.
—Y hazme saber quién vigilará a Leona, ¿de acuerdo?
—Si encuentro a alguien.
—Encuentra a alguien, Warren.
—Alguien bueno esta vez, ¿eh?
—Tú lo dijiste, no yo.
—¿Matthew...?
—¿Sí?
—No tienes idea de lo feliz que me hace que tú no...
—¿Sí?
—No importa —dijo Warren—. Te llamaré —añadió, y colgó.

Envuelta en la toalla, deslizandolas manos sobre el vientre y los pechos, Helen Abbott se preguntó si no estarían engañándose a ellos mismos. No importa la verdad, ni importa la justicia, la verdad y la justicia no tienen nada que ver con un millón de dólares.

Creía que su padre le había dicho la verdad, y si había justicia en este mundo, entonces la familia Brechtman comprendería que ella se merecía todo lo que estaba pidiendo. Pero, ¿dónde estaba escrito que a la verdad se debe recompensar, o que la justicia debe triunfar?

Todos esos años.

Su padre guardando el secreto.

Hasta que de pronto decidió que ya lo había guardado demasiado.

Y se lo dijo todo a ella.

Y fue a ver a su abuela.

Volvió con las manos vacías.

Eso ocurrió justo antes de Navidad. Para entonces, hacía ya seis meses que conocía a Art. Lo conoció en julio. Él y Billy sentados en un bar de St. Pete donde había ido ella acompañada de otra chica. Un par de aspecto curioso. Art era veinte largos años mayor que Billy, y parecía mucho más su padre que su buen amigo. Después supo que se habían conocido en la cárcel. Fueron compañeros de celda en la Union C/I, allá en Raiford.

Esto la excitó un poco.

Que Art fuera un convicto. Bueno, un ex convicto. Le explicó que él y Billy habían salido esa misma semana. Le dijo que había estado encerrado por haber atacado a un hombre con una botella rota. Casi lo había matado, le contó.

Esto también la excitó.

El aura de violencia que lo rodeaba.

Le dijo que hacía mucho tiempo que no tenía una mujer. Le preguntó si ella estaría dispuesta a ayudarlo a cambiar este triste estado de cosas. Resultó que Billy y la otra chica habían llegado a un tema semejante. Los cuatro fueron a casa de Helen, fumaron un poco de yerba, tomaron algo de vino y terminaron en la cama, ella y Art en la cama grande del dormitorio, Billy y Wanda en la cama plegable de la sala.

Después que apalearan a su padre y fuera a parar al hospital, ella le contó a Art sobre la visita que había hecho a los Brechtman.

—¿En serio? —dijo él—. ¿Los de la cerveza? Siempre bebo su cerveza. Es muy buena, la Brechtman. ¿Por qué fue a verlos tu padre?

Ella le dijo por qué.

Art escuchó con mucho cuidado.

—Puede haber mucho dinero en esto —observó.

Y siguió escuchando.

Y después explicó que el padre de ella había cometido un error, al ir a la familia con el sombrero en la mano y un ruego en los labios; en esas condiciones, no podía sorprender que lo hubieran echado de un portazo. Lo que Helen debía de hacer era volver a esa casa, pero esta vez tenía que llevar cartas para poder jugar: aquí están mis cartas, no son meras palabras, queridos míos, esto es verdad y ustedes saben que es verdad, y creo que mi precio es de un millón de dólares. ¿Qué les parece?

Ella fue a la casa en enero.

Art para entonces se había enterado de lo de las fotos, y ella creyó que bastaría con mencionarlas. Sin necesidad de tenerlas en la mano. Sólo decirles que ella sabía de la existencia de las fotos. Que sabía todo sobre las cuentas.

Estaba mortalmente asustada cuando llegó a la casa.

Una gran casa antigua en el Golfo, verjas de hierro rodeándola, se anunció al guardia de seguridad, le dijo al hombre que era Helen Abbott y quería ver a Sophie o Elise Brechtmann. Soplaban un fuerte viento ese día, eso fue apenas el mes pasado, hacia fin de mes, su largo cabello rubio bailando en el viento, las palmas transpiradas.

El hombre de la verja apretó un botón de los que había en el intercomunicador.

—¿Sí, Karl?

Era la voz de una mujer.

—Señora Brechtmann, aquí hay una chica que quiere verla a usted o a su hija, se llama Helen Abbott.

Un silencio.

Después la voz de su abuela otra vez:

—Que pase.

Y en ese instante supo que su padre le había dicho la verdad.

OceanofPDF.com

*Ésta es la vaca con el cuerno enroscado que embistió
al perro...*

Estaban tomando café y comiendo rosquillas en un lugar de Sabal Key llamado The Miami Deli. Eran las ocho de una mañana de martes, el 9 de febrero, y el sol brillaba. Esto último era casi un milagro. Todos en el local le sonreían al sol de febrero que entraba por las ventanas que daban al camino de la costa. Automóviles convertibles con la capota baja pasaban bajo el sol de febrero. Volvía a parecerse a Florida.

La mujer sentada con Warren Chambers tenía veintiséis años, era una rubia alta, delgada y bronceada, con cabello rizado y ojos pardos. Llevaba una camiseta blanca, vaqueros recortados por encima de la rodilla y sandalias. Parecía una turista. Pero era una detective privada. Se llamaba Toots Kiley.

—¿Dónde aprendiste el oficio? —le preguntó Warren.

—Con Otto Samalson y May Hennessy.

—¿Quién es ese May?

—Es una mujer china que trabajaba para Otto. Volvió a China cuando lo mataron. ¿Conociste a Otto?

—Sólo de nombre.

—Uno de los mejores —puntualizó Toots.

—¿Y tú?

—Soy bastante buena —dijo ella, y se encogió de hombros—. Otto me enseñó mucho.

—¿Cuánto estuviste con él?

—Seis años. Empecé a trabajar para él cuando vine de Illinois.

—¿Y cuándo lo dejaste?

—Cuándo me echaron, querrás decir.

—¿Cuándo?

—Hace dos años.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, o no preguntarías.

Hubo un largo silencio en la mesa. Warren alzó su taza, tomó un sorbo de café.

—¿Quién te puso el apodo de Toots? —preguntó.

—No es un apodo —dijo ella.

—¿Quieres decir que es tu nombre?

—Sí. Toots.

—¿Tus padres te pusieron Toots?

—Mi padre.

—Pero ¿por qué?

—Adora la armónica.

Warren la miró.

—Me puso el nombre por Toots Thielemans, el mejor intérprete de armónica del mundo. Escucha, tuve suerte. Pudo haberme puesto Borah.

—¿Borah? ¿También toca la armónica?

—¿Nunca oíste hablar de Borah Minevitch?

—Nunca.

—Borah Minevitch y los Harmonica Rascals.

—Perdón.

—Vaya —dijo Toots, y sacudió la cabeza.

—¿Cómo te sientes al respecto? Quiero decir, que la gente te llame Toots.

—Es mi nombre. Toots.

—Me alegra que no seas feminista —comentó Warren.

—¿Quién dice que no lo soy?

—Quiero decir... si Gloria Steinem está cerca y alguien te llama Toots...

—Bueno, a la mierda con Gloria Steinem, a mí tampoco me gusta su nombre. Háblame del trabajo, ¿eh?

—Primero dime si estás limpia —dijo Warren.

—¿Por qué? ¿Acaso aparento lo contrario?

—Se te ve bronceada y saludable, pero eso no precluye la cocaína.

—Me gusta esa palabra. Precluye. ¿Es invento tuyo?

—¿Y te gusta esta otra? Cocaína.

—Me gustaba mucho. Todavía pienso en ella de vez en cuando. Pero es un pensamiento pasajero. Estoy limpia, señor Chambers.

—¿Desde cuándo?

—Casi dos años. Desde el momento en que Otto me echó.

—Y ahora estás limpia.

—Ahora estoy limpia.

—¿Segura? Porque si sigues con la coca, preferiría que me lo dijeras.

—No sigo en la coca. O en otras palabras, no uso más coca. Estoy limpia. Limpia. ¿Qué necesita, señor Chambers? ¿Un certificado judicial? Tiene mi palabra. Preferiría creer que mi palabra sigue valiendo algo.

—Hubo un tiempo en que no fue así.

—Eso fue entonces, esto es ahora —dijo ella, y suspiró pesadamente—. Señor Chambers, ¿vino a ofrecerme un empleo o va a seguir dándole vueltas toda la mañana?

—Llámame Warren —dijo él, y sonrió.

—¿Cuál es el trabajo, Warren?

—¿Conservas tu licencia?

—Clase A. Pagué los cien dólares de la renovación en junio. ¿Cuál es el trabajo?

—Vigilancia matrimonial. Un hombre que quiere saber si su esposa lo está engañando.

—¿Por qué no te ocupas personalmente?

—Me descubrió —confesó Warren.

—Oh, vaya.

—Sí.

—Qué vergüenza para ti —dijo ella—. ¿Quién es el cliente?

—Un hombre llamado Frank Summerville. Socio en el bufete para el que yo trabajo.

—¿Y la dama?

—Leona Summerville.

—¿Cuándo empiezo?

—¿Tienes coche?

—Uno muy bueno.

—¿De qué tipo?

—De los que no se hacen notar.

—Son los mejores.

—Otto usaba un Buick Century azul desteñado.

—Yo uso un Ford gris desteñado.

—Yo un Chevy verde desteñado —dijo Toots.

Warren sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta. Lo puso en la mesa, lo palmeó, y dijo:

—La dirección y el teléfono de la dama. En caso de que necesites usarlo.

Toots sonrió como si ya tuviera en mente algún uso posible del número de teléfono de Leona Summerville.

—Cinco fotografías de ella —dijo Warren—, una en color, las demás en blanco y negro. Un número de teléfono donde podrás encontrarme, y una casilla para dejar mensajes. Todo eso está en el sobre.

—¿La casilla también está en el sobre? —preguntó Toots con gesto serio.

—No, sabihonda, la casilla está en Mail Boxes, en el Lucy's Circle. Lo que está en el sobre es la llave. ¿No me preguntas por el sueldo?

—Supongo que será lo mismo que me pagaba Otto.

—¿Y cuánto era eso?

—Cincuenta la hora.

—Buen intento.

—Es lo que me pagaba Otto —dijo Toots, y se encogió de hombros con aire inocente.

—Palabras —dijo Warren.

Toots volvió a encogerse de hombros.

—¿Y cuánto me pagarás tú? —preguntó.

—Ciento sesenta por la jornada de ocho horas.

—Buen intento.

—Eh, vamos, son veinte dólares la hora.

—Sé dividir, gracias. Gracias por el café también —añadió Toots, y se puso de pie—. Fue un placer conocerte.

—Siéntate —ordenó Warren.

—¿Por qué? ¿Para darle la oportunidad de comprar a una drogadicta reformada a precio de esclavo? De ningún modo, señor Chambers.

—Ah, volvemos al señor Chambers, ¿eh?

—Sólo porque ha querido tomarme el pelo.

—Siéntate, ¿quieres?

Ella se sentó.

—¿Cómo te suenan veinticinco la hora? —preguntó él.

—Cuarenta me sonarían mejor —dijo ella.

—Toots —siguió él—, los dos conocemos la tarifa vigente.

—Supongo que sí.

—La tarifa es treinta y cinco la hora.

—Exacto. ¿Por qué me ofreces veinte entonces?

—Porque si siguieras en la coca, te habrías aferrado a lo primero que te ofreciera.

—Lo que significa que no creíste mi palabra, ¿eh?

—No cuando me pediste cincuenta. Cincuenta me hizo pensar en alguien calculando toda la droga que podría comprar con esa pasta.

—No, cincuenta era para mostrarte que no estaba desesperada por el empleo.

—¿Estás desesperada?

—Sí.

Él la miró.

—De veras —aseguró ella.

Él siguió mirándola.

—Necesito el trabajo —dijo ella—. Si quieres pagarme veinte, está bien, lo tomo. Pero eso no significa que aún esté tomando coca.

—Te pagaré treinta y cinco —dijo él—. Más gastos. La tarifa en vigencia.

—Gracias —repuso ella, y asintió.

—¿Quieres más café?

—No, quiero ponerme a trabajar —dijo ella, y tomó el sobre.

El guardia de seguridad en la verja pesaba por lo menos ciento veinte kilos. Llevaba un uniforme marrón y una pistola muy grande asomaba por la funda que le colgaba de la cintura.

—¿Sí? —le preguntó a Matthew.

La palabra sola, sin adornos, bordeaba la grosería.

El hombre tenía orejas despegadas, un bigotito negro, cabello negro aplastado contra el cráneo, y ojos pardos demasiado juntos. Salvo por su tamaño, tenía un lamentable parecido con Adolf Hitler. Las pocas palabras que había pronunciado tenían la sombra de un acento. Matthew supuso que sería talento importado.

—Tengo una cita a las once con la señora Brechtmann —dijo.

—¿Su nombre?

—Matthew Hope.

El guardia apretó un botón.

—¿Señora Brechtmann?

—¿Sí, Karl?

—Un hombre llamado Matthew Hope quiere verla. Dice que tiene una cita a las once.

Dice que tiene una cita.

—Que pase.

—Sí, señora.

Apretó otro botón. La verja empezó a correrse lentamente.

—Siga el camino hasta el fondo —le dijo—. Aparque a la derecha.

Morrie Bloom le había dicho una vez a Matthew que un policía estaba entrenado para pensar que toda persona que infringía una ley era una mala persona. Los buenos contra los malos. Pregúntale a cualquier policía. Pero el problema de este tipo de razonamiento era que no dejaba espacio para diferenciar entre un hombre que había estacionado ilegalmente su coche y un hombre que cometía un asesinato. Esto era lo que provocaba que muchos policías se comportaran como feroces carniceros al enfrentar a un hombre que había excedido en dos kilómetros el máximo de velocidad. El hombre

había quebrantado la ley. Luego, era una mala persona. Luego, podía esperar el mismo tratamiento que merecía un violador de niñas. Y si el sujeto discutía con el policía, si trataba de hacerle entender que no podía tratarse de ese modo a un ciudadano honesto, le pondría las esposas por resistencia al arresto, y después lo arrojaría al asiento trasero de su coche patrulla como una bolsa de basura.

A un policía de tráfico no le lleva más de treinta segundos destruir la imagen del policía como héroe simpático presentada por la televisión, las películas y los cómics.

Treinta segundos.

Morrie decía que los policías deberían pensar eso de vez en cuando.

A este Karl Hitler no le había llevado más de treinta segundos ganarse la antipatía de Matthew, y era apenas un guardia de seguridad.

Matthew asintió con gesto helado, puso la primera, pasó por la verja abierta y entró por el camino del parque. Por el espejo retrovisor, podía ver a Karl de pie en medio del camino, las manos en las caderas, mirando al automóvil que se alejaba.

El camino sinuoso se internaba entre pinos y palmeras.

El sol se reflejaba en la capota del coche.

Se dejaba oír el sonido del oleaje rompiendo contra una ribera invisible desde aquí, y después el aroma inconfundible de sal y mar que entraba con la brisa por las ventanillas bajadas.

Florida.

Matthew sonrió.

Y giró el volante para tomar otra curva del camino.

Súbitamente apareció ante sus ojos la espléndida casa de los Brechtmann.

Se alzaba en magnífico esplendor a unos treinta metros de una gran vista del Golfo, cuyas aguas a esta hora del día soleado pasaban de un verde esmeralda en la playa a un azul cobalto más allá. La mayor parte de la arena del extremo sur del Cayo Fatback había sido barrida por el huracán de septiembre, pero la playa de los Brechtmann se había salvado de la devastación, lo que constituía una prueba más de que los ricos eran diferentes. Según el informe que le había preparado Warren, la mansión de

estilo español se encontraba allí desde algún momento de fines de siglo pasado, cuando Jacob Brechtman, entonces de veintiocho años, llevó a su esposa Charlotte, de diecisiete, a Calusa, y le ofreció como regalo de bodas la casa y levantó una nueva cervecería algo más pequeña de la que ya tenía en Brooklyn.

La casa había soportado al menos quinientos huracanes desde su construcción, y allí seguía, monumento al parecer permanente a la habilidad de ganar dinero de Jacob Brechtman y a su propensión expansionista.

Matthew aparcó el Ghia, bajó y caminó hacia la puerta de entrada.

Leona suponía que seguía amando eso en él, su dedicación a la abogacía. Si alguien le dijera a Frank que ya no podría ejercer su profesión, dejaría de existir. La abogacía era su esposa. En su estudio aquí en la casa, los estantes con libros cubrían tres de las paredes. Cientos de libros de materia legal. Había tragaluces encima de los estantes superiores, creando una atmósfera de claustro. La luz solar entraba por esos vidrios. Motas de polvo extraídas de una novela de Dickens flotaban perezosamente en el aire. Leona podía imaginarse a un solemne abogado inglés sentado al macizo escritorio de Frank, leyendo un libracó, y a lo lejos el Big Ben dando la hora. Las once y cuarto. Carpetas de piel negra sobre el pulido sobre de caoba del escritorio. Una lámpara de bronce con pantalla verde. El cuarto de un abogado. El cuarto de su marido cuando estaba en casa. Ella se sentía como una intrusa.

Fue hacia los estantes, buscando un libro.

Los Estatutos de Florida del año pasado.

Él los había traído a casa de la oficina cuando llegaron los nuevos.

Tendría que arreglarse con ellos.

Sacó el volumen del índice del estante, pasó las hojas, encontró la página que buscaba, buscó la línea con el dedo:

APERCIBIMIENTOS...

APREMIOS...

APUESTAS...

APUNTALAMIENTOS...

ARANCELES...

ÁRBOL...

ARCHIVOS...

ARENA...

ARMAS...

Bien.

El índice la remitía al Capítulo 790. Sacó el volumen marcado CAPÍTULOS 561-960. Se sentó al escritorio de Frank y encendió la lámpara. La luz se difundió sobre el sobre del escritorio. Abrió el libro. Al principio pensó que podría tener dificultades.

La subsección 790.05 decía: «Quienquiera que lleve consigo, o tenga en su posesión manual, en cualquier condado de este Estado, cualquier pistola, arma o dispositivo eléctrico, o rifle Winchester u otro rifle de repetición sin tener una licencia...».

¡Maldición, necesitaría una licencia!

«... otorgada por los comisionados condales de los respectivos condados de este Estado será culpable de contravención en segundo grado».

¡Maldición!

¿Cómo era posible?

¿En el estado de Florida?

Siguió leyendo.

Y bajo la subsección 790.25 (Posesión, disponibilidad y uso legal de armas de fuego y otras armas) encontró:

«EXCEPCIONES: Las provisiones de las subsecciones 790.05 y 790.06 no se aplicarán en los siguientes casos y, a pesar del texto de tales subsecciones, será legal para las siguientes personas poseer, disponer y usar armas de fuego y otras armas, munición y repuestos con fines legales...».

Leona contuvo el aliento.

Bajo la larga lista de personas exceptuadas de la necesidad de licencia, encontró al fin:

«Una persona que posea armas en su hogar o en su lugar de trabajo».

Con lo que supuso que cualquier persona en el estado de Florida podía disponer legalmente de un arma.

Y en caso de que esta sección no bastase, concluía con las siguientes palabras:

«INTERPRETACIÓN: Esta disposición deberá ser interpretada liberalmente de tal modo que asegure el derecho constitucional de poseer y conservar armas con fines legales. Esta disposición se considerará suplementaria y adicional a los derechos ya sancionados de portar armas, garantizados por la ley y la decisión de las cortes de Florida, y ninguna interpretación debe obstruir o disminuir ninguno de tales derechos. Esta disposición se impondrá a cualquier ley, ordenanza o reglamentación en conflicto con ella».

La hipocresía de la ley dejó atónita a Leona.

Pero también la hizo feliz.

Porque ahora podía ir a una armería y comprar, sin necesidad de licencia alguna, un arma para matar que en sus manos sería perfectamente legal.

Sophie Brechtmann era una mujer gorda con un audífono que no funcionaba. Se lo quitó de la oreja, lo sacudió. Le dio un golpe al compartimiento de la batería. Devolvió el botón a la oreja, y ajustó el sonido.

—Tiene algo roto —le explicó a Matthew—. Simplemente, tendrá que hablar en voz muy alta.

En su juventud debió de haber sido rubia. Todavía había algunas hebras rubias en su cabello gris. Y debió de haber sido bonita. Nunca hermosa, pero quizá bonita en un sentido familiar y doméstico. Nunca delgada, pero quizá no tan gorda como ahora, tal vez agradablemente rolliza. Quizá todavía subsistía dentro de esta vaca la joven atractiva que había conquistado el corazón de Franz Brechtmann más de medio siglo atrás. Quizá. Si era así, esa joven ya no era más que una sombra, o más precisamente un matiz, un fantasma. Sólo los penetrantes ojos azules parecían jóvenes. Lo demás (el cuerpo formidable en un severo vestido

negro, los brazos y piernas hinchados, la cara también hinchada, la línea dura de la boca) parecía haber sido siempre viejo.

Matthew buscó la mirada de esos ojos.

Exactamente los ojos de Helen Abbott.

—Pues bien —empezó la mujer—. ¿De qué se trata, señor Hope? Por teléfono, me comentó que yo podía tener información de utilidad para su cliente. Un caso de homicidio, dijo.

—Sí, señora.

Estaban sentados en un rincón soleado de la gran sala de la casa, con las puertas-ventana abiertas a la playa y a la abrumadora vista del Golfo. El día era espléndido. Un día para festejar, pero Sophie Brechtman iba vestida de luto.

—Debo decirle ante todo —aclaró— que no admiro a los hombres que defienden criminales.

—Mi cliente...

—Especialmente asesinos.

—No habría aceptado el caso si creyera que mi cliente es culpable —puntualizó Matthew.

—Supongo que todos los abogados de criminales dicen lo mismo.

—Quizá. Sólo que yo lo digo en serio.

—Quizá —dijo Sophie secamente—. Le doy quince minutos para explicarme lo que no me dijo por teléfono.

—Estamos tratando de hallar a una persona que mi cliente vio la mañana del asesinato.

—¿Qué?

—Una persona que mi cliente vio...

—Sí, ¿qué pasa con esa persona?

—Podría ser el asesino.

—Si no lo es su cliente.

—No, mi cliente no lo es —negó Matthew con amabilidad—. Pero aun si esta persona no es el asesino...

—¿Qué?

—Digo que si la persona que vio mi cliente no es el asesino...

—Sí, sí, adelante —le instó Sophie.

—Existe la posibilidad de que haya sido testigo del asesinato. Nos gustaría mucho encontrar...

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —preguntó Sophie, y miró su reloj de pulsera—. Le quedan doce minutos. Y hable alto, que no me llega. Ya le dije que este aparato anda mal.

—Creí que estaba gritando —dijo Matthew.

—¿Qué?

—¡Dije que creía estar gritando!

—Sí, bueno, eso está haciendo —dijo Sophie.

—Señora Brechtman —siguió él—, hábleme de su nieta y las amistades de ella.

—Oh, entiendo —dijo Sophie, y sacudió la cabeza—. La putita ha vuelto a la superficie, ¿es eso?

—¿Estamos hablando de...?

—Estamos hablando de Helen Abbott —confirmó Sophie—. ¿Qué tiene ella que ver con su cliente?

—Señora Brechtman, dos de los amigos de su nieta fueron...

—Yo no tengo ninguna nieta —declaró Sophie.

Matthew la miró.

—Helen Abbott me dijo...

—Helen Abbott es una mentirosa y una cazafortunas —soltó Sophie—. Lo mismo que su padre.

—Su padre está en el hospital —comentó Matthew—. ¿Lo sabía?

—No, pero me alegro de oírlo —dijo Sophie.

—De cualquier modo, Helen Abbott tiene dos amigos...

—La putita.

—... llamados Billy Walker y Arthur Hurley...

—Sí, hablé con Hurley por teléfono.

—Es lo que ella me dijo.

—¿Le dijo sobre qué hablamos?

—Creí entender que fue sobre dinero. Ella dijo algo acerca de que usted podría aceptar su precio...

—¡Eso que ni lo sueña!

—... y le haría un cheque...

—¡Antes me asaría en el infierno! Helen Abbott es una mentirosa.

—¿En qué ha mentido, señora Brechtmann?

—Para empezar, al decir que es mi nieta.

—¿Y usted niega que lo sea?

—¡Por supuesto que lo niego! Tengo una sola hija, señor Hope, mi hija Elise. Elise nunca se casó y por cierto nunca tuvo un hijo.

—¿Entonces por qué esta Helen Abbott...?

—Señor Hope, preferiría no entrar en un tema que durante el último mes y algo más nos ha traído los mayores disgustos a mí y a mi hija —miró su reloj de pulsera—. Todavía le quedan nueve minutos. Listed me dijo por teléfono que yo podría ayudar a su cliente. El taxímetro está funcionando. Hable.

—¿Usted o su hija conocen a alguien llamado Jonathan Parrish?

—¿Parrish? No.

—¿Tiene alguna idea de por qué Arthur Hurley y su amigo pudieron estar vigilando la casa de Parrish?

—No. Mi único contacto con Hurley fue por teléfono.

—Billy Walker hizo referencia a unas fotografías. ¿Usted...? —
¿Fotografías?

—Sí.

—¿Qué clase de fotografías?

—No tengo idea. Se lo pregunto a usted.

—¿Qué pasa con esas fotografías?

—Dijo que sabía que traerían problemas.

—¿Las fotografías?

—Sí. ¿Sabe a qué pudo referirse?

—No. ¿Fotografías? No.

—Señora Brechtmann.

—Le quedan siete minutos.

—¿Pero quién está llevando la cuenta? —preguntó Matthew, y sonrió.

—Yo —respondió Sophie.

—Señora Brechtmann, sé que no quiere hablar de Helen Abbott, pero...

—Es cierto, no quiero.

—Lo comprendo. Pero sé que el padre de ella vino a verla a usted en algún momento de diciembre, poco antes de Navidad...

—Es cierto.

—E incluso la misma Helen vino también el mes pasado.

—Sí, la putita.

—Y le agradecería mucho que me hablara sobre esas visitas... —No.

—... porque estoy defendiendo a un hombre inocente...

—He dicho que no.

—... que podría ir a la silla eléctrica si no puedo probar... —Señor Hope, admiro su tenacidad, pero...

—Señora Brechtman, si estas visitas están conectadas, aunque sea remotamente, con el caso que tengo entre manos...

—No veo cómo podrían estarlo.

—Por favor —rogó Matthew.

Ella lo miró.

—No malgaste mi tiempo —pidió él.

Ella miró su reloj.

—Cinco minutos, es todo lo que queda —dijo.

Matthew sonrió:

—Entonces, adelante.

—Fue poco antes de Navidad —empezó ella—. El año pasado. Poco antes de Navidad...

El hombre se presenta como Charles Abbott. Le dice al guardia de seguridad en la entrada que desea ver a Sophie Brechtman por un asunto de cierta urgencia. Sophie recuerda el nombre del pasado distante, veinte años atrás o más, el joven chófer empleado por su marido. Inglés, si no recuerda mal. Un joven apuesto. Recuerda vagamente el cabello rubio y los ojos azules. Le dice a Karl que lo haga pasar.

Charles Abbott entra en la casa. La sala da al mar. El sol brilla, ese día 19 de diciembre. No parece época de fiestas aquí en Calusa. Nunca lo parece. Sophie todavía recuerda las Navidades en Nueva York. La nieve. El frío cortante. Aquí en Calusa, aunque en la sala está la decoración navideña (un inmenso árbol en el rincón, las guirnaldas en la pared frente a la chimenea y en la baranda de la escalera que lleva a los pisos superiores de

la casa) uno sólo es consciente del sol y el mar. No, esto no es Navidad. No para Sophie, y quizá no para Abbott, que pasó los primeros dieciocho años de su vida en Inglaterra.

Ha cambiado en estos... ¿cuántos años han pasado?

Él le recuerda que dejó su empleo aquí hace diecinueve años. Bueno, un poco más. Diecinueve años y cuatro meses, para ser exacto, ¿no lo recuerda? Sonríe al decirlo. De pronto, Sophie se siente incómoda.

Supone que el hombre está cerca de los cincuenta años, y sigue siendo apuesto, aunque en un estilo ya algo descuidado. El paso de los años no ha sido benévolo con él. Se le ve demasiado delgado. El cabello rubio no es tan brillante como lo era en su juventud. Sus ojos azules parecen opacos. Se ha dejado un bigote lánguido, que se tuerce con un cierto gesto canalla cuando sonríe. La sonrisa sigue incomodando a Sophie. ¿Por qué estará sonriendo de ese modo? ¿Qué busca aquí en la casa Brechtmann este antiguo empleado?

Dice que ha venido por su hija.

Helen.

—No sabía que tuvieras una hija, Charles —comenta Sophie con amabilidad.

—Vamos... —dice él.

Ella lo mira.

—¿Perdón? —pregunta ella.

—¿Cómo está Elise? —pregunta él.

El uso informal del nombre de pila de su hija irrita a Sophie todavía más. Y estira la mano hacia el botón del intercomunicador cuando Abbott añade:

—Quiero un millón de dólares, señora Brechtmann.

Ella lo mira parpadeando, atónita.

—Para no hablar acerca de la hija de la Niña de Oro —le dice él.

—No sé de qué está hablando —dice Sophie.

—Sí sabe de qué estoy hablando —le contradice Abbott—. ¡Estoy hablando de la hija de Elise! Estoy hablando de Helen, su nieta, señora Brechtmann. Quiero un millón de dólares, señora Brechtmann.

—Sí, ya lo oí —contesta Sophie.

—No, no creo que haya oído —dice Abbott—. ¿Quiere conservar pura su cabeza, señora Brechtmann? ¿O quiere que todos esos bebedores de cerveza se enteren de que su querida Niña de Oro se dejó embarazar por el chófer?

—Esto es absurdo —exclama Sophie, e inmediatamente aprieta el botón del intercomunicador.

—¿Sí, señora Brechtmann?

La voz de Karl.

—¡Karl, venga a la casa de inmediato!

Matthew esperaba.

Sophie Brechtmann se había quedado en silencio.

Afuera, el mar brillaba bajo el sol.

—La historia no tiene ningún fundamento —declaró la mujer—. Es algo que se ha inventado. Elise era una niña cuando él empezó a trabajar aquí, no tendría más de dieciséis o diecisiete años cuando él se fue, ¿puede imaginarse el descaro del tipo? Inventar una historia tan ridícula. Volver con un torpe intento de chantaje después de todos esos años... Hice que Karl lo echara como el perro vagabundo que era.

—Pero eso no fue el fin del asunto —dijo Matthew.

—No. La hija vino a verme. Su hija. Su putita. Helen. Astilla de tal palo.

—¿En qué sentido?

—Trató de ordeñarme, lo mismo que su padre.

—¿Eso ocurrió el mes pasado?

—Sí.

—¿Recuerda la fecha exacta?

—Sí. El 11. Un jueves.

Dos días antes del asesinato de Parrish, pensó Matthew.

Hay un fuego encendido en la chimenea de la sala cuando entra Helen Abbott. Sophie la ha dejado entrar más por curiosidad que por otra cosa. Quiere ver qué aspecto tiene esta putita descarada. Lo que ve se parece mucho a su padre. Cabello rubio y ojos azules. La imagen exacta de su padre. Las lágrimas le llenan los ojos.

—Oh, abuela —dice, y cae de rodillas delante de Sophie.

Se aferra a la falda negra de Sophie. Está representando una adaptación barata de *Anastasia*, pero Sophie ya ha conocido y expulsado al perro que ideó esta pequeña jugarreta, y no se ablanda más ante la hija que ante el padre.

—Te quiero, abuela —dice la joven sollozando.

—¡Si ni siquiera me conoces! —exclama Sophie.

—Quiero conocerte. A ti y a mi madre. Por favor, hazla venir...

—No tienes ninguna madre aquí.

—Abuela, por favor...

—Tampoco tienes abuela.

—No me importa el dinero...

—¿Entonces por qué estás aquí?

—El dinero fue idea de papá. Yo, todo lo que quiero...

—Quieres lo mismo que quería él, ladronzuela.

—Te juro...

—Podrías jurarme que nunca volverás a pisar esta casa...

—Abuela...

—Porque la próxima vez no te dejaré entrar, ¿me oyes?

—Quiero ver a mi madre.

—¡Mentirosa, mentirosa!

—Puedo probar que es mi madre.

—Jamás podrías probar semejante falsedad.

—Tengo pruebas. La próxima vez que venga...

—No habrá próxima vez.

—En cuanto tenga las pruebas...

—Fuera. Ya.

—¡Quiero mi parte! —grita Helen.

—Ah —dice Sophie, y asiente con la cabeza—. Ya veo.

—¡Maldita seas! ¡Quiero lo que es mío!

—Sí, sí, muéstrame tu verdadera cara, ladrona. «El dinero fue idea de papá» —repite, imitándola—. «Yo, todo lo que quiero...».

—¡Lo que quiero es un millón de dólares, vaca maldita! —grita Helen—. Será mejor que prepares el talonario. Porque la próxima vez que venga aquí...

—¿Tendré que hacerte expulsar, lo mismo que a tu...?

—Ya tendrás noticias mías —le corta Helen, le da la espalda y sale.

Silencio.

Matthew esperó.

El silencio se prolongó.

En el mar, de pronto se hizo visible un velero. Velas rojas y azules. Por un instante fugaz, Matthew deseó estar en esa embarcación. Con viento en el cabello. Todo limpio y fresco allí en mar abierto. Aquí en la casa...

—El paso siguiente fue la llamada telefónica de Arthur Hurley —continuó Sophie—. La misma canción. Dijo que tenían pruebas. Que querían un millón de dólares. Y colgó.

—¿Y eso fue lo último que supo de ellos?

—Bueno, por supuesto. Lo que afirman es enteramente falso. Ellos mismos lo saben, y lo que es más, saben que yo lo sé.

Sophie Brechtmann miró su reloj de pulsera.

—Su tiempo ya ha terminado —dijo—. Buenos días, señor Hope.

OceanofPDF.com

Éste es el perro que persiguió al gato...

Warren Chambers fue a la oficina pocos minutos antes de las nueve, la mañana del miércoles. Matthew acababa de pedir café y un queso Danish de la charcutería de la calle Heron. Volvió a llamar a Cynthia y le dijo que pidiera dos raciones.

Warren fue directo al asunto.

—Contraté a una mujer llamada Toots Kiley —dijo—, que trabajaba para Otto Samalson. Es muy buena. O al menos lo era. Ha estado desocupada durante un tiempo.

—¿Por qué?

—Consumía cocaína.

—Fantástico —exclamó Matthew.

—Creo que ahora está limpia. Lo espero, al menos. Matthew, en esta ciudad no sobran los buenos investigadores, créeme.

—Lo sé.

—Así que corramos el riesgo. Si no funciona, yo absorberé la pérdida, ¿de acuerdo?

—No, estamos juntos en esto.

—Gracias, pero...

—Sin peros.

—Lo discutiremos después, ¿de acuerdo? Mientras tanto, conservo la esperanza de que todo vaya bien. Ella trabajaba con Otto cuando él descubrió la evasión fraudulenta que cometieron Gabel y Ward, ¿recuerdas el caso?

—No.

—Fue tres o cuatro años atrás. El cliente de Otto era un tipo llamado Louis Horwitch...

—Oh, sí. Era un asunto de ganado, ¿no?

—Algo parecido. Pozos petrolíferos.

—Exacto.

—Pues bien, Otto y Toots manejaron el caso juntos.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Ése. Toots.

—¿De veras?

—Sí. —Warren se encogió de hombros—. Veamos qué pasa, ¿de acuerdo? En cuanto a la familia Brechtmann —dijo, y buscó algo en el bolsillo de su chaqueta en el momento en que sonaba el intercomunicador. Matthew apretó un botón.

—¿Sí?

—El hombre de la comida.

—Que pase, Cynthia.

El hombre de la charcutería entró con una bolsa de papel que contenía dos tazas de café, dos quesos daneses, cuatro sobres de azúcar, dos cucharas y dos cuchillos de plástico y tres servilletas de papel. Matthew pagó y le dio propina.

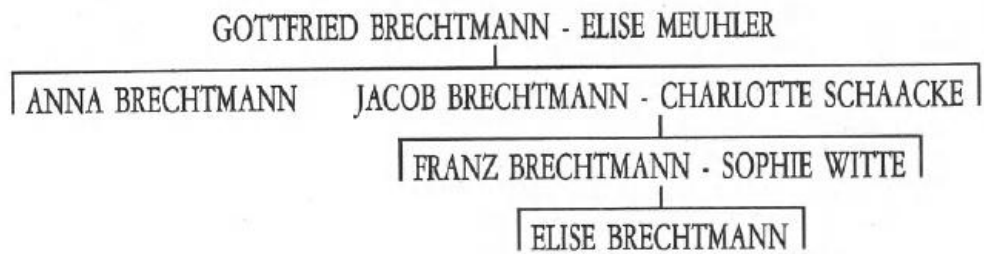
—Gracias —dijo el hombre, y salió.

—No deberíamos comer este queso —observó Warren dando un mordisco al danés—. Su nivel de colesterol es muy alto.

—¿Qué has conseguido sobre los Brechtmann? —le preguntó Matthew.

—No mucho. ¿Has notado alguna vez lo mala que es la biblioteca pública de Calusa? —Se limpió las manos en una de las servilletas de papel, volvió a buscar en el bolsillo y sacó varias hojas amarillas plegadas. Le tendió la primera a Matthew—. El árbol familiar —dijo—. Para referencia. Sólo retrocedí cuatro generaciones. Y sólo seguí la rama que termina aquí en Calusa.

Matthew tomó la hoja. Probó el queso. Bebió café. Examinó el diagrama manuscrito:



—Gottfried Brechtmann era un cervecero en Munich —dijo Warren—. Se casó con Elise Meuhler, hija de un banquero de la ciudad, y tuvo dos hijos con ella, Anna y Jacob. Jacob es el que nos interesa. Es el que vino a América.

—¿Cuándo?

—A comienzos de siglo, en 1901 para ser exacto. Vino con su esposa Charlotte, al parecer una gran belleza y una especie de devoradora de hombres. Inició la rama americana de la Compañía Cervecera Brechtmann.

—¿Aquí en Calusa?

—No, no. En Brooklyn, Nueva York. Ésa fue la primera. Ahora son nueve, incluyendo la de aquí. Ya llegaré a eso, Matthew. Concentrémonos en la familia por ahora.

—Está bien.

—En el año 1905 Jacob y Charlotte vinieron a Calusa a pasar unas vacaciones de invierno. Los dos se enamoraron del lugar y al año siguiente construyeron una casa, cuando nació su hijo Franz. La casa sigue en pie, Matthew, en Fatback Key.

—He estado allí.

—Debe de ser una belleza.

—Lo es.

—Pues bien, ya estamos en 1906. Los Brechtmann se mudan a su nueva casa y Jacob empieza la construcción de una segunda planta. Aquí en Calusa. Veintisiete años después, ya hay cuatro plantas y Brechtmann es el duodécimo fabricante de cerveza del país. En una fiesta elegante en Palm Beach, el joven y apuesto Franz conoce a una belleza de dieciocho años recién llegada de la Alemania nazi. Se llama Sophie Witte... ¿Me estás siguiendo, Matthew?

—Te sigo.

—Bien, llegamos al casamiento de Franz Brechtmann con Sophie Witte.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1933.

—¿Y cuándo nació Elise?

—En febrero de 1952. Sophie tenía treinta y siete años.

—Un poco tarde para una primeriza.

—Así es. Pero de todos modos dio a luz una hermosa niña. Tan hermosa, en realidad, que su orgulloso padre la bautizó con el nombre de su abuela, y pocos años después sacó al mercado una nueva cerveza en cuya etiqueta aparecía un dibujo con un razonable parecido de su mimada de dos años. ¿Te suena el nombre Niña de Oro? ¿Y el eslogan «La Cerveza Hermosa»? Así es, Matthew. Ésta es la cerveza que catapultó a Brechtmann del puesto doce a ser una de las cervecerías más grandes del país. Es una pena que el viejo Jake no estuviera vivo cuando nació su nieta. Se habría sentido muy orgulloso de su potencial vendedor.

—¿Qué sabes de la compañía? —preguntó Matthew.

Según Warren, la Compañía Cervecera Brechtmann poseía plantas en nueve estados. La planta original de Brooklyn producía nueve millones de latas por día. La de Calusa, la más pequeña de todas las plantas Brechtmann aunque sus instalaciones ocupaban doscientos cincuenta acres de tierra sobre la ruta Tamiami, lanzaba al mercado dos millones de barriles por año. Además de eso, la compañía producía bebidas no alcohólicas, y producía levaduras, maltas, contenedores metálicos, además de poseer tierras donde cultivaba los cereales necesarios para la producción de cerveza.

Siempre según Warren, las ventas totales de la compañía durante el último año fiscal ascendían a los cinco mil quinientos millones de dólares, con un 7,6 por ciento de aumento respecto del año anterior. Los ingresos netos eran de trescientos sesenta y cuatro millones de dólares, con un aumento de cuarenta y dos millones respecto del año anterior. Durante los últimos ocho años, las acciones Brechtmann habían rendido una ganancia anual media superior al dieciséis por ciento. La compañía fundada por Jacob Brechtmann en el año 1901 sobrevivió a su muerte en 1945 y a la muerte de su hijo hacía sólo cinco años. Siguió floreciendo bajo la dirección de Sophie Brechtmann, quien hoy, a los setenta y tres años, era dueña del

mayor paquete accionario de la compañía. Compartía las tareas de dirección su hija Elise, de treinta y seis años, cuyo rostro infantil seguía decorando las etiquetas de la cerveza creada en su honor, la cerveza que había hecho la fortuna de la familia Brechtman.

—Buen trabajo —comentó Matthew.

—Es el comienzo —dijo Warren—. Me gustaría profundizarlo.

—¿Buscando qué?

—La mugre —contestó Warren.

Matthew odiaba los hospitales.

Los odiaba desde la muerte de la madre de Susan. Tenía cincuenta y seis años cuando murió. Nunca fumó un cigarrillo en su vida, pero encontraron cáncer en sus pulmones. Cuando le hicieron la biopsia, los médicos volvieron a cerrarla sin tocar nada, y dijeron que no había nada que hacer.

Fue el hermano de Susan quien decidió no decirle que se estaba muriendo.

Matthew no había sentido simpatía por él antes, pero desde entonces empezó a odiarlo.

Porque, bueno..., ella era una mujer maravillosa que habría aceptado la noticia, y en realidad habría agradecido la oportunidad de morir con al menos algo de dignidad. En lugar de eso... ah, cielos.

Recordaba una tarde que había ido al hospital. Su suegra estaba sentada contra las almohadas, la cabeza vuelta hacia un lado, hacia la ventana por donde entraba el sol. Tenía exactamente los rasgos y la piel de Susan, los mismos ojos oscuros y cabello castaño, la boca ancha que mostraba las pequeñas arrugas de la edad alrededor, la mandíbula y el cuello fuertes, la piel ahora estirada... Había sido una belleza en su tiempo, y todavía era hermosa, aunque devastada por la enfermedad. Estaba sollozando cuando Matthew entró en el cuarto. Se sentó junto a la cama.

—¿Qué pasa, Má?

Ella le tomó una mano y le dijo:

—Matthew, por favor, diles que hago todo lo posible.

—¿A quiénes, Má?

—A los médicos.

—¿Qué debo decirles?

—Ellos creen que no me esfuerzo. Y sí lo hago, de veras quiero mejorar. Pero no tengo fuerzas, Matthew.

—Hablaré con ellos —contestó.

Más tarde ese mismo día encontró a uno de los médicos en un pasillo. Le preguntó qué le habían dicho. El médico dijo que había sido una decisión de la familia...

—Yo también soy de la familia —repuso Matthew—. ¿Qué le han dicho?

—Yo sólo trataba de tranquilizarla, señor Hope.

—¿Sobre qué?

—Le dije que se pondría bien. Que si se esforzaba lo suficiente...

—Eso es una mentira.

—Fue una decisión de la familia...

—Por más que se esfuerce, morirá.

—Señor Hope, realmente pienso que esto debería discutirlo con su cuñado. Yo sólo intentaba mantener su ánimo alto, eso es todo.

Murió la semana siguiente.

Nunca supo que se estaba muriendo.

Matthew sospechaba que la llegada de su último suspiro fue para ella una completa sorpresa. Siempre la recordó así: como una mujer que moría por sorpresa. La había querido mucho a esa mujer. Seguía extrañándola. Quizás había sido una razón para que se casara con Susan.

Los olores de un hospital. Nauseabundamente antiséptico.

Los sonidos.

Los bips de los monitores electrónicos. Los discretos altavoces rastreando a médicos que siempre eran requeridos de urgencia. Enfermeras que hablaban a los pacientes adultos en tonos más adecuados para criaturas.

Charles Abbott estaba en un cuarto semiprivado del cuarto piso del Calusa Memorial Hospital. La enfermera de la recepción le dijo a Matthew que el hombre estaba internado desde el 21 de diciembre pasado, o sea un total de cincuenta y dos días hasta el momento, lo que era demasiado para cualquiera que no fuera un paciente terminal, pero...

—Estuvo en coma casi un mes —dijo, y alzó la vista al techo—. Debería haberlo visto cuando ingresó.

Matthew no lo encontró demasiado mejorado.

Estaba en la cama con yesos en ambos brazos y ambas piernas, el rostro flácido y descolorido, el ojo derecho cerrado. En la mitad del cuarto, una cortina impedía ver al otro paciente. Matthew oía unos quejidos provenientes del otro lado.

Hospitales.

Se presentó a sí mismo y le explicó a Abbott la causa de su visita.

—¿Quién? —preguntó Abbott.

Una huella de acento inglés incluso en esa única palabra.

—Jonathan Parrish —dijo Matthew.

—Nunca oí el nombre.

—Dos personas que usted conoce estuvieron vigilando su casa. —¿Y quiénes son esas dos personas?

—Billy Walker y Arthur Hurley.

—Tampoco los conozco —repuso Abbott.

—Creo que sí, señor —dijo Matthew—. Están en Calusa con su hija.

—Está bien, digamos que los conozco. ¿Qué pasa con eso?

—¿Puede decirme usted por qué estaban vigilando la casa de Parrish?

—No tengo ni idea.

—¿Qué relaciones pueden haber entre Jonathan Parrish y Sophie Brechtmann?

—¿Ha sido ella la que le ha mandado aquí? —preguntó Abbott de inmediato.

—No. Como ya le he dicho, represento a un hombre acusado de homicidio. Estoy tratando de...

—¿Entonces cómo sabe el nombre de ella? ¿Qué busca aquí, señor Hope?

—Ya le he dicho...

—¿O ha sido Elise quien le ha mandado?

—No conozco a Elise Brechtmann.

—Pero sí conoce a Sophie, ¿eh?

—Sí.

—¿Ha sido ella la que le ha dicho cómo encontrarme?

—No, ha sido su hija.

—¿Qué?

—Indirectamente. Me dijo que usted estaba hospitalizado. Simplemente llamé a todos los hospitales...

—¿Le explicó cómo vine a parar al hospital?

—No, señor.

—Cuatro hombres me golpearon con palos de béisbol.

—¿Cuándo ocurrió eso, señor Abbott?

—El 21 de diciembre, dos días después de haber ido a ver a Sophie. Notable coincidencia, ¿no? Debían de estar siguiéndome. Salí de ese bar en Palmetto y de pronto me los encontré encima. Cuatro. Todos con bates de béisbol.

—¿Reconoció a alguno?

—No. Cuatro matones alquilados.

—¿Informó de este hecho a la policía?

—No fue necesario. La policía llegó casi al mismo tiempo que la ambulancia.

—Entonces la policía sabe lo que le sucedió.

—Si está pensando que atraparán alguna vez a esos matones, olvídelo. Elise no sería tan imprudente de usar personal local.

—¿Elise?

—Seguro. Tuvo que ser Elise la que me lanzara esos gorilas. La vieja no apoya esas tácticas violentas.

—¿Está diciendo que Elise Brechtman contrató cuatro hombres para que...?

—Es lo que estoy diciendo. Fui a ver a Sophie el 19. Nada más irme, ella debió de hablar con Elise. De modo que Elise se preocupó, y no se necesitó más. El 21, yo estoy en el hospital con el cráneo fracturado, conmoción, ocho costillas rotas, fracturas múltiples en los dos brazos y las dos piernas, nariz rota, clavícula rota y seis piezas dentales menos... todo cortesía de la pequeña Niña de Oro. Usted no la conoce, ¿eh?

—No.

—Es una mujer hermosa, Elise. Supongo que por todos esos genes arios. Sophie ahora es una vieja gorda, pero cuando yo trabajaba en la casa ella también era una mujer bonita. Ya andaba por los cincuenta entonces, pero todavía se cuidaba, nadaba un buen rato todos los días, parecía diez años más joven de lo que era. Todavía tenía el cabello rubio, debió ponersele gris después...

—¿En qué años fue eso?

—Empecé a trabajar de chófer para ellos en el 62. Tenía veintidós años, vine a Florida desde California. Tenía buenas referencias porque había trabajado para algunas de las estrellas de cine. Ella tenía diez años cuando empecé a trabajar en la casa. Cabello rubio largo, ojos verdes... supongo que usted habrá visto la etiqueta de la Cerveza Niña de Oro, ¿no? Es la imagen de Elise. No la he vuelto a ver desde 1969, cuando nació Helen... pero en agosto pasado salió un artículo sobre la compañía en la revista Time, y aparecía una foto de ella con el cabello muy corto, casi como un hombre, pero siempre con esos ojos verdes de gata. Helen se parece mucho a lo que era su madre de joven. Salvo por los ojos. Los de Helen son azules. Bueno, igual que los míos. Supongo que el azul es dominante sobre el verde, ¿no le parece? Se mueve como la madre. El mismo paso. Como un gato. Bueno, ahora está embarazada, y es difícil apreciarlo, las mujeres embarazadas anadean, ¿no? Pero normalmente, se mueve como un animal en la selva, ¿sabe? Como un gran felino acechando la presa. Igual que Elise. Eso se hereda, me parece.

—¿Está diciendo que Elise es la madre de Helen?

—Es lo que estoy diciendo.

—Sophie Brechtman parece no creerlo.

—¿Se lo dijo ella?

—En efecto.

—Qué vieja mentirosa —dijo Abbott, y sacudió la cabeza vendada en un gesto de asombro—. Ella sabe muy bien lo que pasó. ¿Por qué si no me habría pagado todo ese dinero?

El hombre al otro lado de la cortina gimió.

Abbott echó una mirada en esa dirección.

Cuando volvió a hablar, su voz era casi un susurro.

—Medio millón de dólares —dijo.

Matthew lo miró.

—No entiendo —dijo.

—Me pagó medio millón de dólares.

—Creía que se había negado a pagarle nada. Me dijo...

—Es cierto, no quiso darme un centavo cuando fui a verla en Navidad, hizo que su vigilante me echara de la casa. Pero estoy hablando de entonces. Estoy hablando de 1969, cuando Elise estaba embarazada y Sophie estaba frenética.

—Cuénteme —pidió Matthew.

—¿En qué podría ayudarme eso? —preguntó Abbott.

—¿Qué daño puede hacerle? —dijo Matthew.

Abbott lo miró, interrogante.

—Estoy tratando de salvar la vida de un hombre —insistió Matthew.

—Esto no tiene nada que ver con su cliente.

—Quizá sí. Cuénteme.

Abbott seguía mirándole.

—Está bien —cedió al fin, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no?

Enero de 1969.

En California, el gobernador Ronald Reagan le pide a los legisladores estatales instrumentos jurídicos para expulsar a los anarquistas criminales y fascistas retrasados de las universidades.

En Los Angeles, comienza el juicio contra el asesino de Robert Kennedy.

En París, cuelgan una bandera de Vietcong en la torre más alta de Notre-Dame.

Y en Calusa, Florida, una chica que dentro de un mes cumplirá diecisiete años, una chica de dieciséis años con largo pelo rubio y ojos verde claro sube al cuarto que hay encima del garaje en la mansión Brechtmann, y le dice al chófer de los Brechtmann que está embarazada.

El aborto legalizado en Estados Unidos tendrá que esperar cuatro años todavía.

Son apenas las once de la noche.

Charles Abbott, de veintinueve años, está mirando las noticias por televisión.

Se entera de que Lyndon Baines Johnson acaba de vender los derechos de publicación de sus *Memorias* en un millón y medio de dólares.

Inmediatamente se pregunta cuánto estarán dispuestos a pagar los Brechtman por sus *Memorias*, las *Memorias* de Charles Abbott.

Está dispuesto a contarles (o a contarlo a cualquiera) todo lo que sucedió en diciembre del año pasado. Todo. Oh, qué dulces recuerdos.

La pequeña Elise, con sus dieciséis años, subiendo a su cuarto en mitad de la noche.

La pequeña Elise llorando.

La pequeña Elise en sus brazos.

Nunca hay que preguntarle a una jovencita por qué llora o por qué está en los brazos de uno. Eso lo aprendió en Londres. Nunca preguntar. Limitarse a borrar las lágrimas con besos y desabotonar la blusa, y dejar que esos hermosos pechos le llenen las manos a uno, y besar sus pezones rosados de colegiala y levantar la falda sobre los muslos blancos y bajar las bragas de algodón blanco y dejar que el viejo John Peter enhiesto e irritado encuentre su camino por donde está, ¡oh!, tan cálido y húmedo.

Y ahora, a finales de enero, la chica está llorando otra vez y le cuenta a uno que le faltó un período, el que caía a mediados de mes, y está segura de que está embarazada y no sabe qué hacer al respecto, sabe que los padres la matarán.

—Vamos, vamos —le dice Abbott.

Está pensando en todo lo que podrá comprarse con el dinero que le sacará a la familia Brechtman.

Está pensando que lo que tiene que vender vale por lo menos cien billetes grandes.

Por lo menos lo mismo que valdría para cualquier revista sensacionalista de Estados Unidos.

Ya puede ver los titulares:

LA NIÑA DE ORO EMBARAZADA
EL PADRE ES EL CHÓFER

¿Qué? ¿La Niña de Oro embarazada? ¿Embarazada la niñita preciosa de Franz Brechtmann? ¿La de la etiqueta de la cerveza? ¿Embarazada como una cualquiera? ¿Y el padre es el chófer, nada menos? ¡Oh, vaya, vaya, vaya, vaya, *quel scandale, quelle médisance!* ¡Eso sólo bastaría para que la gente dejara de tomar esa cerveza!

No hace su jugada de inmediato, con el temor de que la chica, tan joven y todo eso, haya sido presa de un pánico infundado. Una menstruación perdida no significa necesariamente embarazo. Espera. Y en febrero, cuando Elise le dice que ya ha perdido dos, van juntos a hablar con la madre.

Sophie.

Calma, hermosa, sensata, esbelta.

—Me temo que la chica está esperando —le dice Abbott.

Eso, o algo parecido.

Los ojos azules de Sophie saltan inmediatamente al vientre de su hija; por supuesto, no ve nada, todavía.

—¿Es cierto? —pregunta.

Elise asiente con la cabeza.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpida? —le reprocha la madre.

Abbott suelta un sonido de simpatía con la frase.

Los ojos de Sophie buscan los de él. La mirada está cargada de deseos de muerte. Abbott de pronto se pregunta si no habrá cometido un error al ir a verla a ella. Quizás el padre habría sido más seguro.

Los Brechtmann son católicos; el aborto está fuera de discusión, aun cuando siempre hay un médico dispuesto a prestar sus servicios por una cifra, en Dinamarca o en las Islas Vírgenes. Pero aunque estuvieran dispuestos a comprometer su fe religiosa, siempre existiría el peligro de una filtración, y el escándalo original se multiplicaría si se supiera que los Brechtmann han llevado a su Niña de Oro embarazada al extranjero a realizar un aborto ilegal en el país. No. El aborto no es una opción viable.

Elise debe tener el bebé.

¿Podría arreglarse un matrimonio conveniente con alguien?

Elise acaba de cumplir los diecisiete años. Bastaría el anuncio de un matrimonio repentino para que las malas lenguas empezaran a trabajar, y

también en este caso podría haber el peligro de un gran escándalo que dañase la imagen de la Cerveza Niña de Oro. Si la imagen de esa cerveza se empaña, la compañía sufrirá una tremenda pérdida. Así de simple.

Abbott es la parte más fácil de solucionar.

Basta con pagarle y despedirlo.

Salvo que...

Mmm...

Pagándole lo suficiente, quizá...

¿Por qué no?

Pagarle por darle un apellido a la criatura. Pagarle por llevarse a la criatura con él y desaparecer para siempre de sus vidas.

—Dígame, señor Abbott, ¿haría tal cosa por medio millón de dólares?

Medio millón de dólares es más de lo que Abbott soñó tener nunca en toda su vida. Ni siquiera discute el precio, tonto como es, temeroso de que Sophie se eche atrás si él trata de regatear.

En el mismo mes de febrero de 1969, Sophie le dice a su marido que llevará a Elise a Europa durante las vacaciones escolares en marzo... «Un poco de esquí en Zürs y Lecht, algunas compras en París y Londres». Ruega porque su marido no decida ir con ellas. Pero sabe que durante los próximos meses él estará ocupado con la construcción de otra planta más, la novena, en Denver.

El viaje europeo se prolonga.

En abril, Sophie cablegrafía al colegio St. Marks de Calusa diciendo que un tutor está ayudando a Elise en sus estudios. El colegio vacila. ¿Una estudiante que no asiste a clases? ¿Qué clase de tontería es ésta? Pero los Brechtmann son ricos y poderosos, y los buenos cortesanos saben doblarse ante los reyes, ¿no?

A comienzos de mayo, en una conversación telefónica con su marido, Sophie le dice que probablemente se quedarán en el extranjero durante la primavera y el verano; hace tantísimo calor en Florida..., y de todos modos Franz está ocupado el día entero con la nueva planta. Cuando Franz dice que piensa que podrá reunirse con ellos por una semana a mediados de mes, ella está al borde del pánico. «¡Querido! —exclama—, eso sería

maravilloso». Y su alivio es inmenso cuando él llama a la semana siguiente para decir que hay problemas en Denver y que no podrá ir a Europa.

Ella dedica mucho tiempo a reflexionar.

¿La criatura debe nacer en Europa o en Estados Unidos?

Si nace en Europa, la desaparición será más completa.

Pero Abbott se niega terminantemente a abandonar Estados Unidos. Sophie sospecha que hay un pasado europeo del que él ha huido, y no insiste.

En junio, Abbott encuentra a la ya visiblemente embarazada Elise en Nueva York y la lleva a un ginecólogo-obstetra muy recomendado por una vaga amistad en Londres. Abbott le dice que él y su esposa acaban de llegar de Inglaterra, y necesitan de alguien que vigile a la joven y se ocupe del parto. Abbott dice que no tiene seguro médico en el país, todavía, pero le pagará al médico en efectivo, y por adelantado si el médico así lo prefiere.

—No, no —dice el médico—, con un cheque está bien.

Dos meses después, Helen Abbott nace en el Lenox Hill Hospital, entre la Calle 73 y Park Avenue.

—Agosto de 1969 —dijo Abbott—. Dos días después de Woodstock.

—¿O sea el día...?

—Diecinueve.

—¿Estaba usted presente cuando nació?

—Sí.

—¿Y Sophie Brechtmann?

—No.

—¿Está diciendo que Sophie no estuvo presente cuando su hija...?

—Estaba en Nueva York, sí, pero no fue al hospital. La chica de diecisiete años que ingresó en el Lenox Hill no era Elise Brechtmann, sabe. Era Elise Abbott. Mi esposa. La señora de Charles Abbott.

—¿Entonces quiere decir...?

—No.

—¿No quiere decir...?

—No quiero decir que Elise sea o haya sido nunca mi esposa. ¿Usted tiene hijos, señor Hope?

—Sí.

—Cuando su esposa dio a luz, ¿alguien le pidió el certificado de matrimonio?

—Bueno, no. Pero el médico de mi esposa sabía que...

—¿Ella le mostró el certificado de matrimonio?

—No, no creo. Supongo que no.

—Bueno, el médico al que fuimos en Nueva York nunca lo pidió tampoco. Nos presentamos como una pareja casada, y eso fuimos para ellos. El señor Charles Abbott y señora. Nada más. Sophie había abierto una cuenta a nuestro nombre en Nueva York. Pagamos todos los gastos con cheques de esa cuenta. Los nombres impresos en los cheques eran Charles Abbott/Elise Abbott. Y cuando nació mi hija, el hospital la anotó como Helen Abbott.

—De modo que no quedó huella alguna de Elise Brechtmann. ¿Y cómo esperaba probar...?

—Yo no pensaba probar nada entonces, señor Hope. Hacía lo que me habían pagado por hacer. Acompañar a Elise en el parto, tomar a la criatura y salir de su vida. Fue lo que hice. Volví a California. Crié a Helen, que llegó a ser una hermosa mujer.

Matthew no dijo nada.

—Y entonces se me ocurrió que me habían defraudado, tantos años atrás. Que el secreto valía más de lo que me pagaron por él.

—Así que volvió a Calusa.

—Exacto. Poco antes de Navidad. Aparecí en casa de Sophie...

—Y le pidió un millón.

—Y terminé en el hospital. Porque Elise debe de haberse asustado. Debe de haber pensado, oh Dios, aquí está de vuelta, después de tantos años, de nuevo se presenta la misma amenaza a la compañía. Así que hizo que se ocuparan de mí, me mandó un escuadrón de matones para que me ayudaran a cambiar de melodía.

Asintió con amargura.

—Pero conseguiré ese dinero, señor Hope, recuerde mis palabras. Art Hurley fue al Lenox Hill en busca de pruebas. Y encontró a una enfermera que trabajaba en la maternidad cuando nació Helen. Y ahora tenemos todas las pruebas que necesitamos.

—¿Qué clase de pruebas?
—Fotografías. Lucy estaba presente cuando las tomaron.
—¿Lucy?
—La enfermera.
—¿Lucy qué?
—Strong. Lucy Strong.
—¿Fotografías de qué?
—De Elise y el bebé. El bebé precisamente sobre el pecho de Elise.
Elise dándole de mamar. La mano del bebé sobre el pecho de Elise.
—¿Sophie Brechtman ha visto esas fotografías?
—Todavía no.
—¿Por qué no se las ha mostrado?
—Porque todavía no las tenemos.
—¿Quién las tiene?
—El hombre que las sacó.
—¿Y quién es?
—Alguien que se llama Jonathan Parrish —dijo Abbott.

Leona bajó del Jaguar verde, cerró con llave la portezuela y se dirigió hacia la entrada de la tienda. En el escaparate estaban escritas las palabras:

CAMBIO DE ARMAS BOBBY
Compra — Venta — Trueque
Todos los accesorios

Aspiró con fuerza, tomó el pomo, lo hizo girar y entró al local. Sonó una campanilla en la puerta. Un hombre que se encontraba al fondo se volvió a mirarla. No parecía en absoluto la clase de persona que uno esperaría encontrar en una armería. No tenía la figura viril y bronceada del pistolero profesional, para nada. Era un hombrecito regordete con pantalones anchos y camisa de manga corta, que se volvió hacia la clienta con una gran sonrisa.

Dondequiera que Leona mirara había armas.

Rifles y carabinas cubrían tres de las paredes del local. En cajas alineadas contra dos de las paredes, pistolas y revólveres. Más revólveres en un cuadrado central.

—Buenas tardes, señora —dijo el hombre, saliendo de detrás del mostrador—. Soy Bobby Newkes, ésta es mi tienda. ¿Puedo ayudarle a escoger un arma?

La palabra la sobresaltó. Un arma. Sí, ella estaba aquí para comprar un arma. Pero mencionarlo tan abiertamente parecía de algún modo definir incuestionablemente sus propiedades letales. Un arma. En este momento estaba rodeada por instrumentos de muerte.

—Sí, gracias —dijo, y avanzó hacia el mostrador.

—¿Qué clase de arma tiene en mente? —le preguntó Newkes.

Leona no sabía hasta dónde tenía que simular para presentar una imagen de la ciudadana respetuosa de la ley tal como era definida por las leyes de Florida. ¿Tenía que decirle a este hombre que planeaba usar el arma para práctica de tiro? ¿O para cazar en los bosques? Había examinado los estatutos del año anterior: los más recientes hacían posible virtualmente para todos portar incluso una pistola oculta. Al no saberlo, sonrió nerviosa y dijo:

—En realidad no sé. Nunca he tenido un arma.

—Bueno, ¿ha pensado en un rifle? ¿Algo como el Remington allí en la pared? ¿O el Springfield?

—No, en realidad...

—¿Había pensado en un arma larga?

—No. En algo más pequeño.

—Ah. Un arma de mano.

—Sí. De mano.

—Bueno, echemos un vistazo a esta caja —dijo Newkes—. Aquí hay toda clase de pistolas. Tenemos Coks y Llamas, Rugers y Savages, Steyrs y Derringers...

—¿Son todas pistolas?

—Sí, señora, así es como se llaman. Bernadellis y Crosmans, Smith and Wessons...

—¿Y éste? —preguntó ella tocando con el dedo la tapa de vidrio de la caja.

—¿Este de la última fila? —dijo Newkes.

—No. Encima, a la izquierda. Sí. Ése.

—Ése es lo que llamamos un «snubbie», señora, por la forma del cargador. Ese modelo es un Iver Johnson Trailsman Snub, que con sus setecientos cincuenta gramos le resulta demasiado pesado a muchas mujeres. Hay muchas pistolas más livianas, que le resultarán más adecuadas a sus necesidades. ¿Usted la quiere para tenerla en su casa, señora? ¿Cómo protección? ¿O piensa llevarla consigo?

—Sólo tenerla en casa —dijo Leona, y se aclaró la garganta.

—No es mala idea en los tiempos que corren —observó Newkes—. Aquí tiene una pistola bonita y liviana, esta Llama, el modelo Airlite. Es automática, pesa sólo quinientos gramos, carga nueve tiros. Claro que si sólo planea tenerla en un cajón de su mesita de noche, el peso probablemente no le importará, y tiene una bonita automática, esta Walther P-38. Pesa ochocientos gramos, el cargador tiene capacidad para ocho balas. Hermosa pistola. Es esta de aquí.

—¿Qué es una recámara? —preguntó Leona.

—¿Una recámara? —dijo Newkes, y parpadeó—. Bueno, es el..., bueno, se lo mostraré.

Hizo correr la pared posterior de la caja, metió la mano y tomó la pistola de la que había estado hablando.

—Ve, esto es la recámara, a veces se la llama «clip», es esto que hay en el mango de la pistola...

Apretó o hizo algo que tuvo por efecto que saliera deslizándose del mango una especie de cajoncito.

—... con todas estas balas adentro. Esto sucede sólo en una automática. Los revólveres no tienen recámara, se cargan por el cilindro... bueno, ¿ve ese revólver en la caja?

—¿Éste?

—Sí, es un Smith and Wesson Terrier calibre 32, un arma preciosa también, quizá quisiera tenerla en cuenta. ¿Ve ese cilindro de ahí?

—¿Ahí?

—Justo lo está señalando. Ahí es donde se ponen las balas en un revólver. Se colocan una por una. Con la automática, usted simplemente mete la recámara, y ya está cargada. Por lo demás, es lo mismo. Los revólveres son el seis, las pistolas son la media docena. He tenido clientas de todas clases. Es cuestión de gusto.

—Sigue gustándome éste —dijo Leona.

—El Iver Jonson. Es una bonita arma, señora, y también está en calibre 32 y 22 rifle largo, si eso es...

—No, no quiero un rifle.

—No, señora, no estoy hablando de un rifle, estoy hablando del calibre de la bala, el llamado 22 rifle largo. En ese modelo particular, el revólver tiene un cilindro con capacidad para ocho tiros.

—Y en éste, ¿cuántos tiros carga?

—Éste es un 66, y tiene capacidad de cinco tiros.

—Mmm —dudó Leona.

—Si está pensando en un revólver, señora... parece inclinarse por un revólver...

—Bueno, éste me gusta.

—Sí, señora, y es bueno también. Pero le diré cuál es mi revólver preferido, es un arma que está aquí en la caja central, señora, permítame mostrárselo.

Fue hacia la entrada de la derecha de la caja central. Sacó un manojito de llaves del bolsillo, encontró la que quería, abrió la caja y corrió una porción de la tapa de vidrio.

—Éste es un Colt Cobra —dijo sacando el revólver—. Es una versión parcialmente de aluminio del arma reglamentaria de la policía. La diferencia está en que la reglamentaria pesa seiscientos gramos y la Cobra sólo cuatrocientos, lo que la hace muy adecuada para el manejo de una mujer. Carga seis balas, y también existe en calibre 22. Si alguna vez decide practicar la caza con revólver, en el futuro, ésta es su arma ideal, pues puede adaptársele un caño de cinco pulgadas.

—Tiene muy buen aspecto —comentó ella.

—Es bonita, señora. ¿Quiere sostenerla?

—¿Puedo?

—Claro. No está cargada, así que no tiene que preocuparse.

—¿Seguro?

—Bueno, mírelo usted misma —dijo, e hizo girar el cilindro—. No hay nada, señora. Totalmente segura.

Ella tomó el revólver.

La cachas de madera estaban frías. El caño brillaba bajo la luz del techo. Apuntó a la puerta del freno. Tenía el dedo contra el protector del gatillo. Apretó. Se oyó un pequeño clic.

Se imaginó a sí misma usando esa arma.

Disparándola.

Matando a alguien con esa arma.

—Me la llevo —dijo.

Desde donde estaba sentada agazapada tras el volante del viejo Chevy verde, Toots Kiley la vio salir de la armería con un paquete en las manos.

Puso en marcha el automóvil antes de que Leona hubiera dado tres pasos.

En una persecución, un sospechoso nunca presta demasiada atención a un automóvil que arranca antes de que haya subido al suyo propio. Pero si sube y lo pone en marcha, y sólo entonces oye el motor de otro coche que empieza a moverse, esto sí podía atraer su atención. Toots jugaba al juego tal como se lo había enseñado Otto. Localiza al sospechoso, pon en marcha el coche, sal de tu estacionamiento, hazle pensar que ya te has ido. Imposible que lo estés siguiendo, tú no muestras el menor interés en él. Pero unas pocas calles más allá ya estarás siguiéndolo otra vez.

Otto sabía todo lo que había que saber sobre vigilancia.

También sabía todo lo que había que saber sobre cocaína.

Vuelve cuando la hayas dejado, le había dicho a Toots. No me sirves mientras estés tomando eso.

Ella la había dejado.

Pero mientras tanto a él lo habían matado.

Toots fue a otra parte del estacionamiento, dio una vuelta, volvió lentamente. Leona Summerville se estaba tomando su tiempo para poner en

marcha el coche. Toots dio otra vuelta. A la tercera pasada, Leona había puesto por fin en movimiento el Jaguar. Toots tomó posición detrás de ella.

Se preguntaba por qué habría comprado Leona un arma.

OceanofPDF.com

Éste es el gato que mató al ratón...

Había momentos en que Warren Chambers sentía que todo era burlesco en Calusa.

Por ejemplo la morgue.

No la morgue del Hospital Buen Samaritano de Calusa, que Warren nunca había tenido el privilegio de visitar, sino la «morgue» del *Calusa Herald Tribune*, es decir su archivo, donde, a las nueve de esa noche del miércoles, él y Toots Kiley trataban de reunir algunos datos sobre la familia Brechtmann.

Normalmente, si el archivo de un diario se mantenía como es debido, todo lo correspondiente a un tema específico estaba en un archivo maestro, con duplicados de cada artículo en los correspondientes subarchivos.

Como, por ejemplo, el tema Warren Chambers.

No había, de hecho, un legajo sobre Warren en la morgue del *Herald Tribune*. Pero si hubiera habido tal legajo, probablemente habría estado encabezado bajo el epígrafe CHAMBERS, WARREN, y allí se encontraría todo lo que cualquiera pudiera querer saber sobre él: dónde nació, cómo se llamaban sus padres, dónde había vivido, sus distintas ocupaciones a lo largo de los años, y todo lo demás, hasta el presente. Un legajo completo sobre Warren Chambers. Todo lo que hubiera aparecido sobre él en el periódico, todo aquí en el archivo maestro.

Pero de esta fuente general deberían de salir duplicados para los otros archivos. Por ejemplo, si hubiera una historia sobre el trabajo de Warren para la policía de St. Louis, entonces una copia de este artículo debería estar en el legajo de ST. LOUIS y también en el de POLICÍA. El archivo maestro

era un generador de rúbricas. Pero no se tenían que recorrer todas las rúbricas para completar una historia individual; si eso era lo que uno necesitaba, no tenía más que recurrir al legajo CHAMBERS, WARREN.

Pues bien, en este archivo burlesco en la ciudad burlesca llamada Calusa, no había archivo maestro en el que se alojara la historia completa de la familia Brechtmann.

Nada.

Cero.

Nada sobre BRECHTMANN, JACOB, que había abierto la única fábrica de cerveza de la ciudad a la vez que levantaba la mansión más lujosa de Calusa.

Nada sobre BRECHTMANN, CHARLOTTE, la gran belleza con la que se había casado Jake.

Nada sobre su hijo BRECHTMANN, FRANZ, que se había casado con Sophie.

Tampoco nada sobre BRECHTMANN, SOPHIE.

Ni sobre BRECHTMANN, ELISE.

La cual, según Sophie Brechtmann, era el final de la dinastía Brechtmann aquí en Estados Unidos, en tanto Elise seguía soltera y sin hijos.

Pero Elise, según los Abbott *père et fille*, era la madre de Helen Abbott, quien hoy era la heredera legal de la fortuna Brechtmann.

No había un legajo titulado ABBOTT, HELEN.

Sí había uno titulado SINATRA, FRANK.

Personaje que no vivía en la ciudad de Calusa, Florida.

Warren sacudió la cabeza. Lo mismo hizo Toots. Sería una noche larga.

El hombre que los había dejado entrar al archivo era un periodista conocido de Warren. Le dijo a Warren que si alguien les preguntaba qué estaban haciendo ahí, debían decir que se estaban documentando para escribir un artículo pedido por Andy Márquez. Así se llamaba. Así que ahora, a las nueve de la noche del jueves, con la luz de los relámpagos brillando intermitentemente en las ventanas altas, y el ruido de truenos lejanos que indicaban lluvia sobre Sarasota o más lejos hacia el norte, Warren y Toots trataban de entender el sistema de clasificación de ese

archivo, porque sabían que tenía que haber algo sobre una de las familias más prominentes de Calusa.

—¿Y si miramos en «Cerveza»? —dijo Toots.

—Sí —dijo Warren, y empezó a buscar—. ¿Adónde te llevó la mujer esta tarde?

—A una armería —repuso Toots.

—¿Qué?

—Sí. La señora compró un arma. Al menos es lo que indican las circunstancias. Pasó entre media hora y cuarenta y cinco minutos en una tienda llamada CAMBIO DE ARMAS BOBBY, en Trail y West Cedar. Salió con un paquete envuelto, así que supuse que era un arma.

—¿Por qué diablos compraría un arma?

—Quizá planea matar a alguien.

—Dios, espero que no —dijo Warren—. No hay nada en «Cerveza». ¿Qué clase de diario es éste?

—Prueba en «Fábricas de Cerveza».

—De acuerdo —le dijo Warren—. ¿Hasta qué hora la seguiste?

—Esperé fuera de la casa hasta que llegó el marido. Al menos supongo que era el marido. Entró con su llave.

—¿En qué coche iba?

—Un Mercedes ocre.

—Sí, Frank Summerville —dijo Warren.

No había «Fábricas de Cerveza» en el archivo.

—Cielos —exclamó Warren.

—Prueba «Bebidas Alcohólicas» —sugirió Toots.

—Esto es peor que las Páginas Amarillas.

Encontraron un grueso sobre titulado BEBIDAS ALCOHÓLICAS.

—Aquí está —dijo Warren, y llevó el sobre a una mesa larga que se extendía entre las ventanas y los archivadores. Sobre la mesa había dos lámparas con pantallas verdes. Afuera estallaban los relámpagos. Hubo un ruido de trueno que sonó algo más cercano que los anteriores. Allí dentro se sentían abrigados. Se sentaron juntos y empezaron a pasar el contenido del sobre.

No estaba ordenado cronológicamente.

—Esto es imposible —dijo Warren.

—Es indignante —añadió Toots.

Encontraron un artículo del 10 de junio de 1935 sobre la formación de una filial de Alcohólicos Anónimos en la Ciudad de Nueva York.

Encontraron un artículo del 16 de mayo de 1985 sobre el recorte en la producción de vodka en la Unión Soviética y la elevación de dieciocho a veintiún años de la edad legal para beber, así como la prohibición de vender alcohol antes de las dos de la tarde en días laborables.

Había otro artículo, obviamente mal ubicado, sobre la muerte de John Belushi por abuso de drogas el 5 de marzo de 1982.

Encontraron un artículo del 7 de octubre de 1913 sobre la muerte del fabricante de cerveza Adolphus Busch.

Había un artículo del 5 de diciembre de 1933 sobre el jubiloso rechazo de la decimooctava Enmienda.

Y un artículo del 16 de enero de 1920 anunciando el comienzo oficial de la Prohibición Nacional.

Y otro artículo del 23 de noviembre de 1921 sobre la Ley Anticerveza, que volvía ilegal la prescripción médica de cerveza con fines terapéuticos.

Y...

—¡No puedo creerlo! —exclamó Warren.

Un artículo de primera plana del 14 de septiembre de 1906.

El titular decía:

CERVEZAS BRECHTMANN ABRE UNA PLANTA EN CALUSA

Y el subtítulo:

JACOB BRECHTMANN CONSTRUYE
LA PLANTA SOBRE LA RUTA TAMiami

El texto del artículo hablaba sobre la nueva planta cervecera en la carretera 41 y explicaba que no se esperaba que elevara los índices de ocupación locales ya que la producción de cerveza no era una industria que requiriese mano de obra intensiva, y la administración seguiría haciéndola la oficina central en Nueva York. Pero de todos modos la ciudad de Calusa

se enorgullecía de haber sido elegida para la primera filial de la firma Brechtmann fuera de Nueva York, y también se enorgullecía de recibir a los Brechtmann como vecinos. El artículo se extendía en una descripción de «la belleza europea de Charlotte Brechtmann» y la «exquisita mansión de estilo español» que los Brechtmann habían levantado en Fatback Key. Discretamente, mencionaba que la señora Brechtmann estaba esperando su primer hijo para noviembre.

No había nada más sobre los Brechtmann en el sobre de BEBIDAS ALCOHÓLICAS.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Warren.

—Prueba «Nacimientos» —dijo Toots.

En este apartado había ocho sobres titulados ANUNCIOS DE NACIMIENTOS. Cada uno de ellos tenía por lo menos veinte centímetros de grueso.

—Por favor, que estén ordenados cronológicamente —rogó Warren.

Lo estaban.

Sabían que el nacimiento de Franz Brechtmann se había esperado para noviembre de 1906; al menos era lo que decía en el legajo de BEBIDAS ALCOHÓLICAS. Y ahí estaba, el pequeñuelo, en un artículo recortado de la página de sociedad del *Calusa Herald Tribune* del 19 de noviembre de 1906. Franz Eberhard Brechtmann, para ser exactos; le habían impuesto los nombres del padre de Charlotte, decía el artículo.

—Ahora prueba en «Obituario» —dijo Toots.

Hubo un relámpago muy cerca, seguido inmediatamente por un tremendo trueno y una oscuridad instantánea.

—Mierda —soltó Warren.

Esperaron en la oscuridad.

Las luces volvieron a encenderse.

E inmediatamente tornaron a apagarse.

—Mierda —dijo Warren otra vez.

En la oscuridad, oían la lluvia que golpeaba los cristales. Otro relámpago. Más truenos.

—Odio Florida —dijo Toots.

Esperaron.

Las luces volvieron a encenderse tres minutos después. Seguía lloviendo con fuerza. Las pantallas verdes de las lámparas, el brillo ambarino de la madera hacían que el cuarto pareciera seguro y protegido de la lluvia furiosa y de los relámpagos y truenos. Por algún motivo, sentían que era preferible hablar en susurros.

Warren abrió el primer cajón de la letra O.

El cajón no contenía más que noticias de obituarios.

Lo mismo que el cajón inferior.

Y el que estaba debajo de éste.

—Estaremos aquí toda la noche —comentó Toots.

—No, murió hace cinco años —dijo Warren.

—¿Cómo lo sabes?

—La biblioteca.

Encontraron la noticia de la muerte de Franz Eberhard Brechtmann en la primera plana del *Herald Tribune* del 19 de abril de 1983. El titular estaba en el mismo tamaño de letras que el titular del artículo sobre el bombardeo a la embajada norteamericana en Beirut. La yuxtaposición de los dos títulos debería haber sido evitada. Como estaban a la misma altura, se leía:

ATAQUE A EMBAJADA MUERE MAGNATE CERVECERO

Unidos de este modo, los titulares hacían pensar que Franz Eberhard Brechtmann había muerto en el ataque a la embajada; cuando en realidad había muerto en su cama, de causas naturales. Los subtítulos de ambos artículos también habían sido impresos lado a lado en el mismo tipo, y creaban la misma confusión. Decían:

Mueren 44 en ataque suicida El industrial tenía 77 años

—Esto sí que es un diario —dijo Warren.

Leyeron el artículo.

Era un resumen de la vida de Brechtmann. Su infancia en Calusa, estudios en Choate y después en Harvard, frecuentes viajes al extranjero con su hermosa esposa Sophie, y su hija Elise, que había sido la inspiración

de la Cerveza Niña de Oro de gran venta. En el centro de la columna habían hecho espacio para una fotografía de la etiqueta de la cerveza. Una niña rubia de ojos claros, de unos tres años, sonriéndole a todos los bebedores de cerveza del mundo. El artículo no dejaba de mencionar los muchos años de dirección y apoyo que había prestado Brechtmann a la restauración del museo de arte de Calusa, el Ca D’Ped. Mencionaba también sus contribuciones de generosidad fuera de lo común para con una amplia variedad de causas. Citaba a Jacob Brechtmann, quien en 1934, con ocasión de que su hijo se hiciera cargo de la presidencia de la compañía, dijo: «Yo la hice sobrevivir a la Prohibición, mi hijo la llevará adelante a partir de ahora».

Franz Brechtmann realmente la sacó adelante.

En 1934, cuando tenía veintiocho años, y a pesar de las jactancias de su padre, la compañía había sobrevivido a duras penas a la Ley Volstead. En los años que transcurrieron entre esa fecha y el año 1981, cuando a la edad de setenta y cinco años entregó la presidencia a su hija entonces de veintinueve años, Franz había levantado seis nuevas plantas y había colocado a la compañía en uno de los primeros puestos en el mundo de la cerveza. El artículo informaba que no había sido tarea fácil. En 1941, cuando Estados Unidos entró en guerra contra Alemania, los sentimientos antigermánicos hicieron erupción en toda la nación, y hubo un virtual boicot contra todo lo que sonara incluso remotamente a alemán. Las ventas de la compañía Brechtmann fueron muy escasas hasta bastante después de la guerra. De hecho, sólo en 1954, cuando Franz creó la nueva cerveza inspirada en su hija de dos años, la fortuna de la compañía dio un salto hacia arriba. Desde entonces, la única amenaza seria a su estabilidad había tenido lugar cinco meses atrás, no mucho después de que Elise asumiera el cargo de director ejecutivo. Fue entonces cuando los problemas internos llevaron a acusaciones y respuestas...

—Aquí está —dijo Warren.

—¿Está qué? —preguntó Toots.

—La mugre.

El párrafo terminaba con un aparente cambio de dirección diciendo que todo se había arreglado satisfactoriamente sin necesidad de acudir a los

tribunales de justicia, y la compañía había subido más aún en el *ranking* de los fabricantes de cerveza. El artículo concluía diciendo que al difunto lo sobrevivían su esposa Sophie y su hija Elise, y que los servicios fúnebres en Calusa serían sólo para la familia.

—Maldito sea —dijo Warren—. ¿Dónde miramos ahora?

—¿Qué buscamos? —añadió Toots.

—Estos problemas internos y estas acusaciones y respuestas que fueron arreglados sin necesidad de ir a los tribunales.

—Déjame pensar —dijo Toots.

Warren la miró pensar.

—¿Podría ser «Noticias Legales»? —preguntó ella.

Matthew miró parpadeando el reloj de la mesita de noche. Las doce menos diez. Medianoche. Y el teléfono sonaba. ¡Joanna! Algo le había sucedido a su hija allá en Vermont. Llamaba la directora del colegio...

—¿Diga?

—¿Matthew?

Una voz de mujer.

—¿Sí?

—Irene.

—¿Quién?

—McCauley.

—Perdón, ¿quién...?

—El motel —dijo ella—. Irene McCauley.

—Oh. Oh, hola. Escuche, perdón si no...

—No se preocupe. Probablemente estaba durmiendo.

—Bueno, de hecho, sí.

—Yo también. Pero me he despertado, y se me ha ocurrido mirar si estaba en la guía. Y estaba.

—Sí.

—Así que aquí estoy.

—Hola.

—Hola. Lamento haberlo despertado.

—No, está bien, no hay problema.

—¿Cómo está?

—Bien. Muy bien. ¿Y usted?

—Perfecto.

Silencio.

—Estaba esperando que me llamara —dijo ella.

—Pensaba hacerlo. Pero las cosas empezaron a acumularse, y...

—Está bien, no tiene que darme excusas.

—Ya veo.

Otro silencio. Después:

—¿Voy para allá?

—¿Qué? —dijo Matthew.

—¿Quiere que vaya a su casa? Lo invitaría aquí, pero en realidad esto es una pocilga. Bueno, usted ya lo vio.

—Sí.

—¿Sí, lo vio? ¿O sí, es una pocilga? ¿O sí, voy para allá?

—Sí las tres cosas.

—Bien —dijo Irene—. Déme su dirección.

Poco antes de la medianoche, tendido al lado de su esposa Leona, Frank se preguntaba qué habría estado haciendo ella en su estudio. No había nada en él que pudiera servirle a una mujer que estaba teniendo un romance extramatrimonial. No había ninguna agenda donde ella pudiera averiguar dónde y cuándo se encontraría su marido. No había dinero que ella pudiera escamotear para comprarse más ropa interior sexy como la que él había descubierto en su cómoda. Nada que pudiera servirle. ¿Por qué entonces había ido allí?

Frank sabía que hoy ella había estado en su estudio.

¿Pero por qué?

Él conocía cada centímetro de ese estudio. Era su refugio. Cuando volvía de la oficina y encontraba la casa vacía, se preparaba un trago y se sentaba en el gran sillón de cuero del estudio, y allí se quedaba, bebiendo, escuchando el follaje de las palmeras que susurraba al otro lado de las

ventanas, rodeado por los libros que amaba. Los jueves, la mujer de la limpieza se ocupaba del estudio. O sea mañana, pues todavía faltaban dos minutos para la medianoche, según el reloj luminoso, todavía era hoy, miércoles, 10 de febrero. Hoy no había estado la señora de la limpieza. Pero alguien había estado allí mientras él se hallaba en la oficina. Y como en la casa sólo vivían dos personas, y como él no había sido, sólo podía ser su querida esposa Leona.

Se preguntaba por qué.

No sabía que ella había estado dos veces en el estudio durante el día: la primera vez había sido para estudiar los Estatutos de Florida. La segunda vez había sido para esconder el Colt Cobra calibre 22 que había comprado en el Cambio de Armas Bobby.

Vigilar la casa de Parrish supondría literalmente un dolor en el trasero. No había una silla cómoda en todo el lugar. Al menos, ninguna silla en la que uno se pudiera sentar y mirar por la ventana al mismo tiempo. Abajo había un sillón muy cómodo, pero uno se hundía en él y ya no podía ver nada, y además era demasiado grande para cargarlo hasta el piso de arriba.

El oficial Charles Macklin estaba dispuesto a decirle a Warren Chambers que hiciera él mismo su trabajo.

Ya era un poco más de medianoche, y la lluvia hacía parecer a la noche más oscura y más fría de lo que era en realidad, lluvia que resonaba en el tejado, que azotaba las ventanas, que barría la ruta de asfalto frente a la casa, que apedreaba la playa.

Charlie sabía que la lluvia mantenía adentro a los chicos malos. Eso era un hecho en el trabajo policíaco. A nadie le gusta trabajar cuando está lloviendo, ni siquiera a los ladrones.

Si uno le da a un ladrón estándar la elección de hacer un trabajo con buen tiempo o con lluvia, nueve veces de cada diez elegirá el buen tiempo. Lo cual es razonable. ¿A quién le gusta mojarse, ladrón o no? Sale de una casa cargando un televisor, y se empapa antes de llegar al coche. Y el televisor también. Sale de un almacén de licores que ha asaltado, es probable que bajo la lluvia resbale en la acera húmeda y se quiebre una

pierna antes incluso de llegar al coche. Salta sobre una chica en el parque, con toda la intención de violarla, pero la lluvia le moja el elemento con el cual va a llevar a cabo la violación, y pierde ánimo. Para una gran mayoría de delincuentes, la lluvia quita todo aliciente.

¿Qué estaba haciendo entonces aquí en una noche de lluvia?

Nadie trataría de meterse en esta casa una noche lluviosa, fuera lo que fuese lo que estuviera escondido aquí adentro.

Charlie no sabía que alguien ya estaba dentro de la casa.

—Me sentí realmente desilusionada cuando no llamaste —le dijo Irene.

Estaba en uno de los sillones de la sala de Matthew, con las piernas recogidas bajo el cuerpo. Una falda negra corta, blusa roja de cuello abierto. Sandalias de tacón alto, con correa en el tobillo. Pendientes rojos art-decó, con incisiones en plata. El cabello castaño brillante bien cepillado cayendo lacio sobre los hombros, un flequillo salvaje sobre la frente. Ojos azules que lo miraban.

—Lo siento —dijo él—. Debí de haber llamado, lo sé. Es sólo que... estoy trabajando en un caso de homicidio, y las cosas empezaron a...

—Oh, vaya, homicidio —dijo ella.

Y sonrió.

Y tomó un trago. Ginebra con bitter. Lo suficiente de lo segundo como para darle color anaranjado, le había dicho. Con hielo, por favor. Él nunca había conocido en su vida a nadie que tomara ginebra con bitter.

La lluvia veteaba las puertas corredizas de vidrio.

Había encendido las luces de la piscina, y a través de la lluvia podían ver la lluvia cayendo sobre la superficie del agua, llenándola de pequeños cráteres. Las palmeras se balanceaban en el viento, agitando sus frondas como bailarinas agitando maracas.

—¿Eres policía? —preguntó ella.

—No —dijo él—. Abogado. Represento a un hombre acusado de homicidio.

—¿Te gustan los casos de asesinato?

—Éste, sí.

—¿Por qué éste?

—Quizá porque es difícil. Me tiene en un suspense constante.

—¿Difícil en qué sentido?

—Bueno..., hay gente que cuenta historias contradictorias, por ejemplo.
Es difícil decidir quién dice la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo —respondió él—. Sí, ella es su nieta, no, no lo es. Sí, hay pruebas, pero no las tenemos todavía. Sí, hay fotos, pero las hizo el muerto. Cosas así.

Irene parpadeó.

—¿Fotos? —dijo.

—Fotos de un bebé.

—Ah, fotos de un bebé —repitió Irene.

—¿Las fotos están dentro de la casa de Parrish? ¿Fueron hechas por...?

—¿Parrish? ¿Quién es?

—Jonathan Parrish. La víctima.

—Oh, es ése el caso.

—Ése es el caso.

—He leído sobre él.

—Está implicada hasta una iglesia: St. Benedict. Donde el cura probablemente me mintió.

—¿Sobre qué?

—Sobre el hombre de negro.

—Oh, vaya —dijo Irene—. Fotos de bebés que han desaparecido, y un cura que miente, y un hombre de negro y todo. Igual que en Agatha Christie.

—Dios no lo quiera —dijo Matthew, e hizo una mueca.

—Tengo una buena idea —apuntó Irene, y dejó su copa sobre la mesa.

—¿De qué se trata? —preguntó Matthew.

—¿Por qué no apagamos todas las luces salvo las de la piscina...

—De acuerdo —dijo Matthew.

—... y hacemos el amor?

Él la miró.

—No tengo herpes ni SIDA —dijo ella.

—Yo tampoco —dijo Matthew.

—No me he acostado con nadie que pertenezca a un grupo de alto riesgo —añadió ella.

—Yo tampoco.

—Al menos que yo sepa —dijo ella—. Quiero decir, mañana puedo recibir una llamada de una puta con la que mi difunto marido se acostó en San Francisco hace diez años, y decirme que antes de eso ella vivió con un homosexual que tuvo un asunto con una chica bisexual que vivía con una drogadicta lesbiana que acaba de morir de SIDA...

—Entiendo —asintió Matthew—. Es algo así como «La casa que construyó Jack», ¿no?

—Sí —respondió ella.

Se quedaron en silencio unos momentos. Sólo se oía el ruido de la lluvia.

—Pues bien, ¿qué hacemos? —preguntó ella.

—Lo que hacíamos cuando teníamos diecisiete años.

—¿No te perjudicará?

—No lo hizo cuando tenía diecisiete años.

—Entonces ven y bésame —dijo ella.

Bajo las lámparas de pantalla verde en la morgue del *Calusa Herald Tribune*, con la lluvia deslizándose por los vidrios de las ventanas, Warren y Toots encontraron la primera mención del caso en el legajo titulado NOTICIAS LEGALES. Había un artículo de primera plana en la edición del 10 de noviembre de 1982. Como adolescentes compartiendo una revista de cómics, las cabezas muy juntas, leyeron:

Anthony Holden, agente de compras en la rama agrícola de la filial Calusa de la Compañía Cervecera Brechtman, había sido despedido sumariamente por Elise Brechtman, la principal ejecutiva de la compañía desde julio del año anterior. Un periodista había llamado a las oficinas de la firma y le preguntó a Elise en persona por qué había despedido a un empleado que llevaba veintidós años en la empresa.

—Nos robó una fortuna —le dijo ella—. Anthony Holden es un ladrón.

Warren arqueó las cejas. Toots también.

Elise Brechtmann había hecho una declaración excepcionalmente audaz en un momento en que todos habrían recomendado prudencia: en el estado de Florida el robo agravado era un delito que se castigaba hasta con un máximo de quince años de cárcel.

Lamentablemente, el periódico la había citado en forma textual.

Y tres días después el *The New York Times* repetía la cita.

Elise no sabía que la División de Delitos Económicos de la policía de Calusa decidiría, tras una investigación, que no había pruebas de intención criminal por parte del empleado despedido. Lo que significaba que quizás Anthony Holden no era un ladrón. Lo que, en opinión de Holden (y presumiblemente de sus abogados también), fue motivo suficiente para iniciar un juicio por calumnia.

—Esto empieza a ponerse interesante —dijo Warren.

Apenas empezó a ponerse interesante sonó el teléfono.

Matthew contestó. El reloj al lado de la cama indicaba la una y cuarto.

—¿Sí? —dijo.

—Matthew, soy Warren.

—Hola, Warren —dijo.

A su lado, Irene se estiró y buscó un paquete de cigarrillos. Una cerilla brilló en la oscuridad.

—Sé que es tarde —se excusó Warren.

—No te preocupes.

—Pero he pensado que querrías ponerte a trabajar en esto mañana a primera hora.

—¿Qué has encontrado, Warren?

—No sé qué tendrá que ver la familia Brechtmann con todo esto, pero ayer me dijiste que se supone que Parrish sacó unas fotografías de Elise y su hija...

—Según Abbott...

—Sí, bueno...

—... que puede no estar diciendo la verdad.

—Entiendo.

Irene soltó una nubecilla de humo.

Matthew le puso la mano libre sobre un muslo desnudo.

—Pero los Brechtman tuvieron muchos problemas en 1982, problemas que accedieron a arreglar antes de ir a juicio, y ahora me pregunto por qué se niegan a pagarle a Abbott sus dólares para que desaparezca.

—Abbott pide un millón.

—En 1982, la demanda fue por cincuenta y siete millones —dijo Warren.

—Dame los datos —pidió Matthew.

Seguía con la mano sobre el muslo de Irene. Ella se movió ligeramente hacia un costado, haciéndose más accesible.

Warren le contó que Elise Brechtman había despedido a Anthony Holden en noviembre de 1982.

—Dijo que el hombre le estaba robando a la compañía. Literalmente: «Nos robó una fortuna. Anthony Holden es un ladrón».

—Vaya —comentó Matthew.

—Vaya —susurró Irene, pero sólo porque la mano de él había subido por el muslo.

—Pues bien. Una semana después, Holden les llevó a juicio. A propósito, ¿sabes dónde encontramos esto?

—¿Dónde?

—En un legajo clasificado en «Calumnia» en el archivo del diario, ¿te imaginas? Pues bien, pidió siete millones por compensación laboral. Su salario en la compañía había empezado siendo de doscientos mil anuales más opciones de compra de acciones. Basó la demanda en que al haberlo llamado ladrón Elise Brechtman, le había causado un daño en sus ingresos potenciales para el futuro.

—Seguramente lo hizo —dijo Matthew.

—Además reclamó cincuenta millones por daños y perjuicios.

—No me sorprende —añadió Matthew—. Los daños y perjuicios son una especie de multa civil destinada a disuadir al culpable de volver a repetir lo mismo. Y para que tengan sentido como castigo y disuasión deben de estar de acuerdo a la fortuna del culpable.

—Exacto. Holden afirmó que en lo que concernía a sus perspectivas laborales en la industria cervecera, Elise lo había matado.

—¿Fueron ésas sus palabras?

—Sí, en una entrevista en un periódico. ¿Quieres la cita exacta?

—Por favor.

—*Calusa Herald Tribune*, 18 de noviembre de 1982: «Elise Brechtman me ha matado. En este negocio, o en cualquier otro, si a un hombre se le cuelga la etiqueta de ladrón, está muerto».

—Y en eso basó la demanda.

—Exacto.

—Pero me has dicho que el asunto se arregló sin llegar a los tribunales.

—Sí.

—¿Por cuánto?

—No lo sé. ¿Dónde te parece que deberíamos seguir investigando?

—¿Qué?

—Aquí tienen un archivo bastante raro.

—¿Dónde estás?

—En la morgue del *Herald Tribune*. Buscamos en «Pactos» pero todo lo que encontramos fue una serie de artículos históricos sobre pactos entre los indios de Calusa y los exploradores españoles. Buscamos en «Arbitraje» y en «Disposiciones» y hasta en «Satisfacción». En el sobre de «Satisfacción» había un solo recorte: una reseña del disco de los Rolling Stones.

—¿Por qué no lo dejas de momento, Warren? Si puedes conseguirme la dirección de Holden...

—No sé siquiera si sigue viviendo en Calusa. Esto ocurrió hace mucho tiempo.

—Inténtalo, ¿eh? Si encuentras algo, llámame a la oficina mañana.

—Bien.

—Buenas noches, Warren —dijo Matthew, colgó el teléfono y se volvió hacia Irene.

—¿Siempre estás tan ocupado? —preguntó ella, y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

Leona estaba despierta en la oscuridad, escuchando el suave ronquido de Frank a su lado, preguntándose si el hombre negro que la había estado siguiendo lo habría contratado Matthew. Hoy no lo había visto. Notable coincidencia. Hablas con tu buen amigo Matthew el lunes tomando unas copas, y el miércoles el hombre que te seguía ha desaparecido.

No esperaba que fuera ése el resultado.

Había querido ver a Matthew sólo para que él tranquilizara a Frank y su inquietud, si es que Frank admitía que le tranquilizaran. ¿Que tu esposa te engaña? No seas ridículo, Frank. Puedo decírtelo desde mi excelsa autoridad que la mera idea es absurda.

No podía permitir que Frank sospechara nada.

Ahora no.

No podía arriesgarse a una revelación.

No podía arriesgarse a ningún tipo de discusión sobre el tema, ningún enfrentamiento, ningún intento por parte de él de impedirle hacer lo que ella sabía que debía de hacer ahora.

El revólver estaba escondido donde no lo buscaría ni en sueños.

En su propio estudio. En su guarida. Bastaba sacar el ejemplar de *Corbin sobre Contratos* para hallar un Colt Cobra calibre 22.

Si él encontrara el arma, ella le diría que había pensado que necesitaban protección. Se habían producido muchos robos en el vecindario, entraba mucha droga por la costa este de Florida, eran demasiados cambios en los últimos años, ya nada era como antes. Ves, Frank, aquí están las balas, detrás de estos volúmenes del *Diccionario Legal de Black*. Él le preguntaría por qué no se lo había comentado, la compra del arma y las balas, tantas balas, y ella diría..., pero esto era absurdo.

Él nunca encontraría el arma.

El polvo sobre esos libros tenía centímetros de espesor. Frank no los había vuelto a abrir desde el segundo año de la facultad.

Nunca lo encontraría.

Y después de que la cosa estuviera hecha...

Si una vez hecho fuera definitivo.

Convendría hacerlo en seguida.

Un joven y apuesto profesor de inglés llamado Salvatore Agnotti había actuado de Macbeth, y ella de Lady Macbeth, en la Universidad Hunter en el otoño de 1968. Ella tenía veinte años entonces, y él veintiuno. Todavía podía recordarlo...

Ah, la inocencia de esos días.

—¿Os habíais vestido con una esperanza ebria?

Y ambos estallaban en risas. No podían pasar de esa línea. ¿Os habíais vestido con una esperanza ebria? Ella había intentado decirlo de diez modos distintos, subrayando una palabra u otra. Pero Sal estallaba en una carcajada casi desde el momento en que el primer sonido salía de su boca. Y ella lo seguía de inmediato. Los dos embarcados en risas irreprimibles. La gorda profesora Lydia Endicott, de Oratoria y Dramática, los observaba con paciencia.

—Vamos chicos, intentémoslo, ¿eh?

Y al fin lo tuvieron preparado, y oh, ese maravilloso discurso, el veneno de esas líneas.

—¿Os habíais vestido con una esperanza ebria? ¿Ha dormido desde entonces? ¿Y se despierta ahora tan pálida y verdosa para ver lo que hicisteis tan libremente?

Sal siempre entrecerraba los ojos un instante antes de que ella pronunciara la línea siguiente:

—¡Desde este momento pensaría lo mismo de tu amor!

Más adelante había otro obstáculo en la misma escena:

—He dado de mamar...

Y Sal estallaba, y Leona estallaba, y hasta la profesora Endicott empezaba a reírse. En la sala vacía, los tres riéndose sin parar durante cinco, diez, quince minutos, *He dado de mamar*, y zas, los dos rodaban por el suelo y la profesora Endicott se caía de la butaca.

Pero después...

En el estreno...

Sal la miraba con algo cercano al pavor mientras ella recitaba esa parte del discurso, como si estuviera realmente asustado frente a la terrible mujer en que se había transformado la chica universitaria.

—He dado de mamar, y sé lo tierno que es amar al niño prendido de mis pechos. Pero mientras él me sonreía, yo le habría arrancado el pezón de la boca desdentada y le habría destrozado el cráneo... si hubiera jurado como tú juraste hacer esto.

Cielos.

Veinte años después, había jurado hacer eso que debía hacer.

—Engendra sólo hijos varones —le había dicho su Macbeth tantos años atrás—, pues tu dura crueldad no puede crear sino lo masculino.

Sal Agnotti. Sal con su rostro dulce tratando de parecer majestuoso y severo detrás de la barba falsa, el dulce Sal con sus ojos azules, tan joven, tan inocente.

Pronto, muy pronto..., salvo que la situación cambiara enteramente mañana por la noche...

Pronto, muy pronto..., ella cometería un asesinato.

Si podía reunir la fuerza, la voluntad y el valor para hacerlo.

Pero ajusta las clavijas del valor...

—¡Ajústalas tú! —le gritó Sal la primera vez que ella ensayó esa frase. Lo tenía preparado. Probablemente planeó la emboscada con la gorda profesora Endicott, que se reía a gritos en su butaca mientras Leona se embarcaba en una irrefrenable serie de carcajadas. Hasta que, por supuesto, la línea cuajó, las palabras cuajaron, el sentido cuajó, Shakespeare cuajó, y ella pudo darle al rey temeroso el aliento que necesitaba:

—Pero ajusta las clavijas del valor, y no fallaremos.

No podía permitirse fallar.

Estaría allí con una pistola calibre 22 en la mano, sin nadie que le susurrara palabras de aliento al oído, nadie que le pronunciara un discursillo alentador, sólo la pequeña Leona en toda su soledad con el arma apuntando a la cabeza o al corazón de él, la pequeña Leona con la esperanza de encontrar de algún modo el valor necesario para apretar el gatillo.

Se preguntaba dónde estaría el lugar «necesario» para poner el valor.

Si sólo supiera dónde estaba.

Dios me ayude, pensó, estoy a punto de cometer un asesinato.

Charlie oyó algo abajo.

Se volvió inmediatamente de la ventana.

Escuchó.

Alguien se movía abajo en la oscuridad.

Se levantó de la silla, sacó la pistola de la funda y fue de puntillas hacia la escalera. Una tabla crujió bajo su peso. Se quedó inmóvil, escuchando. No hubo cambios en la actividad que se oía abajo. Alguien seguía muy ocupado.

Empezó a bajar.

De la sala provenía una débil luminosidad.

No estaba encendida ninguna de las luces de la casa, por lo que debía de tratarse de una linterna. Quizás una muy pequeña, la luz era muy débil.

Ya estaba por la mitad de la escalera.

Tenso, como se ponía siempre que algo iba a suceder. Con el pecho endurecido. La sangre corriendo muy rápido. La pistola temblándole casi imperceptiblemente en la mano derecha. Contenía el aliento. Faltaban cinco escalones para llegar abajo. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Se deslizó por la pared que encerraba el hueco de la escalera, entró en la sala, la cocina a su derecha, recorrió la habitación con la vista y empuñando el arma, barriendo con los ojos y con la pistola, la biblioteca, las sillas de rattan y el sofá, hasta la figura toda de negro inclinada sobre el escritorio contra la pared más lejana, la pequeña linterna apoyada en el sobre del escritorio, las manos enguantadas de negro ojeando papeles y...

Percibió algo.

Se volvió de pronto.

Lo miró.

Estiró la mano para coger algo del escritorio.

—¡Quieto! —gritó Charlie.

Demasiado tarde.

La mano enguantada se apartó del escritorio demasiado rápido, aferrando algo con fuerza, era la mano derecha, el caño brilló un instante al pasar frente al rayo de la linterna apoyada y después hubo un relámpago y la explosión, y al instante un dolor lancinante en el hombro de Charlie, y

otro relámpago, y esta vez hubo sólo el dolor opaco de un clavo que se introducía en su frente y después nada.

OceanofPDF.com

Éste es el ratón que se comió la malta...

Irene McCauley acababa de salir de la ducha cuando sonó el teléfono; una llamada temprana en aquel jueves por la mañana. Matthew estaba tras ella, secándole la espalda. Sus ojos se encontraron en el espejo. La besó a un costado del cuello, arrojó la toalla sobre la repisa y fue al dormitorio a contestar.

Era Morrie Bloom.

—Matthew —le dijo—, tengo aquí a unos oficiales de policía que me dicen que estaban haciendo un trabajo para Warren Chambers en el caso Parrish. Tengo que suponer que tú le autorizaste a contratarlos...

—A vigilar la casa de Parrish. Así es, Morrie.

—La casa de Parrish es el escenario de un crimen, Matthew.

—Fue el escenario de un crimen. Mi cliente es dueño de esa casa.

—¿Quién lo dice?

—El tenedor de la hipoteca, el banco First Federal de Calusa. Ralph Parrish es dueño de la casa, Morrie. Se la compró a su hermano para que éste viviera en ella, pero el dueño era él. De modo que estábamos en esa casa con autorización del propietario.

—Tú y la mitad de la fuerza policíaca de Calusa.

—Sólo cuatro policías, Morrie.

—Uno de los cuales ahora está muerto —dijo Bloom.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Charlie Macklin. Muerto de un tiro de un Smith and Wesson calibre 38 en algún momento de anoche. El cuerpo lo han

encontrado esta mañana a las seis, cuando Nick Alston fue a la casa a relevarlo.

Matthew no dijo nada.

—¿Sigues ahí? —preguntó Morrie.

—Sigo aquí.

—¿Alguna idea?

—Sí. Podrías hacer registrar la casa de arriba abajo buscando...

—Eso ya lo hemos hecho, Matthew. Después del primer asesinato.

—¿Encontrasteis fotos de un bebé?

—¿Qué?

—Fotos de un bebé. Fotos de un bebé con la madre.

—No buscábamos fotos de un bebé, Matthew.

—Pues buscadlas ahora.

—No han sido las fotos de un bebé las que le han causado los agujeros a Macklin.

—No, pero pudo ser alguien que buscara esas fotos.

—¿Qué sabes que yo no sé, Matthew?

—Busca en el motel Calais Beach Castle, *bungalow* número... espera un minuto, Morrie. —Cubrió el auricular con la mano. Irene estaba ante el lavamanos del baño, con un bikini, estudiando los cepillos de dientes de Matthew—. ¿Sigue ese grupito en el *bungalow* número once? —le preguntó.

—¿Los Hurley?

—Sí.

—Anoche estaban. ¿Puedo usar uno de éstos?

—Por supuesto —dijo él, y sacó la mano del auricular—. Descubrimos dos tipos que vigilaban la casa de Parrish —le dijo a Bloom—. Se llaman Arthur Hurley y Billy Walker. Puedes ir a buscarlos a ese motel. *Bungalow* número once, Calais Beach Castle, en la carretera Al. Hurley tiene antecedentes.

—Gracias —dijo Morrie—. ¿Por qué me estás diciendo esto, Matthew?

—Porque si uno de ellos mató a Jonathan Parrish, mi cliente podrá volver a su casa en Indiana.

—En este momento estoy buscando al que mató a Charlie Macklin.

—Puede ser una y la misma persona.

—Puede ser. Fotos de un bebé, ¿eh?

—Fotos de un bebé.

—Mandaré a alguien a la casa.

—Hazme saber lo que averigües.

—Sí —dijo Bloom, y colgó.

Irene estaba inclinada sobre el lavamanos, cepillándose los dientes. Matthew fue hacia ella, la abrazó por la cintura, se apretó contra ella. Se miraron en el espejo.

—Somos parecidos —dijo Irene.

—No nos parecemos en absoluto.

—Sí nos parecemos.

—¿Por qué no volvemos a la cama? —preguntó Matthew.

—¿Por qué no?

Estaban otra vez en la cama cuando sonó el teléfono.

Irene lo miró.

—Estás ocupado todo el tiempo, ¿no?

—¿Diga? —contestó Matthew.

—Matthew, soy Warren. Conseguí la dirección de Anthony Holden. Administra un embarcadero cerca del puente sur de Whisper, el embarcadero se llama Capitán Garfio, no me preguntes por qué. ¿Qué más necesitas?

—Averigua en el Hospital Lenox Hill de Nueva York. Querría saber todo lo posible sobre el nacimiento de Helen Abbott en agosto de 1969.

—Deletréamelo.

—Dos bes, dos tes. Los padres son Charles y Elise Abbott. También una enfermera llamada Lucy Strong trabajaba en el hospital en ese momento. Si puedes localizarla, sería de gran ayuda.

—¿Encontrarla dónde?

—En Nueva York, diría yo.

—Matthew, esto fue hace diecinueve años.

—Lo sé. Pero inténtalo.

—¿Y si la encuentro?

—Podrías coger un avión.

—Oh, muy divertido, Nueva York en febrero. ¿Algo más?

—Sí, por favor, no me llames en los próximos diez minutos —le pidió Matthew, y colgó.

—Bravucón —dijo Irene.

A las ocho y diez de esa mañana, se alzó la puerta del garaje de la casa en Peony Drive, y Frank Summerville salió retrocediendo en un Mercedes Benz ocre. Desde donde estaba estacionada, enfrente y en diagonal, Toots Kiley lo vio tocar algo debajo del quitasol. Un botón de control remoto; la puerta del garaje bajó.

Ella puso en marcha su automóvil y arrancó. Cinco minutos después había dado la vuelta a la manzana y estaba estacionada otra vez, en un lugar diferente, frente a un solar a unas cinco casas de distancia de la de los Summerville.

A las ocho y treinta en punto, el Jaguar verde de Leona Summerville salía del garaje. Al llegar a la acera, Leona miró a derecha y a izquierda, y tomó por Peony para doblar de inmediato a la izquierda por Hibiscus Way. Toots no la siguió.

En lugar de eso, bajó del coche y caminó hacia la puerta. Llevaba un elegante traje sastre marrón sobre una blusa blanca. Zapatos de tacón bajo. Medias transparentes. Parecía una empleada de agencia inmobiliaria.

No había más coches en la entrada de los Summerville.

Toots se dirigió directamente a la puerta principal y tocó el timbre.

Siguió tocándolo.

Mientras tanto, estudiaba la cerradura.

Nadie respondió a la puerta.

Tampoco esperaba que lo hicieran.

La cerradura era de las fáciles. Ya tenía en la mano una tarjeta de crédito plastificada. Le llevó dos minutos abrir la puerta. Le daba la espalda a la calle. Volvió a tocar el timbre, y después, como si alguien le hubiera hablado desde dentro, dijo:

—¡Soy Martha Holloway! —e hizo girar el pomo y entró.

Cerró desde dentro.

Se quedó junto a la puerta, escuchando.

Ni un sonido.

Esto se conoce como intrusión, pensó. Capítulo 810.08. La persona que, sin tener autorización, licencia o invitación, voluntariamente entra o permanece en cualquier edificio o propiedad. Contravención de segundo grado. Penado con prisión que no exceda los sesenta días.

No me gustaría que me sorprendieran aquí adentro, pensó.

E inmediatamente se puso a trabajar.

Había tres teléfonos en la casa.

Toots instaló un micrófono cerca de cada teléfono.

Uno bajo el armario de la cocina, cerca del teléfono de pared. Otro detrás de la mesita de noche, cerca del teléfono que se usaba desde la cama. El tercero bajo el sobre del escritorio, cerca del teléfono del estudio. Los micrófonos que puso no tenían nada que ver con los teléfonos. No se trataba de una verdadera interferencia que grabara los dos extremos de una conversación telefónica; no quería complicarse sacando los micrófonos de carbón del teléfono y reemplazándolos por los suyos. Los suyos eran pequeños transmisores de FM conectados con un grabador que se activaba con la voz. Si Leona hacía una llamada telefónica, grabarían sólo su extremo de la conversación. También grabarían cualquier conversación que tuviera lugar en esas habitaciones. Las baterías de los micrófonos debían de reemplazarse cada veinticuatro horas. Lo que significaba que Toots tendría que correr el riesgo de volver mañana por la mañana. Cosa que tendría que hacer de todos modos para escuchar la cinta y decidir si necesitaba grabar otras veinticuatro horas. Si encontraba algo útil en la cinta, simplemente recogería su equipo y se marcharía.

A las nueve menos cinco, mientras estaba escondiendo el magnetófono en el estante más alto del armario del dormitorio, oyó un automóvil que entraba.

«¡Él ha vuelto! —pensó en medio de una oleada de adrenalina.

¡O ella!

¡Uno de los dos había olvidado algo!».

El embarcadero Capitán Garfio tenía un gran cartel al frente con un pirata con un parche negro sobre el ojo derecho, y un gancho metálico en lugar de la mano derecha. La abuela de Matthew solía contarle que cuando era una niña allá en Chicago, iba al cine todos los sábados, y una de las series mudas que pasaban era una llamada *La garra de acero*. El pianista acompañaba a los chicos en un pequeño estribillo que cantaban siempre antes de que proyectaran el capítulo; los chicos cantaban una y otra vez «Da da da da, la garra de acero, Da da da da, la garra de acero». Matthew recordaba que su abuela le decía: «Oh, Matthew, era taaaan emocionante». Su hermana Gloria pensaba que era repugnante, una persona con una garra de acero en lugar de mano. Matthew en cambio creía que podía ser una especie de ayuda; se la podía usar para asar palomitas de maíz directamente. Gloria, que estaba en su etapa quisquillosa, le decía a Matthew que él también era repugnante.

El cartel del embarcadero se veía desde el puente cuando uno lo atravesaba desde la parte continental. Ese inmenso pirata con el gancho de acero. Sobre el sombrero de tres picos se curvaban las letras. Embarcadero del Capitán Garfio. Más allá del puente había un centro comercial construido como una aldea de Cape Cod trasladada a Florida, luego había que doblar por un camino, en su mayor parte sin asfaltar, paralelo al puente, se cruzaba por detrás del cartel y allí estaba el punto final del embarcadero.

Las embarcaciones se apretujaban bajo un cobertizo con techo de hojalata. La mayoría era lanchas a motor. Un cartel indicaba dónde estaba la oficina. Muelles destartados con surtidores de combustibles. Un edificio en mal estado con un pequeño cartel imitando el grande sobre la carretera. Encima de la oficina el cielo estaba gris, con promesa de más lluvia. El agua parecía encrespada. Matthew abrió una puerta de tela metálica que daba paso a un cuarto grande y atestado.

A su derecha había un tablero del que colgaban llaves de lanchas. Un pequeño flotador de plástico atado a cada llave. El flotador se abría; dentro uno podía meter los papeles de registro de la lancha. Virginal lino blanco enrollado. Cartones cerrados con inodoros portátiles. Anclas de distintos tamaños y formas. Salvavidas y flotadores personales. Latas de aceite para motores. Líquido para pulir bronces. Frascos de aceite de teca. Gorras con

visera, algunas azules, otras blancas, algunas con la insignia de capitán, otras con la de primer marinero. Lámparas. Mapas. Calzado marinero. Un escritorio de metal cubierto de papeles, y detrás una silla de madera. Un calendario en la pared mostraba una rubia en pantalón vaquero corto, recortado y nada más, colgada del aparejo de un velero. En el suelo un gran motor Evinrude desmontado, con las piezas dispersas por todas partes.

Un joven con una camiseta grasienta y vaqueros estaba trabajando sobre el motor, con un destornillador en la mano. Alzó la vista cuando entró Matthew.

—¿Sí? —dijo.

—Estoy buscando a Anthony Holden —dijo Matthew.

El joven lo estudió con mirada suspicaz. Matthew, con su traje de tela liviana, camisa blanca, corbata azul, zapatos negros, calcetines azules, parecía fuera de lugar en un embarcadero.

—¿Por qué asunto?

Extremadamente bronceado a pesar de toda la lluvia caída durante las últimas semanas. Ojos azules. Brazos y pecho musculosos que hinchaban la camiseta. Un mondadientes en la boca.

—Por un juicio —respondió Matthew—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Alguien le ha puesto un juicio a Tony?

—No, eso ocurrió hace mucho tiempo —comentó Matthew. Sacó una tarjeta del billetero:

—Aquí está mi tarjeta —dijo—. Quizá quiera dársela al señor Holden, si sabe dónde está.

El joven tomó la tarjeta con su grasienta mano derecha. La estudió. Le dio la vuelta para ver si tenía algo escrito detrás.

—Hope, ¿eh? —dijo.

—Hope.

—Matthew, ¿eh?

—Matthew Hope.

—¿Es famoso o algo así?

—Muy poco.

—El nombre me suena.

—Es un nombre común.

—Le diré que está usted aquí —dijo el joven, y se dirigió hacia una puerta cerrada al fondo de la gran habitación.

Estuvo ausente unos cinco minutos.

Cuando volvió, dijo:

—Pase.

—Gracias —repuso Matthew.

Fue hacia la puerta, la abrió y entró a una pequeña oficina.

El hombre detrás del escritorio pesaba por lo menos ciento treinta kilos. Tenía el cabello rubio cortado al estilo de un emperador romano, con tirabuzones cayéndole sobre la frente y las orejas. Llevaba una camisa abierta hasta la cintura. Un medallón de oro le colgaba del pecho. Llevaba anillos en todos los dedos y las uñas pintadas de un violento escarlata.

El hombre detrás del escritorio era tan afeminado como un tulipán.

—¡Señora Summerville! ¡Soy yo, Kate!

En el estante sobre la cabeza de Toots, los rollos de cinta comenzaron a moverse, activados por la voz de la mujer.

Bien, funciona, pensó.

—¡Señora Summerville! ¿Está ahí?

Silencio.

La mujer de la limpieza, pensó Toots.

Fantástico.

Se quedará todo el día limpiando.

¿Y cómo haré yo para salir de este armario?

—¿Señor Holden? —dijo Matthew.

Holden se puso de pie detrás del escritorio. Cincuenta y dos o cincuenta y tres años, grande como un Buda, fue bamboleándose hacia Matthew, con sus pantalones anchos flameando, las sandalias resonando contra el suelo de madera, una mano regordeta extendida, y una sonrisa de bienvenida en la cara.

—Señor Hope —dijo—, es un placer.

Matthew le estrechó la mano. Un apretón húmedo y blando.

—Señor Holden, represento a un hombre llamado Ralph Parrish, acusado...

—Sí, lo sé. Lo leí en los periódicos. ¿Estoy implicado de algún modo?

A estas palabras las acompañó una mirada coqueta y picara que lograba expresar dos reacciones diferentes:

¿Yo? ¿Implicado en un crimen? ¡Qué absurdo!

Pero al mismo tiempo:

¿Yo? ¿Implicado en un crimen? ¡Qué excitante!

—¿Lo está? —le preguntó Matthew.

—Bueno, me resulta difícil imaginarme cómo. Pero usted ha aparecido por aquí. Y tengo que preguntarme por qué.

—Señor Holden, hace unos seis años...

—Oh, cielos, eso —dijo Holden, e hizo un gesto como descartando el tema con su mano regordeta.

—Su abrupto despido de la compañía...

—Sí, sí —asintió con impaciencia.

—Su subsiguiente demanda por calumnia...

—Y difamación —añadió Holden.

—Que fue arreglada sin llegar a los tribunales.

—Bueno, por supuesto. Por quinientos mil, lo suficiente para comprarme un bonito embarcadero, gracias. *La Cerveza Grande* sabía que estaba en problemas, después de hacer esa absurda declaración a la prensa. Yo habría transformado esa fábrica en un aparcamiento, si ella no hubiera accedido a un acuerdo.

—Supongo que *La Cerveza Grande* es...

—Sí, así es como conocemos a nuestra amada Principal Ejecutiva. Aunque hay quienes prefieren llamarla La Perra Rubia. Elise Brechtmann.

—Que le despidió a usted.

—Vaya si lo hizo.

—¿Por qué?

—¿El motivo real o el motivo falso?

—Ambos, si es tan amable.

—¿Por qué debo contarle nada a usted?

—No tiene por qué hacerlo. Pero yo siempre puedo pedir...

—Sí, sí, declaraciones juradas, qué aburrido.

—Lo son.

—Bien lo sé —dijo Holden, y suspiró—. Hubo más malditas declaraciones... —Volvió a suspirar—. Declaró que yo estaba robando a la compañía. Ésa fue la razón suficiente para echarme.

—¿Robando qué?

—¿Qué puede robar uno, señor Hope? ¿Clips para papeles? ¿Gomas elásticas? Vamos. Dinero, por supuesto. Enormes sumas de dinero.

—¿Cómo?

—La industria de la cerveza no emplea mucha gente, ¿sabe? Veinte hombres en el turno de la mañana, quince en el de la tarde, y quince en el de la noche. Más dos supervisores y un capataz general en cada turno. Cuarenta, cuarenta y cinco personas como máximo... para producir dos millones de barriles al año. Es lo que podría llamarse un buen negocio, ¿eh? Al menos en lo concerniente a la mano de obra.

—Sí, así parece. ¿Pero qué tiene que ver con...?

—La administración es otra cosa. Cuando yo empecé a trabajar para Brechtman, había siete plantas en todo el país, con equipos de administración locales para cada planta. Mi trabajo era agente de compras. Que es lo que provocó todo este alboroto. ¿Quiere una cerveza?

—No, gracias.

—Yo tomaré una, si no le molesta —dijo Holden dirigiéndose hacia una nevera que había en la oficina. Los pantalones eran anchos como los de un pijama. Abrió la puerta de la nevera—. La cerveza me creó hábito mientras trabajaba para Brechtman. Viene bien cuando uno se enfrenta con tareas y gente dura —dijo, y sacó una lata del refrigerador. Cerró la puerta, tiró de la anilla, se la llevó a la boca y bebió—. Adoro la espuma —añadió.

Matthew no dijo nada.

—¿Es casado? —le preguntó Holden.

—Divorciado.

—¿Gay?

—No.

—Qué lástima —dijo Holden—. ¿Dónde estábamos?

—Usted era agente de compras de...

—Sí. Y el agente de compras en una fábrica de cerveza es responsable de la adquisición de los elementos con los que se hace la cerveza.

—Naturalmente.

—Por supuesto. Y los elementos principales para hacer cerveza son la malta, el lúpulo y tanto arroz como cereal.

—Ajá —dijo Matthew.

—¿Sabe lo que es la malta?

—No.

—¿Y el lúpulo?

—No.

—Imaginé que no lo sabría. Casi nadie lo sabe. El lúpulo son las flores maduras y secas de la planta de lúpulo, que es una especie de enredadera. Esas florecitas contienen un aceite amargo y aromático. Cuando yo trabajaba para Brechtman, compraba mi lúpulo en Washington, Idaho, Oregon, e incluso en Polonia y Checoslovaquia. La mezcla de diferentes lúpulos en cantidades variadas es lo que le da a cada cerveza su sabor distintivo. La receta de la Cerveza Niña de Oro era un secreto. Yo conocía ese secreto porque sabía qué lúpulos estaba comprando y en qué cantidades.

De modo que robó el secreto, pensó Matthew. Es por eso que lo despidieron. Robó la receta secreta y se la vendió a Anheuser-Busch o a Pabst o a Miller...

—No robé el secreto, si es eso lo que está pensando —dijo Holden—. En realidad, no robé nada.

—Pero Elise Brechtman aseguró que sí.

—¡Bueno, por supuesto! —Las cejas se le arquearon alzándose por la frente—. ¿Qué otra cosa podía esperarse de una perra de semejante magnitud?

—Afirmó que usted había robado enormes sumas de dinero, ¿no es esto lo que dijo usted mismo?

—Sí.

—¿Cómo?

—La malta.

—¿Perdón?

—La clave del asunto. Lo que ella afirmó, ¿sabe?, fue que yo me estaba comiendo la malta de la compañía... por decirlo de alguna manera.

—Todavía no sé qué es la malta.

—Malta de cerveza. O malta de cebada, como prefiera, son la misma cosa. Esencial para el proceso de fabricación de cerveza. Se parte de la cebada cruda, y no pasaré por todos los detalles porque es muy aburrido. Basta decir que sin la malta de cebada no hay cerveza, señor Hope. Y aquí llegamos a la base de la acusación de *La Cerveza Grande*.

—¿Qué fue...?

—Paciencia, señor Hope —dijo Holden, y suspiró. Tomó un trago de cerveza—. Hubo una época —siguió—, en que yo detestaba el olor de la malta. Ah, bueno. —Tomó otro trago de cerveza—. Cuando trabajaba para Brechtman —dijo—, teníamos una producción propia de malta que proveía el treinta por ciento de nuestras necesidades. Pero treinta por ciento no es el ciento por ciento, así que yo tenía que dirigirme a productores de malta extranjeros para comprarles el setenta por ciento que faltaba. Tiene que entender cuánta malta usábamos, señor Hope, y cuánto nos costaba.

—¿Cuánta usaban?

—Para producir los dos millones de barriles que salían de la planta al año, necesitábamos treinta millones de kilos de malta.

—Eso es mucha malta —observó Matthew.

—Ya lo creo —corroboró Holden.

—¿Y cuánto les costaba toda esa malta?

—Los precios oscilan continuamente —dijo Holden—. Pero en 1981, yo diría que estábamos gastando algo así como cinco millones anuales por la malta que les comprábamos a productores extranjeros.

—Cinco millones —repitió Matthew.

—Sin regateos —Holden sonrió—. Según Elise, el único regateo lo hacía yo, y para mi provecho exclusivo.

—Ella afirmó que usted estaba robando, ¿pero cómo podía robar?

—Comisiones.

—¿De quién?

—De los distintos productores de malta con los que trataba.

—¿Qué magnitud de comisiones?

—Cincuenta centavos el barril.

—¿Eso es mucho?

—Hay treinta y dos kilos de malta en un barril. Saque la cuenta, señor Hope.

—No, sáquela usted.

—Comprábamos treinta millones de kilos al año. Divida eso por treinta y dos kilos que tiene cada barril, y le da un millón ochocientos cincuenta mil barriles, más o menos.

—A cincuenta centavos por barril.

—Eso decía Elise.

—Eso es mucho dinero.

—Ojalá hubiera sido cierto —dijo Holden.

—¿Qué pruebas tenía para su afirmación?

—Ninguna. Nada en absoluto.

—Y sin embargo le despidió y declaró a los periódicos...

—Una mujer loca —exclamó Holden sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué le despidió, señor Holden? Usted dijo que había una razón falsa y una razón real. ¿Cuál fue la razón real?

—¿Quiere decir que no se ha dado cuenta? —preguntó Holden, y sonrió —. Soy gay.

—¿Le despidió porque...?

—Porque mi amante era un muy buen amigo de ella.

—¿Y quién era?

—Jonathan Parrish.

—Según esto, ha sido un chico muy malo —dijo Bloom.

Estaba sentado tras el escritorio de su oficina, agitando un ejemplar del legajo de antecedentes de Arthur Hurley. El compañero de Bloom, Cooper Rawles, estaba sentado en un ángulo del escritorio. Rawles medía por lo menos un metro noventa y cinco, y pesaba probablemente ciento veinte kilos. Tenía hombros anchos, un pecho de tonel, y unas manos enormes. No parecía una persona con la que se pudiera bromear. El hombre al que había

atacado Arthur Hurley ocho años atrás con una botella de cerveza rota era negro. Cooper Rawles también era negro.

—Eso fue entonces, y ahora es ahora —dijo Hurley.

—Ahora eres un buen chico, ¿es eso? —preguntó Rawles.

Hurley lo miró cómo si hubiera hablado una cucaracha.

—Respóndeme, Artie —le apremió Rawles—. ¿Eres un chico bueno ahora?

—En realidad, ¿qué estoy haciendo aquí? —le preguntó Hurley a Bloom—. ¿Me están acusando de algo?

—¿Quieres que te acusemos de algo? —le preguntó Bloom.

—Quiero saber...

—Piensa algo para acusarlo, Coop —dijo Bloom.

—¿Qué te parece uso de palabras obscenas dirigidas al oficial de policía que...?

—No tenía derecho a arrestarme en el...

—¿Quién ha dicho que estás arrestado? —preguntó Bloom—. Todo lo que ha hecho el oficial ha sido pedirte amablemente que vinieras a responder algunas preguntas.

—Ah, de modo que eso no es arrestarme, ¿eh? ¿Cómo lo llaman entonces? ¿Investigación de campo?

—No, no es...

—Estoy detenido, eso es lo que estoy. En cuyo caso, será mejor que me lean mis derechos y me consigan un abogado.

—No estás detenido —repitió Bloom.

—Bien —dijo Hurley, y se puso de pie—. En ese caso, simplemente me iré...

—Siéntate —le ordenó Rawles.

—¿Por qué? Su amigo me acaba de decir que no estoy...

—¡Siéntate! —le gritó Rawles.

Hurley lo miró furioso.

—Creo que será mejor que se siente —dijo Bloom suavemente.

—Entonces, ¿cuál es el próximo paso? —preguntó Hurley sentándose—. ¿La porra de goma?

—Para ser un tipo que no ha hecho nada —observó Bloom—, pareces muy a la defensiva.

—Quizá pasé demasiado tiempo en la cárcel por cosas que no hice —replicó Hurley.

—Exacto —dijo Rawles—. Todos los que están en la cárcel son inocentes.

—No todos.

—Sólo tú.

—Un par de veces, sí. Un par de veces, era realmente inocente. No hice nada, y ahí estaba, preso.

—Qué vergüenza —se burló Rawles.

—Pero se supone que eso es la justicia —dijo Hurley—. Y ahora tampoco he hecho nada.

—Nadie te ha acusado de nada —insistió Bloom—. Sólo queremos hablar contigo.

—Y supongo que también quieren hablar con Billy, ¿eh? A él también le han traído, supongo que quieren hablar con él. ¿Dónde lo tienen? ¿En el otro cuarto? ¿Haciéndole las mismas preguntas que a mí, confrontando versiones?

—¿Acaso te hemos hecho alguna pregunta?

—No, pero...

—Entonces cállate.

—¿Por qué? Su socio acaba de decir que yo no he hecho nada. En tal caso...

—En tal caso, cállate —le ordenó Rawles.

—Si no he hecho nada, ¿qué es lo que se supone que no he hecho?

—Se supone que no asesinaste a un oficial de policía —dijo Bloom.

—Oh, mierda —soltó Hurley—, ¿es eso lo que están tratando de cargarme? Cielos, déjenme salir de aquí.

—Siéntate —dijo Rawles.

—No, señor, será mejor que me lean mis derechos en este preciso instante. Se trata de un policía muerto, será mejor que me lean mis derechos y me consigan un abogado. Y díganse a Billy también. Díganle que se han cargado a un policía. Tío, esto es serio. Este asunto se ha puesto muy serio.

—Siéntate —ordenó Rawles.

—Siéntate —repitió Bloom.

—No he matado a ningún policía —declaró Hurley—. ¿Se creen que soy un aficionado?

—¿Quién ha dicho que tú mataste a un policía?

—¿He oído mal? Pensé que alguien había dicho que un oficial de policía...

—Yo he dicho que tú no has matado a un oficial de policía —dijo Bloom.

—Claro —asintió burlón Hurley.

—¿Por qué estabas vigilando la casa de Parrish? —preguntó Rawles.

—Oh, de modo que es eso —dijo Hurley.

—Estabas vigilando la casa de Parrish, ¿no es así?

—Exacto, había alguien dentro de la casa, y yo no pensaba entrar hasta que saliera. ¿De qué me están hablando? ¿Era un policía el que estaba dentro de la casa? ¿Mataron a un policía ahí dentro?

—Pareces saber mucho sobre quiénes se encontraban o no en esa casa —dijo Bloom.

—Reconozco una trampa cuando la veo, y eso era una trampa. Vi a un tipo espiando por la persiana de la ventana, no necesito ser un genio para saber que era una trampa. Así que había un policía dentro, ¿eh? Bueno, no he sido yo el que lo hizo. Billy tampoco.

—¿Por qué estaban vigilando la casa? —preguntó Rawles.

La pregunta iba a repetirse. Cuando un ladrón no responde a una pregunta, tiene una razón. Los ladrones son tan hábiles como las estrellas de cine para no responder preguntas. Si le preguntan a una actriz famosa: ¿Es cierto que abandonará Dinastía el año que viene?, ella responderá: El clima del sur de California me sienta tan bien. Si le preguntan a un ladrón ¿Qué estaba haciendo con esas ganzúas en el bolsillo?, él responderá: Mi madre está agonizando en el hospital. Las estrellas de cine y los ladrones actúan exactamente igual a la hora de contestar preguntas que no quieren responder. Todo lo que puede hacer un policía o un periodista es repetir una y otra vez la misma pregunta.

—¿Por qué estabas vigilando la casa?

Esta vez la pronunciaba Bloom.

Si se pregunta con la suficiente insistencia, quizá para Navidad llegue una respuesta directa.

—Primero díganme si mataron a un policía ahí adentro —dijo Hurley.

—Sí —afirmó Bloom.

Rawles lo miró.

Bloom se encogió de hombros.

El gesto quería decir: «Juguemos limpio, y veamos qué sacamos de él».

Rawles hizo una mueca.

La mueca quería decir: «Es un maldito ladrón, lo único que sacaremos de él serán mentiras, no importa cómo juguemos».

Hurley asintió.

—Entonces yo tenía razón —dijo—. Mataron a un policía dentro de esa casa.

—Sí —repitió Bloom.

Rawles suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó Hurley.

—¡Ahora él es el policía! —dijo Rawles furioso—. Él es el que hace las preguntas.

—Fue anoche —dijo Bloom.

—Por todos los santos, Morrie...

—Ni siquiera me encontraba cerca de la casa de Parrish anoche —dijo Hurley.

—¿Dónde estabas?

—En la cama con mi novia. Que, a propósito, está embarazada.

—Mandamos a la cárcel a muchísimos tipos con novias embarazadas —dijo Rawles.

—¿En serio?

—Te lo digo por si esperabas que nos pusiéramos a llorar de compasión o algo así.

—No, no esperaba eso, no se preocupen.

—¿Cómo se llama la chica? —preguntó Bloom.

—Helen Abbott. Llámenla ahora mismo, adelante. Está en el motel, no sabe por qué nos trajeron a mí y a Billy. Pregúntenle dónde estaba anoche, a

cualquier hora que hayan matado a ese policía; adelante, pregúntenselo. Cojan el teléfono y pregúntenselo. Les dirá que estaba en la cama con ella.

—¿A qué hora fue eso?

—¿Fue qué?

—¿Cuándo estuviste con ella? ¿De qué hora a qué hora?

—Toda la noche.

—¿De qué hora a qué hora?

—¿A qué hora mataron al policía?

—¡Responde a la pregunta! —gritó Rawles.

—Escuchen —dijo Hurley—, estoy respondiendo a estas preguntas voluntariamente, no tienen que...

—¿De qué hora a qué hora? —repitió Rawles.

—Volvimos de cenar antes de las nueve. Miramos un poco la televisión y nos dormimos. Billy estaba en el mismo cuarto, en la otra cama. Pregúntenle a él dónde hemos estado toda la noche, él se lo dirá. Pregúntenles a los dos. Ninguno de nosotros se ha acercado a la casa de Parrish en toda la noche.

—¿A qué hora han ido a desayunar esta mañana? —preguntó Bloom.

—Alrededor de las ocho.

—¿Los tres?

—Los tres.

—¿A dónde han ido?

—A un Burger King.

—¿Por qué estaban vigilando la casa de Parrish?

Ya era la cuarta vez.

—La abuela de Helen dice que no nos cree —dijo Hurley.

Lo que equivalía a decir «el clima del sur de California me sienta muy bien», o «mi madre está agonizando en el hospital».

Los dos policías lo miraron.

—Lo que son meras palabras, por supuesto —añadió Hurley.

—Justo lo que estaba pensando —dijo Rawles.

—Me refiero a que ella diga que no nos cree. Ella sabe que estamos diciendo la verdad.

—¿Sobre qué?

—Que Helen es su nieta. La clave está en que necesitamos pruebas.

—Pruebas —repitió Bloom.

—Sí.

—¿De qué?

—De que ella es su nieta.

—Ajá.

—Y las fotos de ella cuando era un bebé podrían probarlo. —Continuó Hurley.

—Ajá.

—Pensamos que quizás estén en la casa de Parrish. Y por eso la vigilábamos. Pero no pensábamos entrar sabiendo que alguien ya estaba dentro.

—¿Qué fotos de bebé? —preguntó Rawles.

—De Helen. Fotos de ella de recién nacida. Con la madre, ¿saben? Helen y su madre.

—Ajá.

—Fotos de las dos juntas. Así la abuela no podría decir que la joven que aparece amamantando al bebé no es su hija. Porque lo es. Quiero decir, es la foto de ella, con su cara. Lo que significa que Helen está diciendo la verdad. Cosa que la abuela ya sabe. Pero ésa es la prueba que necesitamos. Las fotos. Y pensamos que están dentro de la casa. Por eso tuvimos que vigilar la casa.

—Pero no han entrado, ¿eh? —preguntó Bloom.

—Imposible —dijo Hurley—. ¿Con alguien dentro? Imposible. Los policías se miraron.

—¿Qué te parece? —preguntó Bloom.

—Es tan estúpido que debe de ser cierto —repuso Rawles.

El ruido del aspirador.

La mujer de la limpieza estaba en la sala.

El cerebro de Toots funcionaba a la velocidad de un coche de carreras. En el dormitorio la moqueta llegaba hasta dentro del armario. Lo que significaba que pasaría el aspirador por allí también. Posiblemente no

abriría la puerta del armario. ¿Pero y si lo hacía? Podía abrir para colgar algo recién traído de la tintorería, para guardar un par de zapatos o un albornoz que alguien hubiera dejado bajo la cama o en una silla, había tantos motivos por los que podía abrir este armario y encontrar una rubia de pelo rizado, de veintiséis años, mojándose las bragas. Tenía que salir de allí antes de que ella subiera. ¿Pero cómo?

Sonó el teléfono.

En el estante sobre su cabeza se oyó un diminuto clic. El sonido de la campanilla del teléfono había puesto en marcha el mecanismo. Los rollos del grabador empezaron a girar. La aspiradora se interrumpió.

—¡Ya voy! —le gritó la mujer al teléfono.

Toots salió del armario en un abrir y cerrar de ojos. Deslizándose con cautela por la puerta entreabierta, como no lo habrían hecho mejor una serpiente o una cucaracha, asomó un ojo y la punta de la nariz, quizá parte del mentón también, y vio el gordo trasero de la mujer de la limpieza balanceándose por el pasillo alfombrado hacia el teléfono de pared en la cocina. Toots salió al pasillo. La mujer estaba llegando al teléfono. No vuelvas la cabeza, pensó, y trató de orientarse. La puerta abierta de un segundo dormitorio al otro lado del pasillo, tenía que dar a la calle lateral. El garaje estaría...

—¿Diga?

Una mirada hacia la cocina. La mujer inclinada sobre la repisa, su gran trasero apuntando al comedor.

—Sí, residencia de la familia Summerville.

El garaje debía de estar cerca de la cocina. Imposible llegar al garaje sin pasar junto a Brunilda.

—Lo siento, la señora Summerville no está en este momento. ¿Quiere dejar un recado?

Pero quizá...

—¿La liga de qué?

Atravesar el vestíbulo, meterse en el estudio. Quedarse allí hasta que Brunilda llegara hasta el dormitorio principal, y entonces salir por la puerta del frente.

—De la Vida Silvestre en Florida, sí, señora. La Liga para Proteger la Vida Silvestre en Florida, sí, señora, lo he anotado. Y la reunión es esta noche. Sí, señora. La casa de la señora Colman. Sí, señora. A las ocho. Sí, señora, lo he anotado todo. Le dejaré el recado al lado del teléfono si no ha vuelto antes de que yo me vaya. Sí, señora, gracias.

El clic del receptor devuelto a la horquilla.

La mujer volvió a la sala y puso en marcha otra vez el aspirador. Pasó frente al estudio y al segundo dormitorio y entró en el dormitorio principal.

Y abrió la puerta del armario.

Y pasó el aspirador entre las filas de zapatos.

Toots Kiley ya estaba en el estudio.

Dos minutos después salía por la puerta principal y caminaba rápido hacia donde había estacionado el Chevy.

—¿Cómo se supone que volveremos al motel? —quiso saber Billy.

—Cogeremos un autobús —dijo Hurley.

—¿Tienen autobuses en esta aldea?

—Los he visto pasar —respondió Hurley.

Fue una larga caminata hasta la carretera 41. Era casi el mediodía, el cielo nublado e incierto, la temperatura alrededor de los veintiún grados centígrados.

—Esto significa que nos pusimos en evidencia, ¿te das cuenta? —dijo Billy.

—Sí —repuso Hurley.

—Quiero decir, esquivamos lo del asesinato, pero los dos les hablamos de las fotos...

—Sí.

—Quiero decir, tuvimos que hacerlo.

—Lo sé.

—Si no, ¿a santo de qué íbamos a estar vigilando la casa? ¿Para matar a un policía que estaba dentro?

—Lo sé, lo sé.

—Así que hemos tenido que decirles lo de las fotos.

—Nadie te está culpando.

—¿Quién ha dicho que alguien me estaba culpando? Estoy diciendo que si no les hablábamos de las fotos, habrían caído sobre nosotros por lo del policía muerto. Porque sabían que estábamos vigilando la casa.

—Sí. ¿Y sabes de dónde sacaron ese dato?

—¿De dónde?

—De ese abogado bocazas que vino al motel.

—Exacto, no lo había pensado. Tuvo que ser él.

—Por supuesto que fue él.

—Pero lo que estoy diciendo es que ya podemos olvidarnos de esas fotos. Porque la policía irá a la casa con cien tipos, pondrán la casa patas arriba y las encontrarán. Y sin las fotos, la vieja dama no aflojará, y eso no tiene solución. El negocio ha terminado, Artie, no tenemos nada más que hacer en esta mierdosa ciudad.

—Sí —asintió Hurley.

Pero estaba pensando que no estaban del todo acabados.

Lo primero que tenía que hacer era enseñarle a la pequeña señorita Helen Abbott con su gran barriga a no ser tan rápida en dejar pasar a abogados extraños y en decirles todos los secretos del universo. Eso era lo primero. Enseñarle qué significa tener la boca cerrada sobre asuntos importantes, y hacerle caer todos sus malditos dientes si ése era el modo en que podía aprenderlo.

Lo siguiente era localizar al señor Matthew Hope y hacerle saber que no se jugaba con Arthur Hurley.

Nadie iba a la policía y decía que Arthur Hurley estaba vigilando una casa donde habían matado a un policía, no se le hacía perder un millón de dólares a Arthur Hurley sólo por ser un abogado charlatán, eso no se le hacía a Arthur Hurley, hombre.

No se hacía.

OceanofPDF.com

*Ésta es la malta que había en la casa que construyó
Jack...*

A Ralph Parrish no le gustaba el modo en que lo trataba el condado de Calusa.

El granjero de Indiana tenía muchas quejas que hacer sobre la ropa de la cárcel, sobre la comida carcelaria que se veía forzado a comer, y sobre el hecho de que tuviera que pasarse el día y la noche protegiendo el trasero, o no tardaría en usar vestidos parecidos a los que llevaba su difunto hermano marica. Tales fueron literalmente las palabras de Parrish: «Mi difunto hermano marica».

Matthew había acudido a la cárcel del condado para preguntarle a Parrish acerca de su hermano muerto y sobre algunos de sus amigos. Tuvo que esperar a que Parrish terminara su rosario de quejas, y luego aguardó mientras Parrish le explicaba que no veía motivo por el que un ciudadano honesto como él tuviera que estar entre rejas y sin fianza cuando nadie tenía la más ligera brizna de prueba de que él hubiera cometido un crimen. Matthew le explicó que el fiscal del Estado creía tener pruebas suficientes para condenar a Parrish por el crimen de asesinato, fratricidio nada menos, pruebas que el juez consideró desde el primer momento lo bastante sólidas como para negar la libertad bajo fianza. Parrish siguió quejándose durante los diez minutos siguientes. Era un hombre de cielo abierto, habituado al sol en la frente y los hombros, a respirar el aire libre de los campos. El confinamiento lo estaba matando. Matthew escuchó con paciencia y simpatía; en efecto, parecía un castigo especialmente cruel mantener bajo

llave al campesino. Pero alguien había matado a su hermano. Y el Estado creía que había sido él.

—Odio este lugar —dijo a modo de conclusión.

—Lo sé —dijo Matthew.

—¿Estamos haciendo algún progreso?

—Quizá —contestó Matthew, y le informó sobre los acontecimientos más recientes.

—¡Yo sabía que el asesino volvería a la casa! —exclamó Parrish—. Es nuestro hombre, Matthew. Encuéntralo y...

—Sí, pero eso no ha sido demasiado fácil hasta ahora —dijo Matthew—. ¿El nombre de Arthur Hurley significa algo para usted?

—No. ¿Quién es?

—Alguien que estaba vigilando la casa de su hermano. Junto con un hombre llamado Billy Walker. ¿Le suena?

—No.

—¿Sabe algo sobre esas fotos de un bebé que mencionó Abbott?

—No.

—¿Algo sobre su hija, Helen? ¿O sobre su supuesta madre, Elise Brechtman?

—Nunca he oído ninguno de esos nombres.

—¿Ni siquiera el de la cerveza Brechtman? ¿La Cerveza Niña de Oro?

—No tomo cerveza.

—Dígame, señor Parrish...

—Llámeme Ralph.

—Ralph. ¿Por qué compró la casa aquí en Calusa?

—Tenía dinero en abundancia, mi hermano no tenía nada. Supuse que podía ayudarlo...

—No, no me refería a eso. Hace siete años, usted compró la casa aquí. ¿Por qué?

—Acabo de decírselo. Mi hermano necesitaba...

—¿Pero por qué Calusa? ¿Por qué no Key West, o Miami, o Palm...?

—De hecho, mi hermano vivió un tiempo en Key West, pero dijo que era un poco demasiado escandaloso, hasta para él. Prefería con mucho Calusa.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Key West? Debió de ser durante los sesenta. Cuando los jóvenes andaban vagabundeando por todo el país. Por todo el mundo, en realidad. Con vaqueros roñosos, pero con miles de dólares en cheques de American Express en el bolsillo.

—¿Su hermano era de esos?

—Sí. Un *hippie* plástico.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Bueno, déjeme pensar. Esto tiene que haber sido en 1968, 1969... Tendría veinte o algo así. Sí. Alrededor de veinte años.

—¿Cuándo fue a Key West?

—Sí. Bueno, anduvo por toda Florida.

—¿Y Calusa?

—Sí, también Calusa.

—¿Ya era gay entonces?

—Era gay antes de salir de Indiana.

—¿Cuánto tiempo pasó aquí en Calusa?

—No tengo idea. Esto debe de haber sido... bueno, a ver. Sé que se marchó de casa en septiembre, sí, fue en el otoño de 1968, y no volvió en Navidad, así que tenía que estar todavía en algún lugar de Florida, y creo... espere un minuto... sí, ahora recuerdo. Yo le mandé una tarjeta de felicitación por su cumpleaños a Calusa. Cumplía veintiuno. Tenía alquilada una casa en Fatback Key, ahí fue donde se la mandé. Sí, estoy seguro.

—¿Cuándo se marchó de Calusa?

—No sé exactamente. Sé que estaba en Woodstock en el festival del verano de 1969, me mandó una tarjeta de Woodstock. Y después partió para Europa, durante ese otoño, permaneció allí casi un año, en Francia, Italia, Grecia, y de ahí siguió para la India...

—¿Cuándo volvió al país?

—En 1972.

—¿A Indiana?

—No. San Francisco, Los Angeles y San Diego, y algún tiempo en México. Le gustaba viajar. Y después Nueva York. Vivió bastante tiempo en Nueva York. Y después vino a Calusa.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Bueno, cuando yo le compré la casa en Whisper Key.

—La compró para él.

—Sí.

—En 1981.

—Sí.

—¿Su hermano mencionó alguna vez a un hombre llamado Anthony Holden?

—No, no recuerdo el nombre.

—Trabajaba para la cervecera Brechtmann. Era agente de compras de la fábrica en 1982. Anthony Holden.

—Lo siento.

—Esto debió de ser un año después de que usted comprara la casa.

—Sí. Pero en realidad no recuerdo haber oído el nombre.

—¿Su hermano le mencionaba a alguno de sus amigos?

—Bueno, sí, supongo que sí. Nos escribíamos con regularidad, y en ocasiones yo venía aquí, o él iba a Indiana...

—¿Nunca encontró a Anthony Holden en alguna de sus visitas a Calusa?

—No, no que yo recuerde.

—Pero sí conoció a algunos de los amigos de su hermano en dichas visitas.

—Sí.

—Pero ninguno de ellos era Anthony Holden.

—No.

—Y él nunca le mencionó el nombre en ninguna de sus cartas.

—Nunca. Al menos, que yo recuerde.

—¿Y Elise Brechtmann?

—No. Ya le he dicho antes...

—¿La pudo conocer en su primera visita a Florida?

—No tengo ni idea.

—¿Se escribían entonces? ¿En el 68 o 69?

—No con frecuencia. De hecho, a veces parecía como si Jonathan hubiera caído en un agujero negro. No sabía nada de él durante meses, y de

pronto recibía una postal de alguna aldea de Irán...

—¿Pero mientras estuvo en Florida? ¿Le escribió entonces?

—Ocasionalmente.

—Usted sabía dónde se hallaba. En Calusa. Usted dijo que le mandó una tarjeta de cumpleaños...

—Sí.

—¿Ya le había escrito antes a esa dirección?

—Sí, creo que sí.

—¿Él le respondió?

—En realidad, no recuerdo.

—Pero en cualquier caso, si le respondió, no mencionaba el nombre de Elise Brechtmann.

—No que yo sepa. Matthew... mi hermano era homosexual desde los quince años. No creo que me hubiera escrito sobre una chica. No tenía el menor interés en el sexo opuesto, créame.

—Un hombre llamado Anthony Holden cree que Elise Brechtmann fue una de las amigas de su hermano.

Parrish negaba sacudiendo la cabeza.

—Una muy buena amiga, de hecho.

Seguía negando con la cabeza.

—Pero usted nunca la oyó nombrar.

—Nunca.

Matthew suspiró profundamente.

Billy estaba haciendo el equipaje.

De vez en cuando echaba una mirada a Helen, que yacía en el suelo contra la pared, gimiendo.

Quería salir de allí cuanto antes.

Quería irse muy lejos de Calusa y de Arthur Hurley y de la mujer que yacía sangrando contra la pared.

Artie se había llevado el coche, tendría que llamar a un taxi para que lo llevara al aeropuerto. Salir de allí lo antes posible.

Arrojó la ropa interior hecha un ovillo en la maleta y después volvió a mirar hacia la pared.

Ella alzó una mano.

Tratando de aferrarse a la pared.

Y después la mano cayó flácida deslizándose por la pared.

La mano dejó una huella de sangre.

Cuando Matthew regresó a la oficina, poco después de las dos, Cynthia le tendió un manojito de mensajes. La única llamada a la que respondió fue una de Morrie Bloom.

—Morrie —dijo—. Soy yo.

—Hola, Matthew —dijo Bloom—. Dos cosas. Interrogamos a Hurley y a su socio Walker y los dejamos ir. No teníamos nada para retenerlos, y además creo que decían la verdad cuando negaron haber estado dentro de la casa.

—De acuerdo.

—Segundo, mandé a un equipo de hombres a revisar cada centímetro de la casa, después de hablar contigo esta mañana; y les di instrucciones precisas, Matthew. Acaba de volver. Encontraron fotos en una caja de zapatos en el dormitorio del piso alto, pero en ninguna había un bebé, sólo Parrish y sus amigos en la playa. Así que si alguien fue a la casa a buscar las fotos del bebé, las encontró, Matthew, porque puedo asegurarte que ya no están.

—Está bien, Morrie, gracias.

—¿Alguna otra idea?

—No por el momento. ¿Me estás ayudando en mi caso, Morrie?

—Yo busco la justicia y la verdad —respondió Bloom.

Matthew sonrió.

—Yo también —añadió.

—Mantente en contacto, ¿eh? —dijo Bloom, y colgó.

Cynthia llamó casi de inmediato.

—Es Warren. Está en el aeropuerto.

—¿Qué línea?

—Cinco.

Matthew apretó el botón número 5.

—¿Sí, Warren?

—Matthew, hay un vuelo a las 14,13 que puedo coger a Nueva York. Eso me da ocho minutos. Localicé a una mujer llamada Lucy Strong, es negra como yo, Matthew, le encantó mi voz al teléfono. Supongo que tendrá unos cincuenta años, sonaba de esa edad, y trabajaba de enfermera en la maternidad cuando una mujer llamada Elise Abbott dio a luz en el año 69. Recuerda a un hombre que sacó fotos, pero no quiso decirme nada más por teléfono, aun siendo yo negro, porque tiene miedo de meterse en problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Matthew, no importa qué clase de problemas. Tengo seis minutos para comprar el billete y subir a ese avión. Los negros siempre tememos meternos en algún problema, así nos habéis enseñado a ser vosotros los blancos. ¿Voy a Nueva York o no?

—Ve —dijo Matthew.

—Te llamo más tarde —añadió Warren, y colgó.

—Billy —dijo ella.

Él miró hacia la pared.

—Ayúdame.

Él no dijo nada.

Fue hacia el armario y sacó el único traje que tenía, lo llevó a la maleta sin mirar a Helen que seguía caída junto a la pared. Dobló cuidadosamente el traje, y después volvió al armario a buscar las dos camisas de vestir que había puesto en el primer cajón.

—¿Billy?

Él no le respondió.

—¿Se ha ido, Billy?

Puso las dos camisas de vestir en la maleta encima de la chaqueta del traje. Esas camisas tenían botones ocultos, como los que usaban los *yuppies*.

—Billy, tienes que ayudarme.

—No tengo que hacer nada —dijo él.

—Billy, por favor.

Él volvió al armario.

Revisó todos los cajones para asegurarse de no haber olvidado nada. Buscó entre la ropa interior de Helen, un par de suéteres y blusas, y no vio nada que fuera de él.

—¿Billy?

—Cállate —le soltó.

—Billy..., estoy sangrando mucho...

Él cerró la maleta, puso el candado.

—Tengo que ir a un hospital —insistió ella.

Sonó el teléfono. Él levantó el receptor.

—¿Diga?

—¿Señor Walker?

La tipa apuesta que dirigía el motel.

—¿Sí?

—Su taxi está aquí, señor.

—Ya voy, dígame que espere.

Colgó el auricular.

—¿Billy?

—Cállate.

—Ayúdame. Por favor.

Con mucho gusto, pensó él.

—¿Billy?

—Si la ayudo, ese maldito demente caerá sobre mí.

—¿Billy?

Pero él ya se había ido.

Los nombres estaban escritos en negro sobre el cemento en cada espacio del aparcamiento.

FRANK SUMMERVILLE, y al lado MATTHEW HOPE.

Un Mercedes Benz ocre en el reservado de Summerville.

Un Karmann Ghia en el reservado de Hope.

El Honda azul estaba estacionado enfrente. Hurley se hallaba tras el volante, vigilando el edificio. Summerville y Hope. Abogados. Heron Street, 333. Poco antes de las dos y media, Hurley lo vio salir del edificio y caminar hacia el Ghia.

Bien, pensó. Ahora estamos a cielo abierto, señor Hope. Ahora veremos adónde va y nos ocuparemos de usted, señor Hope, le haremos practicar una danza, y nos encargaremos de que sea la última que baile.

Asintió, decidido, y puso en marcha el motor.

Primero vino la policía poco después de que ella regresara esta mañana; la policía se fue con los dos hombres. Luego los dos volvieron en un taxi alrededor de las doce y media. Posteriormente el mayor se marchó en el Honda, poco después de la una. Y ahora el joven se iba en un taxi. Con lo que sólo quedaba la joven embarazada en el *bungalow*.

Irene volvió a mirar el registro del motel.

Señor Arthur Hurley y señora.

Señor William Harold Walker.

Dijo que era el hermano de la chica.

En este negocio, no se hacen demasiadas preguntas. Al menos si uno quiere seguir viviendo de él. De modo que les alquiló el *bungalow* a la tarifa usual, sin preocuparse si planeaban organizar un circo allí dentro, los dos sobre la embarazada, uno abajo y otro arriba, en este negocio el lema era No hagas preguntas, yo no te diré mentiras. Sí, señor Hurley, espero que usted y su esposa y su cuñado encuentren cómodas las instalaciones, en el restaurante cruzando la carretera les darán un sabroso desayuno. Que vengan, que hagan lo que tengan que hacer y que se vayan. Irene no tiene por qué meter la nariz. Esto es un negocio.

Pero...

A Matthew Hope le interesaba esa gente.

Esta mañana, cuando ella estaba en su casa, él había recibido una llamada de alguien, y después le había preguntado por la gente del *bungalow* número once, los Hurley, y después le había dicho a su interlocutor que se vio a Hurley y a Walker vigilar la casa de Parrish y que

podía ser buena idea investigarlos y que, oh, a propósito, Hurley tenía antecedentes.

Y después añadió que uno de ellos podía haber matado a Jonathan Parrish o algo semejante, y que al cabo de un rato la policía aparecía por el motel... bueno, no exactamente lo siguiente, pues a ella y a Matthew les había llevado un rato volver a hacer el amor. Pero poco después de que volviera al motel, se encontró con la policía que se llevaba a los dos hombres, uno de ellos con antecedentes criminales.

Se preguntó por qué la policía los había dejado volver.

Especialmente al que tenía antecedentes.

Se preguntó si debía llamar a Matthew para decirle que la policía los había soltado.

Un hombre con antecedentes criminales.

Decirle a Matthew que los dos se habían marchado ahora. Hurley en el Honda, Walker en un taxi. Llevando una maleta. Cuando llamó a la oficina, Walker dijo que necesitaba un taxi. Le preguntó si prefería alguna compañía en especial. Él dijo que no le importaba, siempre que pudieran llevarlo al aeropuerto. Así que William Walker se había marchado para siempre, y sólo Dios sabía dónde estaba Arthur Hurley, aunque ella sospechaba que volvería a recoger a su esposa embarazada, si es que en realidad era su esposa. Una vez Irene alquiló un *bungalow* a una mujer embarazada a la que le faltaba una pierna; venía con el que se suponía que era su marido; en realidad eran una prostituta y su rufián. La dama tenía un cliente por hora, toda su estancia fue un entrar y salir de automóviles del estacionamiento, puntualmente uno por hora. Cuando la pareja se marchó, una semana después, debían de haber juntado lo suficiente como para unas vacaciones en Italia. En este negocio nunca se sabía qué...

Sonó el teléfono.

Irene miró el tablero.

El *bungalow* número once.

—Oficina —respondió—, buenas tardes.

Al otro lado de la línea hubo un sonido raro.

—¿Sí? —dijo Irene.

El mismo sonido.

Húmedo y ronco.

—¿Señora Hurley? —preguntó Irene—. ¿Es usted?

Y después la voz de la joven.

Una sola palabra.

—Socorro.

El hombre que salió por la puerta de la pared enmaderada detrás del escritorio de la recepcionista sonreía y le tendía la mano.

—¿Señor Hope? —dijo—. Soy Henry Curtis, el secretario de la señorita Brechtmann.

—Encantado de conocerlo —dijo Matthew, y le estrechó la mano.

Curtis miró la tarjeta que Matthew le había dado a la recepcionista.

—Summerville y Hope —leyó.

—Así es.

—Es abogado.

—Lo soy.

—¿Alguien ha encontrado otra lagartija en la cerveza? —preguntó Curtis sonriendo.

Matthew se preguntó por qué encontraba cómica la idea de una lagartija dentro de la cerveza.

—¿O un clavo oxidado? ¿O un nido de escorpiones? ¿O un condón usado?

Al decir esto último echó una mirada rápida al escritorio donde una mujer de cabellos grises hacía un crucigrama.

—Tenemos un equipo de abogados que no hace otra cosa que defender a la compañía contra reclamos por objetos extraños hallados en nuestras botellas y latas. Uno de estos días, alguien dirá que encontró al monstruo de Loch Ness en la botella.

Volvió a sonreír.

De pronto Matthew descubrió que simpatizaba con el tipo.

—Sé que tiene una cita... —dijo Curtis.

—Sí. Hablé con la señorita Brechtmann por teléfono...

—Sí, lo sé. Pero me temo que la reunión en la que se encuentra se prolongará un poco más. Me pidió que lo atendiera mientras esperaba.

—¿Sabe cuánto tardará?

—Oh, no creo que tarde mucho —dijo Curtis—. Pensé que mientras tanto podría llevarlo a recorrer la planta...

—¿Tanto tardará?

—Bueno, tarde lo que tarde, un paseo ayudará a pasar el tiempo. Salvo que prefiera leer números viejos de revistas de empresas...

—No, creo que no.

—Eso pensé. Señora Hoskins —dijo—. Vamos a recorrer la planta. Mande a alguien a buscarnos cuando la señorita Brechtman esté libre, ¿de acuerdo?

—Sí, señor Curtis —asintió la mujer, y volvió a su crucigrama.

Irene abrió la puerta con la llave maestra. Al principio no vio a nadie.

—¿Señora Hurley? —llamó.

No hubo respuesta.

—Señora Hurley, ¿dónde...?

El teléfono estaba en una mesita de noche junto a la cama más alejada de la puerta. El auricular estaba descolgado. Irene rodeó la cama de prisa, y vio...

—Oh, cielos —exclamó.

La chica estaba tendida en un charco de sangre.

Irene pasó a un costado de ella y tomó el teléfono.

SÓLO PERSONAL AUTORIZADO A PARTIR DE AQUÍ

Hurley leyó el cartel y luego pasó frente a él. El único modo de habérselas con los carteles era ignorarlos por completo. Uno no debía detenerse y leerlos con atención como si los viera por primera vez, bastaba con echarles una sola mirada y después ignorarlos. Por supuesto que uno

era personal autorizado, y podía pasar frente a cualquier maldito cartel que le diera la gana.

QUÍTESE TODO ELEMENTO
DE LOS BOLSILLOS DE LA CAMISA
MIENTRAS TRABAJE EN EL ÁREA
DE DESCARGA DE GRANOS

Otro cartel. Letras rojas sobre fondo blanco. Esto estaba lleno de carteles. Ignoró éste también, porque no tenía intención de ponerse a trabajar en el área de descarga de granos ni en cualquier otra maldita área. Todo lo que planeaba era encontrar al señor Matthew Hope, que había desaparecido en algún lugar aquí dentro. Y cuando lo encontrara...

NO FUMAR EN ESTE ÁREA

Esta vez eran letras blancas sobre fondo rojo. Más malditos carteles en la planta. Atravesaba un gran espacio abierto adyacente al estacionamiento y separado de él por una verja de malla de alambre con una puerta abierta. El aparcamiento estaba lleno de carteles advirtiéndole que sólo podían dejar sus coches allí los empleados de la compañía Brechtmann, pero él había ignorado esos carteles, así como el cartel en la verja y ahora ignoraba todo cartel que apareciera bajo su vista. Todo lo que quería hacer era dejar atrás esos vagones de ferrocarril y meterse en...

¡Cielos!

Matthew Hope en persona saliendo del edificio y...

Hurley se ocultó tras el vagón más cercano.

—Aquí es donde traen nuestro grano —dijo Curtis—. La malta y el cereal. Los vagones que ve aquí transportan alrededor de cien mil kilos. Los elevadores llevan el grano al quinto piso, donde se muele y luego se transporta a una sala especial para pesarlo. En este momento, esos vagones están trayendo malta.

—¿De dónde?

—Del Medio Oeste en su mayor parte. ¿Quiere ver el proceso?
Matthew miró su reloj de pulsera.
—No se preocupe, nos avisarán cuando ella esté libre —dijo Curtis.

Hurley esperó hasta que la puerta del edificio se hubo cerrado detrás de ellos. Salió con pasos rápidos de detrás del vagón, subió los escalones de cemento, abrió la puerta y alcanzó a verlos en el momento en que entraban en el ascensor que se hallaba en el extremo del pasillo. Miró el indicador de pisos. Dos, tres...

La aguja se detuvo en el cuarto.
Apretó el botón que había junto a las puertas.
Un cartel en las puertas decía:

PELIGRO
POLVO DE CEREAL
*No Fumar, Encender Cerillas
ni Llevar Luces Encendidas*

Las puertas de acero inoxidable se abrieron.
El mismo cartel dentro del ascensor.
Le dieron ganas de encender un cigarrillo.
Apretó el botón del quinto piso.

—Almacenamos la malta aquí en el cuarto piso —dijo Henry Curtis—. Estos contenedores tienen capacidad de cincuenta mil kilos cada uno.

—Ajá —asintió Matthew.

—Abajo era el comienzo, si usted quiere. El punto en que llega la malta. Comienzo, medio y fin, ¿no es así? Ahora nos encontramos en una especie de intermedio: la malta descansa aquí hasta que comienza el proceso. Ahora bajaremos, y le mostraré el medio.

—El medio, ajá.
—El molido y cocido.

—Ajá, molido y cocido.

—Para obtener el mosto que necesitamos.

—¿El qué?

—El mosto. Es una especie de solución azucarada, y es lo que va a las marmitas.

—Ajá.

—Venga, se lo mostraré.

Nunca al mismo piso. De otro modo, correría el riesgo de que el hombre se le apareciera enfrente y lo mirara a la cara al abrirse las puertas del ascensor. Siempre al piso superior, y después bajar por la escalera, como lo estaba haciendo Hurley ahora... abrir la puerta con precaución, echar una mirada, ver qué estaba pasando. De ese modo no podía haber sorpresas. Hurley odiaba las sorpresas.

Un inmenso número 4 en plástico, blanco sobre negro, junto a la puerta de acero inoxidable. El mismo cartel sobre los peligros del fuego en la puerta. Blanco sobre negro. Puso la oreja contra la puerta. Sólo el murmullo de la maquinaria pesada en algún punto del edificio. Tomó el picaporte y lo hizo girar lentamente. Abrió la puerta apenas una rendija...

¡Y los vio subir al ascensor!

¿Qué?

Hurley odiaba las sorpresas.

Mantuvo la puerta abierta apenas el mínimo hasta que las puertas del ascensor se cerraron tras ellos. Entonces salió. En el piso no había más que esos inmensos contenedores de metal. No había un alma a la vista. ¿No trabajaba nadie aquí?

Miró el indicador sobre el ascensor. Bajaba. Tres, dos...

Se detuvo en el primer piso.

Volvió a la escalera y empezó a bajar.

Un resplandeciente tanque de acero inoxidable, de unos tres metros y medio de diámetro. Encima del tanque, cubriéndolo, una cúpula de cobre.

El tanque y su cubierta parecían una gigantesca boya que por error hubiera emergido dentro del edificio. En la cúpula de cobre había una abertura circular de menos de un metro de diámetro. Esta abertura la cubría un grueso cristal enmarcado en acero, en ese momento abierto sobre sus bisagras. Parecía un enorme ojo de buey. La abertura del tanque estaba protegida por una reja de acero en forma de cruz, que dividía el círculo en cuartos, de modo que sólo un enano muy pequeño hubiera podido caer accidentalmente en el tanque. Salía una columna de vapor.

—La temperatura ahí adentro es de unos setenta y cinco grados centígrados —dijo Curtis.

Llevaba una gorra amarilla de tela con un par de Bes entrelazadas en la coronilla, el signo distintivo de la cerveza Brechtmann. Le había dado a Matthew una gorra de papel amarillo con las mismas letras en rojo, obedeciendo a un cartel que advertía:

ATENCIÓN A TODOS LOS EMPLEADOS
USO DE GORROS A PARTIR DE AQUÍ

Matthew se sentía estúpido con el gorro de papel.

El calor en la sala donde se encontraba el tanque era asfixiante. Varios paneles de control en el extremo de la sala estaban colmados de botones e interruptores, luces rojas y verdes y válvulas de temperatura..., pero no parecía haber nadie para vigilar el tablero. No había nadie en la sala excepto Curtis y Matthew, quienes se mantenían en la plataforma metálica sobreelevada que corría alrededor del tanque. Matthew recordaba que Anthony Holden le había dicho que había sólo quince hombres en el turno de la tarde. Había que dividir esos quince hombres por los cinco pisos del edificio...

—Esta reja de seguridad puede levantarse —dijo Curtis—, si quiere echar una mirada dentro.

Matthew no quería echar una mirada dentro.

Pero Curtis ya estaba levantando la pesada reja en forma de cruz. Con alguna dificultad la puso en el suelo de la plataforma, miró él mismo dentro del tanque, y después dio un paso atrás para que se asomara Matthew.

—Esto que se cocina aquí es la Niña de Oro —explicó—, nuestra mejor cerveza. Lo que significa que contiene el porcentaje más alto de la malta de cebada de dos hileras.

—¿Y las otras? —dijo Matthew.

—Bueno, las otras van con la malta de seis hileras —dijo Curtis, sorprendido—. Hay una diferencia de precio de por lo menos un dólar el barril. Para la Niña de Oro usamos más de la de dos hileras. Nuestras otras cervezas tienen algo de la malta de dos hileras, pero el grueso es de seis. El proceso es exactamente el mismo, por supuesto. Malta y agua en el tanque, aquí donde estamos, y cereal y agua en aquel de allá.

Matthew miró en la dirección que le indicó Curtis. Otro inmenso tanque de acero inoxidable. Sin cúpula esta vez. Sólo lo que parecía una brillante torre de cobre. Toda la sala tenía un cierto aire náutico.

—Los llevamos al punto de ebullición —dijo Curtis—, y después bombeamos el cereal y el agua en el tanque de la malta. Eche una mirada adentro.

Matthew echó una mirada. Vio un líquido pardo que hervía y burbujeaba. El vapor que subía le golpeó la cara. Olía a cerveza caliente. No, no exactamente a cerveza. Un antepasado primitivo de la cerveza. Cerveza fetal. Un aroma abrumador que le congestionó la nariz y la garganta. Recordó que Anthony Holden le había dicho: «Hubo un momento en que empecé a detestar el aroma de la cerveza».

Se abrió una puerta de acero inoxidable entre los dos paneles en el extremo de la plataforma. Subió un hombre con un gorro amarillo con dos Bes rojas entrelazadas.

—¿Hank? —dijo.

—¿Sí? —contestó Curtis.

—Teléfono.

—Bien, gracias. —Se volvió a Matthew—. Vuelvo en un minuto —dijo. Matthew asintió.

Curtis fue hasta el extremo de la plataforma. Salió tras el otro hombre, y cerró la puerta detrás de sí.

Matthew se quedó solo.

Echó otra mirada dentro del tanque.

Hope.

Solo junto al gran tanque de acero.

Apenas una visión de él a través de la puerta entreabierta.

Hurley abrió más la puerta.

Un hedor le dio en la nariz. Frunció el ceño.

No había nadie en la sala con Hope, toda esta maldita fábrica estaba desierta. La puerta estaba a nivel del suelo. Todo lo que tenía que hacer era pasar el gran tanque a la derecha de la puerta, y después cruzar la sala hasta unos escalones metálicos con una baranda tubular de acero pintada de amarillo que llevaban a la plataforma donde se encontraba Hope de pie junto al otro tanque.

Inclinado sobre el tanque.

Mirando por un agujero que había en la cúpula.

Hurley entró a la sala. Se movió rápido y sin ruido. Pasó el primer tanque, cruzó el espacio vacío hacia los escalones, suelo de metal, escalones de metal, se agarró a la baranda amarilla con la mano izquierda, empezó a subir, seis escalones hasta la plataforma, Hope seguía dándole la espalda.

Pensó: «Allá vamos, abogado».

Y se arrojó sobre él, con los dos brazos extendidos.

El golpe vino totalmente de sorpresa.

Matthew levantó las dos manos de inmediato, empujando contra la cúpula metálica del tanque al tiempo que empezaba a volverse, sólo para sentir otra vez las manos en su espalda, empujándolo, empujándolo hacia la abertura de un metro de diámetro del tanque y hacia la mezcla bullente de malta, cereal y agua.

Una situación mala sólo puede empeorar.

Palabras de Morris Bloom.

Las palabras de un policía experimentado que lo había visto todo y lo había oído...

Una mano aferraba el cuello de la chaqueta de Matthew por detrás. Un empujón violento. La frente de Matthew golpeó contra el borde de la abertura. El ridículo gorro de papel cayó al líquido del tanque. Quienquiera

que estuviera tras él, intentaba alzarlo, trataba de meterlo a la fuerza por la abertura circular.

No esperes. Muévete, y rápido.

Otra vez Bloom.

Matthew cerró el puño derecho. Como el brazo de impulsión en la rueda de una locomotora a vapor, su codo derecho se lanzó hacia atrás ciega y desesperadamente... e hizo contacto con algo blando. Oyó un sonido prolongado, trató de liberarse retorciéndose de las manos que seguían intentando meterlo por la abertura del tanque, moviendo los pies, sintiendo otros pies bajo los suyos, dedos bajo sus talones, el vapor envolviéndole la cabeza, el olor nauseabundo de la malta fermentada. Levantó veinte centímetros el pie izquierdo, bajó el tacón con fuerza, hizo contacto sólo con el metal, volvió a probar, y esta vez dio en el blanco sobre algo blando. Oyó un aullido de dolor, al mismo tiempo que sentía que las manos que aferraban su chaqueta se aflojaban.

Se volvió de inmediato: Hurley.

Arthur Nelson Hurley, con furia y dolor mezcladas en la cara, y un brillo asesino en los ojos.

Ve al dinero.

Siempre palabras de Bloom.

Matthew levantó la rodilla. Sin un instante de vacilación, sin un solo pensamiento sobre la peor clase de dolor que podía ocurrírsele infligir a otro, levantó la rodilla rápido y duro, e hizo blanco en la ingle de Hurley. Hurley aulló de dolor, y se dobló agarrándose la zona herida.

Hazlo a un lado.

Bloom.

Matthew volvió a levantar la rodilla. Esta vez apuntaba al mentón de Hurley. Sintió que el hueso hacía contacto con el hueso, la rodilla contra la mandíbula, notó algo que sonaba, y sabía muy bien que no era su rodilla. Hurley se tambaleó hacia atrás, hacia el borde de la plataforma. Matthew hizo girar el brazo derecho como un martillo, en un arco amplio, y el puño golpeó el oído izquierdo de Hurley, arrojándolo contra la baranda tubular de acero. Una vez más, pensó Matthew, y lanzó el puño izquierdo desde abajo, con toda su fuerza el hombro y el brazo acompañando a un uppercut que

acertó en la mandíbula rota de Hurley y lo hizo tambalear hacia atrás gritando de dolor, hacia los escalones, y después escalones abajo, la cabeza golpeando repetidamente contra el metal hasta llegar abajo. Matthew bajó tras él, respirando con fuerza, los puños todavía apretados. Pero Hurley se hallaba muy quieto en el suelo de metal.

Matthew aflojó los puños.

Se abrió la puerta entre los paneles de control.

—¿Señor Hope?

Apareció Curtis con su ridículo gorro amarillo con las dos Bes rojas entrelazadas.

—Lo siento muchísimo —dijo—. La señorita Brechtmann se ha marchado y no volverá en todo el día.

Sólo entonces vio a Hurley en el suelo a los pies de Matthew.

—¿Quién es? —preguntó.

—Llame a la policía —dijo Matthew.

Warren cogió un taxi desde el aeropuerto. El conductor, un hombre blanco, dio vueltas por todo el Bronx durante cerca de media hora, y le dijo a Warren que no conocía muy bien el Bronx. El costo del viaje llegó a sesenta dólares y cambio. El taxista se miró la palma de la mano cuando observó que Warren no le había dado propina. Después miró a Warren. Y volvió a mirarse la palma de la mano.

—Quiero un recibo —pidió Warren.

—Claro —dijo el taxista, y arrancó un trocito de papel del taxímetro. Gruñendo, se lo tendió a Warren.

—¿Tiene algún problema? —preguntó Warren.

—Sí, tengo un problema —dijo el taxista—. Usted es el problema que tengo.

—El problema que tengo yo, se lo llevaré a la oficina municipal —dijo Warren—. Su número de licencia está en el recibo, y su nombre es el de esa tarjeta en el salpicadero. Albert F. Esposito. Estoy seguro de que muy pronto tendrá noticias de las autoridades, señor Esposito.

—No sabe cómo me asusta —dijo el taxista.

—¿La F es de Frank, señor Esposito?

—La F puede metérsela en el culo.

—Que pase un buen día —dijo Warren, y salió del taxi.

Hacía un frío infernal.

Nunca volvería a quejarse del mal tiempo en Florida.

Y además, oscuro. Ya estaba oscuro cuando bajó del avión. En Calusa a esa hora sería el crepúsculo. El cielo sobre el mar se pondría rojo y después violeta y después azul oscuro y después negro. Aquí ya estaba negro de entrada, y ahora todavía más; eran las siete y media y parecía medianoche. A los lados de una calle que se internaba entre edificios de ladrillo visto, se apilaba la nieve sucia. La nieve le hacía sentir más frío. Parecía como si fuera a nevar más. Debería de haber pasado por su casa antes de ir al aeropuerto, a recoger un abrigo, pero no había demasiados vuelos directos desde Calusa en esta época como para perder uno.

Por teléfono, Lucy Strong le había dado su dirección.

Temblando con la ligera chaqueta deportiva que llevaba puesta; buscó esa dirección.

Allí estaba, saliendo de la casa en un elegante traje de lino y zapatos ocre de tacón altos, abrió la portezuela del Jaguar estacionado a la entrada y miró a ambos lados de la calle como hacía siempre. Buscando a Warren. Buscando un viejo Ford gris. En lugar de él, allí estaba la pequeña Toots en un viejo Chevy verde estacionado a casi cien metros de la casa, al otro lado de la calle. Leona Summerville se metió en el Jaguar y conectó el motor. Toots no arrancó hasta que el Jaguar se puso en movimiento y se alejó.

Iba a la reunión de las ocho de los amantes de la vida silvestre, gracias, Brunilda, tienes una vigorosa voz que llega lejos, y eres magistral manejando el aspirador. Mañana por la mañana, cuando todos se fueran a trabajar o hacer gimnasia o lo que hicieran, Toots volvería a introducirse en la casa para oír la grabación. Pero esta vez lo haría un poco después de las nueve, que era la hora que Brunilda había llegado esta mañana, pero antes se aseguraría de que el coche de Brunilda no estuviera estacionado fuera.

Esta noche, seguiría a Leona Summerville a la casa de la señora Colman, dondequiera que eso fuera, y rogaría que Leona no dejara cerrado con llave el coche mientras estaba dentro de la casa escuchando planes de cómo proteger y preservar al piojo de Calusa en vías de extinción.

Lucy Strong estaba muy impresionada.

Un hombre que volaba desde Florida sólo para hablar con ella.

Era un mujer de poco más de cincuenta años, y parecía bastante más joven (le dijo a Warren) porque todavía llevaba una vida activa y llena de satisfacciones. Oh, sí. Seguía trabajando en el Hospital Lenox Hill de Manhattan. Seguía trabajando en la sala de maternidad, amaba a los bebés. ¿Acaso Warren no amaba a los bebés?

A Warren no le gustaban los bebés, pero no se lo dijo a Lucy Strong.

Simplemente asintió y sonrió.

Se estaba preguntando si nevaría. Ya había perdido el último vuelo a Calusa esta noche, pero todavía podía coger alguno de los varios vuelos a Tampa. Siempre que el aeropuerto Kennedy no se cerrase por la nieve. Warren odiaba la nieve. La nieve era uno de los motivos por los que había abandonado St. Louis. El otro motivo era el mismo St. Louis.

—Pues bien, ¿de qué se trata? —preguntó Lucy—. Esto debe de ser bastante importante, para que un policía se tome el trabajo de venir desde Miami.

—Calusa, señora —dijo Warren—. Y no soy policía.

—¿Qué es entonces? ¿Del FBI?

—No, señora. Definitivamente no soy del FBI. —Sobre todo porque hacerse pasar por un agente federal sin serlo estaba penado con tres años de cárcel—. Soy un investigador privado, señora. Reúno datos para un caso de homicidio que...

—Eso fue lo que me hizo pensar que era policía —le cortó la mujer—. Cuando me dijo que era un caso de homicidio. Por teléfono.

—Sí, señora, probablemente.

—O un agente del FBI.

—Aquí tiene mi tarjeta —dijo él—. Soy sólo un investigador privado.

—Ya veo —dijo ella, y tomó la tarjeta, la miró y asintió, para luego devolvérsela.

—Señorita Strong —dijo Warren—, por teléfono usted me dijo que estaba allí en el verano del 1969 cuando...

—Sí, en el Lenox Hill.

—Sí, cuando una mujer de nombre Elise Abbott dio a luz...

—Bueno, no estaba presente en el momento en que dio a luz.

—No, quise decir...

—Estaba en la sala de maternidad, sí. Fue una de mis pacientes, Elise Abbott.

—Esto fue en agosto de 1969.

—Sí.

—Según los datos que tengo, la criatura nació el 19 de agosto.

—Bueno, como le dije, no estuve en el parto propiamente dicho.

—Pero Elise Abbott fue paciente suya.

—Oh, sí, la recuerdo muy bien. Una joven hermosa, pero había en ella una..., algo como... tristeza. No sé a qué se debería. Tan joven, tan hermosa, ¿por qué iba a estar triste? ¡Y casada con un joven tan apuesto! Los dos rubios, ella con ojos verdes, él azules. Él era bastante mayor que ella, un inglés, sabe. Hablaba como los ingleses, de ese modo raro, ¿sabe? Se llamaba Roger, creo, o Nigel. Algo así.

—¿Charles?

—¿Charles? Bueno, sí, es posible. Charles suena inglés, ¿no? El príncipe que tienen se llama Charles, ¿no?

—Sí —respondió Warren.

—Charles Abbott —dijo Lucy, y asintió—. Sí, eso me suena.

—¿Fue el señor Abbott el que tomó esas fotos de las que hablamos por teléfono?

—Oh, no.

—Usted dijo que un hombre había...

—Sí, pero no el marido. Pensé que era el hermano de ella. El mismo color, ¿sabe? El pelo rubio y los ojos claros. A veces una mujer se casa con un hombre que se parece a su padre o a su hermano, ¿lo ha notado? He visto

muchos casos en el hospital. El padre de la chica viene de visita, y es el calco del marido. Es increíble.

—El hombre que sacó las fotos... ¿usted dice que se parecía a Charles Abbott?

—No, no. Sólo que los dos tenían el cabello rubio y los ojos azules.

—¿Qué edad tenía?

—¿El que hizo las fotos?

—Sí.

—Joven. ¿Veinte? ¿Veintiuno? Joven.

—¿Cuándo fue eso?

—Pocos días después del parto, creo. Recuerdo que ella estaba dándole el pecho a la criatura. Y yo pensé que era un poco raro, aunque fuera su hermano. Quiero decir, mostrando todo el pecho. Muy descuidada en ese sentido. Con el bebé sobre el pecho, mamando. Yo entré en ese momento, por rutina, ¿sabe?, para ver si todo estaba en orden en el cuarto, y ahí estaba él con la cámara, haciendo fotos. El bebé en el pecho de la madre, mamando, el bebé más precioso que pueda imaginarse, la manita sobre el pecho de ella, en la muñeca el pequeño brazalete. ¡Le ordené que dejara de tomar esas fotos al instante! No sé cuántas habría hecho para entonces, pero usaba *flash*, y pensé que podría ser perjudicial para los ojos del bebé. Nunca son demasiadas las precauciones cuando son tan pequeños, ¿sabe? Se mostró muy amable, por supuesto, era un joven bien educado. Guardó la cámara, se presentó, un perfecto caballero.

—¿Cómo se llamaba?

—Jonathan Parrish. Se lo dije al otro individuo que estuvo aquí el mes pasado.

—¿Qué otro individuo?

—Un hombre llamado Arthur Hurley. Se mostró muy sorprendido al enterarse de la existencia de esas fotos.

—Apuesto a que sí —dijo Warren—. Pero usted dijo que el bebé tenía puesta una joya, ¿no?

—No, no. ¿Joyas? ¿A qué se refiere?

—Pensé que había dicho...

—¿Joyas? ¿Cómo iba a usar joyas un bebé...?

—Usted dijo que llevaba un brazalete...
—Oh. Sí.
—En la...
—Sí, en la muñeca. Pero no era una joya.
—Un brazalete no era...
—No era una joya en absoluto.
—¿Qué era entonces?
—Identificación.
—¿Identificación?
—Sí. El nombre del bebé. Formado con cuentas.
—¿Cuentas?
—Sí. Antes se enfilaban cuentas con una letra en cada una, formando el nombre del bebé, y se lo ponían en la muñeca.
—¿Qué clase de cuentas?
—Pequeñas, blancas, con letras azules. Hoy se usa una tira de plástico con el nombre escrito. Pero en aquel entonces, se usaban cuentas. Pregúnteselo a su mamá. Apuesto a que ella conserva las cuentas de cuando usted nació.
—Apuesto a que sí —asintió Warren.
Estaba pensando que no veía el momento de contarle todo esto a Matthew.

En el momento mismo en que Toots vio a Leona saliendo del automóvil, supo que no lo cerraría con llave.

Todo el mundo (incluso aquí en la soleada Florida) al estacionar el coche en un aparcamiento de un cine o un centro comercial, o si lo deja en la calle frente a un restaurante o una tienda, lo cierra con llave. Pero es raro que lo haga si aparcan frente a la casa de un amigo o pariente. Aparcar ante esas casas da una impresión de acogida y seguridad. Pero si esa gente supiera cuántos coches se roban anualmente frente a esas casas que ofrecían acogida y seguridad, los cerrarían por delante y por detrás, por arriba y por abajo, y dejarían sentado al volante un gorila de mil kilos gruñendo.

Toots sabía cómo meterse en un coche cerrado con llave.

Incluso sabía poner en marcha un coche sin tener la llave.

Pero todo eso llevaba tiempo.

Además, no le agradaba la perspectiva de ser sorprendida. Un ladrón de coches podía llegar a pasar mucho tiempo en la cárcel. Los jueces del estado de Florida no veían con simpatía a los ladrones de coches, porque era enorme la cantidad de Cadillacs y Mercedes, BMW y Jaguars que se robaban aquí por pedido y se embarcaban rumbo al norte, para su redistribución por todo Estados Unidos. Toots se estremecía ante la mera idea de que algún coche patrulla se detuviera a sus espaldas y le dijera: «Perdone, señorita, ¿qué está haciéndole a esa ventanilla con ese alambre?».

Se alegraba de que Leona no hubiera cerrado la puerta con llave. Se alegró de ver a Leona alejarse del automóvil sin tan siquiera una mirada atrás.

El nombre escrito en el buzón frente a la casa era COLMAN.

El reloj del salpicadero de Toots marcaba las ocho menos tres minutos.

La reunión de la Liga para la Protección de la Vida Silvestre en Florida era a las ocho.

Toots esperó hasta las ocho y cuarto, y luego se acercó al Jaguar verde, miró calle arriba y calle abajo, y abrió rápidamente la portezuela del lado del conductor.

Buscó de prisa debajo del salpicadero y tiró de la palanca que abría el capó.

Cerró la portezuela del coche, volvió a mirar calle arriba y calle abajo, fue a la parte delantera del coche, desenganchó el capó y lo levantó.

Le llevó tres minutos conectar sus cables al sistema eléctrico del automóvil. Tardó otros tres minutos en meter las puntas por el panel detrás del salpicadero.

El corazón le latía con fuerza.

Suavemente bajó el capó, lo apretó con fuerza para cerrarlo, y luego volvió a meterse en el coche.

Buscó debajo del salpicadero las puntas de sus cables.

Las ajustó al diminuto micrófono y lo colocó en su lugar bajo el centro del salpicadero.

A diferencia de los transmisores de FM que había instalado en la casa de los Summerville, el micrófono que acababa de poner no necesitaba un cambio diario de batería; la energía que necesitaba para funcionar la tomaba de la batería del automóvil. En el denso tráfico de la ciudad (en Calusa solía ser muy intenso, sobre todo en el punto alto de la temporada) el radio efectivo de transmisión del aparato era de poco más de cien metros. En la carretera, Toots podía contar con al menos cuatro veces esa distancia.

No tuvo ocasión de probar el equipo hasta poco más de una hora después.

Leona Summerville abandonó la reunión a las nueve y treinta y siete según el reloj del salpicadero del coche de Toots. Cuando se metió en el Jaguar, el receptor en el Chevy de Toots captó el ruido de la puerta al cerrarse. Cuando puso en marcha el motor, el receptor también lo captó. Segundos después, cuando Leona encendió su radio, Toots oyó la voz de un *disc-jockey* diciendo un anuncio; la voz llegaba nítida y vigorosa. Sonrió; el aparato funcionaba. Volvió a sonreír cuando comenzó la música; el *disc-jockey* había puesto una de las canciones favoritas de Toots, el tema de la película *Verano del 42*.

Leona parecía tener prisa por llegar a algún lado; conducía demasiado rápido para un barrio residencial. Bien, pensó Toots. Vayamos allá. Cuando el Jaguar se internó por la carretera 41, Toots se acercó. Se alejó cuando Leona entró en el aparcamiento del South way Mall. Lo atravesó de un lado a otro, y luego giró hacia el departamento de ventas de E. C. Daniels. Toots disminuyó la velocidad. Allí se encontraba el aparcamiento del almacén. No tan bien iluminado como el principal del complejo. Media docena de los grandes camiones de entrega del almacén estaban colocados en ángulo contra la pared trasera del edificio. Cerca de uno de los camiones, a su sombra, estaba aparcado un Corvette negro.

Leona estaba aparcando su coche.

Toots pasó de largo.

Alcanzó a percibir la figura de un hombre sentado al volante del Corvette.

Por el espejo retrovisor vio a Leona corriendo hacia el Corvette, con las faldas volando.

Dio la vuelta por delante del edificio, volvió a meterse en el aparcamiento, y alcanzó a divisar al Corvette en el momento en que salía por uno de los lados. No se le acercó demasiado rápido. Mantuvo la distancia. Pero tampoco quería perderlo.

El Corvette se hundió en la noche como un submarino, silencioso, negro, rápido.

En dirección a Sarasota.

Cuando las luces de un coche que venía en dirección contraria alumbraron el Corvette, Toots vislumbró las siluetas de las dos cabezas, una de hombre, otra de mujer. La cabeza de la mujer (de Leona) estaba vuelta de perfil hacia la del hombre.

Al entrar en la zona de los suburbios, donde el tránsito disminuía, aumentó la velocidad.

El reloj del salpicadero de Toots marcaba las diez menos cuarto.

Cinco minutos después, el Corvette se metía en un motel de la carretera llamado CaluSara, presumiblemente porque estaba a medio camino entre Calusa y Sarasota. Toots pasó de largo. Siguió un kilómetro, dobló a la izquierda en un puesto de hot-dogs, volvió a la 41, y se acercó al motel desde la dirección opuesta. Entró cautelosamente por el aparcamiento. El Corvette negro se hallaba aparcado frente al *bungalow* 27.

Estaba vacío.

Toots pasó frente a él.

Tenía placa de médico.

Memorizó el número.

Se dirigió hasta el otro extremo del aparcamiento, y colocó el coche de frente a la carretera.

Escribió el número.

El reloj del salpicadero marcaba las diez en punto.

A las diez y veinte, Leona y su amigo médico salieron del *bungalow* y caminaron rápido hacia el Corvette.

Las puertas sonaron.

El coche arrancó. Toots los siguió de vuelta al aparcamiento del E. C. Daniels, donde Leona subió a su coche y fue directamente a su casa.

Toots se preguntó por qué Leona, con la excelente coartada de la reunión de la vida silvestre, había hecho las cosas con tanto apresuramiento.

OceanofPDF.com

Ésta es la casa que construyó Jack...

Warren estaba atónito.

—¿Han hecho qué? —le preguntó por teléfono.

Toots le volvió a hablar de los micrófonos que había puesto en la casa de los Summerville y en el automóvil de Leona. Parecía muy orgullosa de sí misma.

—No volverás a meterte en esa casa —dijo Warren.

—Tengo que volver. El magnetófono...

—No me importa si ese aparato se pudre en su escondrijo, tú no volverás a meterte en esa casa, ¿me entiendes?

Hubo un largo silencio en la línea.

—Gruñe si me has oído —dijo Warren.

Estaba muy cansado. Nunca podría entender por qué una tormenta de nieve en Denver podía causar demoras en Nueva York. Simplemente no lo entendía. Si un avión no podía volar a causa de la nieve en Colorado, ¿en qué afectaba eso a un vuelo que iba de Nueva York a Tampa? ¿Acaso la compañía aérea tenía un solo avión? ¿Usaban el mismo avión para todos los vuelos? En cuyo caso, una nevada en las Rocosas naturalmente provocaría una demora de tres horas en los aeropuertos de la costa este.

Warren había llegado a Tampa a las dos de la mañana.

Y el taxi había tardado una hora y media más en llegar a Calusa.

A las cuatro menos cuarto llamó a Matthew y le despertó para contarle lo que había obtenido de Lucy Strong. Matthew se mostró complacido de que Warren lo llamara a esa hora de la madrugada. Se lo agradeció profusamente. Después llamó a Toots, a quien no le gustaba que la

despertaran a las cuatro menos diez de la mañana. Quizá fue por eso que le dijo inmediatamente que se había introducido en la casa de los Summerville y había puesto unos pocos cientos de micrófonos aquí y allá.

Esperó.

—¿Toots? —dijo.

—Sí.

Con acento petulante.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Pensé que te complacería —contestó ella.

—No, no me complace —dijo él—. No volverás a buscar esas cintas.

—Esas cintas pueden decirnos quién es el doctor. Nos ahorrarían el trabajo de...

—¿Qué doctor?

—Anoche se fue en un coche con placa de médico. Un Corvette negro. Fueron a un motel llamado CaluSara, y pasaron casi media hora dentro.

—Placa de médico, ¿eh?

—Sí.

—¿Anotaste el número?

—Por supuesto.

—Dámelo. Haré que uno de mis amigos policías lo pase por la computadora. ¿Viste el registro del motel?

—¿Cómo quieres que lo viera?

—Alguna vez te lo enseñaré. Porque quizás este doctor es Wade Livingston, ¿eh? Aunque estoy seguro de que no se registró con su nombre.

—¿Quién es Wade Livingston?

—Un ginecólogo-obstetra con consultorio en el Edificio Profesional Bayou, en el 837 oeste del Boulevard Bayou. Leona fue a visitarle el lunes.

—¿Consulta en moteles? —preguntó Toots.

Warren se rió.

—Pero hoy es viernes —añadió—. Y es...

—Doce de febrero —dijo Toots.

—Exacto. El cumpleaños de Lincoln, así es.

—Una hora *muy temprana* para el cumpleaños de Lincoln, de hecho —dijo Toots.

—Sea como sea —continuó Warren—, los viernes la señora tiene una clase de gimnasia en The Body Works en Magnolia, a dos manzanas al oeste del restaurante Cockatoo en la carretera 41. Por favor, ve allí.

—Tenía planeado esperarla en la puerta de su casa a las ocho.

—Perfecto.

—Lo planeé antes de recibir tu llamada a las cuatro de la mañana.

—Son las cuatro menos cinco —puntualizó él.

—Mejor todavía —dijo ella, y colgó.

A las diez de esa mañana de domingo, Matthew volvió a la casa de las Brechtmann. Del mar subía una ligera niebla que hacía que la casa no pareciera asentada sobre la tierra sino más bien en la niebla misma, nubosa, efímera.

El guardia de seguridad en la entrada reconoció a Matthew.

Karl Hitler. Orejas despegadas, bigotito negro, cabello negro aplastado, ojos pardos ubicados muy cerca uno del otro.

—Sí, señor —dijo—, ¿en qué puedo ayudarle?

La cortesía en él sonaba como un sarcasmo.

—¿Querría decirle a la señorita Brechtmann que Matthew Hope ha venido a verla?

—Por supuesto.

Siempre sarcástico.

Apretó el botón del intercomunicador.

—¿Sí?

La voz de la vieja. Sophie Brechtmann.

—Señora Brechtmann, está aquí un tal Matthew Hope que viene a ver a su hija, señora.

—La señorita Brechtmann ya ha salido hacia la planta.

—¿Señora Brechtmann? —dijo Matthew al intercomunicador.

Silencio.

—¿Señora Brechtmann? —repitió.

—¿Sí, señor Hope?

—Señora Brechtmann, tenía una cita con su hija ayer por la tarde, pero...

—Los asuntos de mi hija no son cosa mía —le cortó Sophie—. No está aquí, señor Hope. Se ha ido a la planta poco después de las...

—He llamado a la planta antes de venir aquí, señora Brechtmann. Me han dicho que su hija no iría hoy.

Silencio.

—¿Señora Brechtmann?

—¿Sí?

—Querría hablar con su hija.

—Buenos días, señor Hope.

Un clic.

—Se terminó, amigo —dijo Karl.

—Volveré —respondió Matthew.

A las once menos veinte de ese viernes por la mañana, Leona hizo una llamada desde el teléfono del dormitorio principal. No sabía que había un transmisor de FM debajo de la mesita de noche, a menos de un metro de donde estaba sentada al borde de la cama. A esa hora las baterías ya estaban extremadamente débiles, pero debía de quedar la suficiente energía como para activar el magnetófono oculto en el armario del mismo dormitorio; los rollos comenzaron a girar en el momento en que ella empezó a hablar.

—Con el doctor Livingston, por favor —dijo.

Una pausa.

—La señora Summerville.

Otra pausa.

—Wade, soy yo.

Esta única frase habría bastado en un juicio para convencer a un jurado de que Leona Summerville y el doctor Livingston mantenían una relación íntima.

—Wade, ¿lo has pensado...?

Un largo silencio. Después:

—Perdona, Wade, pero...

Otro silencio.

—Sí, Wade.

Silencio.

—Wade, tengo que volver a verte. Lo sé, pero..., eh... Sí. Pero tengo que hablarte. Sí. Wade..., sí. Wade, iré al mediodía. Cuando tu enfermera salga a almorzar. Estaré esperando fuera. Wade, todo lo que tienes que..., no, Wade, por favor, ¡no! Si cuelgas volveré a llamar. Escúchame, ¿de acuerdo? Por favor, escucha. Estaré en el coche frente al consultorio, todo lo que tienes que hacer es bajar al... Sólo quiero hablarte. Diez minutos. ¿Puedes darme diez minutos? Es todo lo que te pido, diez minutos. Gracias, Wade. Muchas gracias, querido. Te veré poco después de las doce. Gracias. Y, Wade...

Silencio.

—¿Wade?

Más silencio.

Leona colgó el auricular.

A las once en punto de esa mañana, un Sedán sin placas perteneciente al departamento de policía de Calusa entró por la verja de la mansión Brechtmann. El policía Morris Bloom conducía el automóvil. Matthew Hope iba sentado a su lado.

El guardia de seguridad miró la chapa del Bloom.

—Dígale a Elise Brechtmann que está aquí la policía.

Karl fue al intercomunicador.

Respondió Sophie Brechtmann.

—Que pase —dijo.

Madre e hija esperaban en la sala.

Charles Abbott había descrito a Elise Brechtmann como una mujer hermosa.

Su descripción era casi exacta..., pero no del todo.

Elise tenía poco menos de cuarenta años, llevaba el pelo rubio con un corte virtualmente varonil que acentuaba sus pómulos altos y sus ojos intensamente verdes y luminosos. La boca de labios gruesos parecía

perpetuamente fruncida en un beso, lo que le daba un matiz de sexualidad turbulenta a un rostro sólo alterado por la nariz subversiva. A pesar de sus ancestros alemanes, la nariz podría haber sido la de un indígena americano, un poco demasiado larga para el rostro, con borde afilado de tomahawk que destruía la imagen de una belleza por lo demás perfecta. Matthew advirtió que era la misma nariz que impartía un sentimiento de obstinada fuerza al rostro del abuelo, Jacob Brechtman, cuyo retrato los miraba con severidad desde encima de la chimenea.

—Lamento no haberle podido ver ayer —se excusó ella.

—Sí, yo también —dijo Matthew.

—Entiendo —añadió ella, y sonrió—. Pero creo, señor Hope, que una cita incumplida no es algo tan grave como para llamar a la policía.

Los ojos le brillaban. Estaba bromeando. Pero no había nada de gracioso en la visita de Matthew.

—Señorita Brechtman —dijo—, me pregunto si no le molestará responder a unas pocas preguntas que le haremos el policía Bloom y yo.

—¿Tiene que ver con el caso Parrish? Mamá me dijo que usted había estado el otro...

—Sí, tiene que ver con el caso Parrish —asintió Matthew—. ¿Usted lo conocía?

—¿A quién? ¿A su cliente?

—No. A la víctima. Jonathan Parrish.

—No.

—No lo conocía —dijo Matthew.

—No lo conocía.

Matthew miró a Bloom.

—Señorita Brechtman —dijo Bloom—, según lo que el señor Hope me ha explicado, parece razonable creer que usted sí conocía a Jonathan Parrish.

—¿Sí?

La boca fruncida formaba esa palabra solitaria.

—Sí —dijo Bloom.

—¿Y qué es lo que le dijo el señor Hope?

—Señorita Brechtmann —siguió Matthew—, hablé con un hombre llamado Anthony Holden... ¿A él sí lo conoce?

—El afirma que el motivo por el que usted lo despidió...

—¡Lo despedí porque era un ladrón!

—Según él, no.

—¡Era un ladrón! Cobraba precios suplementarios a nuestros proveedores de malta. Estaba robando, señor Hope. Por eso lo despedí.

—¿Tenía pruebas de ese robo?

—¡Por supuesto que tenía pruebas!

—¿Entonces por qué llegó a un acuerdo extrajudicial? Si Holden era en realidad un ladrón, no habría sido calumnia el llamarlo ladrón.

—Por supuesto, ¿se cree que no sabía eso? Pero ¿qué habría significado para la firma Brechtmann una prolongada batalla legal? Nuestro negocio es producir cerveza, señor Hope, no titulares sensacionalistas. Le pagué para que nos dejara en paz. Y pensé que valía la pena.

—El arreglo fue por quinientos mil dólares, ¿es así?

—Sí.

—Exactamente lo mismo que le pagaron a Charles Abbott —dijo Matthew.

—Oh, cielos —exclamó Sophie—, ya vuelve a salir a la luz ese perro sarnoso.

—Me temo que sí —dijo Matthew.

—Joven, usted ya sabe que yo me negué a darle un solo centavo al señor Abbott.

—Sí, lo hizo expulsar de la casa.

—Sí. Y ahora usted viene, y me dice...

—Estoy hablando de 1969 —dijo Matthew—. El dinero que usted le dio en 1969. Medio millón de dólares.

—¿Eso es lo que le ha contado? —preguntó Elise—. Que le dimos...

—Sí.

—Miente. ¿Por qué íbamos a darle...?

—Para librarse de él —dijo Matthew.

—¡No sea absurdo!

—Y llevarse a la niña.

—¿Qué niña?

—Su hija —repuso Matthew—. Helen Abbott.

—No tengo ninguna hija —negó Elise.

—Señorita Brechtmann —dijo Bloom—. Aquí tenemos...

—Fuera de aquí —les ordenó—, los dos. No tienen ningún derecho a invadir nuestra intimidad. No tienen derecho a venir aquí y...

—Señorita Brechtmann —volvió a decir Bloom—, aquí tengo una orden judicial que me autoriza a...

—¿Una qué?

—Una orden de registro, señora. Le agradecería a su hija que la leyera. La orden me autoriza...

—Ella no leerá nada —le atajó Sophie—. Lo que hará usted será salir de esta casa ahora mismo.

—No, señora, no lo haré —dijo Bloom, y le tendió la orden—. Esto ha sido firmado por un juez, y me autoriza a...

—Entonces no le molestará si llamo a mi abogado —dijo Sophie y extendió una mano hacia el teléfono.

—Puede llamar al procurador general si quiere —añadió Bloom—, pero eso no me impedirá registrar este edificio.

—¿Buscando qué? ¿Qué diablos busca aquí, señor Bloom?

—Dos cosas —respondió, y una vez más le ofreció la orden a Elise—. Si se molesta en leer esta...

—¡No toques ese papel! —gritó Sophie—. ¡Fuera de esta casa, señor Bloom! ¡Y llévase a ese picapleitos con usted!

—Está bien —accedió Elise de pronto.

Su voz sonaba hueca. Los ojos, vacíos.

—Elise —dijo la madre.

—Déme esa orden.

—¡Elise!

—Démela, por favor.

Ella le tendió la mano.

Bloom le puso en ella la orden.

La abrió y comenzó a leer en silencio.

Alzó la vista.

—Un revólver Smith and Wesson calibre 38 —dijo.

—Sí, señorita. Es el calibre y la marca del arma con la que mataron a un oficial de policía llamado Charles Macklin el miércoles por la noche.

—¿Y usted cree que ese arma se encuentra en esta casa?

—Pensamos que puede estar aquí, sí.

—¿Y esas fotografías?

—También, señorita.

—¿Piensa que pueden estar aquí también?

—Sí, señorita.

—Fotografías de una criatura con su madre, dice la orden.

Su voz se quebró en la palabra «madre».

—Sí, señorita.

—Fotografías mías y del bebé, dice la orden.

—De una niña recién nacida llamada Helen Abbott —aclaró Bloom—. Con un brazalete de cuentas en la muñeca. Cuentas que formaban su nombre.

Elise miró a su madre.

—Lo saben —dijo.

Había lágrimas en sus ojos.

De un estante del estudio de Frank, Leona sacó el ejemplar de *Corbin sobre Contratos*.

Detrás, donde lo había escondido, estaba el Colt Cobra calibre 22.

Lo cogió, se volvió y puso el revólver sobre el escritorio de Frank. Devolvió el libro al estante. Se inclinó frente al *Diccionario Legal de Black*. Cogió dos volúmenes, buscó la caja de balas que había puesto detrás, y la dejó también sobre el escritorio. Devolvió los volúmenes a su lugar. Un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar. Firmado: Aristóteles. O alguien por el estilo.

Sonrió.

Se sentó en el sillón giratorio de Frank, y cargó el revólver como le había enseñado a hacerlo el hombre regordete del negocio de venta de armas, Bobby Newkes. Simpático hombrecito que lo sabía todo sobre armas

mortíferas. Una bala cada vez. Fácil y sin problemas. Los disparos se exprimen, le había dicho. No apriete el gatillo, expríiiiimalo muy suavemente.

Puso el cilindro en su lugar.

Metió el revólver en su bolso:

Y miró el reloj de la pared.

Las doce menos veinte.

Inhaló profundamente y se dirigió hacia su automóvil.

Las mujeres se lo estaban explicando todo a Matthew y a Bloom.

Trataban de explicarlo.

—Después de la llamada de Hurley —dijo Sophie—, comprendí que de nuevo teníamos problemas. La visita de Abbott a la casa no había significado una amenaza grave. De hecho, no esperaba volver a oír hablar de él después de su... accidente.

—Pero entonces apareció Helen —dijo Elise.

—Sí. Helen.

Las dos mujeres se miraron.

—Debo admitir... —empezó a decir Sophie, y sacudió la cabeza suspirando.

—Sí —afirmó Elise, y suspiró ella también.

—El parecido —siguió Sophie.

—Sí.

—Tu cabello, tus ojos.

—Pero azules.

—Pero tus ojos, exactos.

Las dos mujeres suspiraron.

—Estuvimos a punto...

—Pero ustedes comprenderán...

—Si lo que habíamos hecho entonces tenía algún sentido...

—Proteger el nombre...

—Asegurarnos de que el nombre no fuera manchado...

Sophie volvió a suspirar.

—Renunciar a una... una nieta... no fue fácil —dijo.

—A una hija —recalcó Elise.

La palabra pareció resonar en el alto salón.

—Pero, deben entenderlo —dijo Sophie—, yo sabía que si mi marido se hubiera enterado de esto..., si no se lo hubiéramos ocultado a Franz; bueno..., él los habría matado a los dos. Primero a ese perro rastrero, Charles, y después a Elise. Sí. Creo que habría matado a su propia hija. Por deshonorar la casa.

—Por manchar el apellido Brechtmann.

—Un nombre que era símbolo de calidad y honestidad.

Las dos mujeres se quedaron en silencio.

En la sala, con la niebla marina agolpándose contra las puertas-ventana como una multitud de fantasmas mudos del pasado, parecían dudar ahora de la prudencia de lo que habían hecho casi dos décadas atrás... y de lo que ahora se veían obligadas a hacer para proteger aquella antigua decisión.

—Teníamos que sacarlos de nuestras vidas —dijo Sophie—: A Abbott y a la niña. Para proteger a Elise... y proteger también la casa.

—¿La casa? —dijo Matthew.

—La firma Brechtmann —dijo Sophie.

Matthew asintió.

Sophie volvió a suspirar.

—Y aun así —dijo—, cuando ella volvió, hecha una mujer, embarazada... Dios santo, embarazada como lo había estado mi hija tanto tiempo atrás...

—Mamá, por favor...

—... oh, cielo santo, llamándome abuela...

Sophie se cubrió la cara con las manos.

—Pero de todos modos... —dijo Elise.

—Sí, sí, por supuesto —asintió Sophie, como si su hija le estuviera explicando algo a ella y no a Matthew y a Bloom.

—Si lo que hicimos entonces debía servir de algo ahora...

—Sí —dijo Sophie exhalando la palabra.

—Si proteger la casa había sido tan importante entonces...

—Era más importante ahora.

—¿Cómo podíamos reconocerla?

—¿A una bastarda?

Sophie sacudió la cabeza.

—Le pedí que se marchara. Le dije que aquí no tenía ni una madre ni una abuela. Le dije que no volviera nunca. Aseguré que tenía pruebas. Yo sabía que no había pruebas. La eché.

Se oía el tic tac del reloj sobre la chimenea.

Encima de la chimenea, Jacob Brechtman los miraba severamente desde el retrato.

—Entonces llamó Hurley —dijo Elise.

—Y nos dijo que lo sabía todo sobre las fotos.

—Por eso fui a ver a Jonathan...

Jonathan...

Jonathan...

Todavía no ha amanecido en esa mañana del 13 de enero.

Elise todavía no sabe cómo afrontará ese encuentro; han pasado tantos años, demasiados. Va vestida para la lluvia: pantalones negros y jersey negro, un impermeable negro y un sombrero blando negro que le da un aire a Greta Garbo. Y como además hace frío, lleva también guantes de cuero negros.

Aparca su automóvil en Pelican Reef y empieza a caminar por la playa hacia la casa. En el trayecto, ensaya lo que le dirá. No le agrada tener que ir a verlo de este modo, a pedirle un favor, a rogarle, especialmente después del modo en que él la trató la última vez, cuando todo lo que ella pretendía era protegerlo.

Porque...

Porque entonces, aun cuando Jonathan era lo que era, había momentos en que ella sucumbía al sueño de lo que podía haber sido. Si sólo... Si no hubiera sido homosexual... Pero lo era. Si no le hubiera dicho que la relación entre ellos no tenía futuro... Pero se lo había dicho. Y después venía la autocompasión: si no lo hubiera conocido, si no se hubiera ido a la cama con él...

La lluvia estimula los recuerdos.

El susurro del mar contra la playa lo revive todo.

El tiempo no significa nada en la escena de su mente. ¿Qué sentido puede tener el tiempo, cuando es capaz de detenerlo con tanta facilidad, o hacerlo volver atrás? Puede elegir cualquier escena, cualquier imagen, y ponerla en orden o alterarla por completo. Puede elegir cualquier recuerdo, pero sólo por un instante; la mayoría de sus recuerdos son dolorosos. Para Elise, el tiempo no tiene otro sentido que el de precisar su dolor.

El título de la película es *Mi vida con Jonathan*.

Una pequeña película barata.

La escena muestra una lujosa casa de playa en Florida.

Un título sobreimpreso anuncia la fecha: NOVIEMBRE, 1968.

Es una noche gloriosamente templada. Linternas japonesas en la terraza, una banda tocando melodías de los Beatles. Elise tiene dieciséis años y asiste a la fiesta de cumpleaños de su amiga Marcia Nathanson, que acaba de cumplir diecisiete.

El chico que viene caminando por la terraza es la cosa más hermosa que ella haya visto en su vida. Largo cabello rubio y centelleantes ojos azules. El cuerpo de un bailarín, los movimientos de un bailarín. Descalzo. Con vaqueros y una camiseta blanca. Los otros chicos de la fiesta llevan traje y corbata. Jonathan Parrish ha caído de otro planeta.

Absorta en sí misma, la maldición de la adolescencia, Elise inmediatamente lo piensa como parte de ella misma, el socio perfecto, el compañero ideal, rubio y rubia, blanco y más blanca, ¡juntos pueden deslumbrar! Ella capturará a este maravilloso ser extraño y lo tendrá en una jaula. Domará a este salvaje y espléndido extraterrestre y lo hará suyo. Confiada en su propia belleza, audaz por su sexualidad que nace, se adhiere como un súcubo a este extraño de veinte años que ha venido no de otra galaxia sino sólo de Indiana.

Cuando la noche termina, ella está en sus brazos en la playa.

El insiste en que ella use sólo la boca.

Pero ella no sospecha nada.

Dos semanas después, en la casa que él tiene alquilada en Fatback Key, ella lo convence de que la penetre, y le entrega su virginidad.

Sigue sin sospechar nada.

Por la noche, le susurra:

—Te amo.

Y por el momento no advierte de qué manera lo perturban estas palabras.

Mi vida con Jonatham

Un film de Elise Brechtmann

Presenta, por orden de aparición a:

ELISE BRECHTMANN

JONATHAN PARRISH

Y, en el papel de Charles Abbott:

CHARLES ABBOTT

A Abbott va a verlo por primera vez a finales de diciembre. Deliberadamente le va a buscar a su cuarto encima del garaje. Sube con lágrimas y furia. Sube a vengarse. Porque menos de una hora antes, Jonathan Parrish le ha dicho que es homosexual, que es gay, que es una mariposa, que no quiere saber nada más de ella. Todo este episodio con ella (él lo llama un episodio, llama episodio a lo que compartieron juntos), todo este episodio fue sólo un experimento, algo que él se debía a sí mismo, algo que tenía que probarse. ¿Probar? ¿Probar qué? Bueno, que las chicas..., las mujeres..., las hembras no pueden satisfacerlo.

Por eso ella está aquí, en el cuarto sobre el garaje...

Título sobreimpreso: DICIEMBRE, 1968.

... para hacer el amor con un extraño. En retribución por la súbita despedida de Jonathan. Está llorando, furiosa y avergonzada, dispuesta a hacer el amor... no, no el amor. Seguramente no el amor. Nunca más la bella Elise Brechtmann, estrella de esta tediosa película barata, volverá a amar a ningún hombre. Está aquí por una cuestión física. Para que el chófer la satisfaga. Un empleado de su padre. Un sirviente. Lloro sobre el hombro de ese hombre.

Un avance rápido.

Pasa por encima de los meses fastidiosos de su embarazo y al parto doloroso. Pero el dolor no importa. Se ha habituado al dolor desde que Jonathan cerró la puerta a su sueño, el sueño que, sin embargo, sigue firme

en su mente, despierta o dormida, el sueño de esas dos personas hermosas avanzando como en una danza por la vida, el sueño que nunca se hará realidad, pues a él nunca lo satisfará una chica, una mujer, una hembra, ¿entiendes?

Por lo que comprensiblemente la sorprende (la cámara toma brevemente un primer plano de su rostro atónito) que unos pocos días después de haber dado a luz, quien se presenta en el hospital es el chico de Indiana en persona. Recién llegado de las festividades de Woodstock, lleva el pelo rubio largo y una larga barba rubia, plumas y collares, ¡oh, cómo palpita el corazón de la niña!

Dice que quiere hacerle fotos a ella y al bebé.

Ha hecho por lo menos una docena de fotos cuando entra la enfermera y le pide que deje de hacerlo.

El besa a Elise en una mejilla cuando se marcha una hora después.

Un beso de hermano.

Le promete enviarle copias de las fotos.

Y se marcha.

Ella está llorando otra vez. El dolor, el dolor.

Él nunca le manda las copias.

Ella no vuelve a verlo hasta...

Título sobreimpreso: OCTUBRE, 1981.

Doce años después. Doce largos años, amigos.

Un montaje de tomas.

En el primer plano, Jonathan Parrish en la playa de Whisper Key. Al fondo, la casa que su hermano le ha comprado. Jonathan Parrish ha vuelto, con sus viejos trucos, ha ingresado en la creciente comunidad gay de Calusa, discretamente por cierto, pero no tan discretamente como para ocultar sus escapadas de la perspicaz Elise Brechtmann, la autora, directora y estrella de esta película barata. Elise sigue alimentando su sueño, ¿saben?, sigue viviendo en la tierra de Lo Que Pudo Ser. A veces le parece que lo que define su vida es la pérdida. La pérdida de Jonathan, la pérdida del bebé, la pérdida de su padre. Pérdida y dolor, ésta es una película para sacar los pañuelos, amigos.

Cuando descubre que Jonathan mantiene un romance con el descarado homosexual que es el agente de compras de la firma Brechtmann, ella decide ponerle fin de inmediato. Para proteger a Jonathan, por supuesto. Porque ella sabe qué clase de hombre es Holden, lo sabe todo sobre su tenebroso pasado, sobre las hordas de jóvenes que usan y abusan de él. De hecho, lo habría despedido mucho tiempo atrás de no haber sido por una política empresarial iniciada por su padre, que consistía en garantizar el puesto a empleados con una antigüedad de quince años o más. Pero ésa garantía no se aplica a ladrones. De modo que Elise inventa la historia de que él le ha estado robando a la compañía, y llega al punto de falsificar documentos que muestran que él ha recibido comisiones, y por eso se queda perpleja (otro primer plano de su cara, los ojos verdes muy abiertos, la boca abierta también) cuando Holden le pone un juicio por calumnia y difamación.

Más tarde se entera de que el juicio le fue sugerido a Holden por adivinen quién.

(Primer plano de Jonathan Parrish sonriéndole a la cámara, apuntándose con el dedo a sí mismo. En la otra mano sostiene un bastón que se parece notablemente a un falo).

Ella lo arregla extrajudicialmente.

Empieza a odiar a Jonathan Parrish.

Pero ahora, debe negociar con él una vez más.

Esta fría mañana de comienzos de enero...

Es, en realidad, el 13 del mes, pero no hay títulos sobreimpresos, no se necesitan títulos para recordar la mañana en que lo sacó de su vida para siempre.

Jonathan...

Jonathan...

Camina por la playa hacia su casa, vestida de negro, negro de luto por su inocencia perdida, su amor perdido, su infancia perdida, negro contra el gris de la lluvia y el gris del cielo.

Él está junto a la encimera de la cocina cuando ella entra.

No parece haber dormido mucho la noche anterior.

Está cortando en dos un pomelo con un cuchillo grande.

Le explica que ha tenido una horrible discusión con su hermano. Le dice que se siente destruido. Le pregunta si le apetece la mitad del pomelo. Ella niega con la cabeza. ¿Café? No, gracias.

Él hace un comentario que a ella le parece irónico pero que probablemente no lo es, algo sobre lo temprano de la hora para hacer una visita, ¿no?, una ceja arqueada en dirección al reloj en la pared, mientras el amanecer gris avanza sin detenerse desde el horizonte.

—He venido a buscar las fotos —dice ella.

—¿Qué fotos? ¿De qué estás hablando?

—Las fotos que nos hiciste. A mí y al bebé.

—Dios, eso fue hace siglos.

—Jonathan, las necesito. ¿Las tienes aquí?

—¿Cómo voy a recordarlo?

—¿Las tienes?

—De veras, Elise...

—Trata de recordar.

En su cara aparece una expresión que ella ya le ha visto antes. Sabe exactamente lo que significa.

Es una expresión compuesta de oportunismo y codicia.

—¿Cuánto valdrían para ti? —dice él.

—¡Eres un hijo de puta!

—Oh, vaya, qué boca.

—Las tienes, ¿no?

La voz de ella ha subido.

—Si las tengo, ¿cuánto me pagarías por ellas?

—¡Bastardo hijo de puta!

Ahora la voz suena más fuerte.

—¿Cuánto, Elise?

—¡Marica maldito, perro...!

Ya está gritando.

Y buscando el cuchillo que está en la encimera.

—¡No! —grita él.

Y grita.

Como una mujer.

Y después él le ordena:

—¡Deja eso!

Ella se precipita hacia él con el cuchillo.

—¡No las tengo! —grita él—. ¡No sé dónde están!

Elise no le cree, ya no le importa dónde están las malditas fotos, le consume la furia. Sólo sabe que éste es el hombre que le ha causado tanto dolor a lo largo de tantos años, el hombre al que no pueden satisfacer las chicas, las mujeres, las hembras, ¿entiendes?, el hombre que hace instantes la ha vuelto a traicionar una vez más. Y cuando cae sobre él, los ojos verdes como dos ranuras, los labios estirados hacia atrás sobre los blancos dientes apretados, el cuchillo en su mano se vuelve lo que él siempre quiso y ella nunca pudo darle. Con toda su fuerza, lo clava en él, duro y brillante.

Él grita.

Y después se queda en silencio.

Todo está en silencio.

Ella suelta el cuchillo. Él se derrumba sobre el suelo.

Al principio ella piensa que la sangre le ha mojado el vientre.

Pero no es sangre.

Corre bajo la lluvia.

Toots estaba vigilando cuando Leona salió de la casa, a las doce menos cuarto.

Leona llevaba leotardos negros y malla negras. Zapatos negros de tacón francés. Un bolso negro colgado de un hombro. Del otro hombro colgaban las zapatillas Reebok negras. Arrojó el bolso y las Reeboks al asiento posterior del Jaguar, y luego se metió ella.

Toots se mantuvo ciento cincuenta metros más atrás.

La siguió por la carretera 41, y giró tras ella por el Boulevard Bayou.

Iba a la misma distancia cuando Leona aparcó frente al Edificio Profesional Bayou, en el 837 oeste del Boulevard Bayou. Un edificio blanco de dos pisos, con placas de médicos a los costados de las puertas. Una de las placas decía WADE LIVINGSTON, M. D. Debe de ser el lugar, pensó Toots.

Esperó.

En el Jaguar, Leona encendió un cigarrillo.

El reloj del salpicadero de Toots marcaba las doce menos tres minutos.

Breves nubecillas nerviosas de humo salían por la ventanilla del lado del conductor del Jaguar.

Las manecillas del reloj apuntaban hacia arriba.

Una de las puertas de los consultorios de la planta baja se abrió. Salió una enfermera de falda blanca, gorrito blanco, medias blancas y zapatos bajos blancos con suela de goma y caminó hacia un Toyota rojo. Alzó la vista al cielo, se encogió de hombros, se metió en el coche, lo puso en marcha y partió.

Toots esperó.

Leona arrojó el cigarrillo por la ventanilla.

La puerta del consultorio volvió a abrirse.

Salió un hombre alto, de cabello oscuro, con gafas y traje gris; echó una mirada al aparcamiento, localizó el Jaguar verde y fue hacia él.

El doctor. Livingston, pensó Toots. Supongo.

Livingston, si era él, volvió a mirar a su alrededor mientras se acercaba al Jaguar. Abrió la portezuela del lado del acompañante, se metió de inmediato y cerró tras él.

—Vámonos de aquí —dijo.

Toots sonrió.

El micrófono funcionaba a la perfección.

Era fácil cuando sólo eran dos personas. Cuando se escuchaba a distancia una conversación de cuatro o cinco personas en una habitación, uno podía volverse loco tratando de decidir de quién era cada voz. Esto era mucho más simple. Sólo dos personas, un hombre y una mujer. *Vive la différence*.

—Está bien, Lee, ¿a qué viene la gran urgencia?

Toots supuso que él la llamaba Lee. Un nombre cariñoso, pensó. Lee.

—Odio que me llames Lee.

Vaya.

—Oh, perdón, no me he dado cuenta...

—Me llamo Leona.

—Sí, Leona. Ya te he pedido perdón.

Silencio.

—Pues bien, ¿cuál era la gran urgencia?

—Quería despedirme adecuadamente.

—Pensé que lo habíamos hecho anoche. Una despedida adecuada.

Leona, si pretendes...

—No, yo...

—... prolongar esto indefinidamente...

—No. Sé que quieres darlo por terminado.

—Ya lo he terminado, Leona.

—Sí, lo sé. Pero yo no. Todavía no. No adecuadamente.

—¿Adónde vamos?

Ella giró a la izquierda por el aparcamiento del estadio municipal. El gran cartel al frente anunciaba una carrera para la próxima semana. De camiones, coches y tractores.

—Podemos hablar aquí.

—También podemos hablar en la carretera. No veo por qué...

—No me gusta hablar y conducir al mismo tiempo.

Toots les seguía.

Había varios automóviles estacionados. De empleados del estadio, supuso Toots. Una camioneta amarilla con un perdiguero dorado sentado al volante. Hombres en ropa de trabajo que cruzaban en diagonal el aparcamiento hacia la oficina de alquiler de coches que había enfrente.

Leona detuvo el Jaguar.

Toots dio toda la vuelta al aparcamiento, y se colocó frente al Jaguar, a unas tres filas de distancia. Era arriesgado, quizá, pero quería captar cada palabra de la conversación para tenerla bien grabada, y si aparcaba muy cerca de ellos podría atraer más su atención. Un coche estacionado a la vista nunca se hacía sospechoso. Al menos tenía esa esperanza.

—Está bien, hablemos. —La voz del médico otra vez—. Dijiste que querías hablar, así que ha...

Y un repentino silencio.

Toots miró al grabador, pensando que podía haber algún tipo de fallo. Los carretes seguían girando, el botón de encendido seguía en posición.

—¿Qué es esto, Leona?

La voz del hombre. El doctor. Wade Livingston. Quienquiera que fuese. Toots había oído voces así antes. Alguien que trataba de parecer calmado pese a hallarse a la distancia del grueso de un pelo del pánico.

—¿Qué te parece que es?

Vaya, pensó Toots.

—Me parece un revólver, Leona. Bájalo ahora mismo.

Trataba de sonar duro, autoritario. Pero las burbujas de pánico empezaban a reventar.

—No, quiero hacerlo adecuadamente.

Mierda, pensó Toots, ¡va a matarlo!

—Dijiste que querías terminar con esto, Wade, así que lo terminaremos.

Toots ya estaba saliendo de su coche.

Corrió directamente hacia el lado del volante del Jaguar. Ninguno de los dos la vio venir. El hombre, el doctor, Wade Livingston, quienquiera que fuese, trataba de abrir la portezuela de su lado, Leona sostenía el revólver con las dos manos, como seguramente había visto hacer a las mujeres policías de la televisión, y Toots pensó: «Oh, Jesús, no dispaes ahora», y tomó la maneta de la portezuela del jaguar, la abrió de un tirón, y aunque nunca se había visto cara a cara con la mujer, gritó su nombre de pila: ¡Leona!, y luego: ¡No!, le tomó el hombro y la forzó a volverse hacia ella, rogando que el revólver no se disparara accidentalmente y le hiciera un gran agujero en la cabeza del doctor.

—Soy Toots Kiley —dijo—. Dame el revólver.

Tendió la mano. El revólver temblaba en el puño de Leona.

—Dámelo, Leona, ¿de acuerdo?

Al otro lado del automóvil, Wade Livingston apoyaba la espalda contra la puerta y miraba la escena con fascinación.

—¿Quién eres? —preguntó Leona.

—Ya te lo he dicho. Toots Kiley. Dame eso, por favor. Leona vacilaba.

—Vamos, Leona —insistió Toots—. Hay modos mejores, créeme.

Leona la miró a los ojos.

—Lo digo en serio —dijo Toots.

Leona seguía mirándole a los ojos.

—¿De acuerdo? —dijo Toots.

Leona asintió y le tendió el revólver.

—Bien —asintió Toots—. Gracias.

—¿Es oficial de policía? —preguntó el médico—. Si es así, quiero presentar cargos contra...

—¿Cree que a su esposa le gustará eso? —preguntó Toots, haciendo un disparo a ciegas.

El rostro del médico se puso pálido.

—Yo no lo creo —dijo Toots.

La niebla sobre el agua empezaba a desgarrarse. Matthew ya casi podía ver el horizonte. Elise estaba sentada junto a su madre, agotada por su amarga diatriba y su no menos amarga confesión de asesinato. Se había puesto a la altura de su amor por Jonathan Parrish con una película de dudosa calidad, y ahora estaba con las manos entre las de su madre, como si las escenas de esa película volvieran a reproducirse en la pantalla de su mente una vez más.

—Señorita Brechtmann —dijo Bloom—, ahora le pregunto si volvió a la casa de Parrish en algún momento después del día del crimen.

La voz de un policía. Neutra. Sin emociones.

—Volví.

—¿Con qué finalidad, por favor?

—A buscar las fotografías.

—¿Había alguien en la casa mientras usted se encontraba en ella?

—Usted sabe que sí.

—Señorita Brechtmann, ¿podría darme el arma y las fotografías especificadas en la orden de registro?

—Le mostraré dónde están —dijo ella, y se levantó, extrayendo suavemente las manos de entre las de su madre, y luego palmeó las manos de su madre y dijo—: Está bien, mamá. No te preocupes.

Se volvió hacia donde estaba Matthew, junto a Bloom.

El sol ya casi se veía.

Los vidrios de las puertas-ventana volvían a relucir.

—Nadie se ha tomado el trabajo de contar —comentó, y sonrió.

Miraba los ojos de Matthew. Quizá se dirigía a él porque Bloom era un policía de quien no podía esperar compasión. Quizá porque incluía a su madre entre los que no habían contado. Miraba a Matthew, con una sonrisa en el rostro.

—¿Se da cuenta? —le dijo.

—No, perdón pero...

—El bebé nació en agosto.

—¿Sí?

Seguía sonriendo.

—Yo estuve con Abbott poco después de Navidad. Finales de diciembre. ¿Se da cuenta ahora?

La madre se la quedó mirando muy fijo.

Matthew ya sabía de qué le estaba hablando. Matthew se había tomado el trabajo de sacar la cuenta.

—El bebé no fue prematuro —dijo Elise.

—Elise, ¿Qué estás...?

—Quedé embarazada en noviembre, el bebé nació en término.

—¿Qué?

—El bebé era de Jonathan.

Sophie Brechtmann se llevó la mano a la boca.

—Él nunca lo supo, ¿no es increíble? La noche que fui a decírselo..., bueno, fue la noche que él eligió para... para decirme que lo nuestro nunca funcionaría, la noche que eligió para... despedirse. —Elise se encogió de hombros. Seguía sonriendo—. Así que fui al cuartito de Abbott. Por la ira y..., y...

—Elise —dijo la madre.

—Tuvimos una niña tan hermosa... —continuó Elise—. Jonathan y yo.

—Elise, querida.

—Habríamos podido ser una familia tan hermosa...

—Querida, querida...

—Oh, mamá —dijo ella y estalló en lágrimas—. Lo siento. Lo siento tanto. Por favor, perdóname.

—Mi niñita de oro...

Matthew las miró.

Madre e hija.

«Ésta es la casa que construyó Jack», pensó.

Éste es el fin de la casa que construyó Jack.

Eran las tres de la tarde.

Toots y Warren se hallaban en la oficina de Matthew.

Toots le estaba contando lo cerca que había estado Leona de matar a tiros al doctor Livingston. Le estaba comentando que no había dudas de que Leona y el médico habían mantenido relaciones íntimas. No había duda, tampoco, de que esa relación había terminado.

—¿Qué le decimos a Frank entonces? —preguntó Warren.

—Todavía no lo sé. Quiero pensarlo.

—Quiero decir... el asunto está terminado, Matthew.

—Lo sé.

—Bueno..., hazme saber qué clase de informe quieres que te redacte.

—Lo haré —dijo Matthew—. Habéis realizado un buen trabajo. Espero que vuelva a trabajar para nosotros, señorita Kiley.

—Toots —dijo ella.

—Sí, Toots.

—¿Quieres que vayamos a tomar una cerveza o algo? —le preguntó Warren a la joven.

—Me encantaría —respondió ella.

—Te llamaré, Matthew —dijo Warren, y salió tras Toots.

El teléfono empezó a sonar. Matthew contestó.

—Una tal Irene McCauley en la cinco —dijo Cynthia.

Apretó el botón.

—¿Sí?

Eran las tres y diez.

Irene lo llamaba para decirle que Helen Abbott había muerto la noche anterior en el hospital.

—Yo traté de comunicarme contigo temprano esta mañana —dijo— pero ya habías salido. El hijo de perra hizo todo lo que sabía hacer con ella,

Matthew.

—¿Quién?

—Hurley. Ella lo nombró antes de morir. La policía lo está buscando.

—Ya lo tiene —dijo Matthew—. Llamaré para que conecten los dos casos.

—Matthew...

—Sí.

—El bebé murió también.

—Lo siento —dijo.

Estaba pensando que éste era el verdadero final de la casa que construyó Jack.

A las cinco de la tarde, él y Leona volvieron a encontrarse en Marina Lou's.

Lo primero que ella comentó fue:

—Te dije que no estaba teniendo un romance, ¿no?

—Eso es un detalle técnico —apuntó Matthew.

—No, Matthew, ya lo habíamos terminado.

—Él ya lo había terminado.

Leona lo miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenemos grabaciones. Esos micrófonos te han ahorrado muchos problemas, Leona. Si Toots no hubiera oído esa conversación...

—Sí, lo habría matado.

—Probablemente.

—Casi con seguridad.

Tomó un sorbo de su copa.

El segundo martini.

—Bebes demasiado —dijo él.

—Lo sé. ¿Fue Frank el que me hizo seguir?

—Sí.

—Entonces debería agradecérselo.

—¿Qué?

—Si la Kiley no hubiera puesto el micrófono en mi coche, yo le habría disparado y quizás habría matado al doctor Wade Livingston. La Kiley fue contratada por Frank, ergo...

—La contrató Warren Chambers, en realidad. A quien puse a trabajar yo. Por sugerencia de Frank.

—Todo vuelve a Frank de todos modos.

—¿Sí?

—Bueno, si fue él quien...

—Tú sabes lo que quiero decir, Leona. ¿Vuelve todo a Frank? —Oh.

—¿Qué quieres que le diga?

Leona se encogió de hombros, levantó la copa, la vació y le hizo un gesto al camarero pidiéndole otra.

—No, Leona —dijo Matthew—. Basta.

—¿Por qué no?

—Porque soy tu amigo.

—Lo creo, ¿sabes?

—¿Qué le digo a Frank?

—Déjame decírselo a mí.

—Está bien, ¿qué le dirás?

—Todo.

—Y después, ¿qué?

—No sé. Tendremos que ver qué pasa, ¿no?

—¿Cuándo empezó este asunto con Livingston?

—Hace dos meses.

—Eso no es demasiado grave.

—No, no demasiado.

Se quedó callada largo rato. Después miró a Matthew a los ojos y añadió:

—Todavía lo quiero, Matthew.

—Entonces deja de quererlo, o deja de engañar a tu marido —dijo Matthew.

—De acuerdo.

Matthew suspiró.

—Lo siento —dijo ella.

—Sí —asintió él, y volvió a suspirar.

—De veras.

—Frank me pedirá consejo, ¿sabes? Después de que haya hablado contigo, querrá mi opinión. Somos socios, Leona.

—¿Y qué le dirás?

—Le diré que tiene que hacer todo lo que esté a su alcance por conservarte. Todo salvo mirar para otro lado mientras tú te acuestas con otro tipo. Eso es lo que le diré, Leona.

—Gracias —dijo ella.

De pronto se puso a llorar.

Parrish estaba cogiendo un avión a Indianápolis a las nueve. Ya había hecho el equipaje y estaba listo para partir cuando Matthew fue a verle al hotel esa tarde. Ahora que todos los cargos habían sido retirados, deseaba irse de Calusa, lo más lejos y lo antes posible.

Tomó la mano de Matthew.

—Gracias —dijo.

Y después, como Matthew le había salvado la vida, y como seguía sin tener la menor idea de la clase de hombre que era, le dijo:

—Si alguna vez está en Indiana, venga a visitarme. Me hará muy feliz volver a verlo.

—Rara vez voy por aquellos paraderos —dijo Matthew sonriendo.

Estaba pensando: haces todo lo que puedes, lo haces funcionar, consigues que todo encaje... y después sólo resta darse un apretón de manos y despedirse.

—Supongo que eso significa que no lo volveré a ver nunca —dijo Parrish.

—Supongo que eso es lo que significa —dijo Matthew.

Sonaba a despedida.

Ésta es la casa que construyó Jack.

Ésta es la malta que había en la casa que construyó Jack. Éste es el ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.

Éste es el gato que mató al ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.

Éste es el perro que persiguió al gato que mató al ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.

Ésta es la vaca de cuerno retorcido que embistió al perro que persiguió al gato que mató al ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.

Ésta es la doncella desamparada que ordeñó la vaca de cuerno enroscado que embistió al perro que persiguió al gato que mató al ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.

Éste es el hombre desarrapado que besó a la doncella desamparada que ordeñó a la vaca de cuerno enroscado que embistió al perro que persiguió al gato que mató al ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.

Éste es el cura afeitado y tonsurado que casó al hombre desarrapado que besó a la doncella desamparada que ordeñó la vaca de cuerno enroscado que embistió al perro que persiguió al gato que mató al ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.

Éste es el gallo que cantó a la mañana que despertó al cura afeitado y tonsurado que casó al hombre desarrapado que besó a la doncella desamparada que ordeñó la vaca que embistió al perro que persiguió al gato que mató al ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.

Éste es el granjero que sembró el trigo que comió el gallo que cantó a la mañana que despertó al cura afeitado y tonsurado que casó al hombre desarrapado que besó a la doncella desamparada que ordeñó a la vaca de cuerno enroscado que embistió al perro que persiguió al gato que mató al ratón que se comió la malta que había en la casa que construyó Jack.



ED MCBAIN (New York, EE. UU., 15-octubre-1926 - Weston, Conneticut, EE. UU. 6-julio-2005).

Nacido como Salvatore Albert Lombino, en 1952 cambió legalmente su nombre por el de Evan Hunter, nombre con el que publicó varias novelas. A partir de 1956, cuando publicó «Cop Hater», la primera de sus 55 novelas basadas en Distrito 87, utilizaría el seudónimo de Ed McBain para la mayoría de sus obras.

OceanofPDF.com

Notas

[1] Los títulos castellanos de las novelas proceden de ediciones en tal idioma llevadas a cabo en distintos países. Siempre que exista edición española se elige el título de ésta y, en caso de duplicación, el más actualizado. <<

OceanofPDF.com